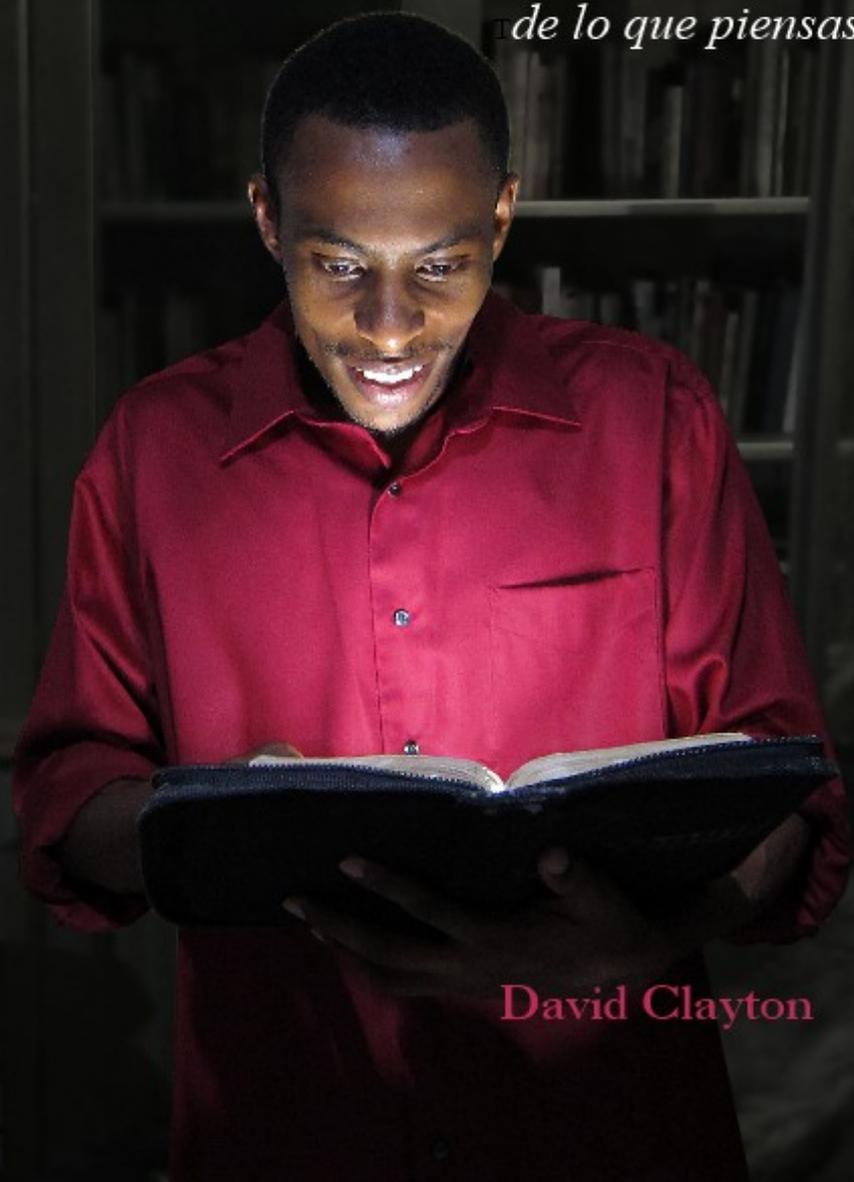


Las  
**Buenas Nuevas**  
Son Mejores  
*de lo que piensas*



David Clayton

---

# Contenido

Introducción .....	2
ENTENDIENDO EL PECADO Y LA JUSTICIA	
La naturaleza del pecado .....	6
La naturaleza de la justicia .....	20
Los dos Adanes .....	29
NO IMITACIÓN SINO SUBSTITUCIÓN	
Los dos Adanes .....	29
LA REALIDAD: LA VIDA DE CRISTO EN NOSOTROS	
El espíritu humano .....	39
El Espíritu de Dios .....	45
La vida en Cristo .....	52
LA REVELACIÓN DE DIOS	
A cara descubierta .....	63
LA NATURALEZA DE CRISTO	
¿Por qué Jesús nunca pecó? .....	69
Completamente humano, completamente divino ..	76
ENTENDIENDO EL PLAN	
Porque tenía que morir el pecador .....	85
Porque tuvo que morir Jesús .....	96
SE ROMPE LA MALDICIÓN	
¿Qué es una maldición? .....	106
La maldición de la ley .....	113
Cristo hecho maldición .....	119

---

## TIPO Y ANTITIPO

El cristiano y la ley .....	128
Los dos pactos .....	134
¿Por qué el antiguo pacto? .....	145
La ley del Espíritu .....	157
El conocimiento del bien y del mal .....	163
Tipo vs antitipo .....	177
Perdón y justicia .....	187

## EL LUGAR DE LA FE

La justificación por la fe .....	203
El arte de caminar sobre el agua .....	212

## EL LUGAR DE LA RENDICIÓN

La entrega .....	219
El significado de la cruz .....	228
El lugar de la palabra .....	233

## LA SANTIFICACIÓN

La obra de toda una vida .....	242
El reposo que queda .....	245
Epílogo .....	250

Entiendo el Pecado  
Y La Justicia

## Introducción

Al observar la humanidad, vemos muchas cosas que están distorsionadas e incorrectas. La violencia, el abuso, el egoísmo, la perversión de lo que es bueno y decenas de otros males son evidentes cuando examinamos la humanidad. Está claro que hay una enfermedad que infecta a toda la raza humana y que hay necesidad de una cura que funcione efectivamente. Correctamente llamamos a esta enfermedad “pecado”, y reconocemos la necesidad de un tratamiento, pero la pregunta es: ¿Existe realmente una cura para esta enfermedad?

El hecho de que hayan tantos millares de religiones diferentes da testimonio que el hombre siempre ha reconocido su necesidad de ser libre del pecado y ha buscado esta libertad a través de una relación con Dios. Sin embargo, el testimonio de la mayoría de la gente religiosa es que el pecado sigue siendo, en gran medida, una fuerza dominante en sus vidas y todos sus ejercicios religiosos realmente no han podido librarlos del poder del pecado.

El pecado es un problema porque crea mucha enfermedad, mucho sufrimiento, mucha crueldad y muerte. Pero hay un problema todavía mayor causado por el pecado. El pecado nos aleja de Dios y nos coloca en una situación en que no tenemos esperanza para el mañana. Dios promete la vida eterna, pero sólo a aquéllos que están libres de pecado y ésta es la mayor razón por la que es tan vital que escapemos de él por completo. En el libro de Hebreos, Pablo dice:

*Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Heb 12:14).*

Toda la cristiandad sabe que Dios es justo; él es santo y su naturaleza se opone al pecado. Incluso si nunca hemos leído lo que dice la Biblia al respecto, sabemos instintivamente que para poder ver a Dios, tenemos que ser justos, y desde el principio del tiempo la búsqueda de la humanidad ha sido encontrar esta justicia que califica al hombre para la vida eterna en comunión con Dios.

El primer lamentable esfuerzo fue hecho por Adán y Eva. Cuando descubrieron que el pecado los había incapacitado para aparecer en la presencia de Dios, la Biblia dice que

cosieron hojas de higuera, y al ponerse una vestimenta hecha de hojas, trataron de hacerse aptos para la comunión con Dios. Por supuesto, tan pronto como Dios apareció, sabían que eso no era suficiente y corrieron a esconderse de su presencia.

### **Extrañas maneras de buscar**

Desde entonces, la gente ha intentado de muchas formas escapar de la mancha del pecado y de obtener justicia. Tiempo atrás, en la Edad Media, hubo un monje católico con el nombre de Simeón. En su búsqueda de la justicia, subió a un poste y se quedó allí durante treinta y siete años. Al principio, su poste era de tres metros de altura, luego se trasladó a uno de seis metros, después a uno de once metros y finalmente a uno de veinte metros de altura mientras trataba de alejarse de las multitudes que venían a verlo. Permaneció allí a pesar del sol, la lluvia, y la nieve. La comida se la pasaban en una cubeta. Los registros históricos dicen lo siguiente de este hombre:

*“Simeón el estilita pasó treinta y siete años de su vida de pie en un pilar. Comía lo menos posible, haciendo todo lo posible para no sentarse ni acostarse nunca. Se ató a un poste fijado en la parte superior de una columna para dormir de pie, y en ocasiones más laxas, dormía apoyado en la balaustrada que también le impedía ser arrancado de su percha durante tormentas. Él no vivía bajo techo ni entre paredes, aparte de la abierta balaustrada; usaba una vestimenta de cuero; el pelo largo y la barba era todo lo que tenía para protegerse de los elementos”.*

*“Oraba toda la noche, inclinándose mucho y con frecuencia (este era su único ejercicio). Un testigo dejó de contar después de verlo inclinarse 1244 veces. Dormía muy brevemente hacia el amanecer y estaba listo para saludar a la multitud que se agolpaba en torno a él todos los días”*

*(<http://gvanv.com/compass/arch/v1402/saint.html>).*

Este hombre creía que cuanto mayor fuese el abuso a sí mismo, mayor sería su grado de justicia y aprobación a los ojos de Dios.

*“Tan ceñida era la soga con que ataba su cuerpo que*

*estaba incrustada en la carne podrida en torno a ella. Los gusanos hallaron camino hacia las úlceras en sus piernas. Durante un año en que estuvo parado en un solo pie, devolvía a su lugar a los gusanos que caían de sus llagas y decía: ‘Coman lo que Dios les ha dado’ (John Wilder, The Other Side of Rome, p. 60).*

A esta persona extraña y descaminada se le dio el título de “santo” y hoy es conocido como “San Simeón el estilita”. ¿Qué buscaba este hombre mientras abusaba de sí mismo de manera tan horrible? Buscaba una forma de escapar del pecado; buscaba la purificación del alma, la justicia, la forma de agradar a Dios. ¿Y qué ganó con todo eso? Nada. Nunca lo elevó a un nivel de justicia más alto.

En todas las religiones en este planeta, hay gente buscando la manera de encontrar justicia, la manera de obtener el favor de Dios y la vida eterna. En algunas religiones, vemos a hombres acostados en lechos de clavos, abusando de su cuerpo para purificar sus almas, y nos preguntamos cómo esas personas pueden estar tan descaminadas. Pero, ¿es esto diferente del enfoque de muchos que se llaman cristianos? Para muchos de nosotros, incluso las cosas que comemos se convierten en parte de la búsqueda de la justicia. Nos vestimos y comemos adecuadamente; obedecemos cuidadosamente las reglas de la iglesia, para poder llegar a ser justos, para que Dios esté complacido con nosotros y nos otorgue sus bendiciones. Es posible que pueda haber algún beneficio en hacer algunas de estas cosas, pero, ¿es ésta la manera de escapar del pecado? El problema del pecado no se puede tratar con eficacia a menos que, en primer lugar, entendamos su significado. Una persona sabia dijo una vez:

*“Hay miles haciendo trizas las ramas del árbol del pecado, pero muy pocos están atacando la raíz”.*

Este es un dicho muy cierto. La gran mayoría del mundo religioso abordan el pecado erróneamente porque malinterpretan lo que el pecado es en realidad. La primera necesidad esencial es entender la naturaleza del pecado. Este entendimiento nos ayuda a ver con qué realmente estamos tratando, y entonces podremos comprender mejor que se necesita para solucionar el problema. En el primer capítulo vamos a examinar esta pregunta primordial: “¿Qué

---

es el pecado?” Cuando entendamos esta verdad fundamental, entonces estaremos preparados para apreciar y echar mano de la maravillosa respuesta al problema del pecado que se presenta en las Escrituras.

## La naturaleza del pecado

¿Qué es el pecado? Al hacer esta pregunta muchos cristianos mostrarán de inmediato a 1 Juan capítulo 3:

*Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es transgresión de la ley (1 Jn 3:4, RVG).*

Allí dice claramente que el pecado es la transgresión de la ley. De acuerdo con esta definición, para que una persona pueda cometer pecado, tiene que violar la ley. Por supuesto, no se puede negar que este versículo nos da una descripción verdadera del pecado. Aceptar a 1 Juan 3:4, nos capacita para tener una comprensión de la clase de conducta que no es aceptable a Dios. Sin embargo, también debemos entender que esto no es todo lo que la Biblia dice concerniente al pecado. Esta no es la única comprensión del pecado que encontramos en la palabra de Dios. Si aceptáramos este versículo como una definición abarcante del pecado, tendríamos que concluir de inmediato que su existencia depende sólo de nuestra conducta; tendríamos entonces que creer que el pecado se limita a nuestro comportamiento, pero hay muchos lugares en la Biblia que nos enseñan que eso no es todo. Hay más de lo que uno ve a simple vista.

### **Más que acciones incorrectas**

El problema del pecado va más a fondo que simplemente las cosas que hacemos. Hay algunos cristianos que insisten que una persona no puede pecar a menos que viole la ley, por lo tanto un individuo no puede ser pecador a menos que sea trasgresor de la ley. Aparentemente creen que para solucionar el problema del pecado sólo hay que empezar a guardar la ley. ¡Pero los que son honestos saben que las cosas no funcionan de esta manera! En Marcos 7, Jesús hizo una interesante declaración:

*Y les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar? Porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale el hombre a la secreta, y purga todas las viandas. Pero decía, que*

*lo que del hombre sale, aquello contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, las desvergüenzas, el ojo maligno, las injurias, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre (Mc 7:18-23, SSE).*

Los versículos 21 al 22 son especialmente interesantes. Aquí Jesús nos dice que las acciones proceden de alguna parte en nuestro interior. Antes de llevar a cabo una acción, primero hay que pensar en ello. Por supuesto, tenemos lo que se llama “acciones reflejas”, sobre las cuales no pensamos conscientemente, pero aun así la orden proviene del cerebro y se basa en los tipos de hábitos e instintos que existen en nuestro cuerpo. Pero el punto es: si uno realmente encuentra a sus manos cometiendo pecado, ¿sería de provecho cortarlas? Claro que no, porque de todas maneras tendría el pensamiento en la mente. De manera que nuestras acciones no son el problema, sino el pensamiento que produce las acciones. Pero, surge otra pregunta: ¿Qué produce los pensamientos cargados de pecado?

### **El verdadero problema**

Si pudiera entrenarme, disciplinando mi mente a través del yoga, la meditación, las artes marciales, etc., ¿podría entonces vencer el pecado? Veamos lo que dijo Jesús en el versículo 21: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos”. Es verdad que las acciones provienen de los pensamientos, pero los pensamientos mismos proceden de alguna parte; proceden del corazón.

Ahora bien, por supuesto que el corazón se refiere a la mente; no a la mente consciente, sino al subconsciente, al que algunas veces nos referimos como ‘la naturaleza’. Cuando consideramos esto, queda claro que la raíz del pecado no es lo que hacemos, no es lo que pensamos, sino la clase de corazón, o la naturaleza que poseemos. Ese es nuestro verdadero problema.

Tanto Jesús como Pablo trataron de hacernos saber que nuestro problema se profundiza hasta llegar a nuestra naturaleza. El énfasis es inconfundible. Leamos:

*Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado (Jn 8:31-34).*

## **Un amo de esclavos**

Jesús dijo que si uno comete pecado, es siervo del pecado. Si es así, entonces, ¿quién es el amo? Jesús dijo que el pecado es el amo. Uno es esclavo del pecado. Por supuesto, los judíos pensaban que él estaba hablando de la esclavitud física. Ellos dijeron: “Somos hijos de Abraham y nunca fuimos esclavos de nadie” (Jn 8:33). Pero Jesús dijo que si uno comete pecado, alguien es su amo y se refirió a ese amo como al “pecado”. En este pasaje vemos que la palabra “pecado” no se refiere a la transgresión de la ley. Jesús describe el pecado como a un rey, un amo poderoso que exige obediencia. La palabra “siervo” en realidad proviene de la palabra griega “doulos”, que literalmente significa “esclavo”. Jesús dice que aquél que comete pecado es esclavo del pecado, y un esclavo no elige lo que tiene que hacer. Alguien más dicta cómo debe comportarse y en este caso, Jesús dice que el nombre de ese amo es “pecado”.

Cuando vamos a Romanos capítulo 7, encontramos que Pablo está totalmente de acuerdo con Jesús. Los siguientes versículos dicen:

*Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí (Rom 7:14-17).*

Todos sabemos en qué consiste la vida de un esclavo. Al despertar por las mañanas, alguien le dice qué clase de ropa debe usar, qué clase de alimentos debe comer, dónde debe trabajar ese día, y cuánto tiempo va a trabajar. Alguien más decide incluso con quién se casará y dónde vivirá. No tiene opción alguna para elegir lo que va a hacer.

Alguien más decide por él. Así son las cosas en la vida de un esclavo. Un esclavo no tiene el poder de decidir por sí mismo.

Ahora bien, Pablo dice: “Yo soy carnal, vendido al pecado”. ¿Qué clase de persona se vende? ¡Un esclavo, por supuesto! Pablo está hablando acerca de la persona sin Cristo. Si esta persona es esclava, ¿puede elegir lo que va a hacer? ¡No! Pablo dice que esa persona es esclava del pecado, el nombre de su amo es “pecado”. Todos los días, al levantarse, su amo le dice: “Hoy tienes que trabajar para mí; debes robar, mentir, violar, matar”, o quizá si uno es un tipo de esclavo más respetable - tal vez un miembro de iglesia - él dice: “Enójate con tu esposa, grítales a tus hijos, guarda malicia en tu corazón”. Él nos sugiere cometer los pecados más respetables. No parecen tan malos como los de otras personas, pero la verdad es que la raíz es la misma. Todos seguimos siendo esclavos del pecado, obedeciendo al mismo amo.

En el versículo 16, Pablo dijo: “Apruebo que la ley es buena”, pero en el versículo 17, habla de su esclavitud y dice: “De manera que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí.” ¿Quería él hacer lo correcto? ¡Claro que sí! ¿Lo intentaba? ¡Con todas sus fuerzas!

Pablo era, por naturaleza, un hombre más fuerte que la mayoría de los cristianos. Pablo era un luchador; luchó y batalló, pero aun así dijo que “no podía”. Esto no representa sólo el caso de Pablo, sino también el caso real de cada hombre y cada mujer en este planeta. Aquéllos que son más educados y viven en las clases más altas de la sociedad pueden vestirse con ropa fina y ocultar las acciones más pecaminosas. Pueden resistir exteriormente estos pecados y, llenos de justicia propia, condenar a los asesinos, las prostitutas y los ladrones. Se sienten bien por el hecho de que no son pecadores como otras personas, pero ¿cuál es realmente un pecado más grande, el asesinato o la hipocresía? El hecho es que la raíz es la misma, la causa de ambas cosas es la misma. ¡El hecho es que la naturaleza es esclava del pecado!

### **La naturaleza tiene que cambiar**

Ahora ya tenemos una comprensión más amplia del pecado. El pecado no es primordialmente nuestras acciones, ni siquiera es nuestros pensamientos pecaminosos.

El pecado es esencialmente la misma naturaleza con la cual nacemos cada uno de nosotros. El cambiar nuestras acciones y nuestros pensamientos no puede cambiar nuestra naturaleza. Nuestra naturaleza tiene que cambiar. Mientras que es difícil cambiar los hábitos de nuestros pensamientos y nuestras acciones, es imposible para nosotros cambiar nuestra propia naturaleza. Necesitamos a alguien que pueda cambiar esa naturaleza. Esa es nuestra única esperanza.

Por lo tanto tenemos este testimonio tanto de Jesús como de Pablo que indica que el problema del hombre va más allá que las meras acciones. Ambos nos hacen comprender que nuestra necesidad es un cambio de naturaleza. Lo que Jesús dice en el libro de Juan es muy interesante:

*Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es (Jn 3:6).*

¿Qué significa eso? Parece muy obvio; la carne, carne es. ¿Para qué tomarse la molestia de decirlo? Lo que Jesús estaba diciendo era: Si eres carne, entonces sólo hay una forma en que puedes comportarte, ¡y es carnalmente! La carne no puede comportarse como el espíritu, y cuando dice “carne”, no quiere decir nuestros cuerpos de carne y sangre. Él está hablando de nuestra naturaleza carnal, pecaminosa, o nuestras mentes depravadas por naturaleza. La carne es por naturaleza carnal; el espíritu es por naturaleza, justo.

### **No desde el exterior**

El predicador inglés Charles Spurgeon presentó una ilustración que expresa bien el problema. A los cerdos, por naturaleza, les encanta revolcarse en el lodo, creo que a todo cerdo le encanta hacerlo. A pesar de que algunos cerdos se mantienen encerrados desde el momento en que nacen y así están toda la vida, si uno de ellos es puesto en libertad y se encuentra un charco lleno de lodo, es muy probable que se va a dar una buena revolcada allí.

Digamos que alguien decide que quiere tener un cerdo como mascota, pero este cerdo tiene demasiados hábitos sucios, por lo que esta persona decide enviarlo a la escuela donde él obtendrá una educación de cinco años. Todos los días en la escuela el cerdo aprende: “No te revolcarás en el

lodo”.

Finalmente, después que los cinco años de educación han terminado, este cerdo se va caminando con su certificado en la mano. Está vestido de cuello y corbata, pero en el camino encuentra un lodazal. ¿Qué hace? Tira su certificado, se quita su chaqueta y su corbata y salta en el lodo y se revuelca. ¿Por qué lo hace? ¡Porque es su naturaleza! ¡Él nació cerdo! Desde el momento en que nació, algo en su corazón de cerdo le estaba diciendo “el lodo es la mejor cosa del mundo”, y ¡la educación no va a sacar esa idea de un cerdo!

Todos los hombres nacen con una naturaleza pecaminosa y no importa la educación que tengamos, la raíz permanece. “La carne, carne es”. Podríamos entrenar a un hombre y enseñarle a no robar, a no perder la paciencia, a no beber alcohol, pero este tipo de enseñanza es contraria a su naturaleza, y cuando nadie está mirando, va a beber, a perder la paciencia y a robar. Va a disfrutar de su naturaleza, porque no podemos cambiar la naturaleza de una persona mediante la educación. Si ha de haber un cambio real, tenemos que ir más allá de estas cosas externas.

Consideremos de nuevo al cerdo educado. La educación no lo ayudó, pero tal vez por algún milagro de la ciencia moderna alguien descubre cómo hacer un trasplante de cerebro. Así que toman el cerebro de un gato y lo ponen en la cabeza de este cerdo. ¿Cómo se relaciona un gato con el lodo? ¿Alguna vez alguien ha visto a un gato revolcarse en el lodo? ¡Primero muerto! Habría que matar a un gato antes de hacerlo que se revuelque en el lodo. De manera que, aquí está este puerco con el cerebro de un gato y de nuevo va por el camino. Parece un cerdo y anda como un cerdo, pero ahora se encuentra con el lodazal, ¿y qué hace? Se aparta lo más lejos posible. ¿Por qué lo hace? Porque tiene una mente nueva. Nadie le ha dicho “no deberías”, no ha sido educado, pero tiene una mente nueva. En un sólo momento se logra lo que cinco años de educación no pudieron lograr. Esta ilustración nos ayuda a entender nuestro problema y como abordarlo.

## **La luz y la oscuridad**

*Éste es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas*

*en él (1 Jn 1:5).*

Aquí, y en varios otros lugares del Nuevo Testamento, Dios es comparado con la luz. Hay una lección que aprender de este versículo. Es interesante que, a fin de definir la palabra “tinieblas”, tenemos que utilizar la palabra “luz”. ¿Por qué se necesita la palabra luz para explicar las tinieblas? ¿Se necesita la palabra “tinieblas” para explicar la luz? ¡No! La razón es que la luz es algo real, que se compone de pulsaciones de energía. Los científicos no entienden exactamente lo que es, pero saben que se trata de algo real.

Pero, ¿Qué es la oscuridad? La oscuridad es la ausencia de algo, no es algo en sí mismo, es sólo una condición donde falta la luz. Sólo se puede explicar en términos de lo que carece. Sólo se puede entender la oscuridad al relacionarla con la luz. Esta comprensión constituye un buen fundamento para entender la verdadera naturaleza del pecado.

La Biblia nos dice que sólo Dios es bueno (Mt 19:17). Esto significa que no hay ningún lugar donde se puede hallar la verdadera bondad a menos que Dios esté allí. Pero, supongamos que no hay ninguna bondad presente. ¿Qué es lo que queda? ¡La maldad! Donde la bondad existe, el mal no puede existir, pero tan pronto como la bondad se aparta, de inmediato todo lo que está presente es el mal. Por consiguiente, podemos entender por qué nos referimos a Dios como “la luz”. Donde el espíritu de Dios está presente, y Dios está en control, el pecado no puede permanecer. Es sólo cuando el espíritu de Dios se retira, cuando Dios no está en control, que el pecado puede aparecer. El pecado es, en esencia, sencillamente la condición que surge con la ausencia de Dios. Es ese otro lado que se manifiesta cada vez que la presencia de Dios se aleja.

Es por esta razón que el hombre es malo por naturaleza, ¡porque nace sin el espíritu de Dios! Cuando comprendemos esto, lo que podemos ver es que la pregunta apropiada no es cómo deshacernos de la maldad, sino cómo obtener la justicia. No podemos deshacernos del pecado o la oscuridad, atacándolos. No tienen realidad en sí mismos. No podemos apoderarnos de ellos para extraerlos. No; lo que debemos hacer es permitirle a Dios encender la luz - debemos obtener su justicia. Cuando se obtiene la justicia, el pecado naturalmente va a desaparecer.

## El origen del pecado

En Ezequiel 28 se encuentra una definición de cómo entró el pecado por primera vez en el universo. Primeramente tenemos una descripción de Satanás, aquí representado como el rey de Tiro:

*Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Jehová el Señor: Tu eras el sello de la perfección lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación (Ez 28:12 y 13).*

Satanás era la suma, la totalidad, la perfección de la belleza y gran sabiduría. Él fue dotado con más conocimiento que ninguna otra criatura, no tenía ninguna imperfección de la carne. El relato dice que estaba ataviado de piedras preciosas. Era el ser más perfecto que Dios jamás había creado. Tenía gran sabiduría, conocimiento, comprensión, y una belleza perfecta. Vivía en un ambiente libre de pecado – no estaba privado de nada. Todas las ventajas que podían dársele eran suyas. El versículo 15 dice que era perfecto en todos sus caminos:

*Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad (Ez 28:15).*

Todo lo que hacía era siempre perfecto. ¡Pero llegó el día en que la iniquidad se halló en él! Sus hábitos no cambiaron hasta que la iniquidad se hizo presente por primera vez en él. El problema se originó en él. No comenzó con malas acciones, primero empezó en su interior. El verdadero problema es lo que sucede en el interior.

Fue creado perfecto. No es fácil entender cómo el pecado surgió en él, y es cierto que no puede haber ninguna excusa para el pecado, pero lo que sí sabemos es que en este ser perfecto, que tenía todas las ventajas, que entendía cada doctrina, que comprendía los caminos de Dios, algo empezó a cambiar. Sea lo que fuere, tuvo lugar primero en el corazón de Lucifer, y cuando esa semilla se desarrolló y maduró, condujo a Lucifer al punto donde concluyó que podía vivir independiente de Dios. Isaías nos dice:

*¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana!  
Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas las  
naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo,  
en lo alto junto a las estrellas de Dios, levantaré mi  
trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los  
lados del norte; Sobre las alturas de las nubes subiré,  
y seré semejante al Altísimo (Is 14:12-14).*

### **El problema – la independencia de Dios**

Aquí podemos ver que Lucifer llegó a la conclusión de que era suficientemente bueno como para ser, estar, y vivir separado de Dios. ¡Era uno de esos seres que sentía tener bondad inherente! Había vivido todo este tiempo dependiendo de Dios por completo, sin reconocer cuál era la verdadera fuente de su vida y su bondad. No admitía que toda su bondad, todos los beneficios de los que gozaba día tras día provenían de la mano de Dios. Estaba inmerso en sí mismo y en su propia capacidad. Llegó a la conclusión que podía valerse por sí mismo, sin Dios.

Es probable que Lucifer no tuviera idea de la verdadera obra del pecado ni adonde lo encaminaba, porque, si uno vive en un mundo donde sólo hay luz, ¿qué sabe de las tinieblas? ¿Qué puede uno saber o incluso concebir de un concepto llamado oscuridad? Cuando al principio [de su caída] comenzó a concebir el pecado en su corazón, Lucifer no planeaba matar, destruir ni engañar. Todo lo que pensaba era: “Yo soy un ser inteligente y bueno, y puedo pensar y tomar decisiones por mí mismo. No necesito hacer todas las cosas de la forma que Dios quiere”. Sencillamente, decidió que quería ser independiente de Dios porque era un ser inteligente, capaz de dirigir su propia vida.

Pero Dios no permanece en el corazón donde no es bienvenido.

Por medio de esto, podemos ver que tan pronto Lucifer decidió ser su propio jefe, su propio gobernante, su condición cambió. Aquél que había sido siempre tan bueno, tan lleno de bondad, se convirtió en alguien completamente malo. No parcialmente malo, sino inmediata y completamente malo, al momento que Dios se apartó de él. A lo mejor continuó comportándose de forma piadosa en su exterior, pero en su corazón había tenido lugar un cambio. Una semilla se había plantado y en esa semilla está la raíz de todo lo que él es hoy día. Toda la maldad que desde

entonces se ha manifestado en el universo, estaba en el corazón de Lucifer en el momento en que se separó de Dios. Aparte de Dios no existe nada bueno. No queda más que oscuridad cuando nos separamos de la luz de Dios.

### **La puerta al pecado**

Consideremos ahora algo que nos ayudará a entender esto mucho mejor. Cuando Dios creó el universo, tuvo la opción de crear robots por todas partes. Esto significa que él podría haber creado seres sin el derecho a elegir, criaturas que sólo podrían hacer lo que él quería y que nunca pensarían hacer lo contrario. Él podría haberlo hecho así, o podría haber creado seres capaces de elegir y pensar libremente. Como ya sabemos, Dios escogió crear seres libres.

Es interesante considerar que esto es algo que siempre permanecerá. La libre elección existirá siempre. Sin embargo, fue la causa de la introducción del pecado en el universo. Dios corrió un gran riesgo cuando creó el libre albedrío. Corrió el riesgo de que un día alguien eligiera ejercer ese libre albedrío de forma contraria o independiente de su voluntad. Pero el deseo de Dios era que sus criaturas le devolvieran en sumisión voluntaria esa libertad de elección que él les había otorgado. Así Dios podría obrar en todas sus criaturas el querer y el hacer por su buena voluntad. Y así fue tal vez por cientos, miles, o quizá millones de años. No sabemos cuánto tiempo pasó hasta que finalmente un ser escogió usar ese libre albedrío en una forma independiente de la voluntad de Dios. Esa opción equivocada dio comienzo al pecado.

Mientras consideramos todo esto, surge una pregunta en nuestras mentes, ¿Podrá el pecado ser destruido algún día? ¿Se puede destruir algo que no tiene existencia en sí mismo? Si el pecado tuviera alguna sustancia, si fuera hecho de algo tangible, entonces podría ser arrancado de raíz y destruido, pero puesto que no es algo material en sí, algo tangible, entonces no puede ser destruido en sí mismo. La muerte del pecado no es como quemar un avispero, no es como cortar un cáncer del cuerpo de alguien. El pecado no es algo al cual podemos estrangularle la vida. No tiene existencia en sí mismo.

Pero, ¿podrá el universo algún día llegar al punto donde el pecado deje de existir? La respuesta, por supuesto, es

que sí. Llegará el día en que, debido al libre albedrío de cada ser en el universo, el pecado no aparecerá de nuevo. Así será por la elección libre de todo el que vive en el universo. A pesar de que siempre existirá la libertad para escoger otro camino, nadie tomará ese otro camino de nuevo. Pero la oportunidad siempre estará presente, porque el libre albedrío siempre existirá. Pero como la Biblia lo indica en el libro de Nahúm, ninguna criatura va a ser tan imprudente como para reintroducir el pecado en el universo.

*Los que traman contra el Señor, El lo hará completa destrucción. No surgirá dos veces la angustia (Nahúm 1:9).*

### **No el pecado, sino más bien la causa del pecado**

Mientras abordamos el problema del pecado para buscar una solución, no vamos a considerarlo como una entidad en sí. Hemos de buscar la causa. Tenemos que ver que el problema no es deshacernos del pecado, sino obtener la justicia. No podemos deshacernos de algo que no tiene una realidad substantiva. No podemos enfrentarnos al pecado en sí, porque ese no es el verdadero problema. El problema es la ausencia de luz, la ausencia de justicia. Ése es el problema, y el único problema. Porque donde el bien existe, la maldad no puede mostrar su rostro.

### **La autoridad de Dios rechazada**

Mientras contemplamos la historia de Adán y vemos lo que le sucedió al pecar, es evidente que el problema comenzó en la mente. Con frecuencia decimos que cuando Adán y Eva pecaron, obedecieron a Satanás. Pero echemos una mirada al escenario un poco más de cerca. Dios dijo: “No coman del fruto”. Satanás dijo: “Coman del fruto”. Pero, ¿quién tomó la decisión? Fue Eva quien lo hizo, y antes de tomar esa decisión ella sopesó las palabras de Dios y las de Lucifer, pero llegó a su propia conclusión. Por último, confió en su propia sabiduría. Por primera vez, Dios había dejado de ser la autoridad en su vida. En cambio, ella se convirtió en su propia autoridad cuando eligió seguir a su propia sabiduría, en lugar de confiar en Dios.

Fue en este momento cuando ocurrió. Cuando estas dos personas, Adán y Eva, decidieron actuar independientemente de Dios, de inmediato se separaron de él y se convirtieron en personas espiritualmente muertas. En ese

momento, todo lo que podían hacer era solamente lo malo. Las señales del cambio que había tenido lugar en ellos comenzaron a aparecer enseguida. Se sintieron temerosos de Dios y estuvieron conscientes de su desnudez. Tan pronto como Dios apareció, este hombre, Adán, que había amado a esta mujer, Eva, y que vivía sólo para hacerla feliz, comenzó a acusarla. Él, cuyos pensamientos hacía ella habían sido sólo el bien, de repente estaba tan asustado que todo lo que podía hacer era pensar en sí mismo. ¡Ni siquiera sabía si ella iba a morir por ser culpable, pero estaba listo para acusarla. ¡Esto le sobrevino de inmediato!

Nunca somos buenos en nosotros mismos. No aprendemos a ser buenos, no somos entrenados para serlo; no evolucionamos hasta llegar a ser criaturas buenas. La bondad es el don de Dios, y si no lo recibimos de él, nunca lo tendremos en absoluto. Es sólo la presencia de Dios lo que nos hace buenos. No podemos aprender a ser buenos. Si pudiésemos aprender a serlo, ¡entonces podríamos aprender a ser Dios! Pero ya que sólo Dios es bueno, ¿cómo podemos aprender a serlo nosotros?

### **El mundo del yo**

Cuando Adán comió del fruto de inmediato se convirtió en egocéntrico. El egocentrismo es la esencia de la vida pecaminosa. Esa es la esencia de un mundo de pecado y de pecadores. El yo se convierte en el mundo alrededor del cual giran sus vidas. En este tipo de existencia donde donde el yo reina, todo lo que la persona puede hacer es pecar, porque en una vida egoísta todas las acciones son siempre contrarias a la voluntad de Dios. Esa era la única vida disponible para Adán y Eva después de que dieron la espalda a Dios, y es la vida de cada persona en este mundo hasta que comienza a tener una relación con Dios.

Por lo tanto, a medida que examinamos el problema del pecado y miramos debajo de la superficie, vemos que hay cuatro pasos en el proceso del pecado. El pecado sigue esta secuencia, y uno se puede referir a cualquiera de estos pasos como a pecado.

1. Primero hay duda e incredulidad acerca de Dios.
2. Esto conlleva a una relación quebrantada con Dios.
3. Lo que se manifiesta en una naturaleza egoísta y carnal.
4. El resultado es siempre una conducta sin ley.

Cuando la gente habla del “pecado”, la mayoría de las veces están refiriéndose al paso número cuatro. Esto es lo que comúnmente se reconoce como pecado. Sin embargo, podemos observar que el problema del pecado comienza mucho antes que la conducta pecaminosa se exterioriza. Empieza con la duda acerca de Dios. El resultado es la separación de Dios, una relación quebrantada, con las consiguientes malas obras. Por lo tanto, si vamos a enfrentarnos al pecado, tenemos que enfocarnos en la raíz, el comienzo, donde se inicia. Empezar con el comportamiento es una necesidad, y podemos darnos cuenta que abordarlo de tal manera no puede resolver el problema.

### **Las acciones o la naturaleza**

Hay mucha gente que piensa en una vida recta sólo en términos de los diez mandamientos. Un hombre se convierte en cristiano y piensa: “Ahora que soy cristiano, debo comenzar a ir a la iglesia, dejar de fumar, beber, decir mentiras, cometer adulterio o fornicación”, o cualquiera que sea el caso. Pero en todo lo demás en su vida - en términos de cómo gasta su dinero - él es el número uno. Es “mi dinero, mi automóvil, mi casa, estas cosas son mías. Estoy guardando los mandamientos y dándole a Dios su parte”. Esto es lo que la justicia significa para mucha gente, pero es un concepto equivocado.

La justicia no puede limitarse a la realización de buenas obras. En la vida recta, no solamente las obras son significativas; más bien, es un cambio completo que abarca completamente la vida entera del ser humano. Por lo tanto no tan sólo hay rectitud con respecto a nuestra comprensión de la ley, sino que, nos convertimos en la propiedad de Dios con relación a todo lo que está involucrado en nuestras vidas. Escogemos ser la propiedad de Dios por completo.

Cuando somos realmente rectos, vivimos completamente para Dios. Como dice el libro de Romanos acerca de Cristo:

*Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez; pero en cuanto vive, para Dios vive (Rom 6:10).*

La vida que debemos vivir es la vida del Cristo resucitado, y esa vida abarca mucho más que el guardar diez mandamientos, como se entiende comúnmente. Lo abarca

todo, los alimentos que consumo, mi corte de pelo, la forma en que trato a mis amigos, las discusiones que tengo a puertas cerradas - lo abarca todo, porque mi vida debe ser la vida de Cristo.

*Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Col 3:2-4).*

*Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo (1 Jn 5:11).*

Es vida la que se nos ha otorgado. Jesús vino para darnos vida, y vida más abundante. Él no sólo trajo cambios con relación a algunos aspectos de nuestras vidas, sino que cambió la circunferencia entera de nuestro ser.

*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas (2 Cor 5:17).*

Eso es lo que significa tener la justicia de Cristo. Y eso es lo que Dios quiere darnos.

## Capítulo 2

## La naturaleza de la justicia

Jesús hizo algunas de las declaraciones más fuertes que hay en la Biblia. En Mateo capítulo 5 encontramos algunas de ellas:

*Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 5:20).*

**No es suficiente**

Recordemos el tipo de vida que los fariseos llevaban. Pagaban el diezmo de la menta, el eneldo y el comino, ayunaban dos veces a la semana, siempre estaban orando, siempre ayudando a los pobres y si uno quería encontrar personas cuyas vidas aparentaban ser justas, entonces tenía que buscar a los fariseos. Ahora bien, Jesús viene y dice: “Esto no es suficiente, si tu justicia no excede la de ellos, es imposible entrar al reino”. Es probable que muchos de los fariseos estuvieran pensando: “Esta es una afirmación fuerte, pero, ¿qué hacer? ¡Tenemos que esforzarnos más!”

Cristo prosiguió diciendo que el asesino no era solamente una persona que había quitado la vida a otro, sino que incluso el hombre que estaba enojado con su hermano sin causa era ya culpable de asesinato. Un hombre no se convierte en adúltero sólo por la comisión del acto sexual con la mujer de otro, sino por sólo tener el deseo o la intención en su mente. En muchas iglesias hay hombres que piensan acerca de esto, y reconocen que no son aptos para el cielo, pero siguen esperando que algún día, mediante duro trabajo, cuidadosa disciplina y la reeducación de sus mentes, podrán ser capaces de disciplinar sus propios pensamientos y así estar calificados para el cielo.

Pero observe lo que Jesús dijo al final de ese capítulo; él puso las cosas mucho más difíciles. En el versículo 48 dijo:

*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mt 5:48).*

¿Qué se puede hacer al leer una declaración como ésta? Algunos van a levantar sus manos y darse por vencidos.

Pero el cristiano promedio dice: “Debo esforzarme más, hasta ser perfecto como Dios. Debo esforzarme más”.

La verdad es que muchas de las personas que hacen estos esfuerzos desesperados con la autodisciplina para agradar a Dios son totalmente sinceros. Ellos están haciendo lo que piensan que Dios requiere. No siempre es el caso que se deleitan en abusar a sí mismos, sino que más bien son genuinamente ignorantes de la naturaleza de la verdadera justicia y cómo obtenerla. Es crítico que entendamos esto porque, si no tenemos la comprensión correcta, podemos hacer los mayores esfuerzos para al final darnos cuenta que todo fue en vano. Para poder comprender este asunto, hagamos la pregunta: ¿Qué es la justicia? ¿Cómo definirla? Una de las definiciones más populares es: “La justicia es hacer lo que es correcto”. Muchos cristianos sienten que esta definición es una descripción muy buena porque, por supuesto, en 1 Juan la Biblia dice:

*Cualquiera que comete pecado, traspasa también la ley; pues el pecado es transgresión de la ley (1 Jn 3:4, RVG).*

De manera que parece una cuestión que se puede razonar con sencillez. Llegamos a la conclusión de que, si el pecado es transgresión de la ley, entonces, evidentemente, la justicia es lo opuesto al pecado y, por consiguiente, debe ser simplemente obediencia a la ley. Por lo tanto, concluimos que para evitar el pecado, simplemente dejamos de desobedecer la ley y, para obtener la justicia, simplemente obedecemos la ley.

En la superficie, esto parece una conclusión razonable; de hecho, con algunas ligeras variaciones, este es el principio fundamental sobre el cual se basan todas las religiones fuera del cristianismo (aunque en algunos casos las leyes a obedecer son diferentes). La triste realidad es que los cristianos están tan equivocados, tan ajenos a los principios del evangelio que, en busca de la salvación, han abrazado la misma filosofía de los paganos. La idea básica detrás de esta filosofía es que la salvación es algo que ganamos por lo que hacemos, por lo bien que obedecemos.

### **La justicia en la ley**

Por supuesto, cuando definimos el pecado y la justicia en términos de lo que hacemos, entonces nuestro punto de

referencia tiene que ser la ley porque la ley es el estándar por el cual Dios nos deja saber lo correcto y lo incorrecto. Pero observemos lo que dice la Biblia:

*Además por la ley ninguno se justifica para con Dios, queda manifiesto: Que el justo por la fe vivirá. La ley tampoco es de la fe; sino: El hombre que los hiciere los mandamientos, vivirá por ellos (Gál 3:11 y 12, SSE).*

¿Cómo viven los justos? El justo vive por la fe, pero la ley no es de fe. Por consiguiente, es obvio que el justo no puede vivir por la ley. Al buscar la justicia, no la encontraremos si lo hacemos basados en la obediencia a la ley. El versículo 21 dice:

*¿Es entonces la Ley contraria a las promesas de Dios? ¡De ningún modo! Porque si se hubiera dado una ley capaz de impartir vida, entonces la justicia ciertamente hubiera dependido de la ley (Gál 3:21, NBLH).*

Lo que dicen estos versículos es que Dios podría haber hecho la justicia disponible mediante la ley si eso hubiese sido posible. Pero tal cosa es imposible, y por lo tanto, al buscar la justicia no podemos relacionarla con la ley. Muchos cristianos ven su experiencia religiosa y su relación con Dios a la luz de la ley. Si han podido ser razonablemente obediente a las exigencias de la ley, sienten que han obtenido el favor de Dios, pero si han sido desobedientes, sienten que están separados de Dios, y necesitan empezar a obedecer antes de ser aceptados. Al partir de esta base, están construyendo sobre algo que no funciona, porque por las obras de la ley ninguna carne será justificada. La justicia no puede ser producida por nuestra obediencia a la ley.

### **Sin la ley**

Este punto se enfatiza más en el libro de Romanos:

*Mas ahora, sin la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, testificada por la ley y por los profetas (Rom 3:21, SSE).*

Observemos lo que dice este versículo. Habla acerca de la justicia de Dios y dice que esta es sin la ley. ¡Qué frase tan extraña! ¿Qué quiere decir el apóstol Pablo cuando dice “sin la ley?” Lo que está diciendo es que existe la justicia,

pero obtenerla no tiene nada que ver con la ley. ¿Cómo es eso posible? Esta justicia es declarada como la justicia de Dios. Ahora bien, si es “sin la ley”, obtenerla no puede estar basado en la observancia de la ley. No puede depender de lo que hagamos, ya sea correcto o incorrecto.

El pensamiento continúa en el siguiente versículo:

*La justicia de Dios que es por la fe de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen; porque no hay diferencia (versículo 22, SSE).*

## **Dos clases de justicia**

Aquí vemos dos clases de justicia; la justicia de la ley, y la justicia de Dios que es sin la ley. Es importante reconocer que hay una justicia que no tiene nada que ver con la obediencia a la ley. A esta justicia se le llama la justicia de Dios. Ahora bien, la justicia de la ley dice: “El hombre que los hiciere (los mandamientos), vivirá por ellos” (Gál 3:12, SSE). Pero, ¿qué dice la justicia de Dios? El versículo 22 dice “para todos y sobre todos los que creen”. Observemos: Una requiere hacer, esa es de la ley. La otra requiere creer, esa es de Dios.

La verdad fue claramente expuesta en la experiencia de Abraham. Leamos en Romanos:

*Pues ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia (Rom 4:3).*

¡Asombroso! Como todo el mundo, Abraham quería obtener la justicia. La Biblia dice que él creyó a Dios. ¿Qué hizo? Algo ocurrió en su mente y en su actitud acerca de Dios, y cuando sucedió, inmediatamente le fue contado por justicia. Inmediatamente obtuvo lo que la gente había estado buscando tan arduamente, y lo obtuvo simplemente por creer a Dios.

El apóstol Pablo entendió el camino de la justicia a fondo, y dio su testimonio en Filipenses capítulo 3:

*En cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor a Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para*

*ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe (Flp 3:6-9).*

Aquí él menciona todas sus obras, su esmero en la obediencia a la ley y el linaje que lo hubiese convertido en uno de los más destacados seguidores de la ley en Israel. Sus compatriotas lo habrían considerado como uno de los hombres más santos entre los judíos. Él se refiere a estos logros como “la justicia que es de la ley”, Pero luego dice que lo estima todo como basura para poder obtener “la justicia que es de Dios”, y termina demostrando cómo obtenerla, o sea, “por la fe”. El punto es, hay una justicia que no depende de la observancia de la ley, y ésta es la única justicia que vale la pena tener.

Hay que considerar que, ya que Dios es perfecto, absolutamente justo, la única clase de justicia que él puede aceptar es la justicia perfecta. Para él, aceptar nada menos significaría que ha transigido, y siendo que él es perfecto, es imposible que transija. La única justicia que él puede aceptar es la justicia absoluta.

Puesto que Dios requiere una justicia perfecta, entonces está claro que solamente Dios puede producir esa justicia. De hecho, en realidad todos los que buscan ser justos por sus obras, están realmente tratando, por esfuerzo propio, ¡de ser como Dios! Esta clase de actitud solamente puede describirse como “locura”. Es una locura que un pobre pecador corrupto trate de producir la vida del Dios todopoderoso por medio de sus esfuerzos. Pero así estamos confundidos muchos de nosotros.

### **Peligro en la forma equivocada**

Cualquier persona que esté buscando la justicia debe ir con Dios para obtenerla. La única forma de obtenerla es aceptarla como un regalo de Dios. Quien la busque de cualquier otra forma va a terminar exhausto y no habrá logrado nada. Esto es lo que hicieron los judíos como nación. La Escritura declara:

*¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no procuraban la justicia han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por la fe; pero Israel, que procuraba la ley de la justicia, no ha alcanzado la ley*

*de la justicia. ¿Por qué? Porque no la procuraron por fe, sino como por las obras de la ley, por lo cual tropezaron en la piedra de tropiezo (Rom 9:30-32, RVG).*

¿Quién podría haberse esforzado más que Israel? La Biblia dice que “iban tras la justicia”. Es lo que buscaban día y noche, pero nunca lo obtuvieron.

Sin embargo, aquí están los gentiles. ¿Están buscando la justicia? De ninguna manera, pero escuchan el evangelio, y, ¿qué hacen? Ellos creen, y de inmediato encuentran lo que los judíos, a pesar de trabajar muy duro, no encontraron. Fue la fe, y la fe solamente, lo que obtuvo la bendición de la justicia. Debemos aprender que todas nuestras buenas intenciones no nos ayudarán en la búsqueda de la justicia si la buscamos en la forma equivocada, y eso es lo que la experiencia de los judíos nos enseña.

¿Qué estamos diciendo entonces? ¿Es la ley contraria a la justicia de Dios? ¿Está la justicia de Dios en contra de la ley? ¿Cómo puede la ley ser importante si no puede hacerme justo? ¿Por qué es imprescindible si no la necesito para ser justo?

### **El carácter de Dios expresado**

Los Diez Mandamientos han sido descritos como una transcripción del carácter de Dios. Tal vez sería más apropiado decir que son una expresión del carácter de Dios. En otras palabras, los Diez Mandamientos nos indican cómo es Dios y son la expresión de la voluntad de Dios para los hombres. Pero, obviamente, si esto es lo que Dios quiere para nosotros, entonces deberá ser una expresión de lo que mora en su corazón. Una persona de integridad sólo establecería leyes que son justas y buenas. Es evidente que la ley no puede nunca ser contraria a la justicia de Dios, porque si es realmente una descripción de Dios, una expresión de su carácter, entonces es de hecho una descripción de la verdadera justicia. Por lo tanto Pablo nos dice en el libro de Romanos:

*De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento es santo, y justo, y bueno (Rom 7:12).*

Pero los mandamientos no tienen justicia en sí mismos. Ellos no traen ni producen la justicia, tan sólo describen la justicia. Cuando Dios descendió en el monte Sinaí y le dio

los Diez Mandamientos a Moisés, la justicia no llegó a existir de repente. Fue tan sólo una expresión de algo que ya existía. Dios solamente describió su carácter y lo manifestó en palabras en los Diez Mandamientos.

Si podemos entender este concepto, entonces podremos entender qué es la ley. Entenderemos que los Diez Mandamientos son una descripción de la justicia. ¿Podemos hallar la justicia en esa descripción? ¡No! Si queremos la justicia, deberemos ir más allá de la descripción.

Muchos cristianos están confundidos sobre este punto. Van a la ley, que es solamente una descripción de la justicia, y buscan hallar la rectitud en la ley. Pero si deseamos ser justos tenemos que ir a la fuente de justicia, y solamente hay un lugar así en todo el universo.

Consideremos una ilustración: Tengo una fotografía de mi esposa. Al ver esta foto, ustedes pueden ver la clase de pelo que tiene, decir algo sobre la forma en que sonríe, ver el color de su piel y obtener bastante información sobre ella con sólo ver esta imagen. Quizá la podrían reconocer entre una multitud por el simple hecho de haber visto esta fotografía. Supongamos que yo llevo esta fotografía conmigo dondequiera que voy y siempre la estoy besando y abrazando. Supongamos que la llevo conmigo cuando me retiro a descansar por la noche. ¿Me satisfaría eso? ¡Por supuesto que no! ¡No, a menos que esté loco! Esa imagen es sólo una descripción y me ayuda a recordar a mi esposa, pero no puede satisfacerme. Para obtener satisfacción, debo encontrar el objeto real.

De la misma manera, si uno está buscando la justicia, hay que ir más allá de la descripción que se encuentra en la ley, o todo lo que hará será frustrarse a sí mismo.

### **Sólo Dios es justo**

Mateo enseña esta verdad de forma muy clara en los siguientes versículos:

*Y he aquí, vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mt 19:16 y 17).*

El versículo 17 dice que sólo Dios es bueno. Esto es una verdad absoluta. Es muy importante que la creamos. Jesús

mismo lo dijo. Dado que es así, ¿cuáles son algunas de las verdades que se derivan de este hecho? Bien, hasta cierto punto significa que en cualquier lugar del universo donde encontremos a alguien que es bueno, sabemos que Dios está viviendo en esa persona. Dondequiera que encontramos a alguien bueno hemos hallado un lugar donde mora la vida de Dios. Al tener esta comprensión, de inmediato sabemos que, en esa búsqueda de la justicia, nuestro enfoque tiene que cambiar. El desafío para mí no es producir la justicia, porque, ¿cómo producir la vida de Dios? Mi desafío es recibir la vida de Dios, porque sólo Dios es bueno. Por lo tanto, vemos que la justicia es una Persona y esa persona es Dios. Por supuesto, la justicia es también “hacer lo justo”, porque Dios siempre hace lo que es correcto. Pero, ¿Vamos a producir el carácter de Dios por nuestras acciones? ¿Vamos a producir una justicia igual a la de Dios por nuestros esfuerzos? Eso es imposible. ¡Sólo Dios puede ser Dios! ¡Alabado sea su nombre!

La pregunta es: ¿Por qué hace Dios lo que es correcto? ¿Por qué está siempre ocupado en hacer lo que es mejor para las criaturas de su universo? ¿Es debido a su obediencia a una regla? ¿Es porque le han ordenado conducirse de esta forma? Es un poco absurdo pensar que Dios no roba porque su ley dice “no hurtarás”. El hecho es que Dios no necesita una ley para hacer lo correcto. Él hace lo que es bueno porque su naturaleza es buena. Es su forma de ser, y porque es bueno, no puede hacer lo que es incorrecto. El sólo pensar en hacer lo malo es totalmente contrario a su naturaleza. Entonces, si Dios es bueno, y está morando en nosotros, ¿cuál sería el resultado? También nuestra conducta será adecuada, y lo será porque Dios está viviendo su vida buena en nosotros.

¿Es esta una idea práctica? ¿Es posible para alguien vivir en mí de tal forma que su misma naturaleza se manifieste en mi conducta? ¿Es posible que él pueda vivir en mí de forma tan completa que no necesito reglas para obligarme a hacer lo que es correcto? Así lo afirma la Biblia cuando expresa que podemos tener la justicia que es sin la ley. Podemos ser justos al recibir la naturaleza divina, una justicia basada en la recepción de la vida misma, en lugar de la justicia que obtenemos por nuestras obras al observar las normas y los reglamentos establecidos por la ley.

No imitación,  
sino substitución

---

## Capítulo 3

# Los dos Adanes

El apóstol Pablo a menudo usa una frase que muchas veces pasamos por alto como insignificante, o tenemos dificultad para comprender. Es la frase “en Cristo”. Esta frase aparece varias veces en los escritos de Pablo y está llena de un profundo significado. Se encuentra con más frecuencia en los libros de Efesios y Colosenses. ¿Qué significa esta frase, y cuán importante es entenderla? Efesios nos dice:

*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1:3).*

Dios ya nos ha bendecido con todas las bendiciones espirituales, pero hay un requisito. ¿Dónde están estas bendiciones? Están en Cristo. ¿Cómo obtenerlas? Sólo hay un modo de obtenerlas. Tenemos que estar donde ellas están. Veamos lo que dice Efesios más adelante:

*Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar con Él, en lugares celestiales en Cristo Jesús (Ef 2:6, RVG).*

Hay que notar la fuerza que existe en la declaración de Pablo. Él dice que realmente estamos sentados en lugares celestiales. Nos miramos a nosotros mismos y decimos: “No es cierto, estoy sentado aquí en la tierra leyendo este libro”. ¿Qué quiere decir Pablo? Está haciendo hincapié en el hecho de que la vida del cristiano está unida con la vida de Cristo. La misma vida que existe en los dedos de mis pies, existe también en los dedos de mis manos, por lo tanto, dondequiera que los dedos de mis pies van, también van los dedos de mis manos. Eso es lo que Pablo quiere decir. Él está diciendo: “Si Cristo es tu vida, dondequiera que Cristo está, allí también estas tú”.

Ahora veamos una declaración muy interesante en el libro de Corintios:

*Así también está escrito: “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu*

*vivificante” (1 Cor 15:45).*

Para poder entender correctamente lo que significa estar “en Cristo”, primero hay que entender lo que significa estar en Adán. Observemos que este versículo habla de dos Adanes; hay un primer Adán y un segundo Adán. Por supuesto, el último Adán se refiere a Jesucristo, pero la pregunta es: ¿Por qué es Cristo llamado el segundo Adán? Ahora bien, sabemos que Adán, el primer hombre, fue colocado en un jardín y se le dio una hermosa esposa. Ninguna de estas cosas se aplica a Jesús; sin embargo, se le llama “el segundo Adán”. Dios está intentando decirnos algo. Cuando contemplamos a Adán podemos aprender algo acerca de él que a la vez nos ayuda a entender algo acerca de Cristo. En el libro de Romanos Pablo dice:

*No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán; el cual es figura del que había de venir (Rom 5:14).*

Aquí dice que Adán era una “figura de Cristo”. De alguna manera, Adán y Cristo son similares. Romanos 5 nos da la clave para entender por qué decimos que Cristo es el segundo Adán. Dice así:

*Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos (Rom 5:19).*

Veamos ese versículo de nuevo. Dice: “Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores. Así está traducido en varias versiones de la Biblia. El versículo no está simplemente diciendo que algunos fueron hechos pecadores, está comparando dos grupos de personas. En un lado está el que y en el otro lado están los muchos. ¿Quién es “el que”? ¡Es Adán! ¿Y quiénes son “los muchos?” Los muchos son el resto de la humanidad.

Cuando un hombre desobedeció, ¿qué sucedió con los muchos? Se convirtieron en pecadores. No fueron sus propias acciones ni su conducta lo que los convirtió en pecadores. ¡No! Fue la desobediencia de un hombre que hizo que los muchos se volvieran pecadores. Por supuesto, eso no parece ser equitativo o justo, pero no es una

cuestión de justicia, sino la forma en que la ley de consecuencias opera en el universo. La elección de un hombre afectó a todos sus descendientes. Todos nacieron bajo el pecado de Adán.

Cuando nacimos, no fue culpa nuestra haber nacido pecadores, sino que Adán nos había transmitido el problema del pecado y teníamos que enfrentarlo. Si un niño nace con el SIDA no puede ser su culpa. De algún modo tiene que ser la culpa de sus padres. No es cuestión de quién es responsable, pero aun así, es la realidad que ese niño tiene que vivir.

Dios creó a un hombre, y cuando lo creó, toda la vida humana estaba en esa persona. Dios no creó a cada persona individualmente. En vez de eso, creó una vida humana y la vida de todos los seres humanos fue creada en esa vida. Esa misma vida ha sido multiplicada y transmitida a través de los siglos. Todos somos partícipes de la vida de Adán, y en este sentido, todos somos en Adán. En otras palabras, por ser todos partícipes de esa vida, somos también parte de la existencia de Adán.

Pero, si todo somos partícipes de la vida de Adán, ¿qué clase de vida esperamos tener? Si algo nace de una cabra, ¿esperamos que sea un gato? Adán sólo podía engendrar a su propia imagen. A pesar de que había sido hecho a semejanza de Dios originalmente, pervirtió esa imagen, y esa imagen pervertida es lo único que podía transmitir a sus hijos.

Ahora bien, somos la presa legítima de Satanás. Ya no tenemos ningún derecho a nacer con la vida de Dios. Por lo tanto, todos nacemos sin el espíritu de Dios. Esta es la herencia que hemos recibido de Adán y es importante entenderlo. La razón por la cual la humanidad en su estado natural hace lo malo, no es porque los hombres no intentan hacer lo bueno. Es sencillamente porque los hombres están viviendo la realidad de la vida de Adán. Esta vida en nosotros es una vida corrupta, y no es posible vivir ninguna otra vida sino la que tenemos. Es en este sentido que, como dice la Biblia, somos constituidos pecadores por lo que hizo Adán. No quiere decir que somos constituidos culpables por los pecados de otro hombre. Significa que somos hechos pecadores e indefensos, incapaces de hacer nada bueno. Nos convertimos en una clase de seres llamados "pecadores".

Muchos años atrás asistí a un servicio de graduación. El orador seguía repitiendo: “Están convirtiéndose en lo que ya son”. Mientras escuchaba pensé: “¿De qué habla este hombre?” “¿Cómo puede convertirse uno en algo que ya es?” En ese momento, sus palabras no tenían sentido, pero ahora, al entender la verdad de los dos Adanes, me doy cuenta que es cierto lo que decía ese orador. Si todos heredamos la vida corrupta e incapaz de Adán, entonces el hecho es inescapable: Mientras que todo lo que tengamos sea esa vida, mientras estemos “en Adán”, entonces, mientras más vivamos, y más esfuerzos hagamos, todo lo que podemos hacer es manifestar más plenamente la vida que ya poseemos. Sólo podemos convertirnos en lo que ya somos. Nada de lo que el hombre puede hacer o ha hecho alguna vez ha podido cambiar jamás la naturaleza humana. Los esfuerzos del hombre nunca han producido vida nueva.

En Hechos 17 vemos la siguiente declaración:

*Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación (Hch 17:26).*

Podemos ver que esto es una verdad perfecta. Somos hermanos y hermanas no sólo en el aspecto espiritual, sino también físicamente. Si pudiésemos ir hacia atrás suficientemente lejos en el tiempo, resultaría que todos tenemos los mismos abuelos. Sin embargo, a pesar de este parentesco familiar, a menudo luchamos unos contra otros, porque esa es la naturaleza de la vida de Adán. No hay paz en esa vida, no hay armonía. Como un cáncer en el cuerpo, la vida de Adán lucha contra sí misma.

Una vez miré un video de un perro masticando un hueso cuyo comportamiento era absurdo. Mientras mordía el hueso, su pata trasera avanzaba hacia su boca como si tuviera mente propia. El perro le gruñía a su propia pata, pero al ver que la pata se acercaba al hueso, el perro daba la vuelta y comenzaba a morder su propia pata. Ocurrió una y otra vez. Yo miré al perro y pensé: “Igual se comporta la raza humana”. La cuestión es que, podemos decir que el comportamiento de este perro es una locura, pero a menudo la humanidad no se da cuenta de que así exactamente se comportan los que tienen la vida de Adán, luchando contra su propia vida. Esta es la conducta natural de la

vida caída de Adán.

El punto principal es el siguiente: ¿Por qué somos como somos? ¿Es porque intentamos ser de esta manera? ¡La respuesta es no! No es debido a nuestros esfuerzos, ni siquiera porque es nuestra elección. ¡Es porque nacimos así! ¡La acción de un solo hombre nos afectó a todos! Estamos condenados a pecar porque somos los descendientes de Adán y esta condenación ha caído sobre la raza humana por culpa de un solo hombre. ¿Qué tenemos que hacer para ser condenados? ¡Sólo tenemos que nacer!

Cuando digo “condenación”, no quiero decir que Dios nos condena; no quiero decir que somos culpables de lo que Adán hizo. Para que una persona sea culpable, tiene que haber decidido violar una ley conocida. Dios no nos condena por lo que otra persona hizo, sino que nuestra condición nos condena. El niño que nace con SIDA está condenado a morir; la enfermedad del niño lo condena; así también nuestra condición nos condena. La Biblia da a entender esto cuando dice:

*Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida (Rom 5:18).*

En esta condición, es imposible para nosotros vivir una vida recta, y tarde o temprano, vamos a morir en esta condición perdida, a menos que algo suceda que nos dote de una vida nueva. Lo que nos condena es la vida que poseemos.

Si la gracia de Dios, en Cristo, no hubiese intervenido al mismo tiempo que Adán tomó del fruto, habría caído muerto. Sin esa intervención, cuando la vida de Dios se retiró espiritualmente, la vida física habría terminado de inmediato y toda la raza humana habría muerto en Adán. Pero Jesús se interpuso entre la humanidad y la muerte eterna. Llevó la maldición sobre sí mismo y obtuvo un período de prueba para todos nosotros. Con su sacrificio, dijo: “A pesar de que están muertos espiritualmente, voy a preservar su vida física por un tiempo; voy a darles la oportunidad de encontrar el camino de regreso a la vida espiritual. Es por eso que todos llegamos a la edad de setenta u ochenta años de vida. Nuestros días en la tierra son una oportunidad para hallar el camino de regreso a la vida, a través de

Cristo, porque todos nacimos muertos.

Es interesante notar que Dios nunca prometió reparar la vida de Adán. La vida cristiana no es una vida remodelada. La Biblia deja en claro que la vida de Adán tiene que morir.

*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas (2 Cor 5:17).*

¡Habiendo nacido en Adán, nuestra mayor necesidad es tener una vida nueva! La vida antigua está condenada y no se puede reparar. ¡Tiene que morir! Pero, ¿dónde vamos a conseguir esta vida nueva? Para que se nos pueda transmitir, tiene que haber una fuente original de donde procede esta vida. Adán fue la fuente de la cual se transmitió toda la vida humana caída, pero esta vida se corrompió hasta la muerte. Ahora que necesitamos una vida nueva, ¿qué nos da Dios? ¡Nos da un segundo Adán! Nos da a alguien más que es la fuente de vida nueva. Si podemos entender esto, sabremos por qué a Jesús se le llama el último Adán. No es porque fue puesto en un jardín con una hermosa mujer, sino porque él es la fuente de vida nueva. Él es el Padre de una nueva raza humana.

### **Sólo por nacimiento**

Ahora bien, mientras consideramos lo que significa estar en Cristo, hay otro principio que necesitamos entender. La vida se transmite de una persona a otra por nacimiento, y sólo por nacimiento. La única persona que ha sido una excepción es Eva, porque no tuvo un nacimiento. Ella recibió su vida a través de la costilla de Adán.

En Isaías 9 Jesús es llamado “Padre eterno”.

*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz (Is 9:6).*

Jesús no es el Padre en la Deidad, es el Hijo del Padre. Pero este concepto de los dos Adanes deja en claro el verdadero significado de este versículo. Jesús es el Padre eterno, pero, ¿de quién? Es el Padre de todos los que constituyen la nueva creación, ¡la nueva raza humana! Es el segundo Adán y de él procede una nueva raza de gente que ha nacido de nuevo en Cristo. En este sentido, él es el

padre de esa raza, es el último Adán.

Consideremos lo que esto significa. Hay un paralelo entre los dos Adanes. Uno nos condujo al pecado, el otro a la justicia. Cuando Adán tomó de la fruta prohibida, ninguno de nosotros había nacido, no teníamos conciencia, pero nuestra vida estaba allí y cuando nacimos miles de años después, naturalmente empezamos a vivir la vida caída de Adán. ¿Qué otra opción teníamos? Ninguna. Simplemente obedecimos lo que nuestra naturaleza nos exigía hacer.

Consideremos ahora al segundo Adán. ¿Obra su vida de la misma manera? Si nacemos de nuevo en el segundo Adán, ¿qué determina cómo vivimos? ¡Es la vida de él! ¡No es nuestro esfuerzo! Nuestro esfuerzo no determinó cómo vivíamos cuando estábamos en el primer Adán. Fue la naturaleza al seguir su curso la que dictó quiénes éramos. De igual manera, cuando somos parte del segundo Adán, nuestro esfuerzo no produce la vida que vivimos. Nuestro comportamiento es el resultado natural de nuestra nueva naturaleza siguiendo su curso.

### **La vida en Cristo**

Todas las cualidades que Jesús posee son parte de su vida. No hay ningún pecado, no hay ninguna condenación en él. Esta vida está en Cristo, a la diestra de Dios, el lugar de infinito poder y privilegios, muy por encima de todo principado y potestad. Estas son las cualidades que son una parte intrínseca de esta vida en Cristo. No tenemos que luchar para obtener estas cosas maravillosas, ya son nuestras, están presentes en Cristo. La única pregunta es: ¿De quién es la vida que tenemos? Esa es la única pregunta. Nuestra liberación y nuestra victoria no dependen de nuestras obras, sino de la vida que hemos heredado.

Nótese que lo que hizo Adán [comer del fruto], fue hecho antes de que nadie naciera. Del mismo modo, lo que hizo Cristo fue antes de nuestro nacimiento. Pero, cuando nacimos en Adán, el comportamiento evidente en nuestras vidas era simplemente una manifestación de la naturaleza que Adán había recibido debido a su transgresión miles de años atrás. Del mismo modo, cuando nacemos en Cristo, lo que aparece en nuestras vidas no es mas que una manifestación de lo que Cristo hizo hace dos mil años. Así, Pablo pudo decir: “Estoy crucificado con Cristo”, y cada cristiano puede decir lo mismo. Si me preguntan: “¿Cuándo te

crucificaron? ¿Cuándo murió en ti la vida de Adán?” Responderé: “Hace dos mil años”, porque la vida que poseo fue crucificada hace dos mil años”. Si me preguntan: “¿Cuál es tu relación con Dios?” Diré: “Somos uno”. La vida que poseo es una con la vida de Dios, porque la vida que tengo es la misma vida de Cristo.

Cuando vine a Dios, reconociendo que era hijo de Adán, mi pregunta fue: “Quién soy yo para acercarme a Dios?”. No importa de qué forma lo intentaba, era difícil creer que él me escucharía; me sentía tan indigno que difícilmente podía creer que recibiría una respuesta. Pero, cuando Jesús ora, su oración es perfectamente aceptable. No hay ningún obstáculo que se interponga para impedir que Dios responda a su oración. Hay gran poder en la oración cuando oramos en Cristo. No hay diferencia entre la manera que Dios trata con nosotros y la que trata con Cristo porque compartimos la misma vida. Somos realmente uno. Pensarlo es algo maravilloso, creerlo es aún más maravilloso.

Así ocurre con estos dos Adanes. Las vidas que vivimos fueron predeterminadas, incluso antes de nuestro nacimiento. Es por eso que la Biblia dice que un hombre nos hizo a todos pecadores (Rom 5:19). Al momento de nacer, comenzamos a vivir como pecadores porque esa era ya nuestra condición. No podíamos remediarlo.

Por otra parte, para experimentar la vida de Cristo, tenemos que experimentar el nuevo nacimiento. ¿Cómo nacer de nuevo? Por el lado del primer Adán, nuestra vida se transmite por medio de una relación sexual. Pero, ¿cómo se imparte la vida del segundo Adán? Es por medio de la fe. Es por medio del Espíritu Santo que su vida es impartida, pero nuestra contribución es creerlo. Por lo tanto, a pesar que Cristo ha hecho todo esto, si vamos a experimentarlo, tenemos que nacer de nuevo, y la fe nos lleva a esa experiencia.

Adán logró la condenación para todos los hombres. Lo hizo por todos nosotros, pero nadie lo va a experimentar a menos que nazca. Del mismo modo, a pesar de que Jesús obtuvo la liberación para todos nosotros, nadie lo va a experimentar a menos que haya nacido en Cristo.

Por lo tanto Jesús dijo:

*Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar*

---

*al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios (Jn 3:17 y 18).*

¿Qué tenemos que hacer para ser condenados? ¡Nada! Sólo tenemos que quedarnos así como estamos. Nacemos en la incredulidad; todo lo que hay que hacer es mantenernos sin creer y vamos a continuar en esa condenación donde Adán ya había puesto a toda la humanidad.

No estamos en este mundo para mantener una posición neutral, libres para escoger entre dos bandos. Algunos piensan que estamos en una especie de posición intermedia, y que podemos elegir libremente un lado o el otro. Esto es una falsa idea. Puede haber sido cierto de Adán, pero no estamos en su lugar. Nacemos y vivimos nuestras vidas del lado de Satanás. Nuestra única opción es escapar de ese lado, y la única manera de escapar es recibir la vida de Cristo. Si no creemos, seguimos condenados, pero si creemos, nuestra fe se aferra a la vida de Cristo para escapar de la vida de condenación.

El evangelio es realmente muy simple. En esencia, es lo siguiente:

*Y la escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti seran benditas todas las naciones (Gál 3:8).*

El evangelio fue predicado a Abraham, y, ¿qué era éste evangelio? Veamos lo que dice: En un hombre, todo el mundo es bendecido; este es el evangelio. Nuestras vidas, nuestras bendiciones, ¡todo está en una sola persona!

Cuando leo la Biblia, me doy cuenta de que, en cierto sentido, Dios sólo va a salvar a un hombre. Todos vamos a ser partícipes de esa salvación, pero el plan de Dios es salvarnos a todos como partes de una persona. Hay un solo hombre justo, uno que merece el favor de Dios, uno que conquistó el pecado. Nuestra única esperanza es unirnos a esa vida.

*Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo (1 Jn 5:11).*

La realidad:  
La vida de Cristo en nosotros

## Capítulo 4

## El Espíritu Humano

Algunas de las preguntas que han fascinado al hombre durante todo el tiempo de su existencia son: “¿Qué es el hombre?” “¿Cuál es su verdadera naturaleza?” Por supuesto, es evidente que el hombre es muy superior a los animales. Puede pensar, razonar, y tener sentimientos y emociones que lo han colocado en un nivel infinitamente superior al de cualquier otra criatura en el planeta tierra.

El hombre ha podido examinar su cuerpo y ha descubierto que, en su constitución física, no es muy diferente de otros seres vivientes. De hecho, algunos de los animales más altamente desarrollados son muy similares al hombre. Sin embargo, es en el área de la mente donde aparece la gran diferencia. El hombre posee una cualidad, una capacidad acerca de la cual poco conoce y que tiene dificultad para definir, pero que lo hace más que simplemente otro animal.

Todos sabemos que tenemos una mente, que somos capaces de funciones que no se pueden explicar sencillamente de forma biológica. Es esta cualidad mental lo que ha desconcertado al hombre, pero a la vez le ha dado la capacidad de controlar el planeta en que vive.

¿Qué es esta cualidad que llamamos mente, y de dónde procede?

Por lo que puedo recordar, crecí con la creencia de que el hombre está formado por dos componentes, el polvo de la tierra y el aliento de vida. Me señalaron a Génesis 2:7 como la base sobre la que se podría establecer esta creencia.

*Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en un alma viviente (Gén 2:7).*

Esta idea parecía tener sentido. Era fácil imaginar lo que había sucedido cuando el hombre fue creado: Primero que todo, allí yacía el cuerpo sin vida, formado del polvo; luego Dios comenzó el proceso de la respiración, y cuando el hombre comenzó a respirar, se convirtió en un alma viviente. De manera que me dieron a entender que el hombre

no es más que un pedazo de tierra que respira.

Tal vez no todo el mundo fue educado de esta manera, pero en la situación religiosa en la que me crié, esta era la manera de enseñarlo. Siempre pensamos que era importante que la gente entendiese esto.

Cuando me convertí, a los 22 años, se me ocurrió una pregunta para la cual no podía encontrar respuesta. La pregunta es esta: Si fuese a morir, ¿sería yo personalmente quien regresaría en la resurrección? Si fuese a morir, evidentemente mi cuerpo volvería a la tierra, volvería a las mismas moléculas de las que procedió. Por lo tanto, si todo mi cuerpo no era sino un pedazo de tierra que respiraba, ¿Cómo iba Dios a traer de regreso a la misma persona en la resurrección? ¿Volvería a ensamblar las mismas moléculas y los mismos átomos que anteriormente formaban mi cuerpo para traerme de vuelta a la vida?

Me di cuenta de que la respuesta tenía que ser no. Las mismas células que constituyen nuestros cuerpos cambian todos los años. El cuerpo que tengo ahora no está formado de las mismas partículas atómicas de las cuales estaba formado diez años atrás. En realidad, durante la vida de una persona, la mayoría del material que compone su cuerpo ha cambiado varias veces. Es incluso posible que lo que forma a una persona hoy, en términos de las moléculas y los átomos reales, haya sido parte del cuerpo de otra persona en el pasado.

De manera que, la pregunta que se quedó fija en mi mente y que se mantuvo persistente fue: ¿De qué estoy formado?

Hice preguntas a los que yo pensaba que deberían saber, pero me dijeron: “Dios puede traer de vuelta a alguien exactamente como tú”. Por supuesto, cuando escuché esto, realmente me preocupé porque parecía que iba a tener un hermano gemelo que iba a aparecer en la resurrección en mi lugar, personalmente. Otros me dijeron: “No es necesario que sepas cómo sucede. Dios es capaz de hacerlo y eso es todo de lo que necesitas preocuparte”. Esta respuesta tampoco me satisfizo. No creía que era un error buscar entendimiento.

Así que, por supuesto, empecé a estudiar cuidadosamente, y para mi alivio, me enteré de que la Biblia tenía una respuesta precisa a mi pregunta. Enseña con toda claridad que el hombre es más que un cuerpo que respira. Descubrí

que también hay una parte en el hombre llamado espíritu, y que esta es la parte crítica del hombre. Cuando la Biblia dice que Dios sopló en el hombre aliento de vida, no sólo habla de viento o aire. No somos solamente un pedazo de tierra que respira, somos mucho más. La palabra traducida como “aliento” en Génesis 2:7 es la palabra hebrea “neshama”, y puede ser traducida de varias formas. La misma palabra tiene varios significados diferentes. Según el diccionario hebreo Strong, algunos de los significados son viento, aliento, espíritu, alma. De manera que la palabra puede ser traducida también como “espíritu”. Sería adecuado leer el versículo así: “Dios sopló en su nariz el espíritu de vida” Creo que este es el verdadero significado del versículo.

Dios no estaba diciendo simplemente que el hombre, como un pedazo de tierra, comenzó a respirar. No, él también nos estaba diciendo que había colocado una mente o un espíritu en el hombre, una parte interna de su ser que era vital para su constitución.

Otra vez en el Nuevo Testamento encontramos la misma verdad. Examinemos algunos otros versículos que muy claramente refuerzan esta enseñanza:

*Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Sant 2:26)*

Allí dice que el cuerpo sin espíritu está muerto. La palabra griega pneuma, que se traduce como “espíritu”, también se traduce como “aliento” y “espíritu”. Un ministro me dijo una vez: “No hay ningún lugar en la Biblia que diga que el hombre se compone de dos partes. Cuando la Biblia habla del espíritu del hombre sólo quiere decir aliento”. Es evidente que este ministro no estaba familiarizado con los siguientes versículos. En Eclesiastés leemos:

*Entonces el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio (Ecl 12:27).*

Este versículo está hablando de lo que ocurre cuando un individuo muere, y menciona dos aspectos de la persona: el polvo y el espíritu. El polvo vuelve a la tierra, pero, ¿qué pasa con el espíritu? Regresa a Dios. ¿Está hablando solamente acerca del aire que respiramos? ¿Está diciendo que cuando una persona muere el aire que respiraba sube a Dios? Eso es lo que algunas personas creen, pero hay mucha evidencia en la Biblia que indica lo contrario. Ob-

servemos lo que enseñan estos versículos:

*Ciertamente yo, como ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús (1 Cor 5:3-5).*

En la iglesia de Corinto había un hombre que había tomado la mujer de su padre y Pablo estaba muy molesto por eso. Aquí él estaba aconsejando a la iglesia en cuanto a lo que debía hacer al respecto, y esto es lo que él dice: tres veces habla del espíritu, y en ninguna de esas ocasiones está hablando sencillamente del aire que sale de las fosas nasales. En primer lugar, dice: “Estoy ausente en el cuerpo, pero presente en el espíritu”. Después dice: “Cuando estén reunidos, mi espíritu estará allí con ustedes”. No está hablando de aliento. Por último, dice: “Entreguen esa persona a Satanás para que su cuerpo sea destruido a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor”.

Hay algo que se llama espíritu y tal vez nosotros no podemos explicar lo que es, pero la Biblia afirma que existe, que es una parte de la constitución de cada ser humano. Pablo dice que, a pesar de que el cuerpo puede ser destruido, es posible que el espíritu sea salvo.

Notemos las palabras de Jesús mientras moría en la cruz:

*Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró (Lucas 23:46).*

Él no estaba preocupado por su cuerpo sino por su espíritu, fuese lo que fuese. Del mismo modo, cuando Esteban estaba muriendo, sus últimas palabras fueron: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hechos 7:59). Él no estaba diciendo, “toma el aire que estoy respirando”. Había otra parte de su verdadero yo, y le estaba pidiendo a Cristo que lo preservara.

Cuando cada uno de nosotros nace, tenemos un cuerpo, pero también tenemos una facultad que nos permite pensar y aprender. Nacemos con una mente, y a medida que crecemos, empezamos a desarrollar el carácter. ¿Tiene que

ver sólo con los cuerpos que tenemos o hay algo más? Cuando un niño nace, comienza a comportarse de cierta manera y no tiene que ver solamente con la clase de cuerpo que posee. Aún los gemelos idénticos desarrollan personalidades diferentes; es algo más que simplemente el cuerpo. A veces lo llamamos “mente”, a veces lo llamamos “espíritu”, pero todos sabemos que estos cuerpos no son nuestra verdadera identidad. No son el componente crítico que hace de nosotros lo que somos. Hay algo más.

### **Una ilustración útil**

Hace muchos años, leí una ilustración que nos da una idea razonable de la relación entre el espíritu y el cuerpo.

Todos sabemos lo que es una grabadora. Requiere dos componentes para poder funcionar. Uno de ellos es la grabadora misma, y el otro es un cassette. Al comienzo de una presentación podemos colocar un cassette en blanco en una grabadora y presionar el botón “grabar”. A continuación, comenzará a grabar cualquier sonido que se genere. Al final del programa, podríamos quitar el cassette, tomar la grabadora y sepultarla a seis pies de profundidad en el suelo. Sin embargo, mientras tengamos ese cassette, cada sonido hecho durante la presentación se conserva, y un día, si tomamos ese mismo cassette y lo ponemos en una grabadora diferente, volverá a tocar exactamente la misma cosa.

Este ejemplo ilustra la relación entre el cuerpo humano y el espíritu. El espíritu se puede comparar con el cassette, mientras que el cuerpo se puede comparar con la máquina de grabación. ¿Puede funcionar el cassette sin la grabadora? No puede funcionar sin ella. No obstante, cuando uno lo pone en cualquier otra grabadora, inmediatamente lo que estaba grabado cobra vida. Si los separas, otra vez, los dos mueren. El uno no puede funcionar sin el otro.

Así, durante nuestras vidas, nuestra personalidad entera, y nuestro carácter están “grabados” en nuestro espíritu. Todo lo que hace de una persona un individuo único se imprime en su espíritu. Cuando él muere, el cuerpo vuelve a la tierra de la que procedió, pero el espíritu, la parte realmente esencial de la persona, se conserva en un estado inconsciente. Dios preserva este espíritu hasta el momento de la resurrección cuando lo restaurará a un nuevo cuerpo. La persona entonces volverá a la vida con su exacta person-

alidad, su carácter, sus recuerdos, etc., a pesar de que su cuerpo será diferente.

Nunca he visto un espíritu. No se lo que mi espíritu es, pero la Biblia declara que existe y mi entendimiento dice que tiene sentido. Desde luego, cuando una persona está muerta, su espíritu no puede caminar ni volar por ahí y asustar a la gente, como algunos creen. Necesita un cuerpo para poder funcionar. Pero un día Dios lo pondrá en un nuevo cuerpo. Para los justos, será un cuerpo mucho mejor, pero es la misma personalidad la que reaparecerá. Será la misma persona la que volverá, ¡y no sólo alguien exactamente como ella!

Ahora bien, esta es la composición del hombre, explicada sencillamente, y cuando lo comprendemos, comenzamos a apreciar cuáles son en realidad nuestros problemas, y a entender cómo abordarlos. Empezamos a entender que nuestra verdadera dificultad no es el estado de nuestros cuerpos, sino el estado de nuestros espíritus o nuestras mentes. El espíritu es lo que controla y se manifiesta a través del cuerpo. Para tratar con el problema del pecado, hay que tratarlo a nivel del espíritu.

Podríamos cambiar la apariencia de nuestro cuerpo, cambiar nuestros peinados, o decorar nuestros rostros. Podríamos hacer crecer nuestros músculos levantando pesas, y ajustarnos físicamente, pero la verdad es que podemos hacer muy poco para cambiar la clase de espíritu con el que nacemos. Si lo entendemos así, desde el mismo comienzo, entonces reconoceremos que cualquier cambio real en nuestro espíritu tiene que ser obra de Dios; no es algo que el hombre puede lograr.

La comprensión de esta verdad es muy importante. No sólo nos da un fundamento desde el cual podemos comenzar a entender la naturaleza de Dios más perfectamente, sino que nos ayuda a entender cuál es en realidad nuestro problema.

---

## Capítulo 5

# El Espíritu de Dios

*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Gén 1:26 y 27).*

Aquí vemos que el hombre fue hecho a imagen de Dios. Sabemos que Dios tiene una forma visible, y que esta forma es similar a la del hombre. En la Biblia, hay diversos lugares en que varias personas tuvieron visiones de Dios y, en todos los casos, se apareció en la forma básica de un hombre. Uno de estos lugares está en el libro de Daniel 7:9, donde dice:

*Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; y su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente (Dan 7:9).*

Aquí Dios es representado teniendo cabello blanco. En Apocalipsis 5:1, dice que tiene manos. Así, vemos que tiene una forma como la nuestra, o tal vez es mejor decir que nosotros tenemos una forma como la de él. Pero, ¿es sólo físicamente que fuimos hechos a imagen de Dios? Al leer la Biblia, vemos que somos semejantes a él de varias otras maneras. Tenemos sentimientos, Dios tiene sentimientos; amamos, él ama; podemos afligirnos, él se aflige. Él tiene emociones como nosotros, pero la Biblia también enseña que, espiritualmente, Dios es similar a nosotros. Cuando digo similar, no estoy indicando en modo alguno que somos iguales. Por supuesto, somos muy inferiores, infinitamente inferiores, pero el modelo está allí. Recibimos la forma de alguien, física, mental y espiritualmente. Fuimos diseñados según el modelo, Dios nuestro Creador.

La conclusión lógica es que podemos aprender algunas lecciones acerca de cómo es Dios, simplemente estudiando

cómo es el hombre. Algo importante que hemos aprendido es que el hombre está compuesto de cuerpo y espíritu, y que las dos partes constituyen una persona, no dos personas diferentes. Leamos un versículo más, que subraya este punto:

*En el segundo año del reinado de Nabucodonosor, tuvo Nabucodonosor sueños, y se perturbó su espíritu, y se le fue el sueño (Dan 2:1).*

Aquí dice que Nabucodonosor tuvo un sueño, que hizo que su espíritu se perturbara. ¿Qué quiere decir “su espíritu se perturbó”? ¿Fue que su aliento se perturbó? ¡Por supuesto que no! ¿Quería decir que sus rodillas chocaban entre sí? ¡No necesariamente! ¿Era que sudaba mucho? ¡no realmente! ¿Qué estaba perturbado? ¡Era su mente la que estaba perturbada! Interiormente, él estaba perturbado. Aquí vemos que la Biblia usa la palabra espíritu en relación con personas. Se refiere a la parte interior de una persona, a su mente. Al leer este versículo, nadie creería que significa que un amigo o un hermano de Nabucodonosor estaba agitado. Entenderíamos que era Nabucodonosor mismo el que estaba preocupado, pero a un nivel interno. Entender esto nos ayuda grandemente a tener algún tipo de comprensión de la naturaleza de nuestro Creador.

Vayamos ahora a la siguiente declaración en Corintios:

*Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios (1 Cor 2:11, RVG).*

Nadie conoce lo que hay en un hombre, excepto su espíritu. ¿Sabe alguien realmente cómo es otra persona? ¿Qué clase de persona soy yo realmente por dentro? ¿Soy realmente cristiano? ¿Qué soy en los momentos en que nadie me está mirando? Aparte de Dios, yo soy la única persona que realmente sabe qué soy. Pero, ¿es mi cuerpo físico el que conoce el interior de mi mismo? ¡No! En mi mente, mi espíritu, yo se lo que soy. Nadie conoce las cosas de un hombre excepto su propio espíritu.

Ahora bien, el versículo dice: “Así también (es decir, de la misma manera), nadie conoce las cosas de Dios sino el espíritu de Dios”. Este versículo está comparando claramente dos cosas: Cómo se relaciona con el hombre el

espíritu del hombre, por una parte, y cómo se relaciona con Dios el espíritu de Dios, por otra. Éste es uno de los más claros versículos de la Biblia, y nos ayuda a comprender lo que es el espíritu de Dios. Si el espíritu del hombre no es una persona separada del hombre mismo, entonces el espíritu de Dios no es una persona separada de Dios mismo. De lo contrario, el versículo no tendría sentido. Pablo está diciendo que “el espíritu del hombre se relaciona con el hombre de la misma manera que el espíritu de Dios se relaciona con Dios”. El espíritu del hombre no es una persona separada de sí mismo, y el espíritu de Dios no es una persona separada de sí mismo. Así, pues, Dios tiene espíritu y el hombre tiene espíritu. El espíritu de Dios es Dios mismo, pero no su cuerpo. El espíritu del hombre es el hombre mismo, pero no su cuerpo. Ahora bien, cuando comprendemos esta verdad, hemos puesto el dedo en una de las grandes claves para entender el tema de la justificación por la fe.

Examinemos algunos otros hechos que nos ayudan a establecer mejor lo que es este espíritu de Dios. En 1 Reyes tenemos una descripción de la ocasión en que Salomón dedicó el templo. En el versículo 27, Salomón habla de la omnipresencia de Dios, su capacidad para estar en todas partes al mismo tiempo. Él dijo:

*Pero, ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, y los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? (1 Re 8:27).*

Salomón sabía que Dios se sienta en un trono en el cielo, pero aun así, dijo: “Los cielos, y los cielos de los cielos, no te pueden contener”. Lo que quería decir era: “Esta forma que está sentada en el trono no es todo lo que hay de Dios. Hay más que no se puede ver. Hay una facultad por medio de la cual Dios va más allá de su cuerpo y llega a todas partes del universo”.

Hablaba una vez con un hermano, y él me dijo: “Dios está presente en todas partes, pero no personalmente. Es por medio de sus ángeles que está presente en todas partes. Hay ángeles en todas partes, los cuales lo ven todo y después le informan a Dios”. Cuando me dijo eso, me di cuenta de que su concepto de Dios era muy limitado. Pero la verdad es que muchos otros cristianos tienen una creen-

cia similar. Aunque creen que Dios está presente por medio del Espíritu Santo, ¡creen que éste es una persona diferente del Padre! De manera que, el Padre mismo en realidad no está presente en todas partes, es sólo el Espíritu Santo, una persona diferente del Padre. En su modo de pensar, el Padre tiene poder limitado y está presente sólo en su trono en el cielo. El profeta Jeremías dice lo mismo que Salomón.

*¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra? (Jer 23:23 y 24).*

Ahora bien, nótese que Dios no dice que él vive en el cielo y en la tierra, si no que él llena el cielo y la tierra, que él está en todos los rincones del universo. ¿Qué clase de persona es este ser? Cuando consideramos esta cuestión, vemos cuán pequeños somos en realidad y cuán grande es Dios. Dios ha reforzado esta verdad en varios lugares.

En Mateo 10 el Señor dice:

*¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestro cabellos están todos contados (Mt 10:29 y 30).*

Yo no sé cuántos pájaros mueren todos los días. Cuando era un muchacho irreflexivo, maté a muchos de ellos con una honda. Dios conocía a cada uno de los que yo mataba. Aun mientras caminamos todos los días, creo que matamos muchos insectos al pisarlos. Dios conoce a cada uno de los que mueren. Aun más asombrosa es la idea de que Dios lleva la cuenta de los cabellos mismos de nuestras cabezas.

¿Cuántos cabellos hay en mi cabeza? ¿Y qué decir acerca de los cabellos en todas las cabezas en el planeta entero? ¿Sabe Dios realmente cuántos cabellos hay en la cabeza de una sola persona? Este conocimiento es demasiado asombroso. ¿Cómo comprenderlo?

Pero la pregunta es: ¿Cómo lo sabe Dios? ¿Cómo lleva la cuenta? ¡Es porque él mismo está en contacto íntimo y personal con cada una de las partes de su vasta creación. ¡Es porque es omnipresente! ¡Por medio de su espíritu, está en todas partes! Es maravilloso pensar en esto. ¡La sola idea hace que una persona pueda andar en el valle de sombra de muerte sin temor a ningún mal!

Pero consideremos este hecho: Si el Espíritu Santo fuese

una persona separada del Padre, entonces esto implicaría que Dios el Padre en realidad no está presente con nosotros. Significaría que es una tercera persona la que está aquí, no Dios el Padre, significaría que el mismo Padre no es realmente omnipresente. El miembro de la Deidad realmente poderoso sería entonces el espíritu santo. Podemos ver cómo esta idea le quita la gloria al Padre. Aún más, de una manera muy práctica, elimina nuestra relación con Dios el Padre.

Hace muchos años, pensé en estas cosas y, puesto que yo creía que el Espíritu Santo era una persona individual, razoné: “Si yo oro al Padre y al Hijo, ¿por qué no debo orar al Espíritu Santo?”. Así que decidí orar al espíritu santo. Cuando comencé a hacerlo, encontré que mi experiencia religiosa comenzaba a deteriorarse. No podía sentir la presencia de Dios durante mis momentos de oración, como ocurría normalmente, y me preguntaba por qué. Entonces me di cuenta de algo:

Conozco al Padre. La Biblia me dice cómo es. Tengo en la mente una representación de cómo es él. También conozco al Hijo, y también tengo en la Biblia una descripción de cómo es, pero no conozco al Espíritu Santo. ¿Qué me dice la Biblia acerca del Espíritu Santo? Representa al Espíritu Santo por medio del agua, el fuego, el aceite, una paloma, el viento. Ninguna de éstas son cosas que puedo conocer. Estaba tratando de orar a algo que no podía conocer. ¡No es de asombrarse que no pudiera ganar terreno!

Cuando comprendí esto, me ayudó a entender algo más. En la actualidad, en muchas iglesias en que la adoración se centra en el espíritu santo, a menudo hay mucho desorden y extraños comportamientos. La gente salta encima de las bancas, rueda por el piso haciendo mucho ruido, y en general se comporta de una manera muy desordenada. ¿Por qué?

¿Saltó alguna vez Jesús encima de las bancas o rodó por el suelo durante el divino servicio? La gente poseída por demonios se comportaba así, pero Jesús no. ¿Y qué decir acerca del Padre? Todo lo que sabemos de él habla de decencia, orden e inteligencia. Pero, cuando los cristianos tratan de relacionarse con alguien a quien no conocen, es probable que ocurran problemas. ¿Qué saben ellos de la “persona” llamada espíritu santo? ¡Saben que “él” tiene poder! Eso es todo lo que saben de él. ¡Ven poder sin

carácter, poder sin personalidad! Así, pues, su verdadero interés al relacionarse con él es para recibir poder, no carácter.

Esta es la consecuencia lógica de adorar a un dios que no puede conocerse.

Pero, cuando entendemos que el Espíritu Santo es el espíritu del Padre, el instrumento por medio del cual él mismo está presente, nunca actuamos de forma desordenada porque sabemos en presencia de quién estamos.

Como seres humanos, podemos visitar cualquier lugar en el mundo en nuestra imaginación. Al cerrar los ojos, podemos ver, y en cierto sentido experimentar, lugares situados al otro lado del planeta, pero todos sabemos que no es una experiencia real. Las imágenes que vemos, las experiencias que disfrutamos, existen solamente en nuestras mentes. Pero lo que sólo podemos imaginar, Dios es capaz de realizar, ya que, aunque somos semejantes a Dios en el modelo básico, su nivel es de mucho mayor escala. Lo que nosotros sólo podemos imaginar, para él es su estilo de vida normal. Él se sienta en un lugar, pero ¡su fuerza vital, su energía, su personalidad, fluye a todas partes del universo! Este aspecto omnipresente de Dios es lo que la Biblia llama el Espíritu Santo. Mencionemos sólo un pasaje más en el libro de Salmos:

*¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? (Sal 139:7).*

Aquí David explica que el Espíritu de Dios es lo mismo que la presencia de Dios. David entendía que Dios es omnipresente, que nunca habría un lugar en el universo, donde él pudiera ir, que Dios no estuviera. Es importante entender esto. Cuando lo entendamos, nuestra relación con Dios cambiará y nuestra adoración cambiará. Tendremos una base desde la cual podremos entender la verdad de la justicia en Cristo.

Un versículo lo enlaza todo. En 1 Corintios el apóstol afirma:

*Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él (1 Cor 6:17).*

Consideremos cuidadosamente lo que este versículo está diciendo. ¿Cómo unimos dos piezas de hierro? Por medio de soldadura. ¿Cómo unimos dos plantas? Por medio de injer-

---

tos. Pero, ¿cómo pueden unirse dos espíritus? ¡Sólo Dios sabe! Pero Dios dice que así sucede. Podemos ver dos pedazos de hierro fundidos entre sí; podemos ver dos plantas convertidas en una, pero no podemos ver cuando dos espíritus se unen entre sí. Sin embargo, Dios dice que ocurre. Esta parte de Dios viene y se une con esta parte del hombre. Es una de las más maravillosas verdades de la Biblia. Por medio de este proceso, el hombre se convierte en participante de la misma vida de Dios.

## La vida en Cristo

¿Qué es la vida? No hay ningún ser humano que pueda dar una respuesta perfecta a esta pregunta. Si la humanidad pudiera responder a esta pregunta, probablemente podríamos crear vida, pero lo mejor que podemos hacer es describir las características de la vida y mostrar cómo se manifiesta.

Sin embargo, ésta es una pregunta importante porque, en la Biblia, se dice una y otra vez que el problema del hombre es la ausencia de vida. Se describe como muerto y necesitado de vida. Se nos dice que esta vida es la que nos ha sido dada en Cristo Jesús. La pregunta es ésta: ¿Nos ha sido dado algo verdaderamente, literalmente, realmente, o es esto sólo la manera figurada en que la Biblia habla?

Cuando una persona recibe la vida, ¿qué recibe? Por ejemplo, consideremos a Lázaro cuando estaba muerto. ¿Qué faltaba en él? ¿Qué lo hizo quedar sin sentido, qué cerró todas las funciones de su mente y de su cuerpo para que no fuese nada más que un pedazo de tierra? ¿Qué faltaba? ¿Era una chispa de electricidad, un soplo de aire ausente de sus pulmones? Sabemos que no es así. Toda la electricidad y todo el aire del universo no traerán de vuelta a la vida a una persona muerta. La vida es un elemento que sólo Dios posee y que sólo Él puede impartir. Puede que no sepamos qué es, pero sabemos que existe y que es algo muy, muy real.

Tan pronto nace una entidad, sabemos si está viva o no porque están presentes ciertos indicadores que buscamos. En el caso de animales, buscamos movimiento independiente, una respuesta al estímulo – algo que indique que este individuo tiene la capacidad de llevar a cabo ciertas funciones. Si estas funciones se manifiestan, entonces decimos que está vivo; si estas funciones no están presentes, decimos que está muerto.

### **Diferentes clases de vida**

Lo que sea la vida, las plantas, los seres humanos, los animales, los insectos, las aves, los peces, los microbios, todos la comparten por igual. Tal vez toda la vida es la

misma cuando descendemos a la definición básica, fundamental de ella. La misma chispa de energía que existe en la hormiga es la que también imparte vida al ser humano. Una cosa es cierta, sin embargo, y es que la vida se manifiesta de diferentes maneras en diferentes organismos, y en este sentido, podemos decir que hay diferentes clases de vida.

Desde el momento del nacimiento, un ave se comportará como un ave, un pez como un pez, un perro como un perro y un ser humano como ser humano. Hay ciertas clases de conducta que no necesitan ser aprendidas, son inherentes a la vida, son parte integral del organismo que recibe esa vida. En otras palabras, la vida no es algo que se aprende o se desarrolla. Es algo que se hereda, que está presente al nacimiento y que, en sí mismo, tiene las características que determinan cómo se comportará el organismo, qué clase de criatura será. No importa cuánto lo intente ni cuánto aprenda, un perro nunca será un gato. En el mejor de los casos, ¡educar a un perro en la conducta de un gato sólo resultará en un perro muy confundido y pobremente ajustado!

### **Vida espiritual y vida física**

La vida espiritual puede entenderse de más de una manera, por lo tanto, definamos lo que queremos decir cuando hablamos de vida espiritual. Puede referirse al estado de la existencia de seres espirituales – la clase y la calidad de la vida en que existen. Según esta definición, todos los espíritus poseen vida espiritual, incluyendo a Dios, los ángeles, y hasta los demonios. Es una clase de existencia que no es física. Sin embargo, ésta no es la clase de vida espiritual que yo deseo comentar aquí.

Es posible para los seres humanos, en nuestro estado físico, aquí y ahora, recibir cierta clase de vida que llamaremos vida espiritual, y ésta es la que estamos considerando ahora. ¿Cómo definimos esta vida espiritual? En este contexto, de lo que estamos hablando es cierta clase de vida que Dios imparte a los que se entregan a Cristo. Esta vida nos afecta a nivel espiritual, es decir, afecta nuestras mentes, más bien que nuestros cuerpos, y por eso nos referimos a ella como vida espiritual. Esta vida es un don de Dios por medio de Cristo Jesús, y no puede obtenerse de ninguna otra manera.

Una de las cosas más importantes que debemos comprender es la naturaleza de esta vida y cuán real es. También es importante comprender cómo puede obtenerse y recibir esta vida.

### **¿Son lo mismo el espíritu y la vida?**

*Porque el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Sant 2:26).*

¿Qué es lo que hace que una persona muera? La Biblia dice que es la ausencia del espíritu. Esto concuerda con lo que dice Génesis 2:7 con respecto a cómo recibió el hombre la vida inicialmente. Dice que Dios respiró, o sopló en las narices del hombre el “aliento”, o “espíritu” de vida, y que esto fue lo que convirtió al hombre en un alma viviente. La Biblia representa consistentemente al espíritu como el ingrediente clave que convierte en viva a una persona. Las siguientes versículos ilustran esto muy claramente.

*Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diese de comer (Lc 8:55).*

*Y habiendo dicho esto, entregó el espíritu (Lc 23:46).*

*Decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu (Hch 7:59).*

En estos versículos y muchos otros, vemos la clara enseñanza de que el espíritu (lo que sea que es) es el ingrediente vital que le da vida a una persona. Cuando el espíritu desaparece, la persona está muerta. Cuando el espíritu regresa, la persona vuelve a la vida.

Por supuesto, hay muchos cristianos que creen que el espíritu es una verdadera entidad individual, que puede continuar existiendo a un nivel consciente después de que el individuo ha muerto. Creen que, aunque el cuerpo haya dejado de funcionar, el espíritu continúa viviendo y funcionando en un ámbito no físico. Esta es una falsa idea, que no es sustentada por la Biblia, y sienta las bases para muchas creencias erróneas, tal como la teoría que cuando el hombre muere, va inmediatamente a recoger su recompensa, bien en el cielo o bien en un infierno que arde eternamente. También nos orienta a creer que es posible comunicarse con personas muertas o, la idea, igualmente peligrosa, de que espíritu de Dios es una persona individual, independiente de Dios y de Jesús.

En un intento por contrarrestar estas falsas creencias, algunos se han ido al extremo en dirección opuesta. Limitan el espíritu simplemente a los pensamientos y las ideas, y niegan que sea un verdadero componente que consiste de alguna clase de energía, algún elemento literal que no podemos definir. Ambos extremos son falsos y niegan lo que dice la Biblia. Abrazar uno u otro nos conducirá por un camino que, a su debido tiempo, nos obligará a tomar una dirección que nos alejará más y más del camino de la verdad.

Por lo tanto, aunque no podemos definir la vida, sabemos que la poseemos. La vida es algo muy real y literal, y nuestra vida es sencillamente nuestro espíritu. Así también sucede con Dios. La vida de Dios es simplemente el espíritu de Dios.

### **La naturaleza del hombre**

Una de las principales razones de que haya malentendidos y desacuerdos sobre el tema de la justificación por la fe es que hay confusión en relación con la naturaleza del hombre y, por consiguiente, confusión también con respecto al verdadero problema del hombre. Algunos creen que el problema del hombre es en realidad físico y, por tanto, la solución es física. Creen que el verdadero problema de por qué el hombre peca es que tiene un cuerpo débil, caído, pecaminoso, que heredó de Adán. Creen que, si pueden disciplinar este cuerpo con la ayuda de Cristo, podrán dejar de pecar.

Pero la verdad es que la naturaleza del hombre tiene dos lados, el físico y el espiritual. El hombre posee espíritu, mente y cuerpo. ¿Cuál es el verdadero problema del hombre? ¿Qué es lo que realmente lo convierte en esclavo del pecado y enemigo de Dios? ¿Es la carne o el espíritu? ¿Es el cuerpo o la mente? Nótese que Dios nos dice en su palabra:

*Porque la mente carnal es enemistad contra Dios, pues no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede (Rom 8:7).*

Esto está muy claro. El problema del hombre es que tiene una mente carnal, y un espíritu corrupto, incapaz de hacer lo bueno. Los mismos pensamientos del hombre de pecado son perversos y, por lo tanto, es imposible que haga

el bien. El problema no es su cuerpo, sino su mente. El problema del hombre no es físico, sino espiritual, y tiene que ser resuelto a un nivel espiritual, no físico.

*Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios (Mc 7:21).*

Ahora bien, es verdad que, a menudo, la Biblia habla de la “carne” o del cuerpo como si eso fuese el problema. Por ejemplo, Romanos 8:8 dice que los que andan en la “carne” no pueden agradar a Dios. Sin embargo, el siguiente versículo, Romanos 8:9, nos muestra que no está hablando de la carne y la sangre literales, sino más bien de la mente carnal o del espíritu carnal.

*Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Rom 8:9).*

De la misma manera, Romanos 6:6 nos dice que el “cuerpo de pecado” ha sido destruido por medio de nuestra unión con Cristo. Pero es obvio que todavía tenemos nuestros cuerpos de carne y sangre, y ellos todavía son débiles y sufren los efectos del pecado aun después de que nos hacemos cristianos. Por lo tanto, es evidente que la Biblia no está hablando de nuestro cuerpo literal cuando habla de nuestro “cuerpo de pecado”, sino que, nuevamente, está hablando de la mente carnal, la parte espiritual de nosotros, que es nuestro verdadero problema.

### **La naturaleza de la vida del hombre**

¿Cuál es la naturaleza de la vida del hombre, o el espíritu del hombre? Por naturaleza, el hombre tiene una vida que es débil, carnal e inherentemente corrupta. No hay nada que el hombre pueda hacer para remediar esto por sí solo. Es algo que heredó. Es la vida que fue transmitida al ser humano, de generación en generación, durante seis mil años. Las vidas que vivimos reflejan nuestra naturaleza. Cuando recibimos la vida en la concepción, también recibimos nuestra naturaleza. Por lo tanto, un perro se comporta como perro, y un cerdo como cerdo, a causa de la vida que cada uno heredó. De la misma manera, un hombre siempre se comportará como ser humano. Pero, lo que es más

importante, se comportará como pecador, con la tendencia a hacer siempre lo malo, porque nació así. Tiene que ver con la vida o el espíritu que heredó.

Ahora podemos entender que hemos heredado una naturaleza pecaminosa, o un espíritu de pecado, ya que esta naturaleza es la esencia de lo que somos, tanto a nivel físico como a nivel espiritual. Físicamente nacemos con las mismas debilidades genéticas, como es en realidad, el caso de toda la humanidad. Espiritualmente también nacemos con los mismos espíritus corruptos y caídos. Mientras los hombres sean hombres tendrán el espíritu carnal caído, o la naturaleza caída, y serán incapaces de realmente resistir el pecado. Es imposible para cualquier criatura en el universo comportarse en contra de su naturaleza. El hombre nace carnal, y por supuesto, vivirá una vida carnal.

### **Falsa religión**

Una de las características de todas las religiones falsas es que nos motivan a centrarnos en el nivel físico de nuestra naturaleza, o en nuestras acciones externas.

Por medio de la aflicción del cuerpo, una disciplina estricta, ritos y ceremonias, y observancias externas, el hombre trata de resolver el problema de su naturaleza carnal depravada. Pero este es un concepto muy, muy erróneo. Es el fundamento del legalismo, es decir, una religión basada en reglas. Este concepto conduce a la idea de que todo lo que el hombre necesita hacer para vencer el pecado es poner su cuerpo y su mente, en obediencia a una serie de leyes prescritas.

Hay que decirlo una y otra vez. El problema del hombre no es externo. No es la carne lo que necesita cambiar, sino su espíritu o su mente. Necesita un nuevo espíritu. Necesita la mente de Cristo. Por lo tanto, ¿qué vemos? Si lo que necesitamos es un nuevo espíritu, ¿dónde lo obtendremos? ¿Lo crearemos? ¿Lo desarrollaremos? ¿Lo produciremos mediante una vida de esfuerzos? ¿Podemos de nosotros mismos, y mediante nuestros propios esfuerzos, llegar a ser como Cristo? ¡No, no, no! La Biblia dice que podemos obtenerlo solamente como un don de Dios. Esta es una obra sobrenatural. Es algo totalmente fuera de la capacidad del hombre. Si deseamos obtener esta nueva mente, tenemos que recibirla como un don de Cristo, ¡puramente por fe! No hay absolutamente ninguna otra manera. Ningún

esfuerzo humano puede convertir a un pecador en un santo. Ninguna cantidad de disciplina puede transformar una mente carnal en una mente espiritual. Una nueva naturaleza, o una nueva clase de criatura, tiene que ser la obra exclusiva de Dios en Cristo.

*El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios .... El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios (Jn 3:3-5).*

Esta es la respuesta al problema del pecado en el hombre. Es la única respuesta. Todo hombre que espera tener vida eterna tiene que nacer de nuevo porque es la única manera en que el pecado puede ser superado. Tiene que nacer de nuevo del espíritu. ¿Qué significa esto? Recuerdese que el espíritu es la vida. El espíritu del hombre es la vida del hombre, y el espíritu de Dios es la vida de Dios. Lo que Jesús estaba diciendo es que la única manera en que el hombre puede escapar al poder del pecado y ser apto para el reino de Dios es que reciba la propia vida de Dios o el propio espíritu de Dios. Una vida completamente diferente de su propia vida corrupta.

Muchas personas tropiezan con esta verdad maravillosa. Algunos se resisten a la idea de que el hombre pueda participar literalmente de la vida misma de Dios. A ellos les parece una idea blasfema sugerir que el hombre y Dios puedan realmente compartir la misma vida. Temen que ello pueda conducir al hombre a la autoexaltación o que pueda desviarlos hacia la enseñanza del panteísmo. Pero, cuando la palabra de Dios enseña algo con mucha claridad, es necesario que no tengamos temor. Más bien, deberíamos temer rechazarlo. Son nuestros falsos conceptos los que deben ser puestos a un lado, no la palabra de Dios.

*Yo he venido para que tengan vida, y vida en abundancia (Jn 10:10).*

*¿O no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en ustedes, el cual tienen de Dios, y que ustedes no se pertenecen a sí mismos? (1 Cor 6:19, NBLH)*

*Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él (1 Cor 6:17).*

*Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en*

*unidad (Jn 17:23).*

En la Biblia, hay decenas de estos versículos, todos los cuales enseñan la misma gran verdad. El cristiano se convierte en un verdadero hijo de Dios, literalmente, porque recibe literalmente la vida misma de Dios. ¿No es esto lo que sucede cuando los padres tienen hijos? Se convierten en nuestros hijos y nuestras hijas porque reciben nuestra vida, y ésta es la razón por la que se comportan como nosotros de tantas maneras. Así, pues, la palabra de Dios nos dice que esta es la razón por la que nos comportamos como Dios. Es porque tenemos esta vida en nosotros, y esta es una vida que no peca.

*Todo el que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar porque es nacido de Dios (1 Jn 3:9).*

Esta es la verdad. Los hombres no vencen al pecado porque ponen gran empeño en hacer lo que es correcto. No ganan la victoria esforzándose y luchando contra la tentación.

*Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo (Rom 7:18).*

Tales métodos son vanos y frustrantes. Jamás podrán conducir a la victoria porque no podemos resistir nuestra naturaleza. La única esperanza es que podamos recibir una nueva naturaleza o una nueva vida, y esto es lo que sucede cuando Dios nos da su Espíritu Santo. Es su propia naturaleza, su propia vida perfecta, lo que no puede ser tocado por el pecado.

*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Rom 8:2).*

### **¿La palabra o el Espíritu?**

Hay otra pregunta importante que necesita respuesta. ¿Qué es lo que convierte a un pecador en un santo, la palabra de Dios o el Espíritu de Dios? ¿O es que la palabra de Dios es lo mismo que el Espíritu de Dios? Por supuesto, Jesús dijo: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63). Esto puede llevar a la creencia de

que Cristo no vive literalmente en su pueblo y que, en realidad, no es la vida de Dios lo que está unido literalmente a la vida del creyente. Algunos cristianos creen que es leyendo las palabras de la Biblia como somos cambiados. Recibimos las ideas de la Biblia, y esas ideas cambian nuestra forma de pensar, para que nuestras ideas sean semejantes a las de Dios. Este es el significado de decir que tenemos la vida de Cristo. Realmente significa que pensamos de la misma manera que él piensa.

En el libro de Juan Jesús le dice a los judíos:

*Escudriñad las Escrituras, pues a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna (Jn 5:39).*

El significado de esta afirmación se entiende mejor cuando la leemos en una versión diferente de la versión King James. Vemos que Jesús dijo en realidad: “Ustedes escudriñan las Escrituras”. Estaba comentando el hábito de los judíos de escudriñar las Escrituras, y la creencia que tenían que ésta práctica les garantizaba la vida eterna.

Aquí vemos que a los judíos les encantaba leer las escrituras. ¿Para qué lo hacían? Creían que la vida eterna estaba en las escrituras. Creían que, alimentándose de estas palabras, obtendrían la bendición de Dios. Pero Jesús les mostró el verdadero propósito de la Escritura cuando continuó diciendo:

*y ellas son las que dan testimonio de mí (Jn 5:39).*

Este es el propósito de las escrituras; testificar de Cristo. Los judíos leían las escrituras creyendo que, al leerlas y memorizar estas palabras, obtendrían la vida. Sin embargo, las palabras nunca pueden darnos vida. El propósito de estas palabras es dirigirnos a Cristo, el único que puede darnos vida. Como dice Pablo en Gálatas: “la ley fue nuestro ayo para llevarnos a Cristo” (Gál 5:24).

Jesús prosiguió diciendo:

*y no queréis venir a mí para que tengáis vida (Jn 5:40).*

*Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14:6).*

¡Qué trágico cuadro! Los judíos investigaban y estudiaban las escrituras. Podían explicar cada una de las doctrinas, y se aseguraban de memorizar pasajes de la palabra, hasta escribiendo secciones y cosiéndolas en la misma ropa

que usaban, o fijándolas a las paredes de sus casas. ¡Pero se perdían el propósito entero de lo que leían! Todo este cuerpo de conocimiento tenía un solo objetivo, un solo propósito, y era conducirlos a Cristo. Sin embargo, mientras abrazaban las palabras que hablaban de Cristo, rechazaban a Cristo mismo, la realidad viviente hacia quien aquellas palabras los dirigía. Pablo nos dice:

*... si la ley dada pudiera vivificar, la justicia sería verdaderamente por la ley (Gál 3:21).*

Pero esto no es posible. Las palabras no pueden darnos vida. No importa cuánto las memoricemos, cuánto pensemos en ellas, o que hermosamente ellas expresen la verdad, las palabras no pueden darnos vida. Es sólo Cristo mismo, la palabra viviente de Dios, que puede darnos vida, no aconsejándonos, ni educándonos, ni suscitando nuestras ideas, sino implantando en nosotros la simiente de su propia vida, su propia fuerza vital, el Espíritu Santo, haciéndonos, por tanto, partícipes de la vida misma de Dios, o su naturaleza divina. Por consiguiente, Pablo nos dice nuevamente: *“la letra mata, pero el espíritu da vida” (2 Cor 3:6) y “el Señor es el Espíritu” (2 Cor 3:17).*

La Palabra es muy importante. Debemos estudiar esa Palabra, debemos entenderla, pero sólo porque hacerlo nos capacita para hallar a Cristo y aferrarnos a él. Es él y sólo él quien nos puede dar vida.

# La Revelación de Dios

## Capítulo 7

## A cara descubierta

Una de las más terribles consecuencias del pecado es que deformó nuestro concepto de Dios. Ésta es la tragedia de todos los tiempos. La meta más importante del plan de la restauración es la renovación de un verdadero concepto de Dios en toda la creación. El hecho de esta terrible distorsión queda ilustrado por la conducta de nuestros primeros padres después de que desobedecieron a Dios.

*Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Y oyeron la voz de Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mjer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto (Gén 3:7 y 8).*

Antes de que Dios llegara a visitarles, Adán y Eva concibieron un plan. Éste consistía en coser hojas de higuera para ocultar su desnudez, con la esperanza de que esto fuera adecuado para permitirles presentarse delante de Dios. Pero, cuando él apareció, descubrieron que nuestra propia provisión nunca es lo bastante buena para que podamos presentarnos delante de Dios. Cuando oyeron su voz, quedó instantáneamente claro que no había nada que pudieran hacer para compensar su miserable situación y ocultarse de la presencia de Dios.

Notemos el hecho de que no fue Dios el que los alejó, ni el que se ocultó de ellos. Dios fue a buscarlos. Dios no ignoraba lo que había ocurrido. Sabía exactamente lo que habían hecho, pero aún así, fue a buscarlos. ¿Había cambiado la actitud de Dios hacia ellos un ápice porque habían tomado del fruto prohibido? ¡Absolutamente no! El verdadero amor no cambia. Un padre ama a sus hijos cuando son buenos y también cuando son malos, cuando fracasan y cuando tienen éxito. Un padre ama de la misma manera. Dios dice: “Yo Jehová no cambio” (Mal 3:6). Por consiguiente, Dios salió a buscar a Adán y a Eva, como acostumbraba, y aunque se habían rebelado contra él, la actitud de Dios hacia ellos no cambió.

## Dios esconde su rostro

Pero algo había ocurrido, no había duda de eso, y lo que había ocurrido es la mayor y más trágica consecuencia del pecado. El hombre corrió a ocultarse de Dios, su Padre y mejor amigo. La realidad de este cambio en la actitud del hombre hacia Dios está ilustrada en otros casos en la Biblia. Considérese el encuentro de Moisés con Dios en el monte Sinai:

*Y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro (Éx 33:22 y 23).*

En este encuentro con Moisés, la acción de Dios es ilustrativa. Dios habría podido mostrar a Moisés alguna clase de rostro mientras velaba su gloria, si hubiera decidido hacerlo. Cuando Jesús se le apareció a Abraham con los dos ángeles, Abraham vio su rostro y habló con él en abierta comunicación, cara a cara. Así, cuando Dios le dijo a Moisés: “no puedes ver mi gloria y vivir”, Dios estaba tratando de enseñarle una lección que tiene implicaciones más profundas y espirituales.

*Y dijo: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá” (Éx 33:20).*

Esto fue en respuesta a la solicitud de Moisés: “Te ruego que me muestres tu gloria”. Esto es interesante cuando lo comparamos con algo que el apóstol Juan dice:

*Y aquel verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad (Jn 1:14).*

Él dice: “vimos su gloria”, pero Dios le dijo a Moisés: “nadie verá mi gloria ... nadie verá mi rostro y vivirá”. De manera que Dios ocultó su rostro y le mostró sus espaldas a Moisés. Aquí hay implicaciones espirituales que debemos considerar . ¿Qué representa la gloria de Dios? Es el carácter de Dios lo que es representado como su gloria. En esta experiencia con Moisés, Dios estaba enseñando una lección: No es posible que un ser humano contemple la plena realidad de lo que es su carácter. Tal conocimiento sería abrumador, hasta el punto de ser destructivo para el hombre caído. Por consiguiente, ¿qué hizo Dios? Le mostró

a Moisés sus espaldas. ¿Cómo aplicamos esto en un sentido espiritual?

El pecado del hombre no sólo le hace temer a Dios, sino que desfigura en su mente la imagen de Dios. Cuando Adán y Eva corrieron a ocultarse de Dios, él no había hecho nada para que tuvieran miedo de él. Su actitud hacia ellos no había cambiado, pero, trágicamente, la manera en que entendían a Dios había cambiado y, a causa de su concepto distorsionado de Dios, no era posible que lo vieran cara a cara.

### **Velado en oscuridad**

Dios nunca cambia. Todos los problemas que surgen de esta pecaminosa situación, todo el miedo que tenemos de Dios, todas las reservas que tenemos con respecto a él, se basan en nuestro concepto erróneo de Dios. No se basan en la realidad de quién es él, ni en la verdadera actitud de Dios hacia nosotros. Él no nos impone condiciones antes de aceptarnos. Por ejemplo. No nos dice: “Si no eres lo bastante bueno, no puedes acercarte a mí”. Cuando tenemos esta clase de concepto de Dios, es porque todavía estamos mirando sus espaldas, no hemos visto su rostro. En 1 Reyes leemos:

*Entonces dijo Salomón: Jehová ha dicho que él habitaría en la oscuridad (1 Re 8:12).*

Ahora bien, éste es un versículo extraño, pues en otros lugares, se nos dice que Dios habita en luz brillante. En cada representación, vemos que se oculta en luz cegadora, pero aquí, Salomón declara que Dios ha escogido habitar en “densa oscuridad”. ¿Cómo debemos interpretar esto? Bueno, obviamente, Dios está hablando de la manera en que él se relaciona con la humanidad. Al relacionarse con la humanidad, Dios tiene que ocultarse en la oscuridad de la ignorancia humana porque el hombre no tiene la capacidad para contemplar la plena gloria de Dios. Así que él se oculta en la oscuridad, no por causa de sí mismo, sino a causa de las limitaciones de la humanidad y los conceptos equivocados que los hombres tienen de Dios.

La realidad es que estos conceptos desacertados están tan profundamente arraigados en el pensamiento humano que, aun hoy día, todavía persisten entre nosotros los cristianos y afectan nuestra relación con Dios a todos los

niveles. Este concepto errado de Dios es el factor que tiene el mayor impacto en nuestra fe y limita más severamente nuestra capacidad para recibir sus bendiciones.

Dios tiene que habitar en densa oscuridad al relacionarse con el hombre a causa de la incapacidad del hombre para recibir la verdad de cómo es Dios realmente. Esa oscuridad todavía envuelve la mente de muchas personas, aun en la actualidad. Ése es nuestro verdadero problema. Pero hay una idea maravillosa en el libro de Corintios:

*Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Cor. 4:3-6).*

Cuando Moisés pidió: “muéstrame tu gloria”, Dios le respondió: “No puedes ver mi rostro y vivir”, De manera que Dios le mostró sus espaldas. Ahora, en el Nuevo Testamento, se nos da la aplicación espiritual de esto. ¡Se nos dice que ahora es posible ver la gloria de Dios y todavía vivir, porque Dios ha revelado esa gloria en la faz de Jesucristo! Por lo tanto, en la actualidad es posible ver el rostro de Dios y vivir. Por supuesto, cuando miramos el rostro de Jesús, lo que vemos no es una manifestación física de luz. Cuando la Biblia dice que vemos la gloria de Dios en el rostro de Jesús, se refiere al carácter de Dios, la naturaleza de Dios. La actitud de Dios hacia la humanidad puede verse plenamente, revelada en el “rostro” o sea la vida de Jesucristo. Éste es el punto, y en nuestros estudios de Dios, tenemos que verlo desde la luz que resplandece en el rostro de Jesús, de lo contrario nuestros conceptos serían erróneos.

### **Gloria transferida**

En el relato del encuentro de Moisés con Dios en el monte Sinaí, se nos habla de un fenómeno interesante que tuvo lugar. Parece que, por estrecha asociación con Dios., Moisés participó de algo de esa gloria de Dios.

*Y aconteció que, descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, al descender del monte, no sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía, después de que hubo hablado con Dios. Y Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés, y he aquí la piel de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de acercarse a él (Éx 34:29 y 30).*

Muchas veces en la Biblia vemos demostrada esta realidad. Las verdades relacionadas con el carácter de Dios son presentadas cubiertas con un velo porque las personas no pueden entender. Hasta que vemos a Jesús tal como él es, para nosotros el evangelio será algo cubierto con un velo, entendido pobre e inapropiadamente. Pero Dios nos dice que, en Jesucristo, él ha quitado el velo para que todos los que así lo deseen, puedan mirar y ver la plenitud de la gloria de Dios en todo su esplendor.

*Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque, hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero, cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Cor 3:14-18).*

Al contemplar el rostro de Jesús sin este velo, somos transformados a la misma imagen por el espíritu de Dios. Esto es lo que Dios está haciendo por nosotros; paso a paso, nos está mostrando el rostro de Jesús, para que el velo pueda ser quitado y podamos verlo y comprenderlo tal como él es realmente.

# La Naturaleza de Cristo

## Capítulo 8

## ¿Por qué Jesús nunca pecó?

¿Por qué Jesús nunca pecó mientras que todos los demás seres humanos han pecado? ¿Fue sólo casualidad o coincidencia el que sólo uno de los miles de millones que han vivido jamás cometió ninguna acción pecaminosa, ni siquiera cuando era bebé?

Hemos visto bebés tener rabietas. Hemos visto conductas egoístas en bebés aun antes de que pudieran razonar o entender. ¿Hizo Jesús gala de una conducta así alguna vez?

Si hubiera demostrado una conducta pecaminosa como bebé (como egoísmo, rabietas, ira, etc.), habría demostrado que tenía una naturaleza espiritual corrupta y necesitaba una nueva mente. Habría necesitado nacer de nuevo. Es verdad que un bebé no puede cometer una acción pecaminosa consciente y, por lo tanto, no puede ser culpable de pecado. Pero un bebé puede mostrar una conducta pecaminosa, y la muestra, revelando que, desde el momento de su nacimiento, tiene tendencias innatas hacia lo malo y una naturaleza corrupta.

Puesto que nunca pecó, es obvio que Jesús debe haber tenido algo que ninguna otra persona tuvo. Siempre hay una razón. Pero, ¿cuál era este elemento que hacía diferente a Cristo de todo otro ser humano, incluso cuando era un bebé?

**Naturaleza física y espiritual**

Primero tomemos nota de una verdad fundamental: Toda persona en el universo posee una naturaleza física o material que depende de atributos genéticos o físicos. Sin embargo, cada uno posee otra naturaleza, que depende del estado de su espíritu.

El cuerpo del hombre tiene una naturaleza carnal o caída. Tiene debilidades o tendencias que son transmitidas genéticamente. Pero también tiene una naturaleza espiritual carnal. Tiene una mente o un espíritu que es completamente egoísta y que naturalmente le llevará a hacer lo que es egoísta. El pecado no es una cuestión de genética. El pecado se origina en la mente. Es un asunto del estado de la mente.

## **El origen del egoísmo**

La única persona en el universo que es generosa por naturaleza es Dios. Cuando Dios engendró un Hijo, esta naturaleza generosa le fue transmitida a este Hijo, el cual heredó la propia vida y naturaleza de su Padre.

*(Porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó) (1 Jn 1:2).*

Por consiguiente, sólo hay dos seres en el universo que son por naturaleza generosos. Éstos son Dios y su Hijo. Todos los otros seres son generosos sólo si están unidos a Dios por medio de su Espíritu. Sin esta unión, son por naturaleza egoístas y buscadores de sus propios intereses.

Pero el egoísmo no es algo de la carne. El egoísmo no es algo que depende de la conducta o de la manera en que una persona responda a la ley. El egoísmo es una cualidad que viene de dentro, de la mente del hombre, y es la actitud natural de todos los hombres que están separados del espíritu de Dios. Aunque una persona aprenda a obedecer la ley, esto no lo convertirá en una persona generosa.

La educación no puede hacer generosa a una persona. Estudiar la Biblia, o relacionarse con la ley no puede convertir a una persona en generosa. Lo único que puede hacer generosa a una persona es la unión con Dios. Por lo tanto, ninguna cantidad de educación, por sí misma, habría podido hacer que Jesús se comportara apropiadamente si su naturaleza no hubiese sido buena.

En este punto, algunos dicen que Jesús era bueno sólo porque estaba lleno del espíritu de su Padre, pero que él mismo, por naturaleza, era tan egoísta y corrupto como todos los demás hombres. Esta idea es totalmente falsa. Si fuera así, ¿de dónde vinieron este egoísmo y esta corrupción? La respuesta a esta pregunta es que Jesús heredó la carne de Adán, pero no la mente de Adán.

## **La divinidad de Cristo**

Cuando vino a esta tierra, Jesús se despojó de su poder divino y su gloria divina. ¿Qué más quedaba del Hijo de Dios? ¿Qué lo hacía todavía el hijo de Dios?

Algunos hasta llegan a decir que habían desaparecido su poder, su gloria, su mente, su naturaleza, su carácter. Por lo tanto, ¿qué fue lo que vino del cielo? ¿Qué quedaba del

Hijo de Dios? De acuerdo con esta teoría, ¡todo él había desaparecido! Todo lo que quedaba era un nombre, y tenía que ser un nombre falso, porque nada quedaba del original.

Bien, si esto fuera cierto, entonces la única conclusión a la que podemos llegar es que Jesús no era el Hijo de Dios, y con la misma facilidad, Dios podría haber tomado cualquier otro bebé humano y hacer con él lo mismo que hizo con Cristo.

Los que creen esto, han destruido efectivamente la verdad de que Jesús era el Hijo de Dios. Recordemos la verdad de que la divinidad no es sólo poder, sino que también incluye naturaleza.

La naturaleza divina es la cualidad de ser lo que sólo Dios y su hijo son, y la poseen como atributo natural, pero que puede ser impartida a los que reciben la vida de Cristo. Esta facultad es un aspecto de la naturaleza de Dios que hace su actitud totalmente diferente de todas las cosas creadas. Cuando Jesús vino a esta tierra, no dejó atrás esta naturaleza divina.

*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros,  
(y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre),  
lleno de gracia y de verdad (Jn 1:14).*

Dios es bueno. Es completamente bueno. Esto significa que nunca tiene y nunca tuvo un solo impulso que no estuviese basado completamente en el amor y la generosidad. Todos sabemos que esto es verdad. Esta cualidad [su bondad] no está basada en el poder de Dios, ni en el conocimiento que él posee. Es la esencia misma de su naturaleza. Como nos dice la Biblia: "Dios es amor". Es lo que él es. Es un atributo esencial de su ser y, en verdad, es la gran cualidad que separa a la divinidad de todos los seres creados.

Contrariamente a lo que algunos creen, el poder no es el principal atributo de la divinidad. Si esto fuera así, Satanás estaría más cerca de ser divino que los hombres porque tiene mucho mayor poder. El principal atributo de la divinidad es que Dios es perfectamente bueno. Es amor puro.

Como Hijo de Dios, Jesús poseía esta naturaleza (espiritual) de divinidad, plenamente combinada con la naturaleza (física) de Adán. Era suya por derecho. Era suya por nacimiento, por naturaleza, porque era divino. Era el Hijo de Dios. Así, que todos sus impulsos eran hacer el bien, lo

que es amable, lo que es justo, y era así por naturaleza.

Sin embargo, es evidente que el poder de Dios estaba a su disposición y que, sin este poder, no habría podido hacer muchas de las cosas buenas que su mente quería hacer. Aunque era bueno en sí mismo, necesitaba ser bautizado con el Espíritu Santo. Necesitaba el poder de su Padre para llevar a cabo los deseos de su corazón.

En un sentido, Cristo tuvo que bajar a nuestro nivel. Tomó nuestra naturaleza física con toda su condición, debilitada por 4000 años de degeneración. Descendió completamente a nuestro nivel. Pero ahora que estaba aquí, ¿cómo podía ayudarnos si estaba exactamente en la misma situación? ¿Puede un hombre sacar a otro de las arenas movedizas si él también está hundándose en ellas? No, eso es imposible. Jesús tenía que estar a un nivel superior al mismo tiempo que estaba a nuestro nivel. Debía tener algún medio de elevar la humanidad, y este medio no podía hallarse en la humanidad, pues no hay nada bueno en ella. Tenía que traer la divinidad a la humanidad, y sólo podía hacerlo siendo él mismo divino. En sí mismo, unió la divinidad con la humanidad y, de esta manera, elevó la humanidad a un lugar en que el hombre se convirtió en hijo de Dios.

Jesús no tomó la humanidad y luego le enseñó al hombre a recibir el Espíritu Santo. Cualquier hombre habría podido hacer esto, pero sólo el Hijo de Dios podría haberse convertido en un hombre que era tanto divino como humano, pues era ambos. Esto es lo que la humanidad necesitaba para ser salva.

### **¿Puede la divinidad ser tentada?**

Una mente con poderes divinos no puede ser tentada porque una mente así conoce el fin desde el principio. Pero una mente divina sin estos poderes, que no pueda ver el futuro y que no pueda saber todas las cosas, puede ser tentada. Puede ser tentada a escoger el camino del yo más bien que el camino de la rendición.

Es verdad que la esencia misma del mal es el egoísmo, y la divinidad es enteramente amorosa y generosa. Por naturaleza, Jesús fue generoso desde el momento de su nacimiento. Pero lo que Satanás trató de hacer durante toda la vida de Jesús fue lograr que hiciera algo que no fuera exteriormente egoísta, pero que estuviese basado en

el gobierno del yo. Esta era otra manera de conseguir que se sometiera al principio del yo, que es el fundamento del gobierno de Satanás.

Sus tres tentaciones en el desierto ilustran cómo Satanás trató de hacer que Cristo pecara.

Primero lo tentó a que convirtiera piedras en pan. Esto era algo que no parecía egoísta, pero habría significado que Jesús había actuado por su propia iniciativa, sin la dirección del Padre. En realidad, Jesús estaba tentando a Jesús para que se convirtiera en su propio Dios. Jesús le dijo a Satanás que el hombre debe vivir por la palabra de Dios. Dios debe dirigir cada uno de los aspectos de la vida, y el hombre no debe hacer ninguna decisión por su cuenta.

Luego, Jesús fue tentado a que saltara desde el pináculo del templo. Esta era una invitación para que demostrara que era Hijo de Dios llevando a cabo un milagro. Ésta habría sido su decisión, no la de Dios. Nuevamente, fue tentado para que actuase sin la dirección de Dios.

Tercero, ofreció darle a Jesús control del mundo sin ninguna necesidad de luchar o morir, si sólo le adorara. Era un ofrecimiento para que Jesús tuviera control del mundo por un medio diferente del que Dios había ordenado. Jesús inmediatamente rechazó la sugerencia.

La única ocasión en que la Biblia revela a Jesús luchando con su propia voluntad fue en Getsemaní y en el Calvario. En ninguna otra ocasión de su vida luchó Jesús con la voluntad de su Padre. Pero, aun entonces, ¿qué dijo Jesús? “Si es posible, pase de mí esta copa. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. ¿Buscó una manera egoísta? No. Dijo: “Si hay alguna otra manera en que ellos pueden ser salvos sin que tenga que separarme de tí, que sea de esa manera”. No hay ningún egoísmo en esto. Si hubiera una manera más fácil, entonces no habría ninguna necesidad de tomar el camino difícil. Pero ahora, vemos que estaba siendo tentado para que escogiese su camino, más bien que el camino del Padre. No era un camino egoísta, sino un camino autodeterminado.

Esta era la raíz misma de la rebelión de Lucifer. Egoísmo significa pensar en sí mismo en vez de en los demás. La autodeterminación, el autogobierno, significa escoger el propio camino antes que el de Dios, aun al hacer el bien. Tiene que ver con la fe o la falta de ella, y significa confiar en la sabiduría de uno por encima de la de Dios. Aunque

uno haga el bien a otros, si es autodeterminado es pecado.

Pero, ¿tuvo Jesús que luchar contra la tentación de cometer fornicación? ¿Lo empujó su propio cuerpo hacia el sexo opuesto con tal fuerza que tuvo que tomar duchas frías para tranquilizarse? ¿Tuvo que luchar para evitar decir palabras sugestivas a María y Marta, y resistir el deseo de tocarlas en lugares inapropiados? ¡Absolutamente no! Pero algunos creen que Jesús fue tentado de la misma manera, con la misma intensidad con la que estas tentaciones apelan a nosotros. Pero la Biblia dice que el pecado era algo que Jesús odiaba. No era algo hacia lo cual se sintió jamás atraído.

*Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Heb 1:9).*

Por supuesto, la Biblia dice que fue tentado en todo como nosotros. Sin embargo, cuando consideramos algunas cosas cuidadosamente, queda claro que, aunque fue tentado como nosotros en principio, no sufrió nuestras tentaciones en todos los detalles.

Primero que todo, dos personas pueden enfrentarse exactamente a la misma tentación y, aunque una de ellas encuentra imposible resistir, la otra no tiene ese problema. El hecho de que Jesús tuvo que enfrentarse a las mismas tentaciones que nosotros y fue tentado como nosotros, no significa que tuvo que luchar con esas tentaciones como nosotros.

Cuándo se convierte una tentación en realmente fuerte, ¿cuando viene momentáneamente a nuestra mente, o cuando comenzamos a pensar en las posibilidades?

*Sino que cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces, la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte (Sant 1:14-15).*

Cuando un hombre mira una mujer hermosa, ¿cuándo se siente fuertemente tentado a cometer el pecado de adulterio con ella, cuando la mira la primera vez, o cuando comienza a acariciar la idea de lo que podría suceder entre ellos? Toda persona honesta conoce la respuesta. Las tentaciones sólo son fuertes cuando acariciamos la idea de

cómo sería ceder. Cuando la mente de una persona ha tomado una decisión firme de que no llevará a cabo cierta acción, entonces efectivamente esa acción pierde todo poder para tentarlo.

Podemos considerar la respuesta de José a la esposa de Potifar y compararla con el pecado de David con Betsabé. La tentación obtuvo un punto de apoyo en la mente de David mientras permanecía en el techo, saciaba sus ojos con el hermoso cuerpo de la esposa de su vecino y consideraba las posibilidades. No así José, que ni por un momento contempló la idea de lo que sería tener una relación íntima con la esposa de su amo.

Ahora bien, ¿jugó Jesús alguna vez con la idea del pecado? ¿Dio cabida alguna vez a la posibilidad de hacer lo incorrecto? ¡Absolutamente no! Él odiaba el pecado. Por consiguiente, es claro que, en términos de las tentaciones que frecuentemente nos asedian, Jesús nunca experimentó las luchas para superar aquello por lo que nosotros tenemos que pasar a menudo.

Es verdad que Jesús tuvo que obtener la victoria sobre el pecado. Esto es lo que tiene que darnos. Pero no significa que tuvo que luchar con el pecado de la misma manera que lucho yo. ¿Por qué no? Porque él no vino a darme una lucha con el pecado. Vino a darme la victoria sobre el pecado. Lo que él necesitaba era ser victorioso sobre el pecado. Esto es todo lo que necesitaba hacer. Habiendo obtenido esa victoria, por los medios que fuesen, ahora me da esa vida que ya es victoriosa sobre el pecado.

## Completamente Humano, Completamente Divino

Jesucristo, el hijo de Dios, vino a esta tierra y se hizo hombre. Era cien por ciento humano, pero, al mismo tiempo, era completamente divino. Esta es una verdad que ha sido proclamada por los cristianos durante siglos y la mayoría de ellos todavía la sostienen como verdad inamovible en la actualidad.

A primera vista, este concepto parece contradictorio e imposible de armonizar. La mayoría de los cristianos lo explica diciendo que es un misterio y algo que debe ser aceptado por fe, sin tratar de entenderlo. Sin embargo, la plena divinidad de Jesús, combinada con el hecho de que era completamente humano, es la clave para el plan de salvación y, a menos que comprendamos cómo Jesús pudo haber sido completamente humano y, sin embargo completamente divino, el plan de salvación siempre será un misterio incomprensible para nosotros.

### **La humanidad cayó en Adán**

Cuando Adán se alejó de Dios, se llevó con él la totalidad de la raza humana. Fue la humanidad la que rechazó a Dios porque toda la humanidad estaba encerrada en ese solo hombre. En ese momento, Adán era la totalidad de la raza humana. La suya es la vida que ha sido transmitida a todos nosotros, y la decisión que él tomó impactó a todos los que más tarde saldríamos de su vida. Adán adoptó el principio vital de Satanás (ser independiente de Dios) y puso a la raza humana en el terreno de Satanás. A partir de ese momento, toda persona nacida de la raza de Adán perteneció al lado de Satanás en la controversia. Fue allí donde Adán nos puso.

Para que comprendamos lo que Jesús hizo para salvarnos y las aptitudes que necesitó para llevar a cabo nuestra salvación, tenemos que quitar momentáneamente a Jesús de la escena y mirar la condición de la humanidad en que Adán nos colocó.

Cuando Adán puso a la humanidad en el terreno de

Satanás, todo lo que era necesario para revertir la situación era que él eligiera regresar a Dios. Parece muy sencillo, pero tengamos en cuenta algo: No es posible para ningún ser en el universo volver a Dios a menos que el espíritu de Dios esté actuando en esa persona. De acuerdo con Jesús, sólo Dios es bueno (Mat 19:17), y, sin el espíritu de Dios, ninguna criatura puede ser buena ni desear lo bueno. Sin la influencia de Dios, tememos a Dios por naturaleza y no deseamos la unión con él. Cuando Adán escogió el principio de la independencia y se apartó de Dios, ésta fue la condición que escogió para la humanidad. La legítima posición de la humanidad era la misma que la de Satanás; separada de Dios, sin la influencia del espíritu de Dios e incapaz de escoger una posición diferente.

*la mente carnal es enemistad para con Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede (Rom 8:7).*

### **La única esperanza de la humanidad**

Sólo había una esperanza para la humanidad, y era ésta:

Si se pudiera hallar un ser humano, nacido de la raza de Adán, colocado en la posición exacta en que Adán había colocado a la humanidad (separada de Dios), que voluntariamente hiciera la elección de retornar a Dios, entonces tal ser humano podría, por sí mismo, volver a unir a la humanidad con Dios. Pero esta persona debía poder hacer esto, no sólo por sí mismo, sino que debía poder transmitir a todos los otros hombres su vida, unida a Dios nuevamente. Este punto en particular puede expandirse para formar un libro completo. Este es el punto crítico en el plan de salvación, y es muy poco entendido. Todo el plan de salvación era acerca de la manera en que Dios volvería a reconciliar a sí mismo a toda la raza humana. No podría hacerlo sin el consentimiento del hombre. Era el hombre quien había escogido ser independiente de Dios y, puesto que Dios había establecido su gobierno en el principio de libertad, libre voluntad, libre albedrío, él no podía interferir con el ser humano después de que éste hizo su decisión. Si Dios fuera alguna vez a reconciliar al hombre a sí mismo, tendría que ser por la decisión voluntaria del hombre y éste, sin Dios, era incapaz de tomar esa decisión.

## **Sólo Dios es bueno**

Jesús nos dice que sólo hay uno que es bueno, y es Dios. Cuando pensamos en esto, nos damos cuenta de que es una verdad absoluta. No hay ninguna criatura en el universo que pueda ser buena, a menos que esté unida a Dios. Si el método de Dios iba a impartir bondad a sus criaturas independientemente de su propia vida y presencia, entonces la afirmación de Jesús en Mateo 19 no sería cierta:

*Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mt 19:17).*

No dijo que hay una sola fuente de bondad (queriendo decir que Dios puede dar a la gente bondad de sí mismo). No. Dijo que nadie es bueno, ¡excepto Dios! Los ángeles alrededor del trono, en Apocalipsis 15:4 repiten la misma verdad con palabras ligeramente diferentes:

*¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? Pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado (Apoc 15:4).*

Sólo Dios es bueno, sólo Dios es santo y está en todos los lugares. Donde se halla la genuina bondad, podemos estar seguros de que hemos hallado la presencia de Dios. Algunas veces, la Biblia describe a los hombres como “buenos”, pero es sólo porque la presencia de Dios, por medio del Espíritu Santo de Dios, estaba obrando en tales hombres.

## **¿Es Jesús bueno?**

Pero, cuando la Biblia dice que sólo Dios es bueno, ¿incluye esto al unigénito hijo de Dios? La Biblia nos dice que Jesús es “la imagen expresa de su persona” (Heb. 1:3). Es exactamente como su Padre, y esto es cierto aunque estuviera aquí en la carne. Esta es la verdad que él mismo expresó:

*Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? (Jn 14:9).*

Jesús es el unigénito de Dios – el único ser en el universo

originado de esta manera. Obtuvo su naturaleza por herencia y, por lo tanto, debe tener las mismas cualidades inherentes de bondad y amor que su Padre. Por esta razón pudo representar plenamente a Dios mientras estuvo aquí en la tierra, pues ciertamente era Dios por naturaleza y en él se manifestaron todas las cualidades del carácter de Dios.

*Y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y verdad (Jn 1:14).*

Esa gloria contemplada en Jesús era gloria como del unigénito del Padre. En otras palabras, esta gloria no podría haber sido vista en ninguna otra parte. Había de hallarse sólo en el unigénito Hijo de Dios.

De manera que, cuando Jesús le dijo al joven rico: “ninguno hay bueno, excepto Dios”, no estaba indicando que él, Jesús, no era bueno. Era su manera de forzar al hombre a pensar en quién era él realmente. Si la verdadera bondad se veía en Jesús, entonces debía significar que la verdadera divinidad moraba en él. Era realmente Dios por naturaleza. Esto es lo que quería que aquel hombre reconociera.

### **La naturaleza divina – la clave**

Es por esto que Jesús pudo ser colocado en la posición de la humanidad de completa separación de Dios, y sin embargo, pudo tomar la decisión de ser leal a Dios a pesar de estar en esa posición. ¡Era porque era bueno en sí mismo! La bondad de Jesús no dependía de la presencia inmanente del Espíritu Santo. No. Las criaturas no pueden ser buenas a menos que el Espíritu Santo more en ellas. ¡Pero Jesús es el Hijo de Dios, su fuente de bondad es él mismo! Incluso cuando Dios apartó su Espíritu de él, todavía era bueno, porque como el Hijo de Dios, él es intrínsecamente bueno. La verdadera divinidad es siempre buena bajo todas las circunstancias, pero es lo único bueno en todo el universo, y por eso se necesitó un ser divino para llevar la salvación del hombre. Nadie más podría haberlo hecho, ni siquiera el ángel más santo, pues, separado de Dios, cualquier ángel se habría convertido instantáneamente en malo. Esto es lo que aprendemos de la experiencia de Lucifer.

### **Ninguna gracia para Cristo**

Jesús, en la cruz, tomó el lugar de la humanidad. No tomó el lugar de la humanidad tal como existe, bajo la influencia de la gracia. La gracia viene a nosotros por medio de Jesucristo, y esa gracia está a nuestra disposición por lo que él logró en la cruz. De manera que, al ir a la cruz, esa posición de gracia no pertenecía a Jesús. No tomó nuestro lugar en nuestra humanidad actual, beneficiada por la gracia. No, él tuvo que tomar nuestro lugar como merecíamos ser entonces, en la humanidad a la que pertenecíamos cuando Adán hizo su elección. Tuvo que tomar ese lugar totalmente separado de Dios, y sin la ayuda del Espíritu Santo. Este es el significado de aquel horrible grito en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Sin embargo, aunque estaba totalmente abandonado por Dios, Jesús todavía pudo elegir permanecer fiel a Dios. ¿Cómo pudo hacerlo? Pudo hacerlo porque era bueno por naturaleza, porque era completamente divino por naturaleza. El hecho de que el Espíritu Santo y la presencia de Dios se retiraran, no hizo que Jesús se volviera al camino de la autopreservación. Éste habría sido el caso si hubiese sido una criatura que dependiera de una bondad otorgada exclusivamente mediante la morada del Espíritu Santo. Pero era Hijo de Dios, inherentemente bueno y así, pudo permanecer bueno a pesar de haberse convertido en hombre, y de que sufrió cuando se retiró el Espíritu de su Padre. Así, al obtener esta victoria por medio de su naturaleza divina, en la raza humana caída pudo restaurar la humanidad a su lugar con Dios.

Por supuesto, los beneficios de esta victoria de Cristo en la cruz, estaban siendo sentidos por la humanidad desde el momento en que Adán pecó. Jesús es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Desde el instante en que el hombre pecó, desde ese mismo instante el sacrificio de Cristo comenzó a beneficiar al mundo, miles de años antes de que Cristo muriera efectivamente. Sin embargo, esto no disminuyó la realidad de que Cristo tuviera efectivamente que morir, de que él tuviera efectivamente que ir al lugar mismo donde el hombre pertenecía. Esto es lo que Dios prometió desde el principio, y Jesús tuvo que cumplir esa promesa en cada detalle, tomando completamente el lugar del hombre.

### **Completamente humano**

Es evidente que Jesús tenía que ser un ser humano en el sentido más completo; de lo contrario, no habría podido tomar el lugar del hombre y llevar la humanidad de vuelta a Dios. Fue un hombre el que escogió separarnos de Dios, y sólo un hombre podía revertir esa decisión. Pero Jesús tenía que hacer más que simplemente convertirse en hombre. Tenía que hacer la decisión como ser humano, descendiente de Adán, bajo las condiciones exactas que Adán había traído sobre la raza humana; tenía que poseer las mismas limitaciones y desventajas de la humanidad caída y degenerada, pues era en esta posición donde Adán nos había puesto y, más importante, en el momento crítico de la prueba, Jesús tenía que estar totalmente separado del Espíritu sustentador de Dios. Fue aquí donde el pecado puso a la humanidad, y fue aquí donde Jesús tuvo que llegar para salvarla.

### **Completamente divino**

Sin embargo, también vemos que Jesús tenía que ser completamente divino en el sentido de que poseía en su naturaleza espiritual la misma naturaleza de Dios. Esto era absolutamente necesario para poder estar separado de Dios, pero con la capacidad de escoger el bien. Su naturaleza divina era esencial para nuestra salvación. Sin ella, no podría haber logrado nuestra redención. Por lo tanto, tenía que ser completamente humano y completamente divino.

Consideremos otro punto. Cuando decimos que Jesús era completamente divino, ¿significa esto que poseía en sí mismo todos los poderes de la divinidad? Ya hemos visto que sí poseía, y tenía que poseer, la naturaleza de Dios de infinita bondad. Esto en modo alguno empañaba el hecho de que era completamente humano. Significaba simplemente que era un hombre bueno. En todos los sentidos, estaba limitado a las capacidades y los poderes de la humanidad, pero era bueno por naturaleza. Esta era la diferencia crítica. Pero, ¿poseía las capacidades de omnipotencia, omnisapientia, omnipresencia, y todas las otras capacidades de Dios? Si las hubiera tenido, ¿cómo podría haberse dicho que era completamente humano? La humanidad requiere ciertas limitaciones. Además, si Jesús hubiera sido todopoderoso y estado en posesión de todo conocimiento, ¿en qué sentido podría haber sido aban-

donado por Dios en la cruz?

### **El poder divino puesto a un lado**

La verdad es que Jesús hizo a un lado su poder divino, su gloria divina. Vino a la tierra como hombre, sólo como hombre, limitado como lo estamos nosotros, nacido de mujer (Gál 4:4), en un cuerpo que sufrió todos los defectos genéticos y todas las limitaciones acarreados sobre la humanidad por la caída de Adán, multiplicados por cuatro mil años de deterioro. Era verdaderamente uno de nosotros por lo que concernía a su herencia física genética. Ciertamente procedía de la raza de Adán.

El plan de salvación era algo que tenía que llevarse a cabo de acuerdo con ciertas limitaciones concretas, dentro de ciertos confines claramente definidos. ¿Por qué razón? Porque Dios tenía que hacer las cosas de tal manera que el universo quedara satisfecho de que Dios había actuado equitativa y justamente, aun tratándose de Lucifer. No puede haber lugar para la sospecha de engaño o tretas de parte de Dios. Satanás ha acusado a Dios de ser mentiroso e indigno de confianza. La única manera en que Dios puede defenderse de semejante acusación es ser completamente transparente en su forma de proceder.

Si Jesús, cuando estuvo en la tierra, hubiese poseído en sí mismo todos los poderes del Dios todopoderoso, entonces todos sus sufrimientos no habrían demostrado nada. Todo habría sido sencillamente una simulación, una farsa, nada sino jugar un papel. Satanás podría haber hecho esta acusación, y ¿cómo podría haber probado Dios que no era así? ¿Cómo podríamos estar seguros de que no lo era? Si Dios se dispone a jugar un papel, ¿qué criatura podría descubrir jamás que no era realidad? Nadie es más inteligente que Dios y nada puede compararse con su poder. Si Jesús hubiera poseído en sí mismo el poder del Dios todopoderoso, aun como hombre, entonces con seguridad Satanás habría afirmado que Jesús no fue nunca completamente humano, que no había vencido únicamente en su capacidad humana, y que no era apto para representar a la humanidad, pues no había vencido como hombre, sino como Dios, en la figura del cuerpo de un hombre.

Alguien podría responder: “Bien, necesitamos confiar en Dios”. Sí, esto es verdad. Sin embargo, confiamos en Dios porque hemos demostrado que Dios es digno de confianza.

Hemos demostrado que Satanás es mentiroso, pero, ¿dónde comprobamos estas cosas? ¿Dónde las demostró Dios? Las confirmó en el Calvario. Fueron demostradas en el gran sacrificio hecho por Dios y su hijo cuando Jesús murió por nosotros. Si en aquel evento hay lugar para la acusación de que todo fue una farsa, una dramatización de roles divinos, entonces el evento mismo cuyo propósito era establecer la confianza en Dios queda anulado.

Satanás usó muchos métodos para convencer al mundo de que Jesús nunca murió realmente, de que el relato de la crucifixión era una fábula. Lo que Dios llevó a cabo en la pasión, la muerte, la resurrección y el ministerio de su Hijo es la única esperanza para la humanidad. En Jesús, Dios no nos dio solamente un maestro moral. No nos dio meramente un buen ejemplo. En Jesús, Dios nos dio un Salvador, lo que necesitábamos como pecadores, y la única cosa que podía salvar a la humanidad. Esta es la verdad que pone al verdadero cristianismo por encima de todas las otras religiones.

Gracias a Dios por Jesús.

# Entendiendo el plan

---

## Capítulo 10

# Por qué tenía que morir el pecador

Al considerar el título de este capítulo, puede que nuestra respuesta sea pensar: “Bueno, el pecador tiene que morir porque la ley demuestra que es culpable y requiere la muerte”. Vemos que su muerte depende completamente de su relación con la ley. Este concepto está enraizado profundamente en el pensamiento de los cristianos y, aunque, en cierto modo, es correcto, esta interpretación común no explica completamente la verdad. Consideremos por un momento lo que es realmente una ley. Una ley es básicamente un principio o una regla que gobierna la conducta. Una ley dicta la manera en que funcionamos.

Pero, cuando hablamos de leyes, hay dos clases que debemos considerar. Hay ley natural y ley judicial, y entender la diferencia entre las dos es crítico para una adecuada apreciación de por qué el pecador tiene que morir.

### **Leyes naturales**

En el caso de las leyes naturales, todos los hombres reconocen la importancia de actuar siempre en armonía con ellas. Las reglas están incorporadas en la naturaleza y no podemos cambiarlas ni ajustarlas. Estas leyes simplemente describen la manera en que funciona la naturaleza; se llaman leyes porque la naturaleza obliga a todas las cosas a comportarse de conformidad con esos principios particulares. Tenemos que trabajar en armonía con ellos. Una de estas leyes es la de la gravedad. Esta ley nos obliga a comportarnos de cierta manera, con la certeza de que, si cambiamos nuestra conducta, seguirán drásticas consecuencias. Por ejemplo, puede que yo no esté de acuerdo con la ley de gravedad, y me deje caer del techo de un edificio de 10 pisos. Pronto descubriré que, al no actuar de acuerdo con esta ley, he sufrido graves consecuencias. Puede que no me gusten las leyes naturales, pero si me desentiendo de ellas, es seguro que seguirán desafortunados resultados. Esto ocurre con todas las leyes naturales.

### **Leyes judiciales**

Por otra parte, las leyes judiciales son establecidas por

las autoridades gubernamentales. Se consideran buenas o necesarias para la existencia armoniosa de individuos dentro de una sociedad en particular. No son necesariamente las mismas en todas las sociedades. A menudo, la naturaleza de estas leyes depende de la naturaleza de la sociedad y de los que gobiernan y hacen esas leyes. Con estas leyes, la desobediencia no siempre trae consigo consecuencias. En muchos casos, estas leyes son violadas y el violador parece salirse con la suya en completa impunidad. El cumplimiento de estas leyes no está incorporado en la naturaleza, como en el caso de las leyes naturales. Con las leyes judiciales, las autoridades gobernantes tienen que hacer dos cosas. Primero, establecer las leyes y, en segundo lugar, hacerlas cumplir. Lo hacen, imponiendo castigos por la transgresión de estas leyes que ellos mismos tienen que hacer cumplir.

Por supuesto, muchas leyes judiciales, establecidas por varios gobiernos, son defectuosas y hasta injustas. Pero Dios es el autor de todas las leyes naturales. Éstas son siempre buenas. Dios diseñó el universo de una manera perfecta, con estas leyes naturales incorporadas, para asegurar que la vida existiera y continuara en un modelo de equilibrio y armonía.

### **La naturaleza de la ley moral**

La ley moral ha sido descrita como una “transcripción” del carácter de Dios. Como esta ley moral configurada en los Diez Mandamientos, está expresada de una manera algo limitada, no expresa la plenitud del carácter de Dios, y puede describirse mejor como una “expresión” de su carácter, más bien que una transcripción exacta. Sin embargo, cuando la ley moral se entiende apropiadamente en todas sus más profundas implicaciones, esta ley ciertamente expresa lo que Dios es en su naturaleza moral, y puede ser descrita apropiadamente como una transcripción de su carácter. Esto significa que la ley moral es lo que Dios es. Dios no hizo la ley moral. Todo lo que hizo fue poner en palabras lo que él es y luego las dio como un modo, un estilo de vida.

Vivir en armonía con esta ley es estar en armonía con Dios.. Puesto que Dios es la vida, la armonía con él significa estar en armonía con la vida. Sin embargo, cuando una persona deja de estar en armonía con la ley moral, deja de

estar en armonía con Dios y con la vida. ¡El resultado seguro y la consecuencia es la muerte! Dios no tiene que sentenciar ni matar a esa persona, la cual automáticamente atrae sobre sí la muerte al elegir separarse de Dios, que es la fuente de toda vida.

Así, pues, vemos claramente que la ley moral es una ley natural. Andar en armonía con ella es tener vida. Apartarse de ella es abrazar la muerte. Nadie tiene que sentenciarlo, ni matarlo. El pecado mismo hará el trabajo como consecuencia natural de la manera en que la ley funciona.

### **Cómo llegó la muerte**

En el jardín de Edén, Dios le dijo a Adán:  
el día que de él comieres, ciertamente morirás (Gén 2:17).

La mayoría de la gente han interpretado esto en el sentido de que Dios estaba amenazando a Adán y que le estaba diciendo: “Si comes de este fruto, me veré obligado a matarte”. ¿Fue así realmente? ¿Estaba Dios amenazando a Adán, o pronunciando una profecía? ¿Estaba diciendo lo que haría, o simplemente poniendo a Adán al tanto de la consecuencia natural de lo que ocurriría si se apartaba de la armonía con Dios? Dice el apóstol Pablo:

*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron (Rom 5:12).*

Observemos que un hombre trajo el pecado al mundo. Cuando el pecado entró, la muerte entró con él. No fue Dios quien trajo la muerte, ni se la impuso al hombre. Fue el pecado el que trajo la muerte. ¡Cuando entró el pecado, la muerte entró cabalgando sobre él! En 1 Cor 15:56, Pablo dice que “el aguijón de la muerte es el pecado”. Cuando algo nos pica, un veneno comienza a trabajar en el cuerpo y, a su debido tiempo, produce un resultado final. Alguien que es picado por un insecto letal, como un escorpión, por ejemplo, tiene en sí mismo la semilla de la muerte. El veneno actúa en él y, a su debido tiempo, produce como resultado la muerte. Así que Pablo dice: “el aguijón de la muerte es el pecado”. El aguijón lo pica a uno, lo inyecta con un veneno que comienza su obra letal, matándolo poco a poco, hasta que, inevitablemente, sin escapatoria, la vida

lo abandona.

Pablo dice que Adán trajo el pecado, el cual trajo la muerte. Esta muerte vino sobre todos los seres humanos porque pecaron. Todos mueren sólo porque todos tienen en ellos la enfermedad del pecado (Rom 5:12). Veamos cómo demuestra Pablo esto:

*Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado (Rom 5:13).*

¿A qué periodo se refiere cuando dice “antes de la ley”? Habla del periodo antes de que la ley se diera en el monte Sinaí, desde la creación del mundo hasta cuando se le dio la ley a Moisés. Por supuesto, la ley ha existido siempre como regla de vida natural porque es una expresión de la naturaleza de Dios y él siempre ha estado allí, pero no fue comprendida por el pueblo del mundo en general antes de ser dada en el monte Sinaí. Pablo continúa diciendo: “Pero donde no hay ley no se imputa de pecado”. ¿Qué quiere decir? Que el pecado estaba aquí. Los hombres eran pecadores, pero Dios no les imputaba el pecado, es decir, Dios no podía presentar cargos contra ellos. ¿Por qué? Porque la ley todavía no había sido dada. Sin la ley, los hombres no tenían una idea clara de qué era correcto y que era incorrecto y, por consiguiente, no había una manera clara de acusarlos de hacer lo malo.

*No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que habría de venir (Rom 5:14).*

Aunque la ley no era conocida generalmente por los hombres antes de que Dios la proclamara (es decir, desde el tiempo de Adán hasta el de Moisés), la muerte reinó sobre los hombres. Todos sufrieron la muerte. Puesto que el pecado no les era imputado (cargado), no podría haber sido Dios quien los juzgaba y los mataba porque eran culpables. No habían pecado como Adán, en desobediencia deliberada a un mandamiento específico. Sin la ley, no había modo de acusarles, pero estaban muriendo. ¿Qué los estaba matando? El pecado. Aunque no tenían una clara definición de lo bueno y lo malo, estaban en un estado de pecado, transmitido por Adán a todos los hombres, y produjo la muerte para todos (Rom 5:21; 7:24; Sant 1:15). Esto es lo que Pablo está

subrayando.

### **Por qué entró la ley judicial**

Sin embargo, no hay que negar que la Biblia enseña que los hombres serán juzgados basándose en la ley, y los que sean encontrados culpables serán sentenciados a muerte.

Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda encubierta, sea buena o sea mala (Ecl 12:14).

Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad (Sant 2:12).

Éste, así como muchos otros versículos, dejan claro que nuestras acciones individuales son importantes, que Dios tomará en cuenta toda obra en el juicio. ¿Cómo puede explicarse esto? Si el pecado mata a los que lo abrazan y la muerte es la consecuencia del pecado, de la que no podemos escapar, ¿por qué tenía Dios que imponer un castigo a los que pecaran? ¿Por qué es necesario un juicio para pasar revista y examinar las obras que los hombres han hecho, para que cada uno sea recompensado “según sus obras”? ¿Por qué no dejó Dios al pecador solo en su condición moribunda, sabiendo que el pecado lo mataría a su debido tiempo? ¿Por qué puso Dios los problemas en un marco judicial? ¿Por qué estableció la ley judicial con castigos, en lugar de simplemente dejarla donde la naturaleza la había puesto, permitiendo simplemente que el pecado destruyera a su debido tiempo a los que lo habían abrazado?

El libro de Romanos nos dice:

*Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia (Rom 5:20).*

La ley entró para que aumentara el delito y se multiplicara. Es decir, para que los hombres fueran conscientes de cuán grande era el poder del pecado que existía en ellos.

*¿Luego, lo que es bueno, vino a ser muerte para mí; En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno a fin de que, por el mandamiento, el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso (Rom 7:13).*

En otras palabras, cuando Adán pecó, el pecado sobrevino a todos los hombres. Como resultado, éstos quedaron envueltos en obras viles y malas y, a su debido tiempo,

todos murieron como resultado del pecado. Pero la mayor parte de ellos no tenía ningún verdadero concepto de cuán pecaminosos eran realmente. Los hombres llegaron a considerar la muerte como algo normal en la vida, y no establecieron ninguna correlación entre la clase de vida que poseían y la muerte que les sobrevinía. En amor, Dios tenía que hallar una manera de hacer que los hombres apreciaran lo que realmente existía en sus naturalezas, y hacerles ver que había una conexión entre esa naturaleza y la muerte y que el pecado era la causa de la muerte, para que pudiesen aprender a temer y odiar al pecado. Él tenía que establecer un sistema por cuyo medio el pecado llegaría a ser “sobremanera pecaminoso” (Rom 7:13). Expresó la ley en una fórmula judicial para que el hombre pudiera entender la verdadera naturaleza del pecado.

### **El “descubrimiento” de la ley**

Isaac Newton estaba sentado bajo un manzano un día cuando una manzana cayó sobre su cabeza. Para la inquisitiva de este genio científico, este simple incidente se convirtió en el catalizador de un asombroso “descubrimiento”. Se preguntó: “¿Por qué cayó la manzana sobre mi cabeza? ¿Por qué cayó hacia abajo en lugar de hacia arriba?” Al considerar esto, se dio cuenta de que esta es la manera en que las cosas siempre han sucedido, en cada ocasión y circunstancia. Esto le condujo a formular lo que se llama la ley de gravedad, y de esta manera, se le dio crédito por el descubrimiento de esta ley.

Por supuesto, esta ley existía mucho antes de que Newton llegara a la escena pero, cuando él la descubrió, a él y al mundo les pareció algo asombroso. Para él, llegó como una completa sorpresa. La expresó en palabras, y se refirió a ella como la ley de gravedad. Pero era sólo una manera de describir lo que había estado allí mucho antes de que él o cualquier otra persona la reconociera. Cuando la expresó así, no la creó ni la estableció. Sólo la dio a conocer y la hizo comprensible hasta cierto punto.

De la misma manera, la ley moral de Dios existió siempre. Todos los ángeles las obedecían naturalmente, sin pensarlo nunca dos veces.

Lucifer fue el primero que descubrió e hizo notar a los ángeles que la conducta de ellos era siempre en una sola dirección, haciendo lo que Dios quería. Esta idea de que

siempre había habido una ley por la cual eran gobernados llegó a los ángeles como algo extraño porque su servicio siempre había sido de obediencia natural y gozosa. Por decirlo así, Lucifer “descubrió” la ley moral y decidió que él no iba a someterse a ella.

Para que el hombre pudiera comprender la manera en que la ley obra; para que descubriera el poder del pecado y viera la conexión entre él y la muerte, Dios tenía que formular esta ley o, en otras palabras, expresarla en una fórmula que el hombre pudiera comprender. Esto fue lo que él hizo en el monte Sinaí.

Examinemos una ilustración que puede ayudarnos a comprender este asunto mejor:

### **Una ilustración**

Supongamos que hay un grupo de personas atrapadas en la cima de una montaña. Por todas partes alrededor de ellos, hay precipicios. No hay manera de bajar de la montaña. Al mirar estos precipicios, todo lo que se ve es oscuridad. El fondo está demasiado lejos para ser visto. En realidad, en el fondo hay rocas irregulares esperando para pulverizar a cualquiera que caiga o sea lo bastante imprudente como para saltar desde la montaña.

Un día, aparece de la nada un desconocido y comienza a persuadir a la gente de que allá abajo, más allá de la oscuridad, hay una tierra de infinita belleza y abundancia – un verdadero paraíso. Explica que hay un sistema por medio del cual los que saltan desde la cima súbitamente pierden velocidad tan pronto pasan la oscuridad y, a su debido tiempo, aterrizan en este paraíso tan suavemente como una pluma. Esta extraña persona hasta salta una o dos veces desde la cima de esta montaña y regresa con los brazos cargados de frutas exóticas. Gradualmente, la gente es persuadida. Una tras otra, las personas comienzan a saltar.

Sin embargo, hay un hombre que sabe exactamente qué les espera abajo. Frenéticamente, ruega a las personas que no salten, y les advierte de la horrible suerte que les espera. La gente continúa saltando. Finalmente, este hombre, que es consciente del peligro, saca un arma, se pone a un lado y dice: “Le dispararé a cualquiera que salte”. Un par de personas decide correr el riesgo, y saltan. Para todos los propósitos prácticos, estas personas ya están muertas

pero, a pesar de esto, este hombre dispara inmediatamente y los mata.

Ahora el escenario cambia. Al principio, era la caída lo que mataba a la gente cuando saltaba, pero ahora es este hombre. En lugar de la ley de acciones y consecuencias y la ley de gravedad, es este hombre quien está matando a la gente. Ha establecido un sistema en que las personas tienen que ajustarse a la regla o enfrentar un castigo. Este sistema ha tomado el lugar de la ley de acciones y consecuencias. Ahora es una ley judicial (“no saltarás, pues si lo haces, te mato”) en lugar de una ley natural (“si saltas, la gravedad te matará”). La ley de la naturaleza es una ley superior, y siempre ha existido pero, a causa de la ignorancia de la gente y sus acciones autodestructivas, este hombre que entiende ha establecido este sistema judicial dentro del sistema natural para salvar a los que pueda. De hecho, sólo está matando a los que es seguro que morirán y, al dispararles, más bien que esperar que sean aplastados en las rocas, en realidad está actuando en misericordia porque ahora llevará a cabo varias cosas positivas.

1. Hará que los que queden teman saltar. Por este medio, dará a la gente una oportunidad para que vivan un poco más, con la esperanza de que descubran por sí mismos la verdadera naturaleza de lo que hay abajo y el carácter del ser que los engañó.
2. Impedirá el sufrimiento de los que se estrellaron contra las rocas, pero que no murieron inmediatamente.

Por supuesto, todas las personas se asustarán del hombre con el arma. Puede que lo llamen tirano, y busquen una oportunidad de saltar cuando él no esté mirando. Resentirán su presencia y lo culparán por despojarles de la felicidad, aunque, en realidad, él sólo estaba obrando por el bien de ellos.

¿Podemos ver el paralelo? Por eso, Dios ha puesto los problemas en el marco de la ley judicial, junto con los necesarios castigos. Al dar la ley, Dios estaba diciendo: “Si saltas, te dispararé”. Aunque el pecado estaba siempre matando hombres, ellos no lo reconocieron y no lo temían. Aceptaban su corrupto estilo de vida y su muerte subsiguiente solamente como si la vida fuera así, y no veían ninguna razón para temer al pecado ni cambiar su estilo de vida. Por esto, Dios estableció un sistema judicial. Estab-

leció un marco en el cual, si alguien transgredía las leyes establecidas, era necesario que muriese. Ahora los hombres temían al pecado porque lo asociaban con la muerte, y al tratar de alejarlo de sí mismos, vinieron a reconocer cuán completamente estaba integrado en su naturaleza; que necesitaban ayuda sobrenatural si alguna vez iban a deshacerse de él, y así, la ley se convirtió en ayo para conducirlos a Cristo (Gál 3:24).

Desafortunadamente, para muchas personas, Dios fue considerado el verdadero problema, pues había establecido estas reglas y exigía que fueran obedecidas a pena de muerte. Los hombres habrían preferido deshacerse de Dios antes que de sus pecados, sus reglas los irritaba y lo acusaban de que los desobedientes tuvieran que morir. El hecho es que no habría importado que Dios hubiera sentenciado al transgresor a muerte o no. Inevitablemente, el pecado lo habría matado.

Considérese el caso de los antediluvianos o el de los sodomitas. En un caso, Dios envió un diluvio, y en el otro, un incendio, para borrar sus civilizaciones. Si Dios no hubiera hecho esto, ¿qué habría ocurrido a esta gente? ¡Bueno, en algunos años más, esa generación entera habría muerto de todas maneras! ¡El pecado, actuando en ellos, los habría matado, como mata a todos los hombres! ¡Y habrían estado tan muertos como en el diluvio o en el incendio! Por lo tanto, ¿por qué los mató Dios algunos años antes? ¿Qué diferencia hubo? Fue porque Dios quería hacer una declaración para que otros aprendieran a temer al pecado, y también para poner límite a la profundidad hasta la cual el pecado degradaría a la humanidad.

### **Tres niveles**

En relación a la actitud y relación con Dios, los hombres están básicamente en tres niveles.

1. En el primero y más bajo nivel, los hombres creen: “Si yo desobedezco a Dios, me matará”. Por lo tanto, temen a Dios y tratan de complacerlo por temor al castigo. Esta es la base de las religiones paganas, pero muchas veces los israelitas también adoraron a Dios por esta retorcida motivación, y tristemente, muchos “cristianos” en la actualidad todavía están en ese primitivo nivel de comprensión. Estas personas ven a Dios como el problema.

2. En el nivel secundario, la gente cree que el problema no es Dios, sino las acciones de los seres humanos. Dios no quiere matarlos, pero tendrá que hacerlo si ellos no cambian sus acciones. La justicia requerirá que los destruya. Éstos tienen un mejor concepto de Dios, pero todavía no se han enfrentado al verdadero problema, y ven la muerte como una acción necesaria de parte de Dios porque él es controlado por la justicia. Consideran el verdadero problema las obras que ellos hacen. El esfuerzo debe ser cambiar sus obras para poder cumplir con los requisitos de la ley. En este nivel, el pecador ve el problema como una cuestión de satisfacer la justicia.
3. Pero, en el tercer nivel, finalmente entendemos. Hay un problema, y solamente uno: La separación de Dios ha resultado en una enfermedad llamada pecado. Ésta enfermedad está devorándonos la vida, produciendo malas obras en nosotros, y nos está matando. Éste es el verdadero destructor, el pecado, no la ley judicial que exige la muerte del pecador. Es una ley de la naturaleza, una ley de consecuencias. Ahora reconocemos que el verdadero problema es el pecado en nosotros; lo que necesitamos no es sólo cambiar nuestras acciones, sino un cambio de naturaleza. Tenemos que buscar la vida sólo en aquel que puede llevar a cabo esto a nuestro favor. En este nivel, el creyente finalmente actúa basándose en la justificación por la fe.

Tenemos que entender esto porque, cuando nuestra comprensión alcanza sólo el nivel secundario, nuestra relación con el pecado y con Dios solamente es vista y experimentada en un marco legal. El pecado es relacionado con los detalles de la ley, y la salvación es relacionada con la obediencia a las reglas. El favor de Dios y la vida misma dependen de la forma en que respondemos a las reglas. De hecho, este es el fundamento del legalismo.

### **No mis obras, sino mi naturaleza**

Cuando llegamos al tercer nivel, estamos listos para dejar de ser niños o siervos; ahora somos hijos (Gálatas 4: 3 y 7). Entonces entendemos. El verdadero problema no es lo que hago, mis obras, sino lo que soy, mi naturaleza. Me doy cuenta de que el esfuerzo de Dios no está dirigido a

---

cambiar mis obras, sino a darme un nuevo corazón, una nueva naturaleza, por medio de los cuales mis obras cambiarán. ¡Ahora no tengo miedo de Dios, ni siquiera de mis acciones, sino de mí mismo! ¡Ya no lucho para cambiar mis obras, sino que trato, con todo mi corazón, de hallar a Cristo y someterme al único que puede cambiar mi naturaleza! No es Dios, ni siquiera la justicia, los que demandan mi muerte. Es mi naturaleza, maldecida por el pecado, la que obra la muerte en mí, y aunque la ley de Dios me ha llevado a este reconocimiento, es impotente para resolver el problema. Tengo que ir a Cristo (no a la ley escrita sino a la ley viviente) para tener vida (Gál 3:24), para tener una nueva naturaleza.

Dios dio a la controversia un marco judicial. Estableció leyes y castigos, pero éste no es el cuadro completo. Éste es un cuadro dentro de otro cuadro, el nivel secundario. Los verdaderos problemas existen a un nivel superior. No a un nivel judicial, sino al nivel de la ley natural, donde estamos involucrados en los principios que han sido incorporados en la existencia misma del universo.

## Por qué tuvo que morir Jesús

Una vez oí al presentador de un popular programa de entrevistas [talk show] en Jamaica describir a Dios como un ser “sanguinario”. Su razón para llegar a esta conclusión era que no podía entender por qué Dios exigió la pena de muerte por el más pequeño acto de transgresión, y por qué tenía que ser tan inflexible en su demanda que la única manera en que podía perdonar era que su propio Hijo muriera en lugar de nosotros. Según la manera en que lo explicaba, había sido la demanda de retribución lo que hizo necesario que el pecador muriese y que, si esto había de ser evitado, entonces lo único que Dios aceptaría sería que su propio Hijo muriese sacrificado en lugar del transgresor.

Claramente, este hombre estaba en gran oscuridad, pero hizo énfasis en un problema que me ha estado molestando a mí por muchos años. He oído muchas explicaciones, a favor de este problema, pero ninguna de ellas ha satisfecho realmente el concepto de un Dios de infinita misericordia.

Yo he oído decir que la ley exigía la muerte del pecador, que la justicia requería que, si a un hombre se le iba a perdonar la vida, entonces alguien tenía que morir en lugar de él, y no cualquiera, sino alguien que fuera un ser divino, alguien que estuviera a la altura de la ley, el legislador mismo.

Pero mi pregunta era: ¿Qué ley, qué sistema judicial, aceptará que una persona sea castigada por los pecados de otra? ¿A quién satisface esto?

Permítanme explicar lo que quiero decir usando una ilustración. Si yo le doy instrucciones a mi hijo para que no tome ninguno de mis mangos y él desobedece, entonces, para que mis instrucciones tengan sentido, es necesario que yo le imponga un castigo. Esto es por dos razones: Primera, para que mi autoridad pueda mantenerse y, segunda, para que él aprenda, por su propio bien, que es importante obedecerme. La desobediencia podría ponerlo en graves problemas en cualquier momento. Pero, al castigar a mi hijo, estos son los problemas que yo tomo en cuenta. No es un problema de venganza, ni para satisfacer en mí algún deseo de retribución, ni para hacerlo sufrir por

haberse atrevido a ir contra mi voluntad. Además, yo nunca le diría a mi hijo: “¡Si tomas los mangos, te mato!” Castigarlo sería para hacer de él una mejor persona y salvarle la vida, no para destruirlo. Además, si mi hijo está verdaderamente afligido por lo que hizo, y demuestra que lamenta sus acciones profundamente, ¿sería necesario todavía castigarle? ¿Por qué necesitaría yo decir: “Bueno, hijo mío, veo que lo sientes, y quiero perdonarte, pero no puedo hacerlo a menos que alguien sea castigado. Desobedeciste mis instrucciones, y antes de que yo pueda perdonarte, alguien tiene que ser castigado. Veo que lo sientes, de manera que no te castigaré, sino que castigaré a tu hermano en tu lugar”. ¿Tiene sentido esto?

Esta es un área del plan de redención que – tengo que admitirlo – ha sido un área gris para mí y para muchos otros. Acepté el hecho de que había una buena razón para que Cristo tuviera que morir, y acepté que no podría haber sido Dios el que exigía su sangre, pero no pude entender ni explicar las razones por qué era necesario todo eso. ¡Estoy agradecido de que, al estudiar la justificación por la fe, finalmente he llegado a ver la razón de por qué era esencial, y he llegado a apreciar lo que era realmente un plan maravilloso!

### **¿Ficción legal?**

No hace mucho, navegando por Internet, me encontré con una pregunta que me intrigó. La pregunta era: “¿Es el evangelio una ficción legal?” La base de esta pregunta es ésta: Cuando los hombres creen en Cristo (cuando lo aceptan como Salvador), son justificados. Es decir, son declarados justos, Dios perdona todos sus pecados, y los considera tan justos como Cristo mismo. Sin embargo, el cristianismo popular enseña que, en su naturaleza y en sus acciones, dichas personas no son realmente tan justas como Cristo. Así, pues, el evangelio queda abierto a la acusación de que es una “ficción legal”. Es visto como una transacción legal por medio de la que Dios acepta “legalmente” lo que no es verdad. Dios nos acepta como justos cuando, en realidad, no lo somos. Los puntos teóricos, los argumentos legales, se convierten en el foco de atención, en lo importante, ¡en lugar lo que es en realidad nuestra condición en la actualidad!

Tengo que ser honesto y decir que tal concepto presenta

un cuadro de Dios que no es apropiado del rey del universo. Lo presenta como uno de los abogados de habla rápida y mucha labia que usan lagunas legales para sacar libres a los criminales más viles, soltándolos en la sociedad sólo para que repitan sus crímenes una y otra vez. ¿Debe aceptarse esto como el mejor “plan de salvación” que Dios podía ofrecer? ¿Se trata el evangelio de argumentos legales, o del problema real de liberar al hombre del pecado?

En el capítulo anterior, establecimos el hecho de que es el pecado lo que mata al hombre. Lo opuesto es verdad: la justificación da vida. Cuando entendemos esto, la muerte de Cristo asume un aspecto completamente diferente.

### **Cómo se transmite la vida**

Primero, tenemos que tomar nota de un importante principio fundamental, que es crítico para comprender este punto. Es éste: Una vez que Dios ha creado la vida, es transmitida a otros y propagada por medio del nacimiento. Toda criatura recibe su naturaleza fundamental cuando nace, y esto determina lo que es, ya sea perro, gato, león, lobo, ser humano, etc. Dentro del marco de esa naturaleza, cada uno desarrolla un carácter, pero la naturaleza es lo que determina la clase de criatura que es.

Como aprendimos anteriormente, todos nacemos con una naturaleza espiritual, así como una física. Todos los que procedemos de la raza de Adán nacemos con un cuerpo debilitado por el pecado, débil, degenerado, moribundo (de carne pecadora), y un espíritu (una mente carnal), esclavo del pecado, injusto. Esto es lo que recibimos al nacer, y ninguno de los artificios humanos – la ciencia médica, la psicología, la educación, la resocialización, la religión, etc. – puede cambiar esta naturaleza, ni física ni espiritualmente, aunque el hombre puede someter o disfrazar algunas de sus manifestaciones. ¡La naturaleza es transmitida sólo por medio del nacimiento! El hombre nace con una naturaleza espiritualmente muerta. La Biblia lo describe como “muerto en delitos y pecados” (Efe 2:1 y 5). Nace con un cuerpo moribundo. Si alguna vez va a escapar al poder de esta doble muerte (física y espiritual) que está activa en él, ¡el hombre tiene que nacer de nuevo! ¡Porque la naturaleza sólo se transmite por medio del nacimiento! (¡No puede obtenerse tratando de comportarse como alguna otra persona!).

## Una nueva fuente de vida

Pero recordemos que, cuando el nacimiento tiene lugar, siempre hay una fuente original de vida. Siempre hay un progenitor, alguien que transmite la vida a otro. Si va a haber un nuevo nacimiento para el hombre, si ha de recibir una nueva vida, una nueva naturaleza, entonces tiene que haber una fuente original, un progenitor en el cual existía esta vida nueva. Además, todos los atributos vitales, las cualidades características de esta nueva vida, esta nueva naturaleza tienen que ser parte de la vida original. Tiene que ser primero parte de la vida del progenitor antes de que sea transmitida a la descendencia.

¿Qué quería Dios hacer a favor del hombre? Quería darle una vida en la que el pecado hubiese sido derrotado y destruido, en la que la naturaleza se hubiera vuelto a Dios y a su justicia tan naturalmente como la flor se vuelve al sol. Sólo recibiendo una vida como ésta podría el hombre ser redimido del terrible destino impuesto sobre él por la vida transmitida desde Adán.

Esto es lo que Dios se proponía hacer en Cristo. Jesús sería el segundo Adán, el segundo prototipo de la humanidad, “el Padre eterno” (Isa 9:6), de una nueva humanidad que pudiera transmitir una vida en la que el pecado hubiese sido derrotado y destruido, y la justicia fuera una realidad natural. Pero, para tener y transmitir una vida así, ¿qué aptitudes debía tener Jesús?

- a. Debía haber tomado el pecado sobre sí mismo, experimentado su poder, y haberlo derrotado y destruido, sin haber sucumbido a él. Sólo de este modo podría tener una vida victoriosa que pudiera transmitir a su descendencia.
- b. Debía ser divino, uno que, en su propia naturaleza, fuera igual a la ley. Uno que fuera la realidad misma de la ley viviente. Un ángel podría haber dado instrucciones en cuanto a cómo obedecer la ley, incluso él hasta podría habernos dado un ejemplo, pero sólo el Legislador, siendo él mismo la ley viviente, podía transmitir una naturaleza en que estuvieran incorporados los profundos principios de esa ley.

Esta es exactamente la clase de Salvador que Jesús es y éstas son exactamente sus cualificaciones. Jesús tenía que ser humano, completamente humano. De lo contrario, no podría haber tomado el pecado sobre sí. No podría haber

tomado nuestra enfermedad para poder destruirla. Pero, al mismo tiempo, la salvación no podría haber venido de alguien que sólo era hijo de Adán. Por la ley de la herencia, todo lo que Adán podía transmitirle a su descendencia era pecado y muerte. Si Jesús hubiese sido sólo hijo de Adán, eso es todo lo que podría haberle transmitido. Para dar vida, tenía que ser de otro mundo. Tenía que ser de otra raza, para que pudiese introducir un nuevo elemento en la humanidad. Más que eso, ¡Jesús tenía que ser plenamente divino! Sólo siendo divino, igual a Dios, podría impartir una vida de perfecta justicia, que no sólo se ajustara a las reglas, sino que fuera en sí misma, por naturaleza, justa y santa.

### **Hecho pecado**

Así, pues, la palabra de Dios nos dice:

*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2 Cor 5:21).*

Notemos lo que dice la palabra de Dios. Esto es mucho más fuerte que decir que Jesús murió por nuestros pecados. Dice que fue “hecho” pecado. ¿Cómo fue esto posible para un ser que era sin pecado? ¿Cómo fue hecho pecado? ¿Cómo puede ser lo que dice Pedro?

*quién llevó él mismo nuestros pecados sobre el madero en su cuerpo (1 Pe 2:24).*

Hemos malentendido esto porque no hemos comprendido apropiadamente la verdadera naturaleza del pecado. Algunos han creído que él llevó nuestros pecados y fue hecho pecado, simplemente por el hecho de que vino con un cuerpo humano degenerado y con las debilidades de la carne, comunes a todos los hombres. Otros, porque limitan el pecado a actos de transgresión, han supuesto que él llevó nuestros pecados en que cada acción errónea cometida jamás en la historia de la humanidad fue de alguna manera juntada y amontonada sobre Cristo. Sin embargo, cuando entendemos correctamente lo que es realmente el pecado, repentinamente entendemos lo que ocurrió cuando Jesús se hizo pecado por nosotros. Repentinamente, tiene sentido y queda claro como el agua. Vemos la maravillosa verdad que es, al mismo tiempo, horrible e impresionante.

La raíz de todo pecado es la incredulidad, que resulta en la separación de Dios. En todo ser que haya experimentado esta separación, ya sea Lucifer, los ángeles caídos o Adán, Eva y su descendencia, en todos los casos, esta separación ha resultado en la manifestación del pecado, es decir, en llevar a cabo obras pecaminosas. Es importante que entendamos los escalones de este proceso descendente de pecado para que podamos captar plenamente cuándo Jesús llevó nuestros pecados.

1. Primero, hay incredulidad – falta de disposición para confiar en Dios.
2. Esto resulta en separación de Dios.
3. La consecuencia inmediata es una naturaleza completamente egoísta.
4. El resultado natural e inevitable es la comisión de acciones pecaminosas.

Cada una de estas etapas ha sido descrita como pecado porque todas están relacionadas entre sí, siendo cada una la causa o el resultado de la otra.

La creencia general es que Jesús sólo asumió la última de estas etapas de pecado (las acciones pecaminosas) cuando llevó nuestros pecados. Pero, puesto que él mismo nunca cometió ni un solo acto pecaminoso, debe haber sido simplemente la pena del pecado lo que él llevó. Así, pues, nuestra idea es que, cuando Jesús llevó nuestros pecados, Dios tomó cada uno de los actos erróneos que se cometieron en la historia del mundo en todos los tiempos y puso sobre él la pena de esas acciones erróneas. Nuevamente, esto nos ha hecho mirar la salvación como una cuestión legal, algo relacionado con papeleo, con hacer un balance de los libros. Vemos a Jesús llevando la pena de modo que, al liberarnos, Dios pueda balancear legalmente los libros. No vemos los pecados que Cristo llevó como una realidad verdadera que afecta dinámicamente, de una manera real y práctica, las mismas vidas en las que existimos.

Pero fueron nuestros pecados los que Dios puso sobre Cristo. Ningún pecado en su resultado final de acciones pecaminosas, ningún pecado en su tercera etapa de naturaleza egoísta, sino el pecado en sus mismos orígenes, en su principio básico, donde comienza. Por supuesto, Jesús no perdió la fe en Dios. Nunca eligió su propio camino (el primer paso), de manera que no se separó de Dios (el segundo paso). Pero Dios puso sobre él nuestros pecados

(Isa 53:6). Dios le impuso a Cristo el segundo paso (la separación de él). ¡Tuvo que hacerlo para que Cristo pudiera destruir el principio del pecado!

### **El pecado condenado**

Al retirarse Dios de su hijo, Jesús sufrió las plenas consecuencias del pecado. La agonía de aquella separación era más de lo que Cristo podía soportar, y quebrantó su corazón. Pero consideremos lo que Cristo hizo. En todo otro ser que ha sido alguna vez separado de Dios, el resultado inmediato ha sido el egoísmo. El tercer paso en el pecado ha seguido rápidamente. El deseo de la autoconservación se ha convertido enseguida en el principio dominante en el corazón. ¡Hasta Adán, que halló su completo gozo en Eva, se halló a sí mismo inmediatamente acusándola para salvar su propia piel después de que él pecó y se separó de Dios!

Ahora bien, Dios dejó a Jesús solo, e inmediatamente un horror de gran oscuridad lo sobrecogió. Sin la consoladora seguridad del Espíritu de Dios, todo lucía incierto y de presagio. Hasta las profecías que se relacionaban con su resurrección ahora parecían vagas e intangibles. En su mente oscurecida y confusa, hacía presión la idea de que, si moría, sería para siempre. Recordemos que Jesús no estaba cómodamente instalado en su recámara, estudiando su Biblia, con el Espíritu Santo iluminando su mente. Era un ser humano torturado, que sufría grandemente, privado de sueño probablemente por más de veinticuatro horas; era un ser que sufría pérdida de sangre, al borde de alucinaciones y ahora, lo peor de todo, ¡abandonado por el Espíritu de Dios! No había ni un solo rayo de luz que iluminara su mente, ningún consolador que le trajera las profecías de vuelta a sus pensamientos con renovado poder. Además, Satanás lo asaltaba con oleada tras oleada de dudas.

El resultado lógico, natural y aparentemente inevitable sería que Jesús diera el paso siguiente en la senda del pecado y se convirtiera en egoísta, buscando preservar su propia vida. Cualquier otro ser en el universo habría hecho esto. Pero Jesús era completamente divino. Era el unigénito hijo de Dios, de la misma pura, santa, y generosa naturaleza que Dios y, aunque le habían sido quitados sus poderes, el Espíritu Santo, y la esperanza, no pudo volverse egoísta porque era Dios por naturaleza, ¡y Dios es completamente bueno! ¡Aleluya!

En lugar de volverse al yo, dar el siguiente paso hacia el pecado, e inclinarse al principio de Satanás, Jesús murió al pecado. Lo resistió en sí mismo hasta la muerte, destruyendo así al pecado en la carne humana para siempre.

*Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne (Rom 8:3).*

Fue en su carne humana que Jesús condenó al pecado. Lo tomó sobre sí mismo y lo condenó. Ahora hay una humanidad en que el pecado ha sido destruido, y en la cual la enemistad entre el hombre y Dios ha sido eliminada. Hay una vida humana sobre la que el pecado no tiene más dominio, contra la que el pecado hizo lo mejor que pudo, pero fue derrotado y destruido. ¿Dónde está esa vida? ¿Dónde está esa humanidad? Está en el segundo Adán, la nueva creación. Está en Jesucristo (1 Jn 5:11).

*Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Rom 8:1).*

El pecado en nosotros nos condenó y produjo en nosotros la muerte. La separación de Dios produjo naturalezas y acciones egoístas. Pero Jesús tomó sobre sí mismo esta condenación. Llevó la maldición en su propio cuerpo (Gál 3:13) y allí destruyó esta condenación. Esta es la vida que Jesús imparte ahora a todos los que creen. Una vida en la que han sido abolidos la separación de Dios, el egoísmo y las obras egoístas. *Y fue por esto por lo que Jesús tuvo que morir.*

En todos los seres humanos, hay una ley natural en funcionamiento, implantada por Adán y heredada de él. Esta terrible ley se llama “la ley del pecado y de la muerte”. En Romanos 7:14-24, el apóstol Pablo describe la manera en que funciona. Nadie puede contrarrestar los efectos de esta ley por medio de ningún dispositivo ni esfuerzo. Es un principio incorporado en las vidas de todos los que proceden de la raza de Adán. Es una ley natural, de la naturaleza. Las reglas y los reglamentos no pueden cancelar ni contrarrestar la ley natural, por consiguiente, los Diez Mandamientos, la ley de Dios expresada en forma judicial, es impotente para resolver el problema. La ley judicial nunca es la verdadera respuesta porque es débil y trabaja

a través de la carne (Rom 8:2). Una ley mayor que la ley judicial está en operación en la carne, y la ley judicial no puede superar eso. Sería como si yo le ordenara a un hombre: “Cuando saltes en el aire, no caerás nuevamente a tierra”. Todas mis órdenes serán inútiles. No podrían derribar la ley natural de la gravedad, no importa cuánto yo rogara o amenazara, o con cuánta fuerza este hombre lo intentara. Si la ley natural ha de ser superada, hay que introducir una ley natural mayor para contrarrestar la ley anterior.

La gravedad es una ley natural que exige que todas las cosas permanezcan sujetas a la tierra. Sin embargo, los efectos de la ley de gravedad pueden ser contrarrestados por la ley de la aerodinámica. Esta es otra ley que, cuando se aplica, permite a una persona elevarse contra la ley de gravedad. Esto es demostrado todos los días cuando volamos en avión. Contrarrestamos la gravedad aplicando una ley superior. Aunque este hombre descubriera que mi orden es imposible de obedecer en sí misma, si fuera a aplicar la ley de la aerodinámica podría obedecer mi orden.

### **La ley del Espíritu**

*La palabra de Dios dice: “La ley del espíritu de vida (la ley natural – la ley de la naturaleza justa de Cristo) en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte (la ley natural – la ley de la naturaleza pecaminosa)” (Rom 8:2).*

*porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne (Rom 8:3).*

La ley del pecado y de la muerte dominó mi ser y quedé impotente para resistirme a ella. Los diez mandamientos no pudieron producir la fuerza necesaria para vencerla. Pero hay otra ley, la del espíritu de vida, ¿y dónde existe esta ley? ¡Está en Cristo Jesús! Puede ser hallada y experimentada en Cristo. Lo que Dios hizo fue introducir otra ley natural para anular los efectos de la primera ley. Los que experimentan esta ley natural cumplen la justicia de la ley, se ocupan de las cosas del espíritu, tienen vida y paz, sus cuerpos están muertos al pecado y vivos para la justicia, y son hijos de Dios (Rom 8:4-14).

Se rompe la maldición

## ¿Qué es una maldición?

La cruz juega un papel central en la salvación de la humanidad. Una persona no puede leer el Nuevo Testamento sin reconocer esto. La crucifixión de Jesús fue un aspecto predeterminado del plan de salvación, algo planeado por Dios y su Hijo antes de todos los tiempos. Los apóstoles entendieron la importancia de la cruz, y ella siempre era el centro de su enseñanza. Pablo escribió:

*Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles, locura (1 Cor. 1:23).*

*Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste, crucificado (1 Cor 2:2).*

Pablo predicaba a Cristo, pero nótese su énfasis. No sólo era Cristo el centro de su mensaje, sino Cristo en cierto punto de su experiencia – Cristo crucificado.

¿Por qué es el Calvario tan importante? ¿Qué ocurrió realmente allí en la cruz? Esta es una pregunta que requerirá todos los años de eternidad para responderla plenamente, pero, a pesar de esto, aun hoy hay mucho que podemos obtener estudiando este tema cuidadosamente.

### **Redimidos de la maldición**

Comencemos considerando este versículo en el libro de Gálatas:

*Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero) (Gál 3:13).*

El apóstol Pablo dice que Cristo nos redimió de cierta maldición, y que ésta era “la maldición de la ley”. Cristo nos compró de esta maldición. Pero, ¿cómo lo hizo? Convirtiéndose en maldición, tomándola sobre sí mismo. Al demostrar este punto, Pablo cita Deuteronomio 21:23, que dice que todo el que es colgado en un madero es maldito de Dios. Cristo fue colgado en una cruz. Por lo tanto, fue maldito, y de esta manera, llevó la maldición. Esta es la manera en que nos libró de la maldición.

Hay algunas preguntas que tenemos que responder para entender este punto apropiadamente. ¿Qué es una maldición? ¿Qué significa que estábamos bajo la maldición de la ley? ¿Y cómo tomó Cristo esta maldición, librándonos así de ella?

### **¿Qué es una maldición?**

Es una sentencia de desastre. Este concepto existe hasta fuera de la Biblia. La mayoría de nosotros probablemente conoce un relato sobre alguien que fue maldecido y, por consiguiente, fue acosado por toda clase de mala suerte. Este es un tema popular en libros de cuentos. Esta idea tiene en ella algo de verdad.

En el capítulo 22 del libro de Números, leemos que Balac, rey de Moab, le pidió a Balaam que maldijera a Israel. Éste país estaba invadiendo a Palestina y a toda nación que se pusiera en su camino. Ahora le tocaba a Moab. Balac sabía que, en todo lo que Israel hacía, tenía éxito, y que él, Balac, nunca podría derrotar a este pueblo sin una ayuda especial, así que mandó traer a Balaam, pues éste tenía una reputación de pronunciar bendiciones o maldiciones. Era profeta de Dios, y a quienquiera que bendijera era bendito, y a quienquiera que maldecía, era maldito.

Pero, cuando Balaam llegó, cada vez que abría la boca para maldecir a Israel, sólo le salían bendiciones, no maldiciones, y esto nos dice algo más. Nos dice que una maldición no es algo que una persona puede poner sobre otra. Una persona puede expresar o pronunciar las palabras de una maldición, pero no puede atraer la mala suerte sobre otra. Esta idea es común en el pensamiento humano, pero no es en absoluto la idea bíblica de una maldición.

Como ejemplo de lo que quiero decir, examinemos un pasaje en Mateo donde Cristo habla a los judíos:

*¡Serpientes! ¡Generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? (34) Por tanto, yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Berequías, a quien matásteis entre el templo y el altar. De cierto*

*os digo que todo esto vendrá sobre esta generación. (Mt 23:33-36).*

¡Nunca hubo una maldición más solemne y más terrible pronunciada sobre un pueblo! Esta sentencia se cumplió cuando los romanos sitiaron a Jerusalén. ¡Las condiciones que sobrevinieron a los judíos eran tan terribles que las mujeres hambrientas comenzaron a comerse sus propios hijos! Cuando los ejércitos romanos finalmente entraron a la ciudad, la sangre judía corrió como agua por las calles de Jerusalén.

### **Las maldiciones son autoimpuestas**

Esta era una maldición pero, ¿quién fue el que maldijo a Israel? Jesús pronunció las palabras, pero quién fue el que los maldijo? ¡El hecho es que Israel se maldijo a sí mismo! ¿Fue Jesús el que atrajo estos desastres sobre ellos? ¡No, fueron sus propias acciones las que los maldijeron! Todo lo que Cristo hizo fue decirles la verdad antes de que ocurriera. Sólo profetizó lo que sucedería. Fueron ellos los que se alejaron de Dios y lo rechazaron completamente. Por tanto, él ya no pudo protegerlos más. El resultado fue que Satanás pudo hacer su obra con ellos, resultando finalmente en la destrucción de la nación. Como dice Proverbios 26:2: “La maldición nunca vendrá sin causa”.

Esta misma verdad está ilustrada en el capítulo 9 de Génesis. Allí leemos que, después del diluvio, Noé se emborrachó y yacía en la tienda desnudo. Se nos dice que su hijo menor Cam entró y vio la desnudez de su padre. La Biblia no nos dice exactamente lo que hizo, pero se sugiere que se burló de su padre. Algunos dicen que hizo más que eso, y que, en realidad, lo sodomizó, pero la Biblia no especifica. En Génesis capítulo 9 leemos:

*Y despertó Noé de su embriaguez, y supo lo que le había hecho su hijo más joven, y dijo: Maldito sea Canaán; siervo de siervos será a sus hermanos (Gén 9:24 y 25).*

Así, pues, Noé despertó y dijo: “Maldito sea Canaán”. ¿Quién fue el que vino y lo miró? Cam, pero, extrañamente, no fue Cam, ¡sino Canaán el que fue maldito! ¿Quién era Canaán? Era el hijo de Cam. Cam hizo algo y Noé pronunció una maldición contra el hijo de Cam. Si Noé hubiera sido la persona que atrajo la maldición sobre Canaán, esto

habría sido una grave injusticia de parte de Noé. ¡Pero no fue Noé el que atrajo esta maldición sobre Canaán! No tenía ese poder.

Así, pues, por qué Noé, por inspiración del espíritu de Dios, pronunció una maldición sobre el hijo de Cam? ¿Qué principio debemos aprender de estos versículos?

Hay una regla de la vida que es inevitable y se llama la ley de las consecuencias. Dios puede perdonar la pena del pecado de una persona, pero las consecuencias permanecen. En otras palabras, ¡lo que nosotros hacemos afecta a nuestros hijos! Una persona que se contagia de una enfermedad como resultado de una conducta pecaminosa, puede infectar a sus hijos. Más tarde, esta persona puede pedirle a Dios que perdone su pecado y, por supuesto, Dios la perdona, pero los hijos no serán sanados milagrosamente sólo porque la persona ha sido perdonada. Las consecuencias permanecen.

El hijo de Noé, Cam, tenía algo en su carácter que sería transmitido a su hijo, Canaán. En algún momento del futuro, estas actitudes arraigadas en el carácter de los descendientes de Cam resultarían en que se convertirían en siervos de los descendientes de sus hermanos. Así, la maldición cayó sobre Canaán, no porque Dios decidió arbitrariamente castigar a Canaán, sino porque Cam había transmitido sus propios hábitos a la siguiente generación. En realidad, Dios dice que esto continúa hasta la tercera y cuarta generación, y de hecho continúa mientras los rasgos malignos permanezcan en la familia.

Estos ejemplos sacan a relucir un principio que necesitamos entender completamente. Lo encontramos en Éxodo donde Dios dice:

*Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen (Éx 20:5).*

¿Cómo podemos explicar esto? ¿Es Dios el que, arbitrariamente, decide que cuando una persona ha hecho mal, él, Dios, castigará al hijo de esa persona y a sus descendientes, generación tras generación? ¿Es así como es Dios? ¡Absolutamente no!

Un grupo de personas que ha sufrido mucho es la raza negra. Aunque es verdad que algunas de las “grandes” civilizaciones del pasado han sido africanas, también es

verdad que uno de los capítulos más oscuros de la historia humana involucró la esclavitud y el brutal tratamiento de los africanos, en algunos casos a manos de su propio pueblo, pero más a menudo por otras razas. Durante toda la historia de la humanidad, el hombre ha esclavizado a su prójimo, pero parece que esta maldad ha sido demostrada más plenamente por la esclavitud de los negros. Pero, ¿dónde comenzó esto? Hablando en términos generales, los africanos son descendientes de la línea de Cam.

Cam tomó un rumbo contrario al de Dios, y guió a sus hijos por ese mismo curso. Uno de los primeros grandes rebeldes contra Dios fue Nimrod, que era descendiente de Cam. Estableció un reino que estaba en rebelión directa contra Dios (Gén 10:8-10). La maldición (las características malvadas) pasó de padre a hijo, a medida que los descendientes de Cam se alejaban más y más del verdadero conocimiento de Dios. Al confundirse más y más, se degradaron más, hasta que, con el correr del tiempo, comenzaron a adorar rocas y trozos de madera y a participar en algunos actos aun más degradantes.

¿Dónde se detiene la espiral descendente cuando una persona nace en una tierra donde la gente come seres humanos como un medio natural de vida, donde los únicos dioses conocidos están hechos de madera y roca, y donde los aspectos más degradantes de la naturaleza humana son comunes y la manera normal de vivir? ¿Qué esperanza tiene una persona de romper este ciclo algún día? ¡Sólo empeora!

Así, pues, la maldición es realmente el desarrollo de las consecuencias naturales, y eso es lo que tenemos que entender. Normalmente, Dios no interfiere con las consecuencias. Puede perdonar el castigo, pero las consecuencias continuarán. Es así de sencillo.

### **¿Cómo se puede romper una maldición?**

Tomemos nota del hecho de que Dios dice que él visita la maldad de los padres sobre los hijos “hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen”. ¿Podemos ver un elemento de esperanza en esa afirmación?

En Génesis 27, Jacob fue a su padre y, mediante engaños y astucias, obtuvo algo que le pertenecía a su hermano. Robó la bendición de su hermano. Cuando Esaú entró después para recibir sus bendiciones, se encontró con que

habían desaparecido y, aunque rogó a su padre para que se las diera, su padre no podía traérselas de vuelta. Isaac no pudo cambiar de modo de pensar porque la bendición, como la maldición, era simplemente una profecía de la manera en que las cosas ocurrirían y, bajo la inspiración del Espíritu, Isaac no podía decir lo que no era verdad. Pero, en el versículo 40, le dice a Esaú:

*y por tu espada vivirás, y a tu hermano servirás; y sucederá cuando te fortalezcas, que descargarás su yugo de tu cerviz (Gén 27:40).*

¿Cómo se rompe una maldición? Dios le dijo a Esaú, por medio de Isaac, que serviría a su hermano, pero que, cuando llegara el día en que pudiera romper el dominio de Jacob sobre su cuello, sería libre de esta maldición. Para romper una maldición, una persona primero tiene que haber caído bajo su poder y luego, desde esa posición, derrotar aquel poder. Esa es la única manera de romper una maldición.

Supongamos que hubiera habido un hombre adorando roca y madera, medio desnudo, en la región más primitiva de África, hace mil años. Si este hombre hubiera podido llegar al conocimiento del Dios verdadero, ¿qué habría sucedido con sus hijos? ¡La maldición habría sido rota en su familia! Habría surgido en medio de África una tribu rodeada por toda esta oscuridad, completamente diferente de los que había alrededor. En ellos, se habría manifestado la pureza y la rectitud del verdadero cristianismo, a pesar de la ignorancia circundante. Pero se requería que una persona rompiera esta maldición.

Pero, ¿cómo podría alguien que creció y vivió toda su vida en esas circunstancias liberarse de ese ciclo? Alguien que creció y se crió en esa situación jamás podría romperlo bajo circunstancias normales. La única manera sería si algún nuevo elemento se introdujera en su experiencia.

Es por esto que, aunque la esclavitud es una cosa muy aborrecible, me siento agradecido de que Dios ejerciera su soberanía sobre este terrible mal para sacar algo bueno. Algunos de mis antepasados llegaron al Caribe bajo estas terribles condiciones, pero se le dio una oportunidad a muchos pueblos de ascendencia africana para ser expuestos al evangelio. A causa de esto, hoy estoy donde estoy. Un hijo de Dios y feliz con mi situación en la vida. Así, las

circunstancias produjeron un cambio, algún nuevo elemento entró en la vida depravada de Cam y por lo tanto, aquella maldición no me fue transmitida. Esa maldición de Cam ha sido rota porque algún nuevo elemento entró en la experiencia de mis antepasados.

## Capítulo 13

## La maldición de la Ley

En Gálatas 3:13, leímos que, para redimirnos, Jesús tomó sobre sí “la maldición de la ley”. En Proverbios se nos dice:

*El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable (Prov 28:9).*

¿Qué significa esto? ¿Qué es esta abominación? Una abominación es algo altamente desagradable, que uno encuentra intolerable. El Webster New World Dictionary define una abominación como “cualquier cosa odiosa y repugnante”. El hombre que ha cerrado sus oídos a las afirmaciones de Dios ha levantado una barrera entre él mismo y Dios. Hasta su oración es abominación. Si su oración es abominación, ¿qué acerca de la persona misma? Esto nos da un indicio que nos ayuda a entender lo es que la maldición de la ley. La maldición de la ley cae sobre una persona cuando ésta la quebranta. Gálatas lo afirma:

*Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley para hacerlas (Gál 3:10).*

Son los que no hacen todo lo que la ley dice los que son malditos. Para evitar la maldición de la ley, una persona debe hacer absolutamente todo lo que la ley dice, pero, como nos dice Santiago: Si la persona ofende en un punto, es culpable de todo. Ningún ser humano (excepto Cristo) ha guardado jamás la ley perfectamente. Ninguno de nosotros ha cumplido jamás “todas las cosas” que están ordenadas en la ley. Por consiguiente, la maldición de la ley está sobre toda la humanidad, la maldición en que incurrimos al desobedecer, al apartarnos de la ley.

Adán es la persona que introdujo esta maldición en la humanidad y puso la raza entera bajo ella. En Génesis, Dios le hizo una advertencia a Adán y a Eva. Les dijo muy claramente lo que sería el resultado si comían del árbol del conocimiento del bien y del mal.

*Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no*

*comerás, porque el día que de él comieres, morirás (Gén 2:17).*

La opinión popular es que, cuando Dios le dijo a Adán y a Eva que morirían si comían del fruto, estaba poniendo una maldición sobre ellos. Pero recordemos el principio que ya establecimos: Dios no maldice a nadie. Lo que consideramos como una maldición de parte de Dios es en realidad su predicción de lo que sucedería como consecuencia de la elección y la conducta de una persona.

Cuando Dios dijo: “Si comes, ciertamente morirás”, no estaba diciendo: “Si tomas del fruto, te matará”. ¡Absolutamente no! Estaba diciendo: “Si tomas del fruto, vas a introducir algo en tu experiencia que te matará”. Les advirtió en amor. Pero ellos dijeron: “No creemos que estés diciendo la verdad. Esta serpiente parece comprender bien lo que en realidad está ocurriendo aquí”. De modo que rechazaron el consejo de Dios y tomaron del fruto.

Pero Dios no permanece donde no es querido. En el momento en que Adán deliberadamente, a sabiendas, conscientemente, decidió que no quería a Dios, éste tuvo que alejarse de Adán. Dios tuvo que permitirle a Adán ser libre, y respetó su elección. Adán eligió separarse de Dios. En estas condiciones, no hay nada sino la muerte física y espiritual. Esta es la maldición de la ley, que viene de rechazar a Dios, manifestada por la desobediencia a su ley.

Es verdad que Adán no murió ese día, pero fue sólo porque, en el momento en que pecó, Cristo tomó sobre sí su sentencia y prometió morir en su lugar. Adán comenzó inmediatamente a beneficiarse del sacrificio de Cristo, aunque éste no había muerto realmente todavía. La Biblia nos dice que Jesucristo es “el cordero muerto desde la fundación del mundo” (Apoc 13:8).

Puesto que la gracia intervino inmediatamente, es difícil para muchos de nosotros entender realmente lo que el hombre trajo sobre si mismo ese día. Pero, si avanzamos algunos años en el futuro y consideramos las condiciones que prevalecerán cuando termine el tiempo de prueba y el Espíritu de Dios sea retirado de la tierra, tendremos un cuadro de dónde el hombre merecía estar realmente. La Biblia dice de los hombres de ese tiempo:

*Blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras (Apoc*

16:11).

¿Por qué no se arrepentirán? Porque el Espíritu de Dios se habrá alejado de la tierra. Sin Dios, no pueden arrepentirse. No desearon volverse a Dios y su tiempo de gracia se cerró. Ahora no tienen ningún beneficio, ninguna gracia, ninguna luz de Dios, y ya no pueden volverse a Dios. Los que pasan por las siete plagas postreras experimentarán lo que significa estar bajo maldición completamente. Buscarán la muerte y no podrán morir porque Cristo ya no mediará entre el hombre y los plenos efectos de la maldición.

¡Aquí es donde Adán y Eva deberían estar aquel día! ¡Esto fue lo que eligieron! Pero Dios continuó trayendo bendiciones sobre la raza humana porque Cristo intervino ese día.

### **Sólo Dios es bueno**

En Mateo 19, hallamos lo que yo considero el primer gran fundamento de la fe cristiana. Esto es lo que Jesús afirma:

*Ninguno hay bueno, sino uno, Dios (Mt 19:17).*

Esta verdad se repite en Apocalipsis 15 donde se declara de Dios:

*sólo tú eres santo. (Apoc 15:4).*

La palabra “sólo” significa que no hay ningún otro. Ninguno hay bueno, sólo uno, Dios. Sólo Dios es bueno. Otra verdad surge automáticamente de esta gran verdad fundamental. Es ésta: Podemos estar seguros de que, en cualquier lugar en el universo donde se halle el bien, allí estará la presencia de Dios. ¡Cuando una persona halla lo que es realmente bueno, ha hallado realmente la presencia de Dios! Si uno pudiera hallar la bondad fuera de Dios, significaría que hay más de un Dios porque sólo Dios es bueno. Este es un principio fundamental, y si no entendemos esto, nada de lo que creemos concerniente a la justicia va a ser correcto. Esta es uno de los pilares fundamentales: No podemos hallar bondad en ninguna parte, excepto en Dios.

Por lo tanto, en el principio, Dios hizo el universo y era bueno. ¡Creó un mundo y todo era muy bueno! ¿A qué conclusión podemos llegar entonces? Que todo el universo

estaba lleno de la presencia del buen Dios. Es claro que Dios diseñó este mundo para que fuera una expresión de sí mismo; un lugar por medio del cual su vida fluyera y se manifestara en cada árbol, cada hoja, cada capullo, cada flor. Además de esto, los seres vivos e inteligentes habrían de ser lugares de habitación para el Dios viviente. Sus cuerpos serían templos en que él viviría y se expresaría.

Este es el plan que Dios tenía en mente cuando diseñó y creó este mundo. En estas condiciones, todo era bueno.

Pero Lucifer introdujo algo en el universo que no había sido incluido en el plan original. Por primera vez, Lucifer dividió el universo en dos. No fue una división física, sino ideológica. Lucifer introdujo la idea de que era posible vivir mejor sin Dios.

Como leemos en Génesis, Satanás le dijo a la mujer (parafraseando): “¡Dios no está diciendo la verdad! Dios sabe que si ustedes comen del árbol, ese día serán como Dios”. El elemento esencial que Dios introdujo en sus vidas era que ellos eran buenos. Pero, en esencia, Satanás estaba diciendo: “No necesitan a Dios para ser buenos. Todo lo que necesitan es saber el bien y el mal. Si conocen el bien y el mal, eso les hará ser como Dios”. En esencia, les estaba indicando que el principal propósito de Dios es darles una comprensión de moralidad y que, si una persona entiende el bien y el mal, entonces Dios es irrelevante.

Esta enseñanza errónea es la base de todas las falsas religiones en este planeta. Toda falsa religión enseña que lo que una persona necesita realmente es educación moral, y podrá hacer el resto. Esto no es verdad. Toda falsa religión se basa en el principio de que si uno tiene la correcta educación moral, ya tiene el equipo para ser bueno. ¡Pero sólo Dios es bueno! Y sin Dios “no podemos hacer nada”. Para ser buena, la vida de una persona debe estar unida a la vida de Dios.

De modo que, la persona que comienza a buscar la justicia debe comenzar por buscar a Dios. Es una necedad buscar en sí mismo. La persona que busca en sí mismo hacer lo bueno hallará una mentira, algo que puede tener la apariencia de justicia, pero que en realidad es una falsificación satánica.

### **Entra la maldición**

Satanás introdujo algo llamado “el mal”, que dividió el

universo en dos. Ahora había dos alternativas para la vida en el universo. En un lado, había una vida llena de la presencia de Dios, en que todo era bueno. En el otro, había una vida separada de Dios en la cual nada era bueno. Todo era malo.

Recordemos que, cuando hablamos de esta división, no era física. El elemento principal que separaba un lado del otro era la vida de Dios. ¡Dondequiera que existía el bien, allí estaba la vida de Dios! Pero, en el otro lado, no había ninguna vida de Dios. Los que están allí, están muertos en delitos y pecados. Son carnales, y la mente carnal es enemistad contra Dios, no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.

Podemos comprender entonces que una persona que está separada de Dios completamente no es parcialmente mala. Es completamente mala, porque no hay ninguno bueno aparte de Dios. De la misma manera, una persona que está completamente unida a Dios será una persona completamente buena (como Adán lo era al principio) porque no hay ningún mal en Dios.

Al principio, el hombre estaba completamente de un solo lado, con Dios, donde todo era bueno, mientras que Lucifer y sus ángeles estaban en el otro lado, donde todo era malo y no había nada bueno. Pero, cuando Adán eligió rechazar a Dios, se trasladó hacia donde estaba Satanás, el lado sin Dios. De este modo, Adán puso a la humanidad bajo maldición, la maldición de la separación de Dios.

### **Un rayo de esperanza**

Por un momento, miremos como habría sido la humanidad si Cristo no hubiese intervenido. Tenemos que hacer esto si realmente vamos a entender lo que Cristo hizo.

Cuando una persona pasa del lado bueno al lado malo, el resultado será que todos sus hijos nazcan del lado malo, separados de Dios y vacíos de su Espíritu. Las consecuencias de sus acciones afectarán a sus descendientes. Nacerán bajo la maldición.

¿Cómo se puede romper esa maldición? Bien, es sencillo. Alguien tiene que regresar al otro lado. Alguien tiene que decidir regresar al lado donde está Dios. Pero, ¿es posible que alguien pase del lado malo al lado bueno?

La respuesta es no. ¿Por qué no? Porque todos están allí sin Dios, no hay ninguna influencia de su Espíritu, y ¡sin

Dios, nadie puede elegir a Dios, ni los caminos de Dios! De manera que la humanidad estaba en un dilema, y Satanás se sentía seguro de que no había ninguna salida para nosotros. Se sentía seguro de que, una vez que aceptáramos su principio de independencia de Dios, ¡seríamos suyos para siempre! Pero, desde el comienzo, allí en el jardín, Dios pronunció algo que llenó a Satanás de un extraño temor. Dijo:

*Enemistad pondré entre tí y la mujer, entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar (Gén 3:15).*

Dios prometió que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente. La cabeza de Satanás representa sus principios, sus filosofías, el fundamento en que está construido su gobierno, el principio de independencia de Dios, la separación de Dios. Dios dijo que la simiente heriría la cabeza, y Satanás sintió temor en su corazón porque, aunque tenía su mundo y había establecido su gobierno, las palabras de Dios significaban que algo se había planeado que traería desastre sobre él. ¡Lo que Dios estaba diciendo era que vendría alguien que rompería esta maldición!

## Capítulo 14

## Cristo hecho maldición

En el principio, Dios creó al hombre bueno. No le fue dado determinar si debía ser creado bueno, en unión con Dios, o malo, separado de Dios. Fue Dios el que hizo la elección. Pero, en ese tiempo, ya había dos opciones en el universo, el bien y el mal, la vida con Dios, y la vida sin Dios.

¿Por qué no le dio Dios la opción de elegir, puesto que Dios cree en la libertad y la justicia? Este era el argumento de Satanás. Si Dios era justo y había dos filosofías opuestas presentes en el universo, ¿por qué no le permitió Dios al hombre que decidiera cuál quería? ¿Por qué Dios no le presentó al hombre una opción para que tomara su propia decisión?

**Libre elección**

Fue por esta razón por la que Dios puso el árbol en el Edén. De esta manera Dios les daba la opción de hacer su elección. Les estaba permitiendo la libertad de elegir separarse de Dios si esto era lo que querían. Dios los había creado siendo ya buenos. Ahora les daba la opción de elegir el mal, si eso era lo que preferían.

Al considerar esto, nos damos cuenta de que la controversia entera está basada en el principio de libre elección, porque Dios no va a gobernar en un lugar donde no lo quieren. Por eso, Dios le dio al hombre el libre albedrío. Desafortunadamente, el hombre usó esa libertad para ponerse del lado de Satanás. Ahora bien, si el hombre iba a regresar a Dios, ¿tendría que ser en base a la libre elección!

Dios no pudo intervenir cuando el hombre se pasó al lado malo. ¡Fue el hombre el que eligió libremente estar allí y Dios tenía que respetar esa elección! Dios quería servir al hombre, pero no podía interferir con el paso del hombre hacia ese lado sin violar su libre albedrío. Pero ahora el hombre estaba en un terrible aprieto porque en esta posición no podía escoger a Dios. Habiéndose pasado al lado malo, era imposible que el hombre regresara. ¿Por qué? Porque el hombre eligió separarse de Dios, y éste ya no tenía derecho a influir en él por medio de su santo espíritu.

No tenía derecho a interceder por el hombre y guiarlo al arrepentimiento porque había sido por su propia elección que él se había separado de Dios. Pero, sin la influencia del espíritu de Dios, ningún pecador puede ir a Dios. La mente carnal es enemistad contra Dios, y no tiene ningún deseo de Dios. Los hombres eran enemigos de Dios, y no tenían ningún deseo de escapar de esa posición. El libre albedrío había emancipado al hombre del control de Dios, pero ahora ese libre albedrío lo mantenía en un lugar donde era esclavo y Dios no podía interferir.

Dios tenía que reintroducir su vida en la corriente vital del hombre – por elección del hombre – ¡sin anular su libre albedrío! Pero el hombre caído no puede escoger a Dios. Por consiguiente, la única manera en que Dios podía hacer esto era enviando a su hijo para que se hiciera hombre y eligiera en nombre de la humanidad.

Por favor, recordemos que estamos observando la situación desde la perspectiva del verdadero dilema de la humanidad, donde habría estado sin la intervención de Cristo. Esta es la realidad; esto fue lo que pasó con la humanidad. Elegimos ponernos en un agujero sin saber lo que estábamos haciendo, y cuando llegamos al fondo no pudimos salir. El hombre escogió el pecado libremente, y ahora podía regresar por su propia voluntad, pero era imposible.

### **Uno en nombre de todos**

Quizás alguien pudiera decir: “No es justo que Adán tomara una decisión y que yo sufriera por ello”. Pero, ¿es una cuestión de equidad o de justicia? Si hago algo malo y el juez sentencia a mi hijo, eso es injusticia. Pero, si hago algo malo y las consecuencias son transmitidas a mi hijo, eso no es injusticia, sino la realidad de la vida. No es culpa de nadie, sino la forma en que opera la naturaleza. Las consecuencias son transmitidas, afectando naturalmente aun a los que no son culpables. Es el modo en que funciona el universo. Aunque Dios perdona, él no interfiere con las consecuencias.

Por lo tanto, Adán trajo estas consecuencias sobre toda la humanidad y, cuando éstas ocurrieron, no hubo manera en que Adán las revirtiera porque ahora ese hombre estaba del lado malo y no podía regresar al lado bueno. De modo que toda vida que naciera de la vida de Adán de este lado

opuesto a Dios, estaba condenada a la muerte eterna, separada de Dios. Esa era la realidad.

¿Qué tenía que hacer Dios? Si Dios pudiera hallar un solo ser humano que pudiera elegir regresar al lado bueno, él podría encontrar la forma de salvar al hombre. Si pudiera hallarse un hombre que amara a Dios, entonces la vida humana podría ser devuelta al lugar de unión con Dios. En esa sola vida podría romperse la maldición. Por supuesto, esto no resolvería el problema por completo porque, si un hombre regresara, tendría que regresar solo. Pero vamos a empezar por el principio.

### **Condiciones del liberador**

Formulemos esta pregunta: ¿Era posible romper la maldición? ¿Podría Dios idear un medio por el cual la maldición pudiera romperse a favor de una sola persona? ¿Qué tendría que hacer o qué tendría que ser esta persona para romper la maldición?

Primero, tendría que ser intrínsecamente buena, en sí misma, por naturaleza, no simplemente por asociación con Dios. ¿Por qué motivo? Porque la condición de la maldición es separación de Dios, y las consecuencias de esa separación es que los que están bajo ella son completamente malos, incapaces de elegir lo bueno o de elegir a Dios. De modo que, si cualquiera bajo la maldición pudiera todavía elegir a Dios, podría ser sólo si esa persona pudiera seguir siendo buena, aunque todavía estuviera separada de Dios.

Pero, ¿quién puede estar separado de Dios y seguir siendo bueno?

Hay una sola persona en el universo que reúne las condiciones. Esta persona es alguien justamente como Dios. Por supuesto, esta persona es el Hijo de Dios. Puede estar separado de Dios y continuar siendo bueno ¡porque es el unigénito Hijo de Dios, de la misma naturaleza que Dios! Siendo divino, es bueno en sí mismo. Aunque la naturaleza humana falló en Edén, la naturaleza humana, combinada con la divina, tuvo éxito aunque el Espíritu de Dios había sido retirado.

¿Cuáles otras condiciones tenía que tener para restaurar la humanidad? Bien, ¡también tenía que ser humano! ¿Qué clase de ser humano tenía que ser? Tenía que ser un humano participe de la naturaleza caída, sufriendo todos los efectos que cayeron sobre el hombre cuando eligió ser

independiente de Dios.

Pero, más que esto, tenía que ser hombre bajo la maldición y, en esta condición caída, al ser separado de Dios, tenía que tener éxito en volver a Dios. Nadie más en el universo, ni hombre ni ángel podría hacerlo. Y la única razón por la que debería tener éxito es que, en sí mismo, ¡tenía el único elemento de la vida que le permitiría romper la maldición! Este nuevo elemento, nunca antes inherente en la humanidad, era el elemento de la divinidad.

¡Gracias a Dios por Jesús! Dios mismo no podía hacerlo, pues no podía separarse de sí mismo. No podía asumir la maldición. Nadie más podía. Eso me demuestra nuevamente que Jesús es el verdadero Hijo de Dios. La verdad que enseña que Jesús tenía que ser hombre, bajo los efectos de la caída, es absolutamente cierta, pero no neguemos la otra verdad de que también era absolutamente divino ¡porque ambas cosas tenían que ser ciertas!

### **Las aptitudes de Cristo**

- a. Cristo era un ser divino (Jn 1:14; 1 Jn 1:1 y 2).
- b. Por consiguiente, era intrínsecamente bueno (Lc 1:35).
- c. Tomó sobre sí la naturaleza humana (Gál 4:4; Heb 2:16, Rom 8:3).
- d. Llevó nuestros pecados .... en la cruz (1 Pe 2:24).
- e. Fue hecho pecado por nosotros en la cruz (2 Cor 5:21).
- f. Fue hecho maldición por nosotros en la cruz (Gál 3:13).
- g. Fue maldito de Dios en la cruz (Deut 21:33).
- h. Fue separado de Dios en la cruz (Mt 27:46).
- i. Condenó al pecado en la carne caída (Rom 8:3).

### **Cristo hecho maldición**

Por lo tanto, Jesús vino a esta tierra y la Biblia dice que fue hecho maldición por nosotros pero, ¿dónde fue hecho maldición? ¡Fue “en la cruz”! “Maldito todo el que es colgado en un madero” (Gál 3:13). Algunos han creído que Jesús tomó sobre sí la maldición en el momento en que nació, y que esta maldición consistía de la carne caída que él tomó sobre sí, pero esto no es lo que la Biblia dice. En 1 Pedro 2:24, se nos dice que él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo ¡en la cruz! Fue en la cruz que fue hecho maldición.

Recordemos lo que descubrimos anteriormente, que la maldición es la consecuencia, y este caso, la consecuencia fue el hecho de estar completamente separado de Dios.

Cuando Pablo dice: “maldito todo el que es colgado en un madero”, estaba citando a un versículo en Deuteronomio que dice:

*No dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado, y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad (Deut 21:23).*

¿Es verdaderamente, literalmente cierto, que toda persona que haya sido jamás colgada en un madero es maldecida por Dios? Por supuesto que no. Hay muchas personas que han sido colgadas erróneamente que no eran culpables del crimen que fueron acusadas. Por lo tanto, ¿qué significa este versículo? El hecho es que este versículo se refiere específicamente a Cristo; es una profecía de lo que le sucedería.

Observemos que el versículo dice: “El que es colgado en un madero es maldito por Dios”. Toda persona en el universo que haya sido separada de Dios escogió ese camino ya sea por su propia voluntad, o en el caso de la humanidad, por la separación voluntaria de Adán. Dios no elige separarse de ningún ser. Somos nosotros los que elegimos abandonarlo. El deseo de Dios es siempre permanecer a nuestro lado, no importa cuáles sean las circunstancias. Este es el camino del amor. Sin embargo, en el caso de Cristo, notemos que fue Dios quien puso esta maldición sobre su Hijo. Por primera vez en la historia del universo, Dios maldijo a alguien. Escogió abandonar a alguien que deseaba permanecer unido a él. Así tenía que ser, ¡este fue el costo de nuestra salvación para el Padre y su Hijo.

Esto concuerda con Isaías 53, que nos dice: “nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido”, “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”, “Jehová quiso quebrantarlo” (Is 53:4, 6 y 10). Dios puso todo esto sobre su hijo, le volvió la espalda. Su Hijo nunca había quebrantado la ley, pero Dios puso sobre él la maldición de la ley, volvió la espalda, y lo dejó solo en el universo.

Dios permitió que su Hijo estuviese en un lugar terriblemente peligroso cuando apartó su presencia de Cristo en la

cruz. En la cruz Dios dio la espalda a su Hijo y Jesús quedó solo para soportar estar bajo el poder y los ataques de Satanás, mientras que al mismo tiempo estaba bajo el peso completo del pecado y el poder de la maldición de la humanidad. Cuando la separación del Padre fue completa, Jesús estaba confundido y desconcertado. Él, que había disfrutado de la compañía con su Padre más que ningún otro ser en el universo, ahora estaba totalmente desprovisto de esa compañía y lo sintió más profundamente de lo que nosotros jamás podríamos entender. Fue en ese estado desconcertado que clamó en dolorosa agonía, “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? (Mt 27:46).

Satanás debe haber pensado: “¡Ahora sí! ¡Por fin he ganado! Nadie, pudiendo permanecer leal a Dios, fue jamás separado de él. Aunque Jesús es el Hijo de Dios, todavía está limitado por la degeneración de las debilidades humanas, y no le es posible elegir los caminos de Dios”.

Pero, en ese momento, el reino de Satanás fue destruido. En ese instante, su cabeza fue aplastada, ¡porque Jesús desafió la maldición! La maldición de la separación había obligado a los que estaban bajo ella a elegir el yo y no a Dios, pero Jesús la desafió. Como ser humano bajo el poder de la maldición, dijo: “¡Elijo a Dios!”.

## **Dos árboles**

Habían dos árboles de los cuales dependía la suerte de la humanidad. Uno era un árbol viviente, y allí Adán escogió la muerte. El otro era un árbol muerto, y ¡allí Cristo eligió la vida! La cruz fue realmente el segundo “árbol del conocimiento del bien y del mal”.

Cuando Adán fue al árbol donde la humanidad fue vendida al dominio del pecado, el lugar era un paraíso. Todas las condiciones eran perfectas. Adán y sus alrededores eran el epitome de la vida y la belleza. Él tenía todos los incentivos para servir y obedecer a Dios para siempre. Pero, cuando Jesús fue al árbol en la colina, donde el destino de la humanidad fue reescrito, sólo vio un lugar terrible, rodeado por todas las señales de la muerte y la descomposición. El nombre mismo del lugar era sugerente: Gólgota, “el lugar de la calavera”, símbolo de la muerte y la humanidad sin vida y sin esperanza que Cristo representaba.

En el árbol en el jardín, Satanás dijo: “Si desobedecen a

Dios, vivirán para siempre”. En el árbol en la colina, le dijo a Jesús: “Si obedeces a Dios, morirás para siempre”. Adán escuchó la mentira, pero Cristo la rechazó.

Así que ahora, en el árbol, hay una vida humana en la cual la maldición ha sido rota. ¡Gracias a Dios! ¡Hay una vida en que el poder de Satanás no reina! Un hombre es libre, pero, ¿qué tiene que ver esto con el resto de nosotros?

### **Un espíritu que da vida**

De la misma manera que Adán transmitió a sus hijos su vida derrotada y corrupta, este hombre tenía que hallar una manera de transmitir a otros su vida victoriosa. Bajo el mismo principio por el cual toda la humanidad se corrompió, él tuvo que restaurarla. Por esta razón es llamado “el postrer Adán” (1 Cor 15:45). Una vez que Cristo hubo derrotado la maldición en la cruz, y abrió el camino para que el hombre tuviese una comunión restaurada con Dios, Dios tenía que hallar una forma de infundir en otros esta vida redimida para convertirlos en nuevas criaturas.

Por esta razón, Jesús tenía que regresar al cielo y ser glorificado. Mientras permaneciera siendo sólo un ser de carne y sangre, nunca podría dar vida a nadie, excepto a sí mismo. Tenía que recibir la capacidad de transmitir su vida a otros. Las Escrituras nos dicen:

*Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante (1 Cor 15:45).*

Fue hecho espíritu “vivificante”, o “espíritu que da vida”. Este es un aspecto vital de la vida de Cristo que muchos no comprenden. Una de las razones por las que esta verdad está velada en oscuridad es el hecho de que pocas personas entienden que el Espíritu Santo es la vida misma de Cristo Jesús. Al recibir el espíritu santo, los hombres reciben la vida misma de Jesús. La vida que salió victoriosa contra la maldición, la vida que está unida a la vida de Dios. En Efesios, el apóstol Pablo declara:

*El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo (Ef 4:10).*

¿Por qué regresó Jesús al cielo? Para que pudiera llenar todas las cosas. Cuando estuvo en la tierra, Jesús pudo llenar un hombre, y ése era él mismo. Era imposible para

él, mientras vivía en su cuerpo en la tierra, llenar a alguien más con si mismo. Tenía que regresar y ser glorificado con el Padre para poder tomar esa vida victoriosa y transmitirla a cada uno de nosotros. Ahora todos los que creen en Dios y en el don que él ha dado en Cristo Jesús recibirán esa vida. ¡Todas esas personas ciertamente volverán a nacer! ¡Alabado sea Dios por tan maravilloso plan!

### **Creer**

Así como por un hombre la muerte pasó a toda la raza humana, así también por un hombre la vida vino a toda la raza humana, para ser experimentada por todos los que creen. Esta es nuestra situación actual. Una vez que comprendemos esto, podemos ver la tragedia de tratar de basar el plan de salvación en el fundamento de las obras humanas. Es una idea trágica y una meta imposible. Antes de que una persona pueda hacer lo bueno, debe recibir la vida de Cristo, y cuando la reciba, entonces hará lo que es correcto.

¡Que Dios nos ayude a entender la belleza y la plenitud de lo que él ha hecho por nosotros por medio de la vida y la muerte de Cristo!

# Tipo y antitipo

## El cristiano y la Ley

¿Es necesario que los cristianos observen las obras de la ley? El apóstol Pablo nos da una respuesta clara en su carta a los Gálatas:

*Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor (Gál 5:6).*

En otras palabras, no hay ningún beneficio ni en ser circuncidado ni en no serlo. El punto es irrelevante. Ninguna de las dos condiciones tiene nada que ver con la salvación. Lo que importa es “la fe que obra por el amor” (Gál 5:6). Esto es cristianismo, esto y nada más. Por lo que concierne a Cristo, la persona circuncisa no tiene nada por encima de la incircuncisa. Tengamos presente este principio al considerar que la circuncisión es una de las obras requeridas por la ley.

Pero entonces, si esto es verdad, ¿qué significa la afirmación de Pablo en el siguiente pasaje?

*He aquí, yo Pablo os digo que, si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligásteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído (Gál 5:2-4).*

Aquí Pablo dice que hay algo definitivamente erróneo en la circuncisión, mientras que, en el versículo anterior, dice que no importa. ¿Está confundido? Nótese que el punto es Cristo versus la ley. Cuando un cristiano elegía ser circuncidado, era una indicación que estaba buscando ser aceptado por Dios en base a la obediencia a la ley. Puesto que la persona esperaba ser aceptada a causa de su observancia de la ley, entonces, lógicamente, dicha persona estaba obligada a guardar la ley, toda la ley. Estaba forzada a obedecer todos los 613 mandamientos especificados en la ley.

Pero no pasemos por alto este punto: Cuando una persona llega a la conclusión de que tiene que cumplir cualquier parte de la ley, ¡entonces Cristo no ha sido de

ningún provecho! ¿Por qué motivo? Porque esta persona no ha aceptado que Cristo es suficiente. No ha aceptado el hecho de que, en Cristo, Dios ya le ha proporcionado todo lo que necesita. El hecho mismo de que una persona sienta que algo se requiere, además de Cristo, es una indicación de que tal persona no ha aceptado a Cristo como suficiente para todo lo que necesita. Puesto que esta persona cree que su relación con Dios depende de la observancia de la ley, entonces esta persona está obligada a obedecer toda la ley, cada uno de los mandamientos, porque esto es lo que la ley exige de nosotros. Una perfecta obediencia a la totalidad de la ley es la única manera en que podemos obtener favor por medio de la ley. Esto es lo que el apóstol enseña:

*Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá. (Gál 10 y 11).*

Pero aquí la afirmación de Pablo parece contradecir lo que leímos antes. Primero, Pablo dice que no importa si uno es circuncidado o no, y ¡ahora dice que, si una persona es circuncidada, Cristo no le aprovecha nada! ¿Cómo puede explicarse esta aparente contradicción?

Hagamos la siguiente pregunta: ¿Cuáles son las razones que harían que una persona se circuncidara? Bueno, si una persona fuera judía, habría sido circuncidada el octavo día después de su nacimiento. Esto era parte de la ley dada a Moisés en el monte Sinaí, y era una parte fija, rígida, de la religión judía. Pero era más que simplemente eso. Durante siglos, también se había convertido en parte integral de su estilo de vida y su cultura.

Pero la carta de Pablo fue escrita a los hermanos de Galacia. Éstos eran creyentes cristianos que nunca habían sido judíos, sino gentiles por raza. No había ninguna razón cultural para que se involucraran con la circuncisión. No era parte de su anterior estilo de vida. Ahora vemos que era posible para los cristianos judíos ser circuncidados, pero eso no habría sido un problema ya que podrían hacerlo simplemente porque era parte de su práctica cultural y nacional, no porque pensarán que todavía era requerido por Dios. Pero, para los gentiles, era una cuestión diferente.

La única razón de que los cristianos gentiles desearan ser circuncidados era que creyeran que era un requisito para su salvación.

Observemos este punto importante. Por sí misma, la circuncisión no era nada. Los cristianos judíos lo hacían y no era muy importante. ¿Por qué sería un problema si los cristianos gentiles lo hacían? ¿Había una diferencia entre los hermanos judíos y los hermanos gentiles? No en absoluto, peor he aquí el punto crítico. Lo importante no es lo que hacemos, sino lo que creemos. ¡En cierto momento, Pablo mismo tomó a Timoteo y lo circuncidó (Hch 16:1-3)! Pero, ¿por qué lo hizo? ¿Creía que era necesario para la salvación? Absolutamente no. Las Escrituras dicen que Pablo circuncidó a Timoteo porque quería eliminar el prejuicio de las mentes de los judíos, puesto que estaba llevando a Timoteo con él para trabajar con estos judíos. Timoteo era mitad judío, y esto permitiría que él fuese más eficiente en el ministerio a los judíos. No fue circuncidado porque Pablo creyera que era necesario o fuera un requisito para la salvación.

Nuestra fe es el elemento importante. Somos salvos por medio de la fe solamente, por lo tanto, si nuestra fe es errónea, ¡estamos perdidos! Éste es el problema. Si mi fe me dice que Cristo no es suficiente para salvarme, sino que necesito añadir la obras de la ley, ¡estoy perdido! Esto es lo que Pablo está subrayando. Si estoy añadiendo cualquier otro requisito, es evidente que mi fe no se ha apoderado de la salvación que es en Cristo Jesús. Por eso todavía estoy buscando añadir a lo que Cristo hizo. Este intento de añadir las obras de la ley es prueba que no he aceptado lo que tengo en Cristo y, por consiguiente, estoy perdido.

Las obras de la ley no son nada por sí mismas. Son sólo acciones de la conducta humana. Pero, cuando la persona cree que debe hacerlas como parte del proceso de salvación, entonces estas acciones se convierten en un problema. Destruyen la fe, y por lo tanto, la salvación.

Ahora, después de haber recibido las buenas nuevas de la justicia de Cristo, estos cristianos gentiles deseaban ser circuncidados. ¿Qué razón tenían para eso? La razón era un grupo de creyentes judíos que estaban convencidos de que la fe en Cristo no era suficiente para la salvación. Estas personas estaban persuadidas de que cualquiera que se convirtiera en cristiano también necesitaban practicar las

obras de la ley para ser salvos. Fueron a algunos de los lugares donde Pablo predicaba el evangelio y trataron de persuadir a los conversos de que necesitaban guardar la ley, además de creer en Cristo. Uno de los lugares a donde llegaron era Galacia. No necesitamos especular acerca de esto, la Biblia lo deja bien claro. Este problema se volvió tan preocupante que, en una ocasión, tuvo que haber una conferencia especial en Jerusalén para discutir el asunto.

*Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos. Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos, se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles y los ancianos, para discutir el asunto (Hch 15:1 y 2).*

*Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la ley de Moisés (Hch 15:5).*

Los apóstoles y los ancianos se reunieron, y hubo una larga discusión sobre el problema. Finalmente, el concilio tomó la siguiente decisión:

*Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, a los cuales no dimos orden, os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas, mandando circuncidaros y guardar la ley, nos ha parecido bien, habiendo llegado a un acuerdo, elegir varones y enviarlos a vosotros con nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Así que enviamos a Judas y a Silas, los cuales también de palabra os harán saber lo mismo. Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y fornicación; de las cuales cosas si os guardáreis, bien haréis. Pasadlo bien (Hch 15:24-29).*

*Pero, en cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les hemos escrito determinando que no guarden nada de esto; solamente que se abstengan de lo sacrificado*

*a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación (Hch 21:25).*

Vemos aquí el problema expuesto clara e inconfundiblemente. Estos creyentes judíos (que, dicho sea de paso, eran en su mayoría fariseos) exigían que los creyentes gentiles guardaran la ley, incluyendo la circuncisión. Estos desorientados hermanos no entendían el cristianismo. Por lo que a ellos concernía, el cristianismo era una adición a su religión, a la Torá (la ley). Por lo tanto, pensaban que cualquiera que se convirtiera en cristiano también debía aceptar el judaísmo e ingresar a su sistema. Pero esto no era verdad. El cristianismo no era una adición a la ley, la religión de los judíos. Mientras que todo el sistema de la ley apuntaba a la venida de Cristo y representaba a Cristo, éste era el fin o la meta de la ley (Rom 10:4). Cuando Jesús murió y fue resucitado, la ley (toda la Torá) había cumplido su propósito y ya no era necesaria en el plan de Dios. Ahora bien, el Torá no era algo que sería añadido a esta nueva religión llamada cristianismo, sino que sería reemplazado por el cristianismo.

*Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador (Gál 3:19).*

*De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésmos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo (Gál 3:24 y 25).*

El sistema de la ley debía durar sólo hasta que viniera la simiente (Cristo). Era un ayo, un maestro, para guiar e instruir al pueblo de Dios, hasta que viniera Cristo, pero después de que él llegara y la fe de ellos se hiciera realidad, la ley ya no sería necesaria. El pueblo de Dios ya no sería gobernado por el instructor, sino por Cristo mismo, por medio de su espíritu.

Los cristianos ya no deberían estar observando o guardando las obras de la ley. El sistema de la ley ha sido abolido por Cristo y, al observar las obras de la ley, los cristianos demuestran que, en realidad, no tienen fe en la salvación por Cristo.

Por supuesto, la pregunta inmediata que viene a la

---

mente es: “¿Y qué decir de los Diez Mandamientos?” ¿No eran parte de la ley también? ¿Estamos diciendo que ellos también han sido abolidos? Esta pregunta es discutida más adelante bajo el capítulo titulado “La ley del Espíritu”.

## Los dos pactos

*El cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica (2 Cor 3:6).*

*Al decir: nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer (Heb 8:13).*

### **Ministros de un nuevo pacto**

Dios nos ha hecho ministros del Nuevo Testamento, o del nuevo pacto. Si Dios nos ha hecho ministros del nuevo pacto, entonces, obviamente, no podemos ser al mismo tiempo ministros del antiguo pacto. Esto es lo que Pablo está diciendo, y en los versículos que siguen, deja esto muy claro. También explica las diferencias críticas entre ambos pactos.

Observemos que dice que la letra mata, pero el espíritu da vida. ¿Qué quiere decir cuando se refiere a “la letra”? ¿Qué es esto asociado con el Pacto Antiguo que “mata”? En el versículo que sigue, Pablo explica a qué se está refiriendo.

*Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu? (2 Cor 3:7 y 8).*

Parece difícil malentender lo que Pablo está diciendo aquí. Él se refiere a algo que estaba “escrito y grabado en piedra”. Cuando fue establecido, el rostro de Moisés resplandecía con una gloria que hacía difícil que el pueblo mirara su rostro. En el libro de Éxodo hallamos el pasaje al cual se refiere Pablo:

*Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras del pacto. los diez mandamientos. Y aconteció que, descendiendo Moisés del monte Siná con las dos tablas del testimonio en su mano, al*

*descender del monte, no sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios. Y Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés, y he aquí la piel de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de acercarse a él (Éx 34:28-30).*

Aquí se nos dice claramente que lo que estaba escrito en las tablas eran “las palabras del pacto, los diez mandamientos”. ¿Qué pacto era éste? Por supuesto, era el antiguo pacto.

Examinemos un par de otros pasajes que dejan claro que el centro del antiguo pacto era los Diez Mandamientos.

*Y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis. Y él os anunció su pacto, el cual os mandó poner por obra; los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra (Deut 4:12 y 13).*

Deuteronomio 5:1-22 también deja claro que el antiguo pacto estaba basado en los diez mandamientos.

### **La diferencia entre los pactos**

¿Cómo podemos entender lo que Pablo estaba diciendo? ¿Estaba enseñando que los Diez Mandamientos habían sido abolidos? ¿Estaba diciendo que la ley de Dios había sido abolida a causa del nuevo pacto? ¡No, esto no es lo que estaba diciendo! Al examinar 2 Cor 3:6, notamos que Pablo identifica la diferencia crítica entre ambos pactos. Dice “no de la letra, sino del espíritu”. Esta frase tiene la clave para entender la diferencia entre ambos pactos.

La frase “la letra” se refiere a lo que estaba escrito (en este caso, escrito en piedra). Bajo el antiguo pacto, así como bajo el nuevo, la gran necesidad de la gente es la misma. La meta es alcanzar la justicia, hallar una manera de escapar del pecado y de la muerte que llegó con ella. Bajo el antiguo pacto, la gente buscaba hallar justicia obedeciendo las palabras (la letra) de los diez mandamientos. Por medio de la estricta obediencia, esperaban obtener el favor de Dios, alcanzar un lugar de santidad donde Dios pudiera bendecirlos y cumplir en ellos todas sus promesas. Esto nunca sucedió. Aquel sistema de buscar justicia nunca pudo funcionar. Todo lo que hizo fue llevar a la gente a la

condenación. Pablo se refiere a esto como el “ministerio de condenación” (2 Cor 3:9).

Observemos que los diez mandamientos mismos eran intachables. Pablo dice que son “santos, justos y buenos” (Romanos 7:12). Pero, como medio de hacer justos a los hombres y producir una conducta piadosa, eran sin esperanza. Pablo afirma:

*si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley (Gál 3:21).*

*Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte (Rom 7:10).*

El hombre necesitaba justicia. Los mandamientos describían y requerían justicia. De modo que, ¿cuál era el problema? ¿Por qué tuvo Dios que abolir el antiguo pacto, basado en la ley escrita en piedra?

*Porque sabemos que la ley es espiritual, mas yo soy carnal, vendido al pecado (Rom 7:14).*

El antiguo pacto jamás pudo producir justicia en el hombre. Había un conflicto fundamental entre dos de las partes involucradas, que hacía imposible alcanzar la meta de la justicia. La ley cumplió su deber fielmente. Desde las dos tablas de piedra, proclamaba la justicia y exigía obediencia. Pero las palabras eran sólo palabras grabadas en piedra, sólo letra muerta, y cayeron sobre los corazones depravados de hombres carnales con la demanda de justicia. El hombre quería justicia. Trató y trató de obedecer aquella santa ley, aquella ley perfecta, pero el hombre era sólo carnal. En tal condición, no había ni la más mínima esperanza de obtener justicia por medio de la obediencia a la ley. No importa cuánto lo intentara, siempre fracasaba. Así, pues, el antiguo pacto, basado en la ley escrita (la letra) nunca podía cumplir la mayor necesidad de la humanidad, la justicia. Por lo tanto, el sistema tenía que cambiar.

Por consiguiente, en Hebreos se nos dice que había una falla en el primer pacto (el antiguo) y, a causa de esto, Dios tuvo que introducir el segundo.

Porque si aquel primero hubiese sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo (Heb 8:7).

Nótese que este pacto, llamado el “nuevo pacto” o el

segundo pacto es en realidad el pacto sempiterno. Es el pacto por medio del cual los hombres son salvos en todos los siglos. Pablo subraya esto en Gálatas 3:16 y 17. Sin embargo, en el trato de Dios con Israel como nación, el pacto hecho con ellos en Sinaí constituía el primer pacto en términos de su experiencia como pueblo. Por consiguiente, Pablo dice que hubo un fallo en el pacto, y por eso, tenía que cambiarse. Hebreos ahora nos explica claramente qué era este fallo.

*Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor (Heb 8:8 y 9).*

El fallo era con el pueblo. El pacto antiguo contenía una ley intachable, que era “santa, justa y buena”. Pero el pueblo al que se le exigía justicia era “carnal, vendido al pecado”. El sistema no podía funcionar porque la ley y el pueblo se oponían entre sí completamente. La obediencia era imposible bajo estas condiciones y por consiguiente, Dios dispuso que este pacto durara un tiempo limitado.

*Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo (Heb 8:10).*

¿Cuál era la diferencia entre este nuevo pacto y el antiguo? Pues bien, en el pacto antiguo, los requisitos de Dios estaban escritos en piedra. En el nuevo, estaban escritos en el corazón. En el antiguo, había sólo la letra de la ley (las palabras escritas); en el nuevo, había el espíritu de la ley (la realidad viviente de esas palabras). En el antiguo, la justicia sólo era descrita y exigida; en el nuevo, la justicia era impartida por el espíritu de Dios que había entrado en el corazón del creyente.

Como podemos ver, los diez mandamientos describen la justicia. Proclaman la voluntad de Dios para la humanidad en palabras inconfundibles. Pero no pueden producir justicia. La justicia no se obtiene mediante la práctica, ni por la

fomación de hábitos. Es una cualidad de la naturaleza, un aspecto de la vida, y sólo puede recibirse al nacer. Por lo tanto, los mandamientos no ofrecen una solución al problema del hombre. Por lo que concierne al pecador, carnal y “vendido al pecado”, el único propósito para el que puede servir la ley, es hacerle conocer que completamente miserable y desesperada es su condición, y hacerle ver que incapaz es de cambiar o mejorar esa condición. Todo lo que puede hacer es condenarlo por su pecado, pero no puede librarlo de él.

### **La verdadera fuente**

Si hemos de tener una verdadera justicia, tenemos que hallar la fuente de justicia, y el lugar donde se produce. La ley sólo puede describir la justicia, pero lo que se necesita es hallar el lugar donde la justicia existe como realidad.

Cuando Isaac Newton descubrió la ley de gravedad, escribió sus descubrimientos, y sus palabras describían la manera en que la gravedad opera. Aun en las escuelas en la actualidad, los alumnos estudian esas palabras y se refieren a lo que Newton escribió como a “la ley de gravedad de Newton”. Pero nadie es tan ignorante como para creer que la gravedad misma existe en las palabras de Newton. La gente sabe que las palabras de Newton son sólo la “letra” y que, si la gente quiere hallar la gravedad misma, tiene que buscar en otra parte, aparte de esas palabras. Las palabras pueden ayudar a una persona a entender la gravedad, pero no la experiencia de ella. Esta es la exacta relación que los Diez Mandamientos tienen con la justicia. Pueden describir la justicia, pero nunca pueden producirla.

Y así, el apóstol Pablo declara:

*Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas (Rom 3:21).*

Así, vemos que hay una justicia que existe “fuera de la ley”, es decir, fuera de la letra de la ley. No es contraria a la ley, pero es independiente de ella porque ésta no puede producirla. Una persona no puede obtener esta justicia relacionándose con la ley porque ésta no la puede dar porque no la tiene. Hay un lugar donde la justicia existe como realidad viviente. No depende de la observancia de la ley. Este lugar está en Cristo Jesús (Rom 3:22; 2 Cor 5:21;

Flp 3:9). Así que una persona puede ir a Cristo, que es la fuente de toda justicia, que en sí mismo es la ley viviente, la realidad viviente de todo lo que la ley describe. Allí, en Cristo, puede hallar, como don gratuito, la perfecta justicia que ha estado buscando.

### **La justicia natural**

Considérese esta pregunta. ¿Fue la ley hecha para Dios? ¿Fue algo puesto en su lugar para impedir que Dios hiciera el mal? ¿Por qué hace Dios sólo el bien? ¿Es porque los mandamientos lo restringen para que no haga lo malo? ¡Qué idea tan absurda! Dios no necesita de la ley para que ésta garantice que él hará lo bueno. Él es la bondad misma, la ley viviente. Los mandamientos sólo son una expresión de lo que él es. Cuando una persona ha recibido a Cristo por fe, es esta misma vida de Dios la que se convierte en suya por medio de su santo Espíritu. Se ha convertido en partícipe de la naturaleza divina. Es decir, la naturaleza de Dios se ha convertido en suya. ¿Vemos por qué él ya no necesita una relación con la letra de la ley? Ahora tiene la mente de Cristo, la naturaleza de Dios. Ahora hace lo que es correcto, no porque la ley lo exige, sino porque Cristo vive en él y la única vida que Cristo puede vivir es una vida santa, que está en perfecta armonía con la ley.

Supongamos que un hombre encuentra una fotografía de una hermosa mujer. Se enamora de lo que ve y todos los días lleva con él la fotografía a dondequiera que va. Le habla, la besa, la abraza, y duerme con ella a su lado por las noches. ¿Cuánta satisfacción obtendrá? No mucha, a menos que esté demente. Todo lo que hará será frustrarse, porque la fotografía es sólo una descripción. No es la realidad. Para hallar una verdadera satisfacción, debe hallar la persona misma. La fotografía tiene muchas limitaciones. Es una semejanza de la realidad, pero carece de muchas de las cualidades del original. Por supuesto, la fotografía puede ayudar al hombre a encontrar a la persona representada en la fotografía, pero eso es lo único bueno que puede hacer. Así, la Biblia dice de la ley:

*De manera que la ley ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe (Gál 3:24).*

*Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo*

*aquel que cree (Rom 10:4).*

### **¿Por qué entonces dar la ley?**

Una pregunta que surge cuando consideramos todo esto es: ¿Por qué, pues, estableció Dios el sistema de la ley? ¿Por qué ordenó un ministerio que no podía producir justicia? La Biblia nos muestra que hay varias razones para que Dios diera la ley:

*Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia (Rom 5:20).*

Primero que todo, se nos dice que la ley fue dada para que “el pecado abundase”. La condición del hombre era desesperada. Era depravado y estaba perdido, pero, ¿cómo podría saberlo? ¿Cómo podría ser guiado para verse a sí mismo tal como era realmente y pudiera buscar un remedio? Este era un propósito de la ley. La ley entró “para que el pecado abundase” – para que “el pecado, por el mismo mandamiento, se volviera extremadamente pecaminoso” (Rom 7:10). Como dice Pablo: “Yo no conocí el pecado sino por la ley” (Rom 7:7). La ley fue dada para que el hombre pudiera tratar de guardarla y, para que, al tratar de hacerlo, reconociera que hay algo en él que no podía vencer. Reconocería que necesitaba ayuda fuera de sí mismo, y esto le guiaría a volverse a Cristo.

*Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador (Gál 3:19).*

Pero la ley también servía otro propósito. Fue añadida a causa de las transgresiones. A medida que el pecado abundaba y la innata maldad en los corazones de los hombres producía toda clase de atrocidades, era necesario que el hombre fuera puesto bajo alguna clase de disciplina y restricción. Aun entre los llamados el pueblo de Dios, era necesario un sistema que restringiera las tendencias naturales del corazón carnal. Fue por eso que Dios puso a Israel “bajo la ley”. Los puso bajo un sistema de gobierno en que la ley mandaba. Este no era el plan de Dios, sino sólo una medida provisional. Este plan jamás podría producir una verdadera justicia, pero era necesario poner una restricción

en la conducta naturalmente perversa del hombre, y así, la ley fue “añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera la simiente”. Observemos que este sistema era solamente “hasta que viniese la simiente”. Después de la llegada de la fe, ya no estamos bajo el ayo (Gál 3:25).

Si la tubería de la cocina se rompe, alguien podría poner un pedazo de madera en la cañería hasta que se pueda reparar correctamente. La pieza de madera detendría la fuga parcialmente, pero no es satisfactorio dejarlo así. Lo que se ha hecho es una medida temporal hasta que se pueda hacer algo mejor.

Ahora bien, eso es exactamente lo que la Biblia dice que Dios hizo con la ley. Introdujo un sistema que exigía que la gente trabajara y se comportara de cierta manera, estuviera bajo cierta disciplina. Él sabía que el sistema nunca podría salvar al hombre, que éste nunca podría guardar aquella ley perfectamente, por lo tanto, este sistema no tenía el propósito de durar para siempre. Pero, hasta que Cristo viniera, habría ciertos propósitos que la ley tendría que servir.

Po supuesto, la ley moral es buena y perfecta y permanece para siempre como modelo para establecer lo que es bueno y lo que es malo. Pero la totalidad del sistema de gobierno en que somos controlados por la ley no es satisfactorio porque la ley sólo puede decirnos cómo comportarnos. No puede capacitarnos para comportarnos de la manera en que ella lo ordena.

### **Una manera de gobernar a los niños**

A la edad de 10 años, una niña todavía necesita ser gobernada por las reglas de sus padres. Cuando llega a los 19 años, ellos tendrán muchas menos reglas que imponerle. ¿Y cuando llega a los 30 años? Para ese entonces será libre de sus reglas. Sin embargo, esto no significa que su vida será desordenada. Si las reglas hicieron su obra cuando era niña, ella habrá comprendido bien el bien y el mal en su edad adulta. De manera que, andará más perfectamente en armonía con esas reglas que cuando éstas gobernaban su vida, aunque ahora esté libre de esas reglas.

Esto ilustra por qué Dios dio la ley a los judíos. Eran niños espirituales y no podían comprender los principios de Dios. Durante cuatrocientos años, habían sido esclavos. Todo lo que conocían eran la vara y la maldición. No sabían

pensar por sí mismos, así que Dios los puso bajo la ley para mantenerlos disciplinados hasta que pudieran llegar al punto en que pudieran entender el evangelio.

Por supuesto, en Israel había personas que entendían el evangelio individualmente. Todos los que algún día sean salvos habrán obtenido una comprensión básica del evangelio, porque nadie ha sido jamás salvo por la ley. Siempre ha sido por el evangelio. El hecho es que la mayoría de ellos nunca lo hallaron. No obstante, Dios estaba tratando de llevarlos al punto donde pudieran entender y vivir el evangelio.

Cuando Cristo vino, la ley había cumplido su propósito como sistema. Los hijos de Dios habían crecido a la edad adulta donde ya debían haberse graduado a las realidades que habían sido ilustradas por la ley de su niñez.

Ahora entendemos lo que significa estar bajo la ley. Significa ser gobernado por reglas. Ser libre de la ley significa que ya no hay reglas que lo gobiernen a uno. La razón de la conducta es una naturaleza cambiada, no porque hay reglas que lo mantienen disciplinado.

Así, el apóstol declara en Gálatas:

*De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo (Gál 3:24 y 25).*

## **Ministros de Cristo**

De manera que, hemos visto muy claramente que no somos ministros del pacto antiguo. Los mandamientos, como fueron escritos en piedra (la letra) no pueden ser el centro de la obra del cristiano. Somos hechos “ministros aptos del nuevo pacto”, no de la letra sino del espíritu.

“Porque el Señor es el Espíritu” (2 Cor 3:17) Cristo mismo es la realidad del nuevo pacto. Él mismo es la realidad de la ley, de todo lo que los mandamientos describen. Ahora somos ministros, no de palabras muertas, escritas en piedra muerta, sino de la realidad viviente a la que aquellas palabras sólo apuntaban. Cristo debe ser el centro, el foco, de nuestro ministerio. Cristo ha de ser el todo en todos (Col 3:11).

## **La ley establecida**

¿Cuál, pues, es la importancia de los Diez Mandamien-

tos? ¿Son abolidos ahora que nos han conducido a Cristo? Sabemos que el “ministerio”, o el sistema de gobierno basado en ellos ha sido abolido (2 Cor 3:11 y 13), pero, ¿significa esto que el Decálogo mismo ha sido abolido? ¡Absolutamente no!

*¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley (Rom 3:31).*

Cuando Dios dio los diez mandamientos a Israel, tenía en mente dos propósitos. Primero, quería que ellos fuesen conscientes de su verdadera situación y que vieran lo profundamente que el pecado estaba integrado en su naturaleza (Rom 7:10; 5:20), para que buscaran un remedio (Gál 3:24). Segundo, quería poner algunas restricciones en la conducta naturalmente pecaminosa de ellos, para evitar que se volvieran totalmente depravados en su camino de la vida (Gál 3:19). ¿Les dio Dios un modelo de justicia artificial o falso para convencerlos de pecado y mostrarles cómo deseaba que vivieran? ¿Dijo Dios: “Este es el camino de la justicia”, aunque lo que les dio no era una verdadera descripción de la justicia? ¡Por supuesto que no! Los diez mandamientos, tal como fueron escritos en piedra, en su totalidad, no expresaban el más profundo significado de la ley de Dios. Jesús nos demostró que este significado es mucho más profundo de lo que en realidad dicen las palabras (Mt 5:20-28). Puede que hayan sido limitados en su expresión de la verdad, pero de todas maneras la expresaban. Estas son las palabras de Pablo al respecto:

*Conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina (1 Tim 1:9 y 10).*

Pablo no enseña que la ley fue abolida. Hay una clase de personas que todavía tienen mucha necesidad de la ley. Son los sin ley, los desobedientes, etc. Todavía necesitan el gobierno de la ley para impedir la abierta manifestación de pecados repugnantes y hacerlos conscientes de su verdadera condición. Todavía no han ido a Cristo, por consiguiente, necesitan el ayo.

Pero la ley no se hizo para “el justo”. ¿Por qué no? Porque, habiendo recibido la justicia de Cristo, el justo, por naturaleza, está en armonía con la ley. Ha obtenido la justicia que es el fin, o la meta de la ley, y la obtuvo sin la ley (Rom 3:21). La ley hizo su obra cuando lo condujo a Cristo, pero ahora, su relación ya no es con ella, sino con Cristo. Sin embargo, todo lo que ella exigía, está presente en Cristo, porque él es la ley viviente, y el hombre que realmente ha obtenido la justicia de Cristo andará en perfecta armonía con la ley (Rom 3:31; 1 Jn 2:6).

No es difícil comprender esto. Dios no le dijo al pecador: “Aquí están los Diez Mandamientos. Ellos te muestran cómo debes comportarte”. Pero luego, después de que el pecador ha hallado a Cristo, le dice: “Ahora ya no se requiere que te comportes de la misma manera”. Esto significaría que, cuando un hombre es pecador, Dios sostiene delante de él cierto modelo de conducta y le dice que, si no lo obedece, es culpable. Pero luego, tan pronto la persona se convierte al cristianismo, lo que era erróneo para el pecador ya no lo es para el cristiano. ¡Qué necesidad! Si Dios dice que algo es erróneo cuando un hombre es pecador, eso sigue siendo erróneo cuando el hombre es santo. La diferencia es que, como pecador, el hombre estaba tratando de obedecer las reglas, pero su naturaleza estaba opuesta a esa obediencia. Ahora él está en Cristo, cuya naturaleza es también humana. La vida entera del hombre es una expresión de Cristo. No necesita reglas para exigirle que viva correctamente. En Cristo, es su estilo de vida normal.

## Capítulo 17

## ¿Por qué el antiguo pacto?

La definición popular de pacto es que involucra a dos partes, cada una de las cuales concuerda en hacer ciertas cosas, a condición de que la otra parte cumpla su parte del trato. Pero, en la Biblia, esto no siempre es lo que un pacto implica.

Un ejemplo de lo que quiero decir es el pacto que Dios hizo con el mundo después del diluvio en los días de Noé. Después del diluvio, dijo Dios:

*Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra .... Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne; y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne (Gén 9:13-15).*

Observemos que, aunque había dos partes involucradas en el pacto, Dios y todo ser viviente en la tierra, las condiciones del pacto involucraban sólo a una parte. Era una promesa de lo que Dios haría, y los que habrían de beneficiarse de este pacto no tenían que hacer absolutamente nada. Era de ellos, no importa lo que hicieran. En cierto sentido, éste era un acuerdo que Dios había hecho consigo mismo. En realidad, era una promesa, pero la Biblia se refiere a ella como un pacto. Es importante que entendamos esto, pues si no comprendemos este concepto de “pacto”, es muy probable que nuestro concepto del nuevo pacto sea erróneo.

### ¿Qué es el nuevo pacto?

Dios explica las condiciones del nuevo pacto en las siguientes escrituras. Él declara:

*Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra (Ez 36:25-27).*

*Por lo cual, éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos (Heb 8:10 y 11).*

Los hombres nunca han recibido la salvación por ningún otro medio que no sea el nuevo nacimiento (Jn 3:3), recibiendo una nueva vida por la impartición del Espíritu de Cristo, por eso se dice que Jesús es “el Cordero inmolado desde la fundación del mundo” (Apoc 13:8). En realidad, lo que llamamos el nuevo pacto tiene que ver con una nueva naturaleza. Dios hizo una promesa de que impartiría una nueva naturaleza o una nueva vida a su pueblo, y esa es la base del nuevo pacto. ¡Nadie ha sido salvado nunca sin esa experiencia! Aunque el nuevo pacto no fue ratificado ni implementado sino hasta que Jesús vino, la promesa del nuevo pacto estuvo allí desde el principio, cuando el hombre cayó por primera vez, y fue por fe en esta promesa que los hombres entraron en una relación salvadora con Dios.

### **El pacto sempiterno**

En lugar de decir “el nuevo pacto”, puede que sea más correcto referirse al método de Dios para salvar a los hombres como “el pacto sempiterno”. En realidad, el nuevo pacto es el establecimiento del pacto sempiterno.

El pacto sempiterno es el medio por el cual Dios salva al hombre. Nunca ha habido ningún otro medio de salvación. En este pacto, Dios dice: “Pondré mi vida en vosotros. Pondré mi espíritu y mis leyes en vosotros, y haré que andéis en mis caminos, y ya no me acordaré más de sus pecados y sus iniquidades”. Ése es el nuevo pacto. En este nuevo pacto, es Dios quien hace lo que hay que hacer. La única parte del hombre es creer que Dios lo ha hecho y aceptar que esa es la verdad. La única condición para que el hombre experimente este nuevo pacto es que debe creer en la promesa de Dios.

Al leer la Biblia, es claro que muchos de los fieles hombres y mujeres de la antigüedad tenían un concepto más limitado de la naturaleza, el carácter y los caminos de Dios de lo que tenemos nosotros. Pero es por eso que sólo

somos salvos por fe. Si la salvación dependiera de entender la ley o de tener un conocimiento exacto de las doctrinas, muchas de estas personas no habrían podido ser salvadas. Pero el nuevo pacto se basa enteramente en la fe del creyente en la promesa de Dios. No hay ninguna otra condición. Rahab, la prostituta, mintió por ignorancia para demostrar su fe. La acción fue defectuosa, pero el motivo era correcto. Fue guiada por una fe sincera, que la condujo a entregarse al Dios de Israel, aunque mintió en nombre del Dios que nunca miente. Pero ella es salva, porque la salvación no se basa en el conocimiento de la ley. Ella no entendía la ley correctamente, pero su fe estaba en Dios y, por medio de Dios, en Cristo, y así, en base a la fe, ella se hizo partícipe de aquel pacto sempiterno.

Este pacto sempiterno es la única manera en que Dios puede, justificada y equitativamente, salvar a la gente de todas las culturas, en todos los tiempos, porque la salvación no se basa en cuánta sabiduría tiene una persona. Si una persona viviera mil años, su conocimiento de los caminos de Dios probablemente sería muy diferente del nuestro, y especialmente si nunca hubiese leído la Biblia. Pero todos pueden tener alguna clase de experiencia, en la cual pueden hallar fe en Dios, y ése es el único requisito bajo el evangelio sempiterno. Podemos entender por qué Dios ha hecho posible que la salvación sea recibida en base a la fe, y no en las obras ni el conocimiento.

### **La base del pacto antiguo**

Ahora llegamos a la pregunta: ¿Qué es el pacto antiguo? En la Biblia se hace referencia a este pacto antiguo de varias maneras, pero es importante que reconozcamos que uno de los términos que se refiere a este pacto antiguo es “la ley” o “la ley y los profetas”. En términos generales, todo el sistema de adoración y gobierno que existió desde el tiempo de Moisés hasta el tiempo de Cristo se llamaba “el pacto antiguo” o “la ley” (Gál 4:24 y 25; Jer 31:32). Cuando vemos aquí la palabra “ley”, debemos entender que Pablo está hablando del pacto antiguo, la totalidad de aquel sistema, con sus reglamentos, su adoración, sus ilustraciones, enseñanzas, estilo de vida y su pueblo.

En Éxodo 19, hallamos el principio del pacto antiguo y una explicación de los principios en que se basaba. Dios lo presentó a Moisés con las siguientes palabras:

*Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Éstas son las palabras que dirás a los hijos de Israel (Éx 19:5 y 6).*

*Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo (Éx 19:8).*

Este pacto no era como el que Dios hizo con la tierra en los días de Noé, y era diferente del pacto sempiterno que se basaba estrictamente en la promesa de Dios, sin ningún requisito para el pueblo, excepto creer. Este pacto requería que la gente hiciera algo antes de recibir cualquier beneficio.

En este pacto antiguo, Dios prometió que ellos serían su especial tesoro por encima de todos los pueblos y que serían un reino de sacerdotes, pero había condiciones. Tenían que obedecer su voz y guardar su pacto. Con esas condiciones, él haría de ellos un especial tesoro para sí mismo por encima de todos los otros pueblos.

Este pacto incluía el sistema entero de adoración y estilo de vida que se había dado a Moisés en el monte Sinaí. Este sistema entero del pacto antiguo estaba representado por los Diez Mandamientos, como lo indica claramente este versículo:

*Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos (Éx 34:28).*

El arca del pacto fue hecha para contener estos mandamientos escritos en las tablas. Dios quería que Israel mantuviese su pacto y elevara su ley. Cuando Dios les dijo que guardaran su pacto, está claro que se refería a la obediencia a toda la ley, incluyendo los Diez Mandamientos. En virtud de este pacto antiguo, este iba a ser la condición bajo la cual los bendeciría y los aceptaría como su pueblo.

La pregunta es: ¿Esperaba Dios que ellos primero obedecieran el pacto guardando sus mandamientos antes de bendecirlos? ¿Tiene el hombre que ser obediente antes de que Dios le bendiga? La respuesta tiene que ser no. El

hombre no puede hacer lo bueno para ser aceptado por Dios. Es imposible. Puede funcionar al revés, que el hombre sea aceptado por Dios primero para hacer lo bueno después, pero no puede hacer lo bueno primero, antes de ser aceptado. Si eso fuera lo que Dios realmente requería del hombre para poder salvarlo, entonces nadie podría salvarse jamás. Sin embargo, éstas eran las condiciones del pacto antiguo.

La primera mención de este pacto se halla en Éxodo 19:6-8, y las condiciones son muy claras. Desde el mismo principio, Dios pide obediencia y pone una condición. Dice: "Si hacen .... entonces ésta será su recompensa". Era un pacto que comenzaba con un requisito para que el pueblo hiciera algo. Tenían que obedecer y guardarlo. Parece muy claro que fue Dios quien estableció este pacto y, por supuesto, inmediatamente surge la pregunta: ¿Por qué hizo esto? Si el pacto sempiterno ya existía y es la única manera de salvarse, ¿por qué Dios instituyó algo que no podía salvar y que claramente no podía ser cumplido por los que así habían prometido hacerlo? ¿Por qué no enfatizó simplemente el pacto sempiterno y guió a la gente de esa manera? La Biblia da varias razones para esto.

### **Razones para el Pacto Antiguo**

El propósito de la ley era:

- a. Revelar el mal, hacer que el hombre distinguiera lo bueno de lo malo (Rom 7:7, 13).
- b. Para que el hombre conociera su incapacidad (Rom 7:21-23).
- c. Para que el hombre conociera su necesidad (Rom 7:18, 24).
- d. Para que el hombre supiera que es pecador (Rom 5:20).
- e. Promover beneficios físicos y temporales (Lev 26:3-12).
- f. Restringir la difusión de la iniquidad (Gál 3:19).
- g. Ilustrar las realidades celestiales (Heb 9:23).
- h. Ilustrar sucesos futuros (Col 2:16,17).
- i. Llevar a los hombres a Cristo (al nuevo pacto) (Gál 3:24).

La última frase mencionada arriba, nos dice que la ley tenía el propósito de ser nuestro ayo, y quizás esto resume todos los otros puntos. El propósito de la ley o el pacto

antiguo era guiar a los hombres a Cristo. En los planes de Dios, todo tiene su lugar correspondiente, todo funciona paso a paso en el cumplimiento de su objetivo final. Dios quiere que los hombres vayan a Cristo, pero para que esto ocurra, ellos primero tienen que reconocer su necesidad. Por lo tanto, ¿qué hace Dios en su sabiduría? Establece un sistema que les permita reconocer su necesidad absoluta antes de que pueden pasar a la siguiente etapa.

### **Hecho para el impío**

Como hemos visto, el nuevo pacto siempre fue la base de la verdadera salvación. Pero, consideremos una importante cuestión: ¿Quiénes son las únicas personas que pueden experimentar el nuevo pacto? Por supuesto, la respuesta es, ¡sólo el pueblo verdadero pueblo de Dios! Ellos son los únicos que están llenos del Espíritu de Dios, que les permite andar en los caminos correctos.

Por otra parte, ¿quiénes son aquéllos a los cuales la ley conduce a Cristo? Por supuesto, la respuesta es aquellos que no son el pueblo de Dios. Así que, si seguimos este razonamiento, podemos ver claramente que los del pacto antiguo no son el verdadero pueblo de Dios. El pacto antiguo es para los que no son el pueblo de Dios (1 Tim 1:9).

Cuando entendemos que el pacto sempiterno o el nuevo pacto siempre ha existido, entonces algo más comienza a entrar a nuestras mentes. Si el pacto antiguo es la manera indicada por Dios para guiar a las personas a Cristo, entonces es razonable pensar que el pacto antiguo debe haber existido siempre junto con el nuevo pacto. Si siempre existió el nuevo pacto desde el principio, también debe haber habido una manera por la cual los hombres hayan sido guiados a Cristo desde el principio. De manera que, en cierto sentido, ambos pactos no están limitados a ciertos períodos de tiempo, sino que están relacionados con dos experiencias diferentes. Una de ellas es aquélla en que una persona está fuera de Cristo, mientras que la otra tiene que ver con la experiencia en Cristo. Es claro que ambas experiencias han estado siempre presentes a través de los siglos.

De modo que la pregunta ahora es: ¿Por qué Dios tomó a un grupo de personas (los israelitas) y, como pueblo, los puso bajo el sistema del antiguo pacto, que, en realidad, significa la experiencia fuera de Cristo? El hecho mismo de

que ellos, como grupo, estaban bajo el pacto antiguo significa que ellos, como comunidad, estaban fuera de Cristo.

### **¿No para el pueblo de Dios?**

Cuando alguien se convierte en hijo de Dios, esto significa que dicha persona es partícipe del Espíritu de Cristo (Rom 8:9). ¿Eran los israelitas, como nación, hijos de Dios? ¿Habían ellos, como nación, experimentado realmente el nuevo nacimiento? ¡El hecho es que nunca fueron el pueblo de Dios en el verdadero sentido de la palabra! Lo que sea que Dios haya dado a Israel como nación, cualquier pacto que Dios haya hecho con Israel como nación, no estuvo basado en su identidad como el verdadero pueblo de Dios. El pueblo de Dios tiene vida eterna. ¿Tenían los israelitas vida eterna? ¡No! Dios nunca les prometió vida eterna. Si examinamos el Antiguo Testamento, veremos que Dios nunca les prometió vida eterna porque el pacto antiguo no trata de cosas eternas, sólo con beneficios en este mundo temporal.

Cuando Pablo dice “bajo los rudimentos del mundo” (Gál 4:3), estaba bastante en lo cierto porque eso es todo de lo que podría tratar el pacto antiguo, este mundo y los beneficios de este mundo. Como ellos llevaron a cabo cierta clase de conducta, entonces Dios les dio ciertos beneficios, pero sólo temporales. El nuevo pacto trae consigo beneficios eternos. Cuando Dios estableció aquel pacto con la nación de Israel, no fue sobre la base de que recibirían vida eterna. Nunca hallaremos la vida eterna prometida a los israelitas en ninguna parte del pacto que Dios hizo con ellos porque lo que Dios estableció no era la salvación. No podría traer salvación; era sólo un símbolo que la representaba.

¿Era posible que cualquiera de aquellos israelitas obtuviera la verdadera salvación? Por supuesto que era posible. Cualquiera persona de aquella nación podría haberse apoderado de la verdadera salvación que habría de venir en Cristo Jesús. Podrían haberse apoderado de la promesa por medio de la fe, pero eso no tenía nada que ver con el sistema establecido porque, como sistema, como pueblo, Dios los colocó bajo el principio de “obedece y vivirás”. Su promesa era “honra a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da. Yo te llevaré a una tierra que fluye leche y miel”. ¡Eso fue lo que se les prometió! Nunca se les prometió vida eterna en base

a su obediencia. Dios prometió beneficios temporales solamente porque la única condición sobre la que se recibe vida eterna y beneficios eternos es fe, y esa no es la base del pacto antiguo. Como nos dice Pablo: se trata del “hacer” (Gál 3:12).

### **¿Somos salvados en grupos?**

Una perspectiva popular es pensar en el pueblo de Dios como “grupo”. Pensamos en los israelitas como nación que pertenece a Dios, y tendemos a pensar en esos mismos términos cuando pensamos en el pueblo de Dios en la actualidad. Pero, cuando decimos “como nación”, ponemos el dedo en un punto crítico que confunde y engaña a muchos cristianos. Nadie se salva como “grupo”. Dios no salva colectivamente. Sólo salva individuos, así que no hay manera de que Dios hubiera establecido el pacto sempiterno con un pueblo, como grupo o como nación. ¡Esto habría sido imposible! Dios sólo establece el pacto sempiterno con individuos porque la fe debe ejercerse individualmente. No puede ejercerse “como pueblo”, sobre una premisa colectiva. Por eso de ningún grupo de iglesia puede decirse realmente que es “el pueblo de Dios”. Las iglesias pueden ser instrumentos en la mano de Dios, usadas por él para llevar a cabo cierto propósito, pero no puede decirse que son su pueblo en el sentido de tener una relación salvadora con él. Esto sólo puede experimentarse individualmente.

Pero, bajo el pacto antiguo, Dios definitivamente estableció y usó a la nación hebrea como instrumento de enseñanza para el mundo. Desde el momento en que se estableció el pacto antiguo, los que entendieron su propósito pudieron beneficiarse de él, y aun hoy, cada individuo en el mundo que ve el sistema y lo estudia cuidadosamente puede ver a Cristo a través de él. En su egocentrismo carnal, los hebreos creían que el sistema se había establecido sólo para su beneficio porque eran mejores que otras naciones, pero el propósito de Dios era usarlos para bendecir al mundo ayudándolo a encontrar el Mesías. El sistema entero era sólo una ilustración para demostrar las realidades que son en Cristo.

Los israelitas se confundieron completamente, y hoy día muchos cristianos se han unido a esa confusión, creyendo que en ese mismo sistema, había salvación y que Dios tenía un mayor deseo de salvar a los judíos que a otros pueblos.

Pero, en realidad, Dios estaba tratando de bendecir al mundo al instituir, en alguna parte de este planeta, una escuela donde la gente pudiera ver el camino a Cristo and why we need to follow it.

### **Usando nuestros conceptos erróneos**

Dios siempre ha estado ocupado tratando de salvar a los hombres por cualquier medio posible, a veces hasta de las maneras más inesperadas, y desde el mismo principio, Dios ha usado los conceptos erróneos del hombre como medio para atraerlo a Cristo. Siempre hubo el concepto entre la gente de que, si sólo pudieran obedecer y hacer lo que es bueno, Dios quedaría complacido. Los honestos y sinceros pronto reconocieron que todos sus esfuerzos no los estaban llevando a ninguna parte, y que necesitaban ayuda. Dios usó esto como medio para llevarlos a un punto en que pudieran reconocer su necesidad de Cristo y, por medio de la fe en él, recibir su vida y nacer de nuevo.

Aun hoy, la ley sirve ese propósito. Ciertamente, ha hecho eso en mi vida muchas veces. Con frecuencia he tratado con todas mis fuerzas de ser bueno y, ¿por qué estaba intentándolo con todas mis fuerzas? Porque estaba tratando de vivir a la altura del modelo de Dios, y cuando fallaba, terminaba diciéndole a Dios: “¡Ayúdame. No puedo hacerlo!”. La ley todavía sirve como ayo. La falsa idea de que tenemos que obedecer para obtener el favor de Dios está mayormente basada en la psiquis del hombre. Dios todavía usa esta falsa idea muchas veces para llevarnos a un punto donde no podemos aguantar mas, para que podamos volvernos a Cristo.

Por lo tanto, en cierto sentido, tanto el antiguo pacto como el nuevo (sempiterno) coexisten desde el principio hasta el mismo final de los tiempos. En realidad, el nuevo pacto no fue establecido hasta que Cristo murió, pero aun así, los hombres eran salvos si tenían fe en este beneficio que vendría en el futuro. Sin embargo, en cierto momento de la historia del mundo, Dios estableció un sistema como herramienta de enseñanza, donde una era y una nación entera fueron establecidas sobre la idea de vivir en obediencia. Cuando Cristo vino, el mundo entró en otra era, en que la plena luz de la fe y lo que ella significa para creer y vivir, se hicieron evidentes.

*Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no*

*conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio (2 Tim 1:9 y 10).*

De manera que, dividimos el tiempo en dos épocas, la era del antiguo pacto y la del nuevo pacto. En realidad, esto no significa que hay dos formas en que la gente puede ser salva. Así es como la gente lo interpreta. Dicen que como hay un antiguo pacto y ahora hay un nuevo pacto, Dios tiene dos maneras de salvar a la gente. Primero los salvaba por medio del antiguo pacto, y ahora los salva por medio del nuevo, ¡pero eso no es verdad! Esta es una falsa idea, contra la cual hay que protegerse. El hombre siempre ha sido salvo solamente por el nuevo pacto, ya sea en esta era o en cualquier otra; así ha sido desde el principio del tiempo.

### **Sólo de este mundo**

Esto conlleva a ciertas conclusiones que debemos tener presentes. Nadie podría recibir la vida por medio del antiguo pacto. Nunca ocurrió, nunca ocurrirá, y Dios nunca tuvo el propósito de que fuera de esta manera. Las bendiciones de Dios bajo el antiguo pacto eran sólo temporales. No tenían nada que ver con este mundo y así, los mandamientos asociados con este pacto se conocían como “carnales” (Heb 7:16). Pablo se refirió a ellas llamándolas “los rudimentos del mundo” (Gál 4:3; Col 2:20).

Pablo dice que, bajo el antiguo pacto, “estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo” (Gál 4:3), refiriéndose a las muchas leyes y a los muchos reglamentos dados a los israelitas. Muchos cristianos dicen que esto nunca habría podido referirse a las leyes dadas por Dios. Dicen que Dios nunca habría podido establecer nada que pudiese ser considerado “carnal”, como de este mundo, como rudimentos del mundo. Pero el hecho es que esto es todo lo que era el antiguo pacto, porque el único beneficio que se podía obtener de aquel pacto tenía que ver con esta vida, con cosas materiales. No había en ello nada eterno. De modo que, es perfectamente correcto referirse a aquello como “carnal”, “temporal”, “rudimentos de este mundo”. No trataba de realidades eternas, aunque era una herramienta

necesaria de enseñanza para guiar a los hombres a aquellas realidades eternas.

Los judíos creían que la salvación estaba presente en la observancia de estas cosas, que tenían que bajar a Dios hasta ese nivel. Si alguien cree que Dios le va a dar la vida eterna porque ha matado algunas ovejas, ha pegado en la frente copias de la ley, y está observando los diez mandamientos, ¿qué clase de Dios está representando? Este concepto de Dios va a estar pervertido.

Es sólo cuando uno puede ver que, en estas cosas, la salvación estaba sólo ilustrada, pero no recibida en la realidad, que puede mirar más allá de la observancia de los días festivos, los ritos, la letra de los mandamientos, puede mirar la realidad mayor y decir: “Dios trata con realidades, no con formas”. Pero si uno piensa que las formas y las ceremonias son lo que satisface a Dios, entonces está bajando a Dios al nivel de un bebé, y lo representa como alguien que no tiene mucho más sentido que un ser humano.

### **Castigos y recompensas limitados**

Hay un punto final para considerar: Puesto que el pacto antiguo pertenecía a este mundo y a los rudimentos de este mundo, los castigos y las promesas asociados con ese pacto eran también sólo temporales. Reconocemos que las promesas sólo tenían que ver con esta vida, pero quizás tenemos dificultades para reconocer que sucedía lo mismo con los castigos. Los castigos asociados con el sistema de la ley no eran eternos, y ¡tenían que ser temporales también! De modo que, si un hombre era apedreado porque había recogido algo de leña en sábado, no significa esto que por fuerza ha perdido la vida eterna? ¡No necesariamente! Por supuesto, si un hombre estaba tan apartado de Dios que iba y deliberadamente recogía leña el día sábado, esto demostraba definidamente que este hombre no tenía una buena relación con él. Pero, supongamos que la esposa de ese hombre estaba en casa, enferma, y él iba y recogía leña en sábado para encender fuego y preparar sopa caliente, y lo atrapaban, ¿qué harían? ¡Lo apedrearían! ¡Bajo el pacto antiguo, este hombre moriría como pecador! Pero, ¿qué sucedería bajo el pacto sempiterno? Si la fe de este hombre era correcta, tendría vida eterna, aunque hubiera sido lapidado como transgresor bajo el pacto antiguo. Esto es lo

que casi sucede con la mujer sorprendida en adulterio. Esto es lo que sucedió con el ladrón en la cruz. Por lo tanto no hemos de mirar los asesinatos que tuvieron lugar bajo el Antiguo Testamento ni los beneficios que las personas recibieron bajo durante esa época y pensar que éstos eran necesariamente indicadores del destino final de estas personas. La gran parte de ello era sólo ilustraciones y tipos.

De manera que, cuando contemplamos la cuestión del destino eterno de la gente, tenemos que ir más allá de lo que vemos basados en el Antiguo Testamento. Por eso, Pablo pudo decir: "Rahab es salva", aunque ella era alguien que la mayoría de la gente no esperaría ver en el cielo. Cuando se observa la conducta de algunas de estas personas, cabe la pregunta: "¿Qué clase de personas son éstas?" Pero Dios ve las cosas desde una perspectiva diferente, y nosotros tenemos que aprender a hacer lo mismo si queremos llegar a entender sus propósitos.

Las personas que permanecen bajo el antiguo pacto nunca experimentan un cambio interno verdadero. Es sólo la conducta externa lo que cambia. Bajo este pacto, siempre permanecen atados a esta tierra y sus formas de vida, bajo el control de la naturaleza carnal. Es sólo cuando han experimentado a Cristo en el nuevo pacto que tiene lugar la verdadera transformación, y realmente se convierten en herederos de las cosas eternas.

## Capítulo 18

## La Ley del Espíritu

*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Rom 8:2).*

Este versículo contiene la clave para entender la verdadera naturaleza de la justicia y cómo funciona en el creyente. Para entender lo que significa, primero tenemos que comprender que Pablo, en el libro de Romanos, habla de tres leyes diferentes.

- Primero, hay la ley de los Diez Mandamientos.
- Segundo, hay la ley del pecado y de la muerte.
- Tercero, hay la ley del Espíritu de vida.

Pablo habla de la ley de los diez mandamientos en los siguientes versículos:

*¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás (Rom 7:7).*

*De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno (Rom 7:12).*

*Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado (Rom 7:14).*

*Porque, según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios (Rom 7:22).*

Todos estos versículos hablan de los Diez Mandamientos y nos muestran varias cosas.

1. Que los Diez Mandamientos son santos, justos y buenos.
2. Que los Diez Mandamientos revelan que somos pecadores.
3. La ley de los Diez Mandamientos es espiritual, pero nosotros somos naturalmente carnales y esclavos del pecado.
4. Pablo estaba en un estado en que se deleitaba en los Diez Mandamientos.

Todo esto muestra que los Diez Mandamientos son muy

buenos, pero el siguiente versículo revela que hay un problema:

*Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley; que el mal está en mí. Porque, según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (Rom 7:21-23).*

Ahora Pablo habla de otra ley. Ésta no es legal, ni está escrita en palabras, ni su cumplimiento es exigido por ninguna autoridad gobernante. ¿Cómo funciona? Opera así: Cuando Pablo quiere hacer lo bueno, se ve obligado a hacer lo malo. Esta ley es más fuerte que el deseo de obedecer los mandamientos de Dios, y lo convierte en esclavo del pecado. Pablo se refiere a esta ley como “la ley del pecado que está en mis miembros (mi cuerpo)”.

Podemos reconocer que éstas son dos clases diferentes de ley. Una es judicial y la otra es natural. Una ley judicial o legal es una regla, o una serie de reglas, establecida por una autoridad gobernante. Los Diez Mandamientos son leyes judiciales. Instruyen a la gente para que hagan algo, y luego la persona que escucha tiene que responder. Tiene que decidir si obedece o desobedece. Le toca al individuo decidir si obedece o no. Siempre que tratamos con una ley judicial, hay sanciones. Si una persona obedece, es recompensada. Si desobedece, hay sanciones. Es la autoridad gobernante la que decide las sanciones y las recompensas.

Por otra parte, una ley natural es algo incorporado en la naturaleza. Cuando pensamos en leyes naturales, tenemos en mente leyes como la de gravedad, del movimiento, de las consecuencias. No es la misma clase de ley que la judicial, y no funciona de la misma manera. En una ley natural, no hay órdenes expresas, como “no harás esto o aquéllo”, establecidas por una autoridad gobernante, ni tampoco hay recompensas ni sanciones. Una ley natural es un principio incorporado de manera natural, que siempre produce el mismo resultado. Por ejemplo, si pensamos en la ley de gravedad, cada vez que algo se lanza al aire, siempre regresa y cae al suelo. Esto ocurre cada vez, sin fallar. Por lo consiguiente nos referimos a ello como a una ley.

Cuando Pablo dice: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí”, se refiere a una ley

natural. No está diciendo que alguien le dio una regla diciéndole que siempre tenía que hacer el mal, sino que había un principio incorporado en su ser que operaba así: Cada vez que quería hacer el bien, le obligaba a hacer el mal, y cada vez que trataba de evitar el mal, se hallaba haciéndolo. Este principio no podía ser resistido, por lo tanto, Pablo se refiere a él como una ley: Algo que siempre funciona de la misma manera, todo el tiempo.

Así, pues, la primera ley, los Diez Mandamientos, es una ley judicial. La segunda ley, es la ley del pecado, y es una ley natural.

¿Cuál de estas dos leyes es la más fuerte? He aquí lo que Pablo dice:

*Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne (Rom 8:3).*

Pablo dice que la ley (los Mandamientos) era débil a causa de la carne. ¿De qué manera era “débil” la ley? En que no podía producir justicia. No podía derrotar el pecado, y la razón era que trataba con la carne de pecado (la mente carnal). Hay una ley en la mente carnal (la carne de pecado) llamada “la ley del pecado”, que, cuando se trata de la carne de pecado, es más fuerte que los Diez Mandamientos. Éstos exigen buena conducta, pero la ley del pecado obliga al individuo a hacer el mal. No puede resistir esta ley y es esclavo de este amo llamado “pecado”. Por consiguiente, los Diez Mandamientos no pueden resolver el problema del pecado. La ley natural siempre es más fuerte que la ley judicial. Ésta puede exigir y amenazar, pero la ley natural viene de adentro y cumple sus requisitos de manera natural. Está en armonía con los instintos y la forma de operar de la naturaleza, de modo que se cumple automáticamente. Es obedecida siempre.

De manera que, debe haber algo más que la ley judicial si el problema del pecado ha de resolverse. Gracias a Dios, él ha proporcionado esa solución. El apóstol explica la ley que Dios usa para resolver el problema en el siguiente versículo:

*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Rom*

8:2).

Ésta es la maravillosa verdad del evangelio. En Cristo Jesús, Dios nos ha dado otra ley natural para cancelar el poder de la primera ley natural del pecado. Esta tercera ley es llamada “la ley del espíritu de vida”. ¿Qué clase de ley es ésta? ¿Es judicial o natural? Ya vimos que la ley judicial no puede derrotar a la ley natural, por lo tanto, los mandamientos no pudieron derrotar esta ley del pecado. Por lo tanto, si Dios va a establecer otra ley para derrotar la ley natural del pecado, tiene que usar otra ley natural. La ley judicial falló; no pudo hacer lo que exigía porque la carne canceló su autoridad. Era “débil por la carne”.

Pero Dios envió a su Hijo en carne de pecado y derrotó la ley del pecado en la carne. ¿Cómo hizo esto? Lo hizo introduciendo otra ley en esa misma carne. Ésta era “la ley del espíritu de vida”. Por medio del espíritu, Dios implantó otro principio en la carne humana de pecado, que, de manera natural, ama hacer el bien y se deleita en hacer la voluntad de Dios.

La ley del pecado funcionaba de esta manera: La naturaleza carnal amaba el mal, de manera que, cuando el hombre quería hacer el bien, siempre terminaba haciendo el mal.

La ley del espíritu funciona de esta manera: La nueva naturaleza ama el bien, por lo tanto, cuando el mal se presenta, el hombre siempre hace lo que es bueno.

Notemos que esta tercera ley, “la ley del espíritu de vida”, es una ley natural, tal como la ley del pecado. No existe ninguna ley natural que dependa de instrucciones para funcionar. Las leyes naturales tienen un poder incorporado, y todas las instrucciones en el universo no pueden contrarrestar esas leyes. Por ejemplo, la mayor autoridad en el mundo puede permanecer a la orilla del mar y ordenar a las olas que dejen de agitarse, pero éstas simplemente lo ignorarán y continuarán haciendo lo que les ha sido ordenado por la naturaleza. Podemos pensar: Bueno, es una tarea demasiado difícil ordenar a las olas que se detengan. Así que hagamos que la misma autoridad lance una pluma al aire y le ordene que no caiga al suelo, y veamos si tiene más éxito. Podemos ver que no es posible contrarrestar la ley natural usando la ley judicial. Por eso, todas las leyes del mundo no pueden hacer que los pecadores dejen de

pecar, porque la ley del pecado es una ley natural en el pecador, y éste necesita algo más que una ley judicial para superarla.

Por consiguiente, el espíritu de vida no depende de la ley judicial, ni de reglas escritas para hacer su obra de justicia. La ley del espíritu de vida funciona produciendo verdadera justicia porque Jesús implanta la mente misma de Dios, la vida misma de Dios, en la naturaleza del creyente cristiano. Hace esto dándole su propio Espíritu, su propia vida, su propia naturaleza divina, con su tendencia a hacer siempre el bien. Esta vida implantada produce los frutos de la propia vida de Dios, no a causa de la ley judicial, sino porque ésta es la conducta instintiva que es naturalmente parte de la naturaleza de Cristo.

Éste es el punto clave de la gran verdad de Cristo nuestra justicia. Los que están orientados hacia la ley dicen: "No podemos ser justos a menos que observemos la ley". Aceptan que necesitamos a Cristo para ser justos, y hasta dicen que necesitamos la fortaleza de Cristo, pero no pueden dejar fuera la ley judicial. Dicen que tenemos que relacionarnos con la ley para distinguir lo bueno de lo malo, y luego tenemos que responder a la ley y buscar la ayuda de Cristo para guardarla.

Pero la verdad es ésta: ¡Dios nos ha dado la vida misma de su Hijo! ¡Oh, gloria sea a Dios por esta salvación! Nos ha hecho parte de sí mismo, y de esta manera, por el poder de su Espíritu, ha implantado en nosotros su misma naturaleza. Así que somos justos sin la ley (Rom 3:21), es decir, sin la ley judicial, o sea los Diez Mandamientos.

La ley del espíritu de vida, la ley natural de justicia, llena nuestras vidas de buenas obras, con el amor y la generosidad de Cristo, sin la ley judicial. Esta justicia no está contra la ley judicial de los Diez Mandamientos porque éstos son buenos. Pero esta justicia no depende de los mandamientos ni en su cumplimiento ni en su definición. Los diez mandamientos todavía sirven como medida, para saber si una persona tiene en sí misma el Espíritu de Dios o no. Todavía sirven como ayo para llevar a los pecadores a Cristo, pero no son necesarios para gobernar la vida del cristiano. Los cristianos están gobernados por una ley que es mucho más efectiva que diez leyes, una ley que es muy superior a cualquier cosa que jamás hubiese sido escrita en piedra. Están gobernados por el Espíritu viviente de Dios mismo.

Ésta es la verdad expresada en los siguientes versículos:

*Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Éste es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda (Is 30:21).*

*En cambio, el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo (1 Cor 2:15 y 16).*

*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él (1 Jn 2:27).*

Éstos versículos son asombrosos, demasiado asombrosos para ser creídos por la mayoría. Debemos leerlos cuidadosamente y considerar lo que están diciendo. El cristiano tiene el privilegio de una guía personal, íntima, de Cristo mismo. No sólo tiene la misma mente de Cristo, sino que es guiado por su Espíritu. Esta es una manera mucho más efectiva de producir justicia que los mandamientos, en que la persona tiene que responder a instrucciones externas. En este sistema de Cristo, un hombre hace lo que está bien por propio deseo, desde dentro, por su propia naturaleza (viviendo Cristo en él).

Este es el verdadero mensaje de la justificación por la fe. Reconoce que la vida justa es completamente un don de Dios. Es dada a los que creen en Cristo Jesús y se entregan totalmente a él.

Los que están orientados a la ley no pueden aceptar que la justicia sea dada tan completa y efectivamente, puramente como un don. Piensan que debemos desempeñar un papel en que tenemos que dirigirnos a la ley y responder a ella para ser justos. Por eso, insisten en que tenemos que ser gobernados por la ley. Pero la salvación es un don gratuito de Dios en Cristo. Es el don de Dios cien por ciento. Todo lo que podemos hacer es creer, o confiar, en Cristo. Todo lo demás es un don. Si no fuera así, entonces el hombre tendría que contribuir con algo. No sería enteramente la obra de Cristo. No sería todo por gracia.

Ojalá que nuestro Padre celestial nos ayude a entender.

## Capítulo 19

## El conocimiento del bien y del mal

Es un hecho universalmente aceptado que el conocimiento es bueno. La mayoría de nosotros llegaría a la conclusión de que el conocimiento es bueno porque nos permite responder a nuestro ambiente de manera apropiada. Nos permite lidiar con las circunstancias que aparecen en la vida. Cuando niños, fuimos a la escuela a aprender, y el propósito entero de esto era adquirir conocimientos para que, cuando fuéramos adultos y saliéramos a enfrentarnos a la vida, pudiéramos relacionarnos con nuestras circunstancias de manera apropiada.

### **Conocimiento crítico**

Una de las clases de conocimiento más necesarias es la de conocer a nuestro enemigo. Esto es especialmente cierto en tiempos de guerra. Es interesante que, de todos los enemigos, ¡el más odiado es un espía! Por lo general, un soldado enemigo que es capturado es encerrado, pero a menudo, cuando un espía es descubierto, es ejecutado. Un espía es odiado y despreciado porque tiene más poder para hacer daño que un enemigo declarado. La peor clase de enemigo es el que está en nuestro medio y es desconocido. Ese es el enemigo que necesitamos conocer. La ignorancia de esta clase de enemigo puede ser muy peligrosa.

Probablemente, muchos de nosotros ha oído hablar de un ave llamada cuco. Esta es una ave muy extraña, pues nunca construye nidos propios. Durante la temporada de apareamiento, cuando está lista para poner un huevo, el cuco va y deposita su huevo en el nido de otra ave y luego se va y se ocupa de sus asuntos. Encuentra un nido, posiblemente con dos huevos y pone el suyo, junto con los otros. La dueño del nido regresa y encuentra tres huevos. Por supuesto, las aves no saben contar. Esta ave sólo sabe que dejó huevos en el nido. Regresa, los encuentra, y cree que todo está bien. Se sienta a empollar estos huevos, con esta ave extraña creciendo bajo sus alas. Finalmente, todos los huevos eclosionan, pero el polluelo de cuco es de mayor tamaño que los otros. Cuando los padres comienzan a alimentar a sus polluelos, éste empuja la cabeza por enci-

ma de los demás y consigue la mayor parte del alimento. Pronto los otros polluelos comienzan a morir de hambre. Tan pronto como crece un poco, el polluelo de cuco empuja a los otros fuera del nido, hasta que finalmente él queda solo en el nido. Los padres continúan alimentando a este polluelo de cuco hasta que crece lo suficiente para alejarse volando. Más tarde, hallará otro cuco y repetirá el ciclo de engaño y destrucción.

Ahora bien, este pichón que ellos alimentan, crían y cuidan, destruye los propios hijos de ellos. Es un enemigo sentado en el nido, pero ellos lo alimentan y lo crían porque son totalmente ignorantes de la verdad. Esto ilustra el punto que es importante conocer quién es realmente el enemigo.

Quizás algunos de nosotros hayamos oído hablar de Ignaz Semmelweis. Era un médico húngaro que nació en 1818. Durante esa época, aproximadamente el 10 por ciento de todas las mujeres que daban a luz en un hospital morían de complicaciones posteriores. Esto no se consideraba excepcional y se daba por sentado que era sólo uno de los riesgos del parto. Pero Ignaz Semmelweis notó algo extraño. Algunas mujeres estaban siendo parteadas por comadronas, mientras que las que estaban en hospitales eran atendidas por doctores. Notó que, aproximadamente, sólo el dos por ciento de las que eran atendidas por comadronas morían, mientras que el diez por ciento de las atendidas por doctores en hospitales morían.

Un día, mientras Ignaz Semmelweis estaba con un grupo de doctores durante la autopsia de un cadáver, uno de los doctores se pinchó un dedo con el escalpelo, se enfermó y a su tiempo murió. Semmelweis notó que este doctor manifestó los mismos síntomas que las mujeres que habían muerto después de dar a luz en los hospitales. Se le ocurrió que tal vez lo que estaba ocurriendo era que estos doctores estaban haciendo las autopsias de estos cadáveres, y luego iban directamente donde las mujeres que acababan de dar a luz, ¡y examinaban el canal del nacimiento con las manos sucias! ¿Estaban los doctores en realidad matando a estas mujeres?

Semmelweis preparó una solución carbólica y estableció una regla en su departamento de que cualquiera que fuera examinar a una paciente tenía que lavarse las manos con esta solución primero. ¡La tasa de mortalidad en su depar-

tamento se redujo dramáticamente! ¡Bajó casi hasta cero! Lo asombroso fue que, cuando esto se supo, los doctores del hospital se resintieron y rehusaron obedecer porque creían que era demasiado inconveniente estar siempre lavándose las manos.

Pasaron muchos años antes de que fuera implementada esta simple medida para salvar vidas, pero no antes de que Semmelweis mismo falleciera.

Todos creían que el parto estaba matando a las mujeres, pero en realidad, el enemigo era muy diferente. Los que eran considerados los mejores amigos eran en realidad los portadores de la muerte, pero la ignorancia mantuvo alta la tasa de mortalidad porque así es la ignorancia. El conocimiento es importante.

### **Conocimiento indeseable**

Pero ahora examinemos una perspectiva sobre el conocimiento que puede darnos una idea diferente de su valor. La Biblia nos dice que, desde el mismo comienzo de la historia de este mundo, se le prometió a Eva cierta clase de conocimiento. En Génesis 3, hallamos a Satanás hablándole a Eva y diciéndole:

*Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal (Gén 3:5).*

Dios había plantado un árbol en medio del jardín, el cual era llamado “el árbol del conocimiento del bien y del mal”. Entendemos que este árbol tenía que ver con cierta clase de conocimiento, y hemos visto que el conocimiento es algo bueno, algo que la gente procura. Dios les dice a Adán y Eva: “¡Si comen de este árbol, morirán!”. Pero, ahora Satanás le dice a Eva: “Lo que Dios les dijo no es verdad. Dios sabe que el día que coman de este árbol serán como Dios, sabiendo el bien y el mal”.

### **¿Dijo la verdad Satanás?**

La pregunta que quiero que consideremos es: ¿Dijo la verdad? ¿Recibieron ese día el conocimiento del bien y el mal? ¡La respuesta es que sí! Cuando Satanás les dijo que “sabrían” el bien y el mal, les dijo la verdad. Pero, a veces, decimos la verdad de tal manera que se convierte en una falsedad porque sólo decimos la mitad. No damos el sentido

completo de lo que estamos diciendo, y de esa manera, nuestra verdad se convierte en una media verdad, que es tan peligrosa como una mentira directa y aun más peligrosa. Demasiado a menudo, cuando actuamos apoyados en una media verdad solamente, en realidad no entendemos en qué nos estamos involucrando hasta que quedamos atrapados, y para entonces hemos ido demasiado lejos para retroceder.

### **Lo que significa saber**

¿Cuál era la verdad completa involucrada en saber el bien y el mal? ¿Qué fue lo que Satanás no explicó completamente a Adán y Eva concerniente a esta verdad? Veamos que dice Génesis:

*Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban (Gén 2:25).*

La Biblia no dice que eran ignorantes del hecho de que estaban desnudos, pero explica que, a pesar de esto, no se avergonzaban. La sugerencia es que eran conscientes de que no tenían puesta ninguna ropa, pero que este hecho no les molestaba en absoluto. Mi amigo y compañero de trabajo Howard tiene una hijita, Kay Kay, que tiene dos años y medio de edad. El otro día visité su casa y ella me saludó, diciendo: “Tío David, yo soy una niña y Lukie es un muchacho. Déjame mostrarte”. ¡Y se estaba preparando para mostrarme! Yo le dije: “No, no bebé. No es necesario que hagas eso”. Ella sabe lo que es desnudarse, pero no es consciente de lo que implica el hacerlo.

Hubo un caso similar con Adán y Eva. La Biblia dice que ambos estaban desnudos, pero no se avergonzaban. La desnudez no significaba nada para ellos. El hecho de que no tuvieran puesta ninguna ropa no les molestaba en absoluto. De nuevo Génesis afirma:

*Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales (Gén 3:7).*

Cuando leemos esto superficialmente, parece estar diciendo que, en este momento, repentinamente conocieron que estaban desnudos, pero no tiene sentido sugerir que antes de esto, nunca supieron que no tenían puesta ninguna ropa. ¡La Biblia dice que ellos sabían! Lo que esto indica

es que la palabra “conocieron” transmite una idea diferente de simplemente la idea de adquirir información. Este conocimiento que les llegó estaba a un nivel más profundo que simplemente información que entraba en sus mentes. Era un conocimiento que cambió su perspectiva, su visión de ellos mismos a un nivel más profundo que un simple reconocimiento de una carencia física. De hecho, en el versículo 11, Dios les dice:

*¿Quién te enseñó que estabas desnudo? (Gén 3:11).*

Si uno no llevara puesta ninguna ropa, ¿tendría alguien que decírselo? El problema no era que súbitamente se dieron cuenta de que no tenían ropa puesta, sino que este hecho se convirtió en una razón para que se ocultaran de Dios cuando eso nunca antes había importado. Su desnudez tuvo diferentes implicaciones. De pronto, se dieron cuenta del significado de la desnudez. En sus mentes, habían sido perfectamente buenos. Lo que había sido perfectamente inocente, de repente se volvió vergonzoso. Repentinamente, se dieron cuenta de que se acercaba Dios y ellos no podían presentarse delante de él de este modo. La desnudez se convirtió, no sólo en una teoría en sus mentes. No sólo eran conscientes de los hechos, sino que algo en su experiencia se volvió vergonzoso.

En algunos años más, Kay Kay (la hijita de Howard) no querrá que yo la vea desnuda. Va a significar algo diferente para ella. Dentro de algunos años, la desnudez va a significar, “es hora de buscar un lugar para esconderme. ¡No puedo permitir que nadie me vea así!”. Probablemente, no querrá que ni siquiera sus padres la vean desnuda. En ese momento, sabrá que es la desnudez. Conocerá, en su experiencia personal, lo que implica la desnudez, en lugar de saber simplemente cómo definirla. Conocer algo significa mucho más que simplemente poder definirlo. Éste es el punto. Adán y Eva conocían acerca de la desnudez, pero no conocieron la vergüenza asociada con ella sino hasta que experimentaron el pecado.

Apliquemos esta idea mientras consideramos el nombre del árbol prohibido. La Biblia dice que se llamaba “el árbol del conocimiento del bien y el mal”, y Satanás dijo: “el día que tomen de este árbol serán como Dios, sabiendo el bien y el mal”.

Ahora consideremos esta pregunta: ¿Conocían Adán y

Eva acerca del mal? Yo creo que deben haber conocido. Dios les había dicho que el día en que comieran del árbol morirían. Así que eran conscientes del bien y el mal y de la muerte. Sabían que había algo llamado “mal”, y probablemente lo habrían definido. Entendían que ciertas acciones los habrían hecho enemigos de Dios, pero no tenían ninguna apreciación personal de lo que esto significaba.

Cuando participaron de aquel fruto, les sobrevino una conciencia desconocida hasta entonces en el planeta. Era nuevecita, y muy extraña porque, en ese momento, la persona que había sido su mejor amigo se había convertido en su peor enemigo delante de sus ojos. Tan pronto apareció Dios, que nunca había tenido la intención de hacerles daño, que nunca había prometido lastimarlos, que nunca los había amenazado, que no tenía para ellos nada que no fuera el bien, ¡corrieron a esconderse! No era por lo que le había sucedido a él, sino por lo que les había sucedido a ellos. Ahora conocían el mal. Éste es el efecto que tiene en nosotros el conocimiento del mal.

Este uso de la palabra “conocer”, significando más que simplemente definir algo, es muy popular en la Biblia. Por ejemplo, en el capítulo 4 de Génesis leemos:

*Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: Por voluntad de Jehová he adquirido varón (Gén 4:1).*

Hemos de notar cómo se está usando la palabra aquí. Adán “conoció” a Eva, pero esto no significa que se familiarizó con ella o tuvo alguna idea de la clase de persona que era. Esto se refiere a la unión estrecha, íntima, entre Adán y su esposa, que la Biblia describe como llegar a ser “una carne”. Cuando conoció a su esposa de esa manera, el resultado fue que ella concibió y dio a luz a un hijo. Vemos que la palabra fue usada de la misma manera por María, la madre de Jesús. Cuando el ángel le anunció: “Tendrás un hijo y llamarás su nombre Jesús”, la respuesta de María fue: “¿Cómo puede ser esto, puesto que no he conocido varón?” (Lc 1:34).

De modo que, cuando la Biblia dice que Adán y Eva llegaron a conocer el mal, significa que el mal se había convertido en parte de su experiencia. Satanás no les había dicho toda la verdad. Ellos sí se hicieron semejantes a Dios, sabiendo el mal, porque Dios era la única persona que tenía

conciencia de pecado, aparte de Satanás. Pero Dios era la única persona que podía conocer el pecado sin caer bajo su poder porque es Dios. Él sabía lo que significaría conocer el pecado. Pero la única manera en que ellos podían conocer el mal era cayendo bajo su poder y trayéndolo a su seno. Tenían que unirse con él como el hombre con su esposa. Así que, cuando llegaron a este conocimiento del mal, Adán y Eva reconocieron que habían sido engañados. Satanás no les había dicho toda la verdad, ¡pero para entonces era demasiado tarde!

### **Una oportunidad provista**

Es interesante considerar que no había nada realmente malo con el árbol mismo, ni con su fruto. Era sólo otro árbol en el jardín. La verdadera diferencia era que Dios había establecido una ley prohibiéndoles que comieran de este árbol en particular. Normalmente, cuando le pedimos a alguien que no nos quite lo que nos pertenece, es porque lo necesitamos. Pero, cuando Dios puso el árbol allí y dijo: "No coman de este árbol", ¿era porque necesitaba el árbol? ¡Quiero decir que él pudo haber creado un millar más! ¿Por qué poner un árbol allí y decir: "No toquen este árbol", si no lo necesitaba? Casi se puede decir que esta era una regla innecesaria. ¿Por qué poner una restricción si no se necesitaba lo que era objeto de la restricción?

Esto debería decirnos claramente que el árbol no era el problema. Dios les dio la regla simplemente para proporcionarles una opción hacia el pecado. Algunos preferirían que yo dijera que Dios les dio la oportunidad de escoger entre el bien y el mal, pero la verdad es que Dios no le dio al hombre la opción de escoger el bien. Cuando Adán fue creado, ¡fue creado perfecto! Fue hecho a imagen de Dios, no lo escogió. La vida fue suya sin elección. Dios lo hizo así. Lo que Dios hizo fue darles una oportunidad de escoger el mal porque ellos ya tenían el bien. Lo que no tenían era el mal, y Dios les dio la oportunidad de escogerlo.

¿Por qué haría Dios esto? Hay que regresar a la raíz de la controversia entre Dios y Satanás. En el cielo, Satanás le dijo a Dios: "No estás dando a tus criaturas una oportunidad justa. ¿Por qué siempre supones que tus caminos son los mejores? Yo he establecido otro sistema, y si ellos escogen mi camino, será mejor. Serán más felices y, si eres justo, tendrás que permitirle a la gente la libertad de elegir".

Así, pues, Dios proveyó una oportunidad para que el hombre pecara. Eso es todo lo que el árbol era. Pero Dios les hizo una clara advertencia: “No se acerquen a ese árbol porque no hay nada en él excepto pecado. En el momento en que encuentren ese árbol, van a pecar, pero recuerden, ¡es el único lugar donde existe este peligro!” Por supuesto, no tenía que ser un árbol. Dios pudo haber tomado una piedra, ponerla allí y llamarla “la piedra del bien y el mal”, con las instrucciones de que no debían tocarla. Por lo tanto, no culpemos mucho al árbol, porque éste no era nada. Lo que realmente les dio la oportunidad de pecar fue el mandamiento de Dios. Si Dios no hubiera creado esa regla, ellos podrían haber comido de ese árbol por mil años y nada habría sucedido. ¡Fue la regla lo que les dio la oportunidad de conocer el mal!

Pero, ¿quería Dios que ellos conocieran el mal? ¡No! En su caso, nunca debieron conocer el mal, y las cosas habrían continuado en ese estado perfecto para siempre. Pero era necesario que se les diera una oportunidad, o una opción, para escoger el camino de Satanás, porque Dios es un Dios que cree en la libertad.

## **El conocimiento del pecado**

Romanos explica:

*Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado (Rom 3:20).*

Más adelante, Rom 7 dice básicamente lo mismo:

*¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás (Rom 7:7).*

Toda la vida entendí que los versículos anteriores están diciendo es que, por medio de la ley, obtenemos una definición del pecado. Es la interpretación popular de estos versículos. Pero, ¿es realmente lo que Pablo está diciendo?

Pablo dice: “Yo no habría conocido el pecado sino por la ley”. Ahora bien, hay dos posibles significados de esta afirmación. Como he demostrado, hay dos maneras en que la palabra “conocer” se usa en la Biblia. Una es para describir un conocimiento teórico (como una definición,

una interpretación intelectual). La otra es para describir una relación personal, en que hay intimidad personal y algo se convierte en parte de la experiencia personal. Hay estos dos usos de la palabra “conocer”. El segundo se usa en la Biblia más a menudo de lo que lo reconocemos. Muchas veces, la Biblia habla de conocer algo, y creemos que nos está dando una definición, cuando eso no es en absoluto lo que está diciendo.

Pablo dice: “Yo no habría conocido el pecado si no hubiese sido por la ley” y, como continuamos leyendo en ese mismo pasaje en Romanos 7, descubrimos que lo que él está diciendo es que vino a conocer algo de forma muy personal, muy íntima, que era parte integral de su experiencia. ¿Qué llegó a conocer? ¿Con qué llegó a tener una experiencia íntima? ¡Con algo que él llama pecado!

*Y yo sé que en mí, esto es, en mi cuerpo, no mora el bien; porque el querer hacer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí (Rom 7:18-20).*

### **La obra de la ley**

¿Cómo sabía que el pecado moraba en él? ¿Cómo sabía que había un poder en él que no podía combatir ni resistir, que era mayor que él? Dice: “Yo no conocí el pecado sino por la ley” (Rom 7:7).

“Yo sin la ley vivía en un tiempo. Pero, venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí” (Rom 7:9).

Lo que Pablo estaba diciendo era: “Con la mente, me gusta la ley de Dios, pero encuentro otro poder que existe dentro de mí que batalla contra los deseos de mi mente y me hace esclavo de este poder pecaminoso que está en mi cuerpo”. Es la ley de Dios que lo hace consciente de que hay pecado obrando dentro de él. Él no habría conocido el pecado sino por la ley porque dice que, ¡sin el mandamiento el pecado, está muerto!

De manera que, de acuerdo con Pablo, el principal propósito de la ley es hacernos conocer el pecado. Es decir, la ley nos hace conscientes de este poder en nosotros, este enemigo interior que es más fuerte que nosotros y el cual no podemos resistir por ningún poder que poseamos en nosotros mismos.

¿Podemos ver que esto es lo mismo que le ocurrió a Adán? Dios le dio una ley para que pudiera tener la oportunidad de conocer el pecado. Adán podría haber dicho: "Sin el árbol, yo no habría conocido el pecado". Pablo dice: "Yo no habría conocido el pecado sino por la ley" (Rom 7:7). La ley dada a Adán y la ley dada por medio de Moisés sirven al mismo propósito. Ambas leyes fueron destinadas para proporcionar una oportunidad al hombre para que conociera el pecado.

### **Un conocimiento erróneo popular**

La interpretación popular es que el papel de la ley es definir el pecado, y estas afirmaciones de Pablo se usan generalmente para apoyar esta idea. Dice Pablo: "Por la ley es el conocimiento del pecado". Lo que Pablo quiere decir es que, por medio de la ley, uno se vuelve consciente de la presencia de este enemigo interior.

### **El camino de la ley**

¿Por qué no podemos conocer el pecado sin la ley? Porque, aunque el pecado es nuestro constante amigo y compañero y está integrado en nuestro propio ser, sin la ley siempre andaríamos en perfecta armonía con el pecado. Nunca trataríamos de oponernos a él. ¡Andaríamos agarrados de la mano como amigos! Puesto que estamos en armonía, hay un lado de la naturaleza del pecado que no hemos descubierto.

A veces, he tratado de persuadir a alguien para que dé su vida a Cristo, y he recibido la respuesta: "Todavía no estoy listo". ¡Estas personas creen que, en el momento en que lo decidan, pueden oponerse al pecado y vivir correctamente! Creen que el poder de cambiar está en sus manos, y que es una cuestión que todavía no han decidido, pero que algún día lo harán, y que cuando lo hagan, simplemente darán la vuelta y vivirán una vida cristiana. Todos hemos conocido personas como ésas. Creen que pueden simplemente dar media vuelta. No saben la verdad porque nunca han conocido la ley. Caminan de la mano con el pecado, son buenos amigos, y piensan: "En el momento en que yo quiera, puedo dar la vuelta y andar en otra dirección".

Pero llega el día en que se encuentran con la ley. Reconocen que los requisitos de la ley son también para ellos, y

ahora tratan de volverse en dirección opuesta al pecado, de andar en una dirección diferente del compañero de toda una vida. ¡Es entonces cuando descubren lo que el pecado es realmente! Ahora averiguan que no pueden alejarse tan fácilmente. ¡Llegan a conocer el pecado como nunca antes lo habían conocido! ¡Que el fornicario, el ladrón, el mentiroso, y las personas engañosas y maliciosas traten de hacer a un lado estos rasgos, y van a descubrir lo que es el pecado! Pablo lo intentó, y nos cuenta lo que descubrió:

*Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí (Rom 7:21).*

Él expresa su desesperada situación con estas palabras:

*¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Rom 7:24).*

Eso fue lo que descubrió cuando la ley entró en su experiencia. Llegó a conocer el pecado. Había un parásito mortal oculto dentro, carcomiéndole la vida, destruyéndolo, pero no lo supo por muchos años. En ignorancia, andaba de la mano con este mortal enemigo.

¿Qué hizo Dios? Introdujo una sonda en su vida, algo que pudiera escudriñar todos los rincones, revelar la presencia de esta cosa mortal llamada “pecado”, y sacarla a la luz. Repentinamente, Pablo reconoció la verdad. “Hay un destructor acechando dentro de mí. Hay un enemigo que yo creía era mi amigo, ¡y yo no lo sabía! Fue la ley la que lo llevó a este conocimiento.

Hebreos 4 declara:

*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Heb 4:12).*

Así es como trabaja la ley de Dios. Entra en las coyunturas, los tuétanos de los huesos, los pensamientos de la mente, divide y separa y clasifica y, cuando estamos frente a frente con la ley de Dios, de repente reconocemos cuán mortal es esta enfermedad que está en nosotros, carcomiendo nuestras vidas. Pero, si nos detenemos con la ley, nuestra condición es aún más lamentable porque terminamos derrotados, condenados y sin esperanza, porque es

aquí donde la ley puede llevarnos, y no más allá. Puede introducirnos al pecado, pero no librarnos de él. Ese era exactamente el propósito de la ley. La ley es nuestro ayo para llevarnos a Cristo (Gál 3:24).

A la persona que no conoce está en una mejor situación que aquélla que se detiene con la ley porque quien no conoce la ley es un pecador feliz, ¡pero la persona que se detiene con la ley es un pecador miserable! Ambos son todavía esclavos del pecado, pero es mejor ser un pecador ignorante y feliz que un pecador miserable y conocedor, si allí es donde uno se va a detener!

### **La diferencia con Adán**

De manera interesante, podemos notar que hay una diferencia entre cómo la ley funciona para nosotros y cómo debe haber funcionado para Adán. En el caso de Adán, ¿quería Dios que conociera el pecado? ¡No! Pero, en el caso de los descendientes caídos de Adán, ¡Dios quiere que conozcamos el pecado! En el caso de Adán, el pecado estaba fuera de él. Cuando el enemigo está fuera de la puerta, uno no tiene derecho a conocerlo. En realidad, si uno llega a conocer al enemigo que está fuera, uno es considerado traidor. Uno tiene que mantenerlo a distancia y permitir que el enemigo permanezca fuera. El pecado estaba fuera, y Dios quería que Adán siguiera siendo un desconocido para el pecado. Pero, cuando el enemigo está dentro, es imperativo que uno lo conozca. Necesita conocer su poder y su influencia, y más críticamente, poder reconocer que es un enemigo. Necesita conocerlo. De lo contrario, nunca podrá protegerse de él.

### **Una opción diferente**

Algunos cristianos creen que llegamos a este mundo en una posición intermedia, libres para ir a la derecha o a la izquierda, para escoger entre pecar o no pecar. Pero esto no es verdad. Adán fue creado bueno, y tenía la opción de escoger el mal si lo deseaba. ¿Fue el resto de la humanidad puesto en la misma posición? ¡No! No nacimos con el poder de elección que Adán tenía. Todos los descendientes de Adán nacen separados de Dios, corruptos, y necesitados de un nuevo nacimiento. Adán eligió seguir el camino de Satanás, el camino del yo, y puso a toda la humanidad allí. En el caso de Adán, tenía una opción, la de alejarse de Dios

y la vida justa que poseía. En nuestro caso, también tenemos una opción (no dos). Tenemos la opción de escapar del camino de Satanás eligiendo a Cristo. En la condición en que nacemos, no tenemos la opción de elegir el mal. Adán ya eligió a nombre de todos nosotros, y nacemos en ese estado pecaminoso, corrupto, separados de Dios e incapaz de hacer lo justo.

Ahora, en el caso de Adán, no fue la separación de Dios que lo hizo pecar. No fue porque tenía una mente carnal. Adán hizo una elección personal libre. Fue creado unido a Dios. Pero, en el caso de todos los demás hombres, la situación es diferente. Pecamos mucho antes de que pudiéramos hacer una elección inteligente. Pecamos antes de saber siquiera ser conscientes de lo que hacíamos. ¿Es porque todos nosotros hicimos la misma elección que Adán? No, los descendientes de Adán no tenían esa opción.

Los caminos de Dios son maravillosos. Usó la ley para tratar de proteger a Adán de conocer al enemigo que estaba fuera, pero ahora Adán ha abierto la puerta y dejado entrar al enemigo. Dios usa la ley para ayudarnos a identificar al enemigo y para que podamos deshacernos de él.

### **No se detengan en la ley**

Pero, aunque la ley es una parte crítica del plan de Dios, debe encontrar su correcto lugar en ese plan. No debemos detenernos en la ley. No debemos creer que, al hallar la ley, hemos llegado a donde Dios quiere que estemos. La ley es el investigador, el examinador, y dice: "Tienes un problema. Estás enfermo. Tienes una enfermedad". Pero la ley no puede ir más allá. Lo condena y lo castiga a uno, pero nada más, y así lo dice Pablo:

*Yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí (Rom 7:9).*

### **El mayor conocimiento**

El problema de Adán fue que dejó entrar al pecado. Nuestro problema es que no podemos sacarlo. La ley nos hace conocer el pecado pero, cuando llegamos a conocer el pecado, tenemos que ir un paso más allá:

*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a tí, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Jn 17:3).*

Tenemos que entender que la Biblia no está hablando de conocimiento teórico, como el de las vírgenes fatuas. Está hablando de una experiencia dinámica en que nuestras vidas se integran en la vida de Dios de una manera similar a cuando un hombre “conoce” a su esposa. Yo me familiaricé con mi esposa, pero nunca la conocí en este sentido sino hasta que tuvimos la unión íntima en que los dos fuimos uno. ¡Eso es lo que Biblia quiere decir! Cuando hay esta clase de relación, produce fruto, nace un niño. Cuando uno conoce a Dios y a Cristo, habrá fruto, que será el producto natural de esa unión.

La ley nos lleva al lugar donde conocemos el pecado, pero no nos deja detenernos allí. Tenemos que seguir adelante, a la siguiente clase de conocimiento. Tenemos que conocer a Dios y a su hijo Jesucristo. Es allí donde Dios quiere que estemos finalmente porque eso es lo que significa la vida eterna. Cristo vino y destruyó al enemigo. La ley halló al enemigo, pero él lo destruyó.

*Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne. (Rom 8:3).*

Cristo encontró al enemigo acechando dentro y lo condenó y lo destruyó. ¡Gracias a Dios por Jesús!

## Capítulo 20

## Tipo versus antitipo

Algunas de las mayores críticas contra el cristianismo han surgido a causa del Dios descrito en el Antiguo Testamento y las cosas que él ordenó e hizo. A veces, es difícil tratar con este Dios. Es representado como el Dios de los hebreos, no de otras naciones y, aunque protege a Israel, destruye a otros sin misericordia, borrando del mapa a culturas enteras con la orden de no perdonar a nadie ni por sexo ni por edad. Ni siquiera los bebés ni los animales irracionales eran perdonados en algunas de estas aniquilaciones, que actualmente son descritas como genocidios. ¿Cómo podemos reconciliar esto con la idea de un Jesús misericordioso, bondadoso y amante que hallamos en el Nuevo Testamento, y que insiste que Dios es un Padre que nos ama a todos?

Ésta no es la única área de conflicto; a veces, los mandamientos del Antiguo Testamento parecen arbitrarios y sin sentido, y aun más cuando vemos los terribles castigos impuestos a aquellos que desobedecían. Las personas eran ejecutadas inflexiblemente por crímenes como el de maldecir al padre o a la madre. A los homosexuales no se les permitía vivir. ¿Cómo puede reconciliarse esto con la misericordia y la paciencia reveladas en el Dios del Nuevo Testamento?

En otras áreas, como la interpretación de las profecías, la ley y la gracia, la naturaleza de Israel en la actualidad – en todas éstas y en otras áreas, encontramos enormes desacuerdos y confusión en el cristianismo. Es evidente que se necesita una interpretación clara y consistente de la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y las razones de estas diferencias.

La clave para armonizar estas diferencias es entender que el sistema entero del Antiguo Testamento era un gran modelo, una herramienta de enseñanza, por la cual Dios estableció representaciones de futuras realidades. En otras palabras, el sistema del Antiguo Testamento no era una realidad, ni la verdad máxima acerca de Dios y sus operaciones. Era más bien un sistema de símbolos y representaciones de la verdad, pero no era la verdad. Vemos este

hecho enseñado en versículos como los siguientes:

*Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo (Jn 1:17).*

*Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan (Heb 10:1).*

Algunos cristianos presentan una muy buena explicación de la diferencia entre el Israel físico y el espiritual, o los tipos sacrificiales versus Cristo, el verdadero sacrificio antitípico, pero, al mismo tiempo, tienen una muy pobre interpretación de la ley y su propósito en el Antiguo Testamento versus la ley y su propósito en el Nuevo Testamento.

La siguiente es una lista parcial de algunos de los tipos y las realidades antitípicas que están en la Biblia. La mayoría de las personas están muy familiarizadas con estos tipos y pueden identificar fácilmente los correspondientes antitipos.

- El Cordero versus Cristo.
- La sangre versus la vida.
- El Sumo Sacerdote versus Cristo.
- Palestina versus la tierra nueva.
- El Israel físico versus la iglesia.
- Los sacerdotes levíticos versus los cristianos.

Sin embargo, la lista de tipos y antitipos es mucho más abarcante. En realidad, el sistema entero del pacto antiguo – todo lo que incluía – era típico. Este es un hecho muy mal entendido. Las mayores errores en el cristianismo son causados por no ser consistentes y no aplicar el mismo principio de tipo y antitipo al resto del Antiguo Testamento. Muchas personas todavía están concentradas en practicar los tipos del Antiguo Testamento cuando deberían estar involucradas en los antitipos del Nuevo Testamento.

•El mobiliario del santuario versus los verdaderos implementos de la salvación.

- Los días festivos versus los eventos de la salvación.
- Los pecados versus el pecado.
- La culpa versus la separación de Dios.
- Los mandamientos de Dios versus el carácter de Dios.
- El sistema de leyes versus el reino de Dios.

- La conducta versus la naturaleza.
- Hacer versus creer.
- Dios como juez versus Dios como Padre.

No es necesario examinar todos estos tipos en este capítulo, pero nos enfocaremos en algunos de ellos. Una vez que comencemos a pensar en ello con una mente abierta y un corazón honesto, estas cosas serán evidentes por sí mismas porque la verdad es consistente consigo misma y siempre sigue un camino lógico. Algunos de estos errores han tenido efectos devastadores en la experiencia religiosa de millones durante siglos, y han resultado en grandes doctrinas falsas y representaciones erróneas de Dios muy significativas.

En este artículo, examinaremos cuatro de estos tipos del Antiguo Testamento, así como la realidad del Nuevo Testamento. He seleccionado éstos de la lista, y nos enfocaremos en ellos, porque estas interpretaciones desacertadas han causado el mayor daño en los pasados dos mil años. He aquí los cuatro en los cuales nos enfocaremos:

- Los pecados versus el pecado.
- La culpa versus la separación de Dios.
- Los mandamientos de Dios versus el carácter de Dios.
- Dios como juez versus Dios como Padre.

## **El pecado y la culpa**

En el Antiguo Testamento, una persona se convertía en pecador cuando quebrantaba la ley. En ese momento, se convertía en culpable y tenía que presentar un animal como sacrificio. La vida de este animal tomaría el lugar de la vida del pecador, y la sangre quitaría la culpa de su pecado. En este sistema, los principales problemas eran:

1. El acto erróneo que había cometido – sus acciones.
2. El problema que enfrentaba era la cuestión de cómo eliminar su culpa. Cómo obtener el perdón, cómo hacer que Dios pensara favorablemente acerca de él.
3. Bajo este sistema, se entendía que la sangre del sacrificio limpiaba la culpa. La sangre hacía que Dios cambiara de opinión.

Sabemos que el animal era un tipo, que representaba a Cristo. Sabemos que su sangre era un tipo que representaba su vida. Pero, nos hemos aferrado a algunas partes de este cuadro como si fueran realidades cuando, de hecho, el cuadro entero, todo él, ¡era sólo un tipo! ¿Qué quiero decir?

¡Que el pecado y la culpa eran también tipos! Ambos tenían el propósito de representar realidades mayores. No eran sólo el cordero y la sangre los que eran típicos. El problema con el que estaban tratando también era típico. Este es el primer error que afecta, como una plaga, a la doctrinas cristiana actualmente.

Las acciones pecaminosas se cometían todos los días y, día tras día, los animales tenían que ser sacrificados para quitar la culpa. Pero, el verdadero problema, el pecado mismo, nunca era quitado. La culpa era sólo cancelada, hasta la próxima vez que se cometía una acción errónea. La idea era que el cuadro entero enseñara la lección de que el hombre está en desarmonía con Dios y necesita un Salvador para restablecerla. La sangre del cordero representaba la vida de Cristo, mediante la que la humanidad es reconciliada con Dios. En el libro de Hebreos, leemos:

*Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados (Heb 10:3 y 4).*

El problema mismo era mucho más profundo que simplemente las acciones de los pecados; por eso, el perdón no podía tratar con él. Sin embargo, en el tipo, el perdón era el centro. Pero el verdadero problema era la naturaleza carnal – el pecado mismo, que es lo que se necesita resolver. Las acciones pecaminosas sólo servían como tipo para representar el verdadero problema. Leemos nuevamente en el libro de Hebreos:

*de otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo” (Heb 9:26).*

*y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre (Heb 10:9 y 10).*

*Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios (Heb 10:12).*

Jesús vino a poner fin al pecado para proveer perdón, no simplemente a desempeñar la misma función que los sacri-

ficios animales. El tipo representa el antitipo, pero en ningún caso es el tipo igual al antitipo, ni lo representa. Siempre hay en el antitipo aspectos y profundidades que no están representados en el tipo, de la misma manera que una muñeca representa a una niña, pero no puede nunca representar la complejidad y la maravilla de una persona viva.

Así, Jesús, el sacrificio perfecto por el pecado, lidió con la raíz del pecado de una vez para siempre. No vino a instituir el mismo sistema que había existido en el tipo del AT de perdonar el pecado una y otra vez. No. Vino a destruir la raíz del pecado, la naturaleza carnal, y a destruirla decididamente, de una vez para siempre. Al llevar a cabo esto, no sólo canceló simplemente la culpa de todos los pecados, sino que reconcilió a la humanidad con Dios. En sí mismo, creó una unión entre la raza humana y Dios, que nunca podrá ser rota por el pecado. La palabra de Dios nos dice:

*Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación (2 Cor 5:18 y 19).*

El pecado jamás podrá volver a ser un problema entre el hombre y Dios. Nuestras acciones pecaminosas no son un problema para Dios porque, como dice el pasaje, Dios no les imputa más a ellos los pecados del mundo. Jesús se encargó de toda la culpa. Pero esto no es todo lo que hizo. De manera más maravillosa, eliminó la fuente misma de aquella culpa recurrente, que es la naturaleza carnal.

*Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne (Rom 8:3).*

El único problema que queda es que el hombre no quiere recibir el don de la vida que es en Cristo Jesús. Los hombres no quieren recibir la vida reconciliada en la que el pecado ha sido abolido. Esta incredulidad es la que mantiene la barrera entre el hombre y Dios, y es por eso que Dios apela a nosotros para que creamos en Jesucristo como

el único criterio para ser libres del pecado y ser uno con Dios.

Para resumir: En el antitipo, el problema no es “los pecados”, sino el pecado mismo, la naturaleza carnal. El problema no es la culpa, sino la separación de Dios. Estos son los verdaderos problemas que fueron sólo ilustrados por las limitadas representaciones del tipo. Actualmente, tratamos con las cosas verdaderas y dejamos atrás el tipo.

### **Mandamientos versus carácter**

La siguiente verdad es la continuación natural de lo que acabamos de examinar. En el Antiguo Testamento, el énfasis era las reglas y, en particular, los Diez Mandamientos. Este era el modelo por el cual se definía el pecado, el medio por el cual una persona era reconocida ya como pecador, ya como persona justa. Quebrantar la ley era pecado, y este pecado hacía culpable al transgresor. Se requería la sangre de un animal para limpiar la culpa.

Pero hemos visto que el problema no era los pecados, no las acciones, sino la naturaleza carnal del hombre. Hemos visto que Jesús no murió simplemente para cancelar la culpa, sino más bien para destruir la naturaleza pecaminosa y restaurar la humanidad a la unión con Dios. ¿Hemos sido también demasiado limitados en la manera en que hemos visto la ley de Dios? ¿Eran los Diez Mandamientos también una representación de algo mayor? ¿Eran también un tipo de una realidad mayor?

Los Diez Mandamientos fueron colocados en el arca en el lugar santísimo del santuario terrenal. Cada una de las cosas que estaban en el santuario y se relacionaban con él era un tipo, una representación de alguna otra realidad mucho mayor.

El primer artículo del mobiliario conectado con el servicio del santuario era el altar de bronce donde los animales eran sacrificados. Este altar representaba el Calvario, el lugar donde Cristo fue crucificado. Nótese que no se parecía en nada al Calvario. Ni siquiera estaba construido en forma de cruz o una colina, pero representaba el Calvario, cuyo significado era la muerte de Cristo.

El siguiente artículo era el lavatorio de bronce, donde los sacerdotes se lavaban. Esto representaba la resurrección de Cristo cuando resucitó de entre los muertos, porque cuando se levanto de la tumba, ya había vencido el pecado

y así en su cuerpo estaba limpio de esa naturaleza pecaminosa.

Después del lavatorio estaba el santuario mismo y su mobiliario. Estos antitipos entraron en juego después de que Cristo ascendió al cielo, y representa su obra en favor de la humanidad desde el cielo.

En el primer compartimiento, la mesa con los panes de la proposición representaba el ministerio de la palabra de Dios. El candelabro de siete brazos representa la obra del Espíritu Santo. El altar del incienso representaba la obra de la oración en la experiencia del pueblo de Dios.

Dentro del segundo compartimiento, el lugar santísimo, había un cofre de oro llamado el arca del pacto. Este cofre estaba cubierto con una plancha de oro llamada el propiciatorio, flotando sobre este propiciatorio había una luz sobrenatural llamada la shekinah. El propiciatorio representaba el trono de Dios y, por supuesto, la luz de la shekinah representaba la presencia misma de Dios. Dentro del arca estaban los diez mandamientos.

Ahora consideremos cuidadosamente esto: Cada uno de los artículos del santuario simbolizaba algo mayor. Nada en sí mismo era la cosa verdadera. Todo era simbólico. ¿Cómo, pues, pueden los diez mandamientos ser la realidad de la ley de Dios? ¿Cómo pueden ser el verdadero fundamento del trono de Dios? En armonía con el resto del santuario, estos mandamientos también deben ser un tipo, una limitada representación de alguna realidad mayor. Este es un punto muy importante, y no puede ser negado, si somos honestos. Es completamente ilógico decir que todo en el santuario era figurado, pero que los Diez Mandamientos eran reales.

Como todo lo demás en el santuario tipo, los Diez Mandamientos decían la verdad, pero sólo de manera limitada. Representaban la verdad de una manera velada, pero era mucho menor que la realidad a la cual apuntaban. Podemos entender que la realidad del antitipo de los Diez Mandamientos es el perfecto carácter de Dios, algo que nunca podría expresarse en diez frases. Dios y sus caminos son algo que excede las diez reglas tan grandemente como una persona viviente excede a una muñeca.

Cuando el Nuevo Testamento nos dice que Dios escribe sus leyes en nuestros corazones y nuestras mentes, millones de cristianos todavía se aferran al concepto erróneo

de que lo que llevamos escrito dentro son los diez mandamientos. La verdad es que lo que tenemos inscrito en nuestros corazones es la naturaleza misma del Dios viviente. Es el carácter de Dios, que nos es impartido por el espíritu santo inmanente, algo mucho más completo, muy superior que sencillamente los diez mandamientos ordenándonos cómo comportarnos. Es algo que llega al corazón mismo de la necesidad del hombre y proporciona un antídoto perfecto para el problema del pecado. Tenía que ser de esta manera porque las leyes sólo pueden exigir buena conducta, pero se requiere una buena naturaleza para producir esa conducta.

### **Juez versus Padre**

El Dios del Antiguo Testamento es duro. A veces, parece ser inmisericorde y prejuiciado racialmente. La Biblia nos dice que ésta no es una imagen exacta de Dios, pero que, si queremos entender perfectamente cómo es Dios realmente, tenemos que mirar hacia la revelación final de sí mismo, es decir, Cristo Jesús.

*Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo (Heb 1:1 y 2).*

Pero todavía queda la pregunta: ¿Qué significa la imagen del Antiguo Testamento? ¿Era falsa? ¿Hemos de creer que las escrituras del Antiguo Testamento no dicen la verdad? No en absoluto, pero, nuevamente, esto se explica entendiendo que todavía estamos tratando con el tipo y el antitipo. El Dios del Antiguo Testamento es verdadero, representado en tipo, por símbolos e ilustración. Las cosas registradas allí realmente ocurrieron, pero la forma en que ocurrieron, no da una idea exacta de cómo es Dios.

Considérese el cordero que era sacrificado. El cordero moría realmente; la sangre era derramada realmente, Dios realmente requería la sangre de un animal, dijo la verdad, pero, ¿era la realidad de la verdad? ¡Por supuesto que no! Decía la verdad en formas e ilustraciones. A menos que las ilustraciones fueran interpretadas y entendidas, uno terminaría con una idea muy distorsionada del plan de salvación. En realidad, muchos malentendieron el propósito y

el significado de estos sacrificios de animales y, a menudo, los que sacrificaban pensaban que la sangre de estos animales realmente causaban placer a Dios y que aplacaba su ira. ¿Y no nos dicen las escrituras del Antiguo Testamento que era así? Muchas veces nos dice que el olor de los sacrificios en llamas era agradable a las narices de Dios y hacía que mostrara favor hacia los hombres. ¡Pero es una necedad pensar que el olor de la carne de animales quemándose produce placer a Dios!

Dios quería que la gente entendiera ciertas lecciones, y cuán importantes eran estas cosas. La verdad es que toda asociación con el pecado destruirá a los que están infectados con él. No importa si la conexión es muy pequeña. Finalmente destruirá a la persona. Esta es la naturaleza del pecado. Dios quería que la humanidad entendiera esta gran lección de la relación entre el pecado y la muerte y la destrucción final. Por lo tanto, Dios estableció un tipo en el cual él mismo se convirtió en agente de consecuencia. Se convirtió en la fuente de la cual surgieron repercusiones cuando los hombres se conectaron con el pecado. ¿Es así como es en la realidad final o del antitipo? No, en la realidad, es el pecado el que destruye a la gente. Todos los hombres sufren las consecuencias de su conexión con el pecado y, en el análisis final, es el pecado el que destruye y, finalmente, Dios mismo tendrá que poner fin al sufrimiento de los pecadores.

Pero, si Dios fuera a esperar que el pecado y la naturaleza tomaran su curso y destruyeran al pecador, las lecciones no serían aprendidas porque, aunque el pecado es un seguro destructor, no es abierto en su destructividad y la vasta mayoría de la gente en la tierra no reconocen el terrible peligro de asociarse con el pecado. Es por esto que Dios estableció este sistema típico en el Antiguo Testamento, en que él mismo se convirtió en el agente de retribución y venganza, el castigador del pecado. Todo contacto con el pecado fue castigado severamente y sin contemplanes. Los que fueron representados como unidos al pecado completamente, fueron masacrados sin misericordia, completamente borrados de la faz de la tierra. Hasta su propio pueblo, los que estaban cerca de él, y sus mejores amigos, no fueron perdonados en este sistema típico. Moisés, uno de sus mejores amigos, tuvo que morir y sufrir esta venganza cuando falló y desobedeció al golpear la roca cuando

Dios le dijo que le hablara.

¿Quería Dios ejecutar a Moisés? ¿Quería castigarlo? Cuando Moisés rogó: “Permíteme ir y ver esta buena tierra de Líbano”, la respuesta de Dios fue “no”. ¿Por qué fue Dios tan duro con él? La respuesta es que era un tipo, y en este tipo, Dios estaba mostrando que el pecado destruirá, no hay manera de escapar de él. Dios no podía perdonar a Moisés sin presentar una imagen distorsionada de la verdad. Pero, ¡recordemos, era un tipo, una ilustración, un libro de lecciones, pero no era la verdad definitiva!

¿Cuál es la verdad definitiva? En el sistema real, ¿qué sucedió verdaderamente? En el sistema real, Dios devolvió la vida a Moisés tan pronto como fue posible y lo llevó al cielo. Dios dio a Moisés algo mucho, mucho mejor de lo que él había anhelado. La gracia y la misericordia fueron derramadas sobre Moisés, pero, como tipo, tuvo que morir, porque la lección debía ser enseñada! Esto explica muchos de los asesinatos que tomaron lugar en el Antiguo Testamento aparentemente sin misericordia: La muerte de Coré, Datán y Abiram con sus hijos pequeños; la muerte de Uza, que tocó el arca tratando de ayudar, y murió instantáneamente; la muerte del profeta desobediente; la matanza de las naciones de Canaán, y muchos, muchos más. Todos ellos eran tipos e ilustraciones, y no representan al Dios de amor y gracia, sino la ley de las consecuencias, las inexorables consecuencias que siguen a la asociación con el pecado.

En Cristo Jesús, vemos la verdadera naturaleza de Dios, no la justicia y la falta de misericordia que requiere la ley de las consecuencias. En el Antiguo Testamento, Dios asumió esta naturaleza porque la lección tenía que ser enseñada, pero no creamos que estas lecciones lo dicen todo. Es sólo en la resurrección que sabremos el verdadero destino de muchos que murieron como tipos, bajo la “justicia” y el “juicio”. En fin de cuentas, en el antitipo, es la gracia y la misericordia lo que triunfará y habrá muchas sorpresas. Esto es a lo que Juan aludía cuando dijo:

*La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo (Jn 1:17).*

## Capítulo 21

## Perdón y Justicia

Casi todas las interpretaciones del plan de salvación ven el problema como una cuestión legal. En realidad, yo nunca he visto ninguna explicación, de por qué Jesús tuvo que morir y por qué los pecadores están condenados a muerte, que no fuese dada en términos legales. La idea básica es ésta:

Dios nos ha sentenciado a muerte. ¿Por qué razón? Hemos pecado, hemos transgredido la ley. Por lo tanto, una sentencia de muerte pende sobre nuestras cabezas. ¿Cómo cancela Dios esa sentencia? ¿Cómo limpia el registro de los pecados de los libros para que pueda declararnos inocentes? El concepto popular dice que, cuando Dios ve la sangre de Cristo, cambia de parecer acerca de nosotros y dice: “Yo perdono”. A causa de la muerte de su hijo, él puede cambiar de parecer.

**¿Qué es perdón?**

El concepto popular ve el perdón como una actitud mental. Si una persona hace algo que perjudica a otra, la perjudicada no debería albergar malos sentimientos hacia la causante del daño. Esto se considera “perdón”. Los seres humanos han atribuido este concepto de perdón a Dios. La idea es que, cuando hacemos algo malo, la actitud de Dios hacia nosotros cambia, está resentido contra nosotros, y dice: “Antes de que yo pueda cambiar de parecer y sea bueno con ustedes otra vez, tengo que tener sangre, y si no es la de ustedes, ¡entonces va a ser la de mi hijo! Cuando esa sangre sea derramada y yo la vea, borraré el registro de los pecados de ustedes en mi mente y en los libros, y pensaré bien de ustedes nuevamente”. Quizás ésta sea una manera cruda de expresarlo, pero a fin de cuentas, así es como la teología popular ve el problema del perdón de Dios.

Hay algo muy erróneo en este concepto. ¿Qué dice la Biblia acerca de Dios? “Dios es amor”, y Dios no cambia. Si Dios cambiara de parecer literalmente acerca de algo, entonces no podría ser verdad que Dios es inmutable. Todos los caminos de Dios son perfectos, son caminos de amor. Por consiguiente, es imposible que Dios cambie

jamás. Cuando tenemos que entender el perdón de Dios en términos de que él cambie, entonces deberíamos darnos cuenta que este concepto del perdón de Dios es falso. Aquí es donde la gente se ha equivocado. No han entendido el concepto bíblico de la palabra perdón. El sacrificio de Cristo no se hizo para que Dios pudiera cambiar de opinión.

### **Por amor a Cristo**

La Biblia dice en el libro de Efesios:

*Y sed amables unos con otros, tiernos de corazón, perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó por causa de Cristo (Ef 4:32, KJV, traducción literal).*

¿Por qué nos ha perdonado Dios? “Por causa de Cristo”. Esta es una enseñanza básica, fundamental, de la Biblia. Dios perdona “por causa de Cristo”. Pero, ¿qué significa esto? ¿Significa que la actitud de Dios cambia a causa de Cristo? ¿Es el perdón realmente un cambio de actitud, o hay algo más en el perdón bíblico? ¿Afecta el perdón a Dios o al hombre? ¿Afecta alguna cosa etérea, intangible, llamada “justicia”, algo sin nombre ni rostro a la cual están sujetos Dios y el hombre? ¿Qué significa realmente el perdón y a quién afecta?

La verdad indiscutible es que Dios siempre nos amó, siempre tuvo sus manos extendidas hacia nosotros. Cuando descubrí este hecho, mi vida cambió. Aprendí a apreciarlo a él, y este aprecio ha aumentado cada día que ha pasado. Dios nunca tuvo ningún pensamiento negativo hacia nosotros y, a medida que construyamos sobre ese principio, descubriremos que la comprensión de Dios y su palabra será más y más clara. Nuestra imagen de él estará más de acuerdo con la verdad de que “Dios es amor”.

Así, pues, el perdón de Dios no es, ni lo será nunca, acerca de que él cambie de opinión acerca de nosotros.

### **El perdón bíblico**

Examinemos un pasaje en Lucas que explica este punto:

*Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y si siete veces al día, volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale (Lc 17:3 y 4).*

En esta afirmación, Jesús estaba tratando de expresar la clase de naturaleza que Dios tiene. Jesús presentó el escenario de una persona que continuamente transgredía la ley contra otra persona – hasta siete veces en un solo día. Su mandamiento para nosotros es que perdonemos a la tal persona. Según este pasaje, ¿cuál es la condición bajo la que hemos de perdonarla? Por supuesto, bajo la condición que se arrepienta. Pero, supongamos que la persona no se arrepiente, ¿hemos de perdonarla? La respuesta popular sería: "Por supuesto que debemos perdonarla".

Pero, consideremos algo por un momento aquí. Si no nos arrepentimos de nuestros pecados, ¿nos perdonará Dios? La respuesta es no. Según la Biblia, Dios no nos perdona si no nos arrepentimos, y Dios no nos pide que hagamos lo que él no hace.

¿Por qué tiene una persona que arrepentirse antes de ser perdonada? La respuesta queda clara cuando entendemos lo que es realmente el perdón bíblico.

Contrariamente a la creencia popular, el perdón bíblico no es un cambio de actitud mental sino una relación restaurada. El perdón no es una transacción unilateral, sino una experiencia en que ambas partes se reconcilian. Una palabra mejor para este concepto bíblico del perdón es en realidad "reconciliación". No es simplemente que Dios cambia de parecer en relación con nosotros, sino que es una experiencia que lleva a una persona de vuelta a la comunión y a la armonía con Dios.

Si fuera simplemente un asunto en que la mente de la parte ofendida necesita cambiar, entonces no habría necesidad de perdón porque Dios, la Persona ofendida, siempre piensa bien de nosotros. Nunca jamás tuvo un solo pensamiento negativo ni siquiera hacia el pecador más vil. Pero Dios dice que el pecador tiene que arrepentirse antes de que sea perdonado. ¿Por qué lo dice? Consideremos el siguiente escenario:

Si un amigo viene a mi casa y me roba mil dólares, la interpretación común del perdón requiere que yo lo perdone. Esto significa que debo traer a la persona de vuelta a mi amistad como si nada hubiera sucedido. De modo que, la próxima que este amigo viene de visita, debo permitirle libre acceso a mi casa. ¡Este vez se apodera de dos mil dólares! Pero sé, supuestamente, que yo debo perdonarlo, así que mantengo una buena actitud hacia él y lo trato

bien, como si no hubiese hecho nada malo, y permito que él ande por la casa nuevamente. No es de sorprenderse que esta vez se lleve diez mil dólares. Si sigo así, pronto no tendré casa, y aunque tengo el Espíritu de Cristo, algo dentro de mí se está alterando más y más. La verdad es que nuestra relación se está deteriorando rápidamente, ¡porque una buena relación debe estar construida en la confianza!

Esta persona necesita por lo menos llegar a un punto en que diga: “Reconozco que hice mal y lo siento”. Si así lo hace, por lo menos hay una premisa para reconstruir nuestra amistad. Puede que me robe nuevamente, pero por lo menos sé, basado en su disculpa, que no es su intención. Si no quiere hacerlo, pero lo hace, y sé que lo lamenta, tengo algo con que trabajar porque la persona quiere mejorar.

El problema es cuando él no quiere reconocer que hay algo malo. Si no se arrepiente, entonces tendré que asegurarme de que no vuelva a cruzar el umbral de mi puerta, ¡hasta que reconozca que ha hecho algo malo!

Así es también en cuanto al sentido bíblico del perdón. Dios no restaura una relación sino hasta que reconocemos que algo está mal con nosotros. Cuando nos arrepentimos y decimos: “Dios, he hecho algo que te ha ofendido. No sé cómo remediarlo, pero siento haberte ofendido”, Dios dice: “Hay base para que seamos amigos otra vez. Nunca esperé que no volvieras a fallar. ¡Eres sólo un pobre ser humano! No puedes hacer nada sin mí, pero si reconoces que necesitas mi ayuda, puedo trabajar contigo”. Por eso dice: “arrepíentete”.

Podemos ver que el arrepentimiento, el perdón y la purificación en realidad no son eventos diferentes. Básicamente, son diferentes aspectos de la misma experiencia. La Biblia enseña en Col. 2:10: “Vosotros estáis completos en él”. Cuando vamos a Dios, en Cristo, somos perdonados, puestos aparte, experimentamos una vida que es completa. El hecho es que el perdón, desde la perspectiva bíblica, es descrito mejor por la palabra “reconciliación”. Es un proceso por el cual la humanidad y Dios se unen nuevamente en una relación en que las sombras y las barreras entre ellos se han eliminado. No es un proceso por el cual el modo de pensar de Dios ha sido ajustado.

## Conceptos limitados

Es verdad que, a veces, cuando leemos la Biblia, ella usa términos que parecen indicar que es la mente de Dios la que necesita cambiar. Pero, ¿es el propósito de Dios que aceptemos estas afirmaciones superficialmente sin considerar la clase de persona que él ha revelado ser? Es importante que consideremos toda la revelación que él nos da de sí mismo en la Biblia, y no sólo limitarnos a algunas secciones de su palabra.

Cuando la gente preguntó: “¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?” La respuesta de Jesús fue “No”. Cuando respondieron señalando que Moisés había permitido darles carta de divorcio y repudiarlas por causas triviales, Jesús dijo: “Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres por la dureza de vuestros corazones”. Pero, ¿había sido Moisés quien había dado la orden autorizando el divorcio? Por supuesto que no, pues esas órdenes eran de Dios. De hecho, había sido Jesús mismo quien había dado aquellas instrucciones a Moisés en el monte Sinaí. Jesús no se estaba retractando de sus propias palabras, ni se estaba contradiciendo. En esencia, estaba diciendo: “Hubo un tiempo en que traté con ustedes de esta manera a causa de su limitado entendimiento. Era un tiempo de razonamiento infantil. Ahora van a entrar en la luz de algo mayor, y es tiempo para una mayor comprensión de Dios y sus propósitos. Dios les está guiando a una mejor comprensión de su verdadera naturaleza, y ustedes no pueden continuar con esos conceptos limitados”.

¡Muchos de nosotros estamos todavía limitados al pensamiento del Antiguo Testamento en demasiadas cosas! Es verdad que, en el Antiguo Testamento, hay un énfasis mayor en el perdón de los pecados que en la remisión de ellos. Sin embargo, una interpretación correcta del evangelio, revelado en la vida y las enseñanzas de Jesús y sus apóstoles, conduce a la conclusión de que el evangelio es acerca de la remisión del pecado, la remisión de la naturaleza del pecado, no simplemente de omitir las acciones pecaminosas individuales, como se subrayaba en el Antiguo Testamento. En el Antiguo Testamento, cuando una persona robaba algo, recibía el perdón por una acción. Traía su cordero y, mediante esta acción, decía: “Siento haber robado”. Mataba el cordero, y su acto individual de pecado era perdonado, pero al mismo tiempo puede haber habido

codicia en su corazón y haber tenido ojos para la esposa de su prójimo. Esos sacrificios nunca quitaban el pecado, sólo expresaban arrepentimiento por acciones individuales.

### **El verdadero problema**

En el Antiguo Testamento, todo acto de transgresión era tratado como pecado individual, pero en el Nuevo Testamento, se revela una mayor comprensión del pecado. Allí vemos que el problema no es lo que hacemos, no es sólo uno u otro pecado. Al tratar de resolver el problema del pecado, no es robar, matar o mentir con lo que hay que contender. Más bien, es la raíz del problema que hay que resolver, sea lo que sea, la causa de estas acciones perjudiciales. Jesús lo dejó bien claro en el siguiente pasaje:

*Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre (Mar 7:20-23).*

Escuché una vez la historia de una mujer que iba a reuniones de oración semana tras semana y constantemente oraba de la misma manera: “Señor, por favor quita estas telarañas de mi corazón”. Al principio, había fuertes amenes de los otros hermanos, pero, al continuar la misma petición semana tras semana, mes tras mes, los amenes se hicieron menos, y más apagados. Finalmente, una noche, cuando era el turno de otro hermano para orar, dijo: “Señor, por favor ¡mata la araña que está fabricando todas estas telarañas en el corazón de nuestra hermana!”.

El problema no son las telarañas, es la araña. El problema no son las acciones engañosas de los hombres, o el resultante sentido de la culpa, sino la naturaleza que produce estas acciones erróneas. Nuestras acciones son sólo el resultado de lo que somos.

Al final del tiempo, habrá un juicio basado en un examen de nuestras acciones, no hay duda de eso. Pero no es porque las acciones sean realmente el problema, sino porque esas acciones revelan la verdad de la naturaleza de la persona. Esas acciones demuestran que una persona

posee bien la naturaleza carnal del pecador perdido o bien la naturaleza de Cristo, la herencia del cristiano nacido de nuevo. Por consiguiente, nuestras acciones serán examinadas, pero no van a contribuir a nuestra salvación o perdición. El factor decisivo será nuestra relación con Cristo, si tenemos la naturaleza carnal o la espiritual.

En el Antiguo Testamento, Dios presentó su verdad en ilustraciones fuertemente veladas. Dios estaba enseñando a la gente que el pecado es lo que produce la muerte. ¡Todo pecado está acompañado por la correspondiente muerte de un animal! Pero, como la Biblia nos dice, la sangre de toros y machos cabríos no puede nunca quitar el pecado. El perdón nunca resolvió realmente el problema, en realidad nunca lidió con el asunto, sólo expresó la realidad de que había un problema mayor. Es en el Nuevo Testamento donde nos enfrentamos con el verdadero problema. Dios no está tratando de anular acciones, sino de deshacerse de la raíz, la enfermedad interior.

### **Por qué tuvo que morir Jesús**

Fue por eso que Jesús tuvo que morir, tomando sobre sí nuestra humanidad con sus debilidades. Por eso tuvo que traer la divinidad, y unirla con la humanidad, para que la naturaleza divina pudiera derrotar el principio del pecado y darle muerte en la naturaleza humana, de este modo produciendo una nueva vida humana donde el pecado ha sido derrotado.

Ahora dice: “Tengo esta vida. ¿La quieres?” Es nuestra si elegimos creer, para unirnos a él por fe. Vino a hacer por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer. La Biblia nos dice en Romanos:

*Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Rom 8:3).*

No es de asombrarse que el apóstol Pablo exclamara: “¡Gracias sean dadas a Dios por su don inefable!” (2 Cor 9:15, BJ, 1976). Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo (1 Jn 5:11); es un don de Dios, una vida que

es divina y también humana, que ha venido del nuevo padre de la raza humana redimida, que ha conquistado en nuestro nombre y nos da su vida victoriosa, gratuitamente, como un regalo.

¿Podemos, intentándolo, cambiar el color de la piel etíope o quitar las manchas del leopardo? Sólo Dios puede hacer este milagro. Ningún ser humano puede lograrlo. Dios no podría haber dejado la salvación en nuestras manos. Nunca habríamos podido hacerlo, pero damos gracias a Dios por el don de su hijo.

Todos nosotros fuimos maldecidos por Adán. Lo que hizo nos colocó a todos bajo maldición, pero Dios dice: “No he enviado a mi Hijo al mundo para condenar al mundo, sino a salvar al mundo. Voy a hacer por ustedes lo que ustedes no pueden hacer, y si quieren creer, eso es todo lo que les pido”. Lo maravilloso es que hasta el más miserable de nosotros puede creer. Tenemos esa capacidad. Podemos leer la palabra de Dios y creer en ella, y él dice: Si crees lo que he hecho por tí en mi hijo, y aceptas mi gracia y mi don, tendrás salvación”.

Cuando vemos las cosas desde la perspectiva de la ley y del Antiguo Testamento, hallamos que nuestra comprensión del plan de salvación está basado en cuestiones legales. La ley no puede condenar a una persona por ser carnal, pero sí puede condenarla por cometer actos de pecado. La ley no nos pregunta qué somos o qué ocurre en nuestros corazones. Pregunta: “¿Qué has hecho?”, y condena las acciones individuales. Por lo tanto, la ley nos tiene siempre midiéndonos desde la perspectiva de nuestras acciones, no desde nuestra naturaleza. Cuando nos relacionamos con Dios apoyándonos en la ley, dejamos de tratar el verdadero problema. Tenemos que permanecer en el nivel legal. Todo acerca de nuestra estructura cristiana tiene que estar construido sobre la idea de que es un problema legal. Inevitablemente construimos nuestras ideas sobre ese fundamento.

### **Un milagro de Dios**

Tenemos que ver que no es acerca de una respuesta a la ley. No se trata de que Dios cambia nuestra naturaleza, un milagro que sólo Dios puede llevar a cabo. Cuando yo comencé a enfocarme en el mensaje de la justificación por la fe, alguien comentó: “¿Sabes de qué me doy cuenta? De

que muchos cristianos niegan el nuevo nacimiento. En lo que creen es la salvación por la educación”. Mientras más me familiarizo con los argumentos, más cuenta me doy de que es verdad. La gente enseña que si uno es educado correctamente desde la niñez, crecerá en justicia. Pero, ¿por qué dice Jesús: “A menos que un hombre nazca otra vez, no puede ver el reino de Dios”? La palabra de Dios dice que tenemos que nacer de nuevo porque la manera en que nacemos la primera vez nos pone en enemistad con Dios. La mente carnal no está sujeta a la voluntad de Dios, ni tampoco puede.

La vida cristiana es un milagro. Es un acto de Dios, y sólo puede convertirse en realidad por la morada sobrenatural de su Espíritu Santo. Tenemos que entender que debemos entrar en contacto con las cosas sobrenaturales. El cristianismo no es sólo otra religión en que sus defensores tantean los alrededores, tratando de alcanzar la excelencia moral estudiando cierta filosofía. No es cuestión de que el cristianismo enseñe una moral más noble que otras religiones. El Dios del cristianismo es un Dios de milagros, y lleva a cabo uno de los más grandes milagros al transformar un pecador carnal en un santo espiritual.

Adán trajo el pecado, pero Cristo trajo justicia. El problema está resuelto. Había muerte, pero Cristo trajo la vida. Había condenación, pero él trajo la justificación por la fe.

### **¿Por qué la ley?**

La pregunta es: ¿Por qué, pues, la ley? ¿Qué papel desempeña la ley, puesto que la muerte y la condenación han sido resueltas por Cristo solamente? Romanos dice:

*Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas, cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia (Rom 5:20).*

En otras palabras, el hombre fue condenado por el pecado de Adán. La ofensa de Adán nos puso a todos bajo condenación. Todos sentimos las consecuencias del “pecado”. Pero la ley entró en escena para hacer esa condenación aun mayor. El pecado de Adán resultó en la condenación de todos los hombres. Todos los hombres se volvieron carnales y capaces de ejecutar sólo acciones carnales. Pero la mayoría de la gente no entiende esto. Dios introdujo la ley en escena para mostrarnos lo que debería ser nuestra

conducta, y para que la ley nos dijera “debes obedecer”, y uno dice: “lo haré, lo haré”, pero no obedece, y descubre algo erróneo en él. “No puedo, no puedo”, y la ley se convierte en nuestro ayo para llevarnos a Cristo.

Que Dios nos ayude a todos a llegar al punto donde reconozcamos que, cuando la ley dice: “tienes que, tienes que”, nuestra respuesta debe ser volvernos a Cristo. No debemos detenernos en la ley, de lo contrario, será el fin del camino para nosotros. No obtendremos sino desastre, frustración, vacío, y eventualmente, la muerte. El propósito de la ley es señalarnos a Cristo. Por eso entró en escena, para que pudiéramos ser justificados por fe. Así, la ley tenía un propósito legítimo. Tiene un buen lugar en el plan de Dios, pero ese lugar no es salvarnos, sino llevarnos a Cristo, para hacernos entender nuestra incapacidad; para ayudarnos a reconocer que no somos nada, para que podamos volvernos a Cristo.

## **Justicia**

Si continuamos nuestro razonamiento sobre la premisa de las ideas limitadas del Antiguo Testamento, llegamos a esta pregunta: “¿Qué es lo opuesto del perdón?” Si un hombre no es perdonado, según el pensamiento restringido con que manejamos la justicia y los problemas legales, ¿cuáles son las consecuencias? La justicia exige la condenación de la persona. Si la persona no es perdonada, entonces la justicia debe tomar su debido curso. Los seres humanos funcionan al nivel de la justicia, porque nadie puede cambiar el corazón humano. Así que tenemos que funcionar sobre el fundamento de la justicia. No tenemos ningún problema con los sistemas legales porque la Biblia dice que Dios los puso en su lugar para terror de los malhechores. Donde la gente no tiene inclinaciones naturales a hacer lo bueno, hay que tener reglas para disciplinarla y preservar el orden.

La ley fue puesta allí para la persona que es naturalmente opuesta a ella – la ley no fue hecha para la persona justa (1 Tim 1:9), pero si tratamos con las ideas establecidas del sistema legal, reconoceríamos que lo opuesto del perdón es justicia y condenación. Los sistemas de este mundo funcionan a este nivel judicial.

Supongamos que un hombre mató a alguien hace cuarenta años. Luego, diez años más tarde, se convirtió en

cristiano, dio vuelta a su vida, y se convirtió en un ciudadano modelo. Todos los pensamientos de asesinato desaparecieron de su mente. Cuarenta años más tarde, la policía descubre que había cometido este asesinato hace mucho tiempo. ¿Qué le sucederá a este hombre? Será condenado y posiblemente ejecutado. Lo que es ahora no importa. Es la acción cometida hace cuarenta años lo que se considera, La ley debe ser satisfecha. Así es como funciona la justicia.

Cuando la gente entiende las cosas sólo a nivel judicial, naturalmente comienza a atribuir a Dios actitudes y motivos según su propia y limitada comprensión. De esta clase de conceptos equivocados han surgido doctrinas como “el infierno que arde eternamente”. Los que enseñan esta horrible doctrina dicen que el juicio de Dios es de tal naturaleza que, si uno chasquea los dedos en el momento equivocado y no dice: “Lo siento”, Dios lo asará en un fuego eterno por toda la eternidad. Dicen que “la justicia lo exige”. Qué tirana sería esta cosa llamada “justicia”, de modo que hasta Dios debe sujetarse a ella, y hacer cosas tan contrarias a su naturaleza de amor y misericordia. Allí es donde terminamos cuando consideramos la gran controversia y el plan de salvación como un problema legal.

En el Antiguo Testamento, el problema era las acciones pecaminosas y los castigos. Esto no se puede negar. La ley entró en el monte Sinaí, y donde entra la ley, debe haber castigos. De manera que, cuando Dios introdujo el sistema de leyes, también introdujo las penalidades y los sistemas judiciales. Pero también hay un nivel superior en que Dios opera sobre la base de la acción y las consecuencias.

Adán trajo la muerte y la corrupción a la familia humana. La consecuencia real del pecado es la separación de Dios, lo cual conduce finalmente a la muerte. Por lo tanto, el pecado nos mata, no porque Dios elige separarse de nosotros, hacernos daño, o herirnos, sino porque el pecado erige una barrera entre nosotros y Dios, lo que resulta finalmente en nuestra muerte.

Si miramos la gente de la Biblia que nunca murió, como Enoc y Elías, veremos que eran personas en quienes Dios había abolido el pecado. Moisés casi fue parte de ese número, casi no ve la muerte, pero, al fin, la autovoluntad (el pecado) le ganó, y Dios no pudo permitirle entrar en la tierra prometida. Dios tuvo que enseñarle la lección de que el pecado, aun en el grado más ínfimo, nos destruirá. Por lo

tanto, Moisés tuvo que morir, la lección tenía que ser enseñada.

Cuando pensamos en la justicia, ¿qué conceptos asociamos a menudo con esta palabra?

1. Castigo: Asociamos esto con justicia. ¿Y qué es castigo? Es el sufrimiento impuesto a una persona por haber hecho lo malo.
2. Retribución: También asociamos la justicia con la retribución, que es el sufrimiento en proporción con la transgresión.
3. Venganza: También hay la venganza. Es hacerle daño a una persona para satisfacer los propios sentimientos por haber resultado perjudicado.

Todas estas actitudes se las hemos atribuido a Dios porque hemos tratado con él a un nivel judicial. La gente atribuye estas cosas a Dios, y terminan temerosos de él, ansiosos de complacerle para que el castigo no caiga sobre ellos, o para que su venganza no los alcance. Creen que él quiere causarles sufrimiento a causa de sus errores. Creen que él quiere que sufran en proporción con los pecados que han cometido. Piensan que quiere hacerles daño para satisfacerse por el daño que le han causado. No comprenden que, todo el tiempo, el corazón de Dios está herido y sangra al extender las manos y decir rogando: “Vengan a mí para que yo pueda darles vida. ¿No comprenden que los amo y que todo lo que quiero es que terminen sus sufrimientos y los míos?”

### **Una verdadera imagen de Dios**

En el Nuevo Testamento, vemos a Jesús trabajando arduamente para dar a la humanidad una correcta comprensión de Dios y permitirnos captar estas verdades:

*Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios (Jn 3:17 y 18).*

El que no cree ya ha sido condenado, pero no por Dios. Dios nunca condenó a nadie. Su propia resistencia a Dios, su incredulidad, lo condena a muerte. Lo condena a una vida de separación de Dios y de miseria, no porque Dios quiere que sea así, sino porque Dios no puede salvar a los

que rehusan venir a él.

En el libro de Lucas leemos:

*Fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén. Viendo esto sus discípulos, Jacobo y Juan dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces, volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois (Lc 9:52-55).*

¿Quién fue el que envió fuego del cielo en el tiempo de Elías? Fue Dios. Ahora los discípulos vinieron, y querían hacer lo mismo porque estos samaritanos también estaban rechazando al Hijo de Dios. Creían que tenían tanta justificación como la había tenido Elías, pero Jesús los reprochó severamente, diciendo: “ustedes no saben qué espíritu poseen”.

Pero, si era correcto en el tiempo de Elías, ¿por qué era erróneo en el tiempo de los discípulos? ¿Cambia Dios? No. Él no cambia. En el Antiguo Testamento, Dios tuvo que enseñar algunas lecciones gráficamente, por eso hizo ciertas cosas que no siempre eran fáciles de entender. Tenía que operar en armonía con el sistema de leyes que había establecido. Las leyes requieren castigos, y éstas deben ser aplicadas. De lo contrario, el sistema legal no significaría nada en absoluto. Es por eso que Moisés tuvo que morir cuando quebrantó la ley en el último momento antes de entrar en la tierra prometida. Sin embargo, debemos recordar siempre que, aunque Moisés murió sin ver la tierra prometida bajo el sistema de la ley, bajo el sistema de la gracia ya ha recibido su recompensa en el cielo.

Dios tuvo que tratar con la gente de esa manera bajo el pacto antiguo porque eran primitivos en su comprensión y su religión, y había que tratar con ellos según el sistema primitivo. Pero Jesús vino a introducir la era del reino. Trajo mayor madurez y comprensión de la naturaleza, el carácter y los caminos de Dios, y Jesús tenía que permitir que sus discípulos vieran las cosas tal como eran realmente. Básicamente, les estaba diciendo: “Ustedes no entienden lo que ocurría en el Antiguo Testamento. Ustedes creían que esa era la actitud y la mente de Dios, pero no es así como Dios piensa acerca de la gente. Aunque yo lo hice en el Antiguo

Testamento, me dolió mucho hacerlo, pero ahora el tiempo ha pasado y ya no uso esos métodos para enseñarles. Ahora es el tiempo de la realidad y de entender cómo es Dios realmente”.

Aprendamos la diferencia entre el símbolo y la realidad. Si no entendemos lo que ocurría allá bajo el pacto antiguo, nos confundiremos mucho y terminaremos tratando con una especie de Dios mosaico que a veces es amable pero a veces es muy áspero y despiadado.

Nuestro Dios no es así. Es verdad que Dios mataba gente en los tiempos del Antiguo Testamento. Es verdad que ordenó la muerte de muchos millares de personas. Estas cosas no se pueden negar honestamente por ningún estudiante de la Biblia. Sin embargo, cuando nos damos cuenta de que el sistema entero del pacto antiguo era representativo, que era un tipo y una herramienta de enseñanza, reconocemos que la conducta del Dios del Antiguo Testamento no representa la manera en que él es realmente en términos de su carácter, y que muchas de las acciones que él ordenó en el Antiguo Testamento no son necesariamente acciones eternas.

Por ejemplo, cuando le dio muerte a Moisés en el monte Horeb, ésta era una ilustración del peligro del pecado, pero no era la realidad del destino de Moisés. Dios mismo resucitó a Moisés y le dio vida eterna. La realidad de Moisés es la vida eterna, por medio de la gracia de Dios, no la muerte eterna como sugiere su muerte en Horeb a causa de su transgresión de la ley. La muerte en Horeb era ilustrativa, no la realidad. Sin duda, hubo muchos, pero muchos casos como ése en esa época y bajo ese sistema. Por eso, cuando consideramos el destino final de la gente, debemos ver el asunto desde la perspectiva del amor y la gracia de Dios, no desde la perspectiva del sistema de la ley, o de las acciones de Dios en el Antiguo Testamento.

*Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios (Rom 8:15 y 16).*

*Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y*

---

*a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel (Heb 12:18-24).*

¿Tenemos la certeza de que él es nuestro Padre? ¿Podemos hablarle libre y abiertamente, sin reservas, conociendo el insondable amor del Ser Todopoderoso que condesciende a ser nuestro Amigo? ¿Lo conocemos?

Que el espíritu de temor no habite en nuestros corazones. Que no haya ninguna reserva entre nuestro Dios maravilloso y nosotros. Debemos amarlo, adherirnos a él, y creer en sus promesas. Tiene cosas gloriosas guardadas para nosotros.

## El lugar de la fe

## Capítulo 22

## La justificación por la Fe

Una de las definiciones más sugerentes de fe se halla en el libro de Hebreos 11:1 Pablo comienza este gran capítulo diciendo:

*Es pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (Heb 11:1).*

No muchas personas describirían o definirían la fe de esta manera. Probablemente, la definición popular sería algo así como: “Fe es creer en algo con todo el corazón aunque uno no lo vea”. Por supuesto, hay mérito en esa definición, y por eso la definición de Pablo es tan fascinante. ¿Por qué escogió esta definición, que evidentemente fue pensada tan cuidadosamente y redactada tan precisamente? El hecho mismo de que sea tan heterodoxa nos obliga a tomar nota.

Recientemente, me hice una pregunta que me ayudó a enfrentarme a la definición de Pablo acerca de la fe y a captar el verdadero impacto de este versículo. La pregunta era: “¿Cómo sabemos que estamos en Cristo y que hemos recibido el Espíritu Santo?” Quiero decir, no ha habido lenguas de fuego como en Pentecostés, no hemos escuchado hablar en otras lenguas, no ha habido muchos sanamientos de enfermos ni resurrección de muertos. ¿Cómo sabemos? ¿Qué evidencia hay de que estamos en Cristo y que hemos recibido su vida? Esta pregunta no era mía originalmente. Como he hablado del tema de qué significa estar en Cristo y me he regocijado en la verdad de la completa salvación en Cristo, más de una persona me ha preguntado: “¿Dónde está la evidencia?” Así, pues, tuve que enfrentarme a la pregunta: ¿Cuál es la prueba? ¿Dónde está ciertamente la evidencia?

**La fe es la evidencia**

La excepcional definición de Pablo parece hecha a la medida precisamente para esa pregunta. “La fe”, dice, “es la evidencia ...”. Pero, ¿qué quiere decir con esto? ¿Tiene sentido? Cuando hablamos de evidencia, queremos decir realidades demostrables y tangibles, hechos mensurables

que pueden mostrarse para que todos los examinen. En agudo contraste, Pablo habla de “lo que no se ve”. La fe es la evidencia de lo que no se ve. Aquí tenemos una contradicción. En el mundo material actual de estadísticas, información, hechos y cifras, nos hallamos perplejos por la afirmación de Pablo. Pero él no está hablando figurada o simbólicamente. Lo que está diciendo es que la verdadera evidencia de las realidades espirituales (incluyendo el nuevo nacimiento) no es lo que vemos, sentimos o podemos medir. No es lo que otros pueden evaluar o examinar. La verdadera prueba, la substancia, la evidencia es la fe misma.

En esta definición de fe, ¿está Pablo hablando de la fe personal de un individuo? ¿Abarca esta definición la pregunta que yo me hice: Cómo podemos saber realmente que uno está en Cristo? Yo creo que la definición de fe de Pablo cubre esta pregunta. Una persona no necesita buscar ninguna otra evidencia del cumplimiento de la palabra de Dios, aparte del hecho de que cree en ella. Toda la evidencia de lo contrario en el mundo entero no podrá derribar la fidelidad de la palabra de Dios. Puede que nuestros ojos y nuestros sentimientos nos digan lo contrario, pero independientemente de todo eso, la palabra de Dios es la verdad. Es la afirmación de cómo son realmente las cosas. Cuando creemos, ¿entonces esa es la evidencia? La fe es su propia evidencia. Cuando un hombre cree, entonces sabe que es así, y ninguna evidencia en el mundo puede ser más fuerte que ésa, ni puede derribar esa prueba. De manera que, una persona se regocijará con todo su corazón en lo que cree, aunque toda la evidencia en el mundo parezca contradecir lo que la fe demuestra que es verdad.

En la primera epístola de Juan, observamos:

*Todo aquél que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar porque es nacido de Dios ( 1 Jn 3:9).*

¿Qué debería hacer un cristiano cuando lee esta versículo? Bien, puede decir: “Puesto que esto es así, entonces debo procurar no pecar”, y se dispone a tratar con todas sus fuerzas de no pecar. ¿Cree este hombre en la palabra de Dios? Otro hombre puede leer el mismo versículo y decir: “Puesto que esto es así, el pecado ya no es mi problema”. Está lleno de gozo al darse cuenta de que, en Cristo, ha sido

liberado del pecado y se regocija por ello. ¿Cuál de estas dos respuestas es la de fe? ¿Cuál hombre cree realmente en la palabra de Dios?

La fe es la evidencia, la fe misma es la prueba. El hecho de que uno cree verdaderamente en la palabra de Dios es todo lo que se necesita. Requerir evidencia adicional es demostrar que no se cree realmente, y es la garantía más segura de que no se tiene la bendición prometida.

### **Un don recibido por fe**

Por consiguiente, a la luz de esto, ¿cuál es el verdadero significado de la frase “justificación por la fe”? He aquí cómo describe Pablo esta bendición:

*la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia (Rom 3:22).*

La palabra de Dios nos dice que esta justicia viene sobre todos los que simplemente creen, y que es por la fe de Cristo Jesús. Este versículo es muy claro y, de hecho, el pasaje entero del que fue tomado es igualmente claro. Cuando una persona cree en Cristo Jesús, cuando cree en el don de Dios, en ese momento recibe ese don. La justicia es pura y enteramente el don de Dios concedido a todos los que creen. Pablo dice esto tan claramente como lo pueden expresar las palabras (Rom 4:4 y 5).

La verdadera pregunta es: ¿Cuánto tiempo se necesita para recibir este don de justicia? Esta es la pregunta espinosa que a menudo causa mucho debate y diferencias de opinión:

- a. ¿Es este don de la justicia impartido instantáneamente a una persona en el momento en que cree, de modo que es transformada instantáneamente de pecador en santo? ¿Es hecha una nueva creación inmediatamente? ¿Han pasado ciertamente las cosas viejas y han sido hechas nuevas?
- b. ¿O es que, cuando cree, Dios inicia su obra de hacerlo justo, de modo que, mientras tanto, es sólo parcialmente justo, en parte pecador y en parte santo?
- c. ¿Es instantáneamente considerado por Dios como justo, mientras que de hecho, no es realmente justo? (Esto indicaría que Dios acepta lo que no es realmente verdadero).

Si la justicia es por fe, y sola y puramente por fe, y si es completa y enteramente un don de Dios, entonces la pregunta es: ¿Por qué no concede Dios este don inmediatamente a una persona en el momento en que cree? Sólo podría ser o que Dios no puede, o no está dispuesto a concederlo inmediatamente. Ninguna de estas sugerencias tiene ningún sentido. Si la justicia es cien por ciento un don de Dios, entonces parece razonable, lógico y bíblico aceptar que Dios sí concede este don a una persona enteramente en el momento en que cree.

### ¿Justicia instantánea?

Pero examinemos otra objeción. ¿Es posible que la justicia sea colocada sobre una persona instantáneamente de manera que cambie súbitamente de mala a buena? ¿Puede el carácter de una persona ser transformado en un momento de modo que los hábitos de toda una vida sean borrados y nuevas actitudes sean implantadas inmediatamente? No debemos responder a esta pregunta basándonos en nuestra propia experiencia, sino basándonos en la palabra de Dios. Esta palabra es muy clara y no deja lugar para malentendidos.

*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas (2 Cor 5:17).*

En muchos lugares en que la Biblia habla de la vida justa del cristiano nacido de nuevo, de la vida de victoria sobre el pecado, no presenta esta vida victoriosa como el resultado de duras luchas con el pecado ni como resultado de un proceso de desarrollo de la justicia. No. La vida justa es presentada como el fruto de un solo evento decisivo y revolucionario en la vida del creyente, el resultado de una sola acción en un punto específico del tiempo. Examinemos algunos ejemplos de esto.

*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su*

*resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo de pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado (Rom 6:3-7).*

Observemos que nuestra libertad del pecado se obtiene por una cosa. Es decir, el hecho de que morimos con Cristo. Nuestro viejo hombre fue crucificado con él, el cuerpo de pecado ha sido destruido. ¿Entonces, cómo es posible que el pecado siga viviendo en nosotros? La conclusión lógica es que el que está muerto ha sido liberado del pecado. La cuestión es: ¿Lo creemos? En este pasaje, no somos liberados mediante el duro trabajo ni mediante un proceso de desarrollo del carácter, sino simplemente por un acto de muerte experimentado por fe.

*En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo (Col 2:11).*

Aquí vemos nuevamente que los pecados de la carne son “echados” de nosotros por una sola acción. Es por la circuncisión que recibimos en Cristo. Esta circuncisión consiste de echar, deshacerse, del cuerpo de pecado (la mente carnal). Cuando entramos en Cristo, la experiencia no sólo nos dio la plenitud de la deidad, sino que nos liberó de la plenitud de la humanidad carnal.

El simbolismo de la circuncisión es gráfico. En la circuncisión, lo que era la causa potencial de impureza y enfermedad, era cortado y echado fuera para siempre. Lo mismo ocurre en esta circuncisión espiritual llevada a cabo en Cristo. La mente carnal, el viejo hombre, el cuerpo de pecado, es quitado en Cristo. Cortado y hechado a un lado, de modo que lo que causa la impureza y la enfermedad espiritual es eliminado.

*Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permenece en él, y no puede pecar, porque es nacido de Dios (1 Jn 3:9).*

Nuevamente notamos el extremismo de la palabra de Dios. Hay poco espacio aquí para un malentendido. No sólo es difícil que una persona en Cristo peque, sino que es

imposible. Mientras su simiente (la simiente de Dios, la vida de Dios) permanezca en él, no puede pecar. ¿Qué es lo que le da esta vida que el pecado no puede tocar? ¿Es el trabajo duro? ¿El esfuerzo diligente? ¿El mucho luchar? ¿Un intenso proceso del desarrollo del carácter, que finalmente le lleva a un punto en que no puede pecar? Absolutamente no. Es el simple hecho de que es nacido de Dios y que la simiente de Dios está en él. Esto y solamente esto es lo que destruye el poder del pecado en él, y produce la vida justa y el carácter de Dios. Nuevamente vemos que esto no es algo que requiere luchas intensas y angustiosas, sino simplemente la fe que cree y acepta la palabra de Dios, y por medio de la cual recibimos el don del nuevo nacimiento, la nueva existencia en Cristo.

### **El lugar del esfuerzo humano**

¿Entonces, cómo podemos reconciliar esto con el hecho innegable de que hay esfuerzos, contiendas y luchas asociados con la vida del cristiano? ¿Cuál es el lugar de estos esfuerzos si es la fe sola la que puede asirse de estos dones de Dios? ¿Por qué necesitamos luchar si la justicia es enteramente el don y la obra de Dios? Respondamos esta pregunta examinando un incidente en la vida de Cristo.

Cuando descendió del monte de la transfiguración con Pedro, Santiago y Juan, Jesús se enfrentó a una situación que habría puesto su causa en aprietos si él no hubiese aparecido en escena en ese momento. Un hombre había traído su hijo demente a los discípulos con la solicitud de que fuera librado de su posesión demoníaca, pero todos los intentos de ellos para echar fuera al demonio habían fallado. Sólo podemos imaginarnos que grandes deben haber sido sus esfuerzos. Posiblemente, reprendieron al demonio con severas órdenes, elevaron las manos al cielo, invocaron a Dios y quizás hasta se apartaron a un lado para orar, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. El demonio se burló de todos sus intentos por echarlo fuera y sólo mostró su poder con mayor ferocidad cuando le ordenaron que se fuera.

La frustración de Jesús con sus discípulos quedó expresada en sus descorazonadas palabras:

*¡Oh, generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá (Mat 17:17).*

Inmediatamente reprendió al demonio, que rápidamente se fue. Los desconcertados discípulos le preguntaron tímidamente: “¿Por qué no pudimos nosotros echarlo fuera?” Nótese la respuesta de Jesús:

*Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; nada os será imposible. (Mat 17:20 y 21).*

Ahora bien, veamos lo que Jesús dijo. Examinemos las razones que dio para el fracaso de los discípulos. Primero, les dice: “Por vuestra poca fe”, y esto es fácil para que nosotros lo entendamos, porque concuerda con sus primeras palabras para ellos: “¡Oh, generación incrédula y perversa!” Obviamente, el problema de ellos era la falta de fe. La fe es lo que agrada a Dios. La fe mueve montañas; nada es imposible para los que creen realmente.

Pero luego Jesús continúa diciendo algo que, a primera vista, parece contradecir todo lo que había dicho antes: “Este género no sale sino con oración y ayuno”. ¿Qué está subrayando aquí? ¿Cuál era realmente el problema con los discípulos? ¿Era falta de fe o falta de ayuno y oración? Jesús los reprendió por su falta de fe y luego dijo que esa clase de demonio sólo podía ser expulsado mediante el ayuno y la oración. ¿Se contradice? Por supuesto que no.

### **La fe requiere obras**

El hecho es que no hay nada, absolutamente nada, que Dios requiera de un alma rendida excepto la fe. Sólo la fe agrada a Dios. Fe es la mano que se aferra del poder de Dios y echa fuera demonios. El ayuno y la oración no echan fuera demonios. Entonces, ¿Cuál es el propósito del ayuno y la oración? Cuando examinamos cuidadosamente estas afirmaciones de Jesús, caemos en cuenta de que, aunque el ayuno y la oración no pueden mover la mano de Dios, ¡es un medio para fortalecer la fe! Es un medio para producir lo único que puede agradar a Dios y por el cual podemos recibir sus bendiciones.

Por lo tanto, aunque sólo la fe agrada a Dios, hay que hacer esfuerzos para mantener la fe. Nuestro enfoque no siempre es perfecto. Viviendo en la carne caída y debilitada, con facultades deterioradas, en circunstancias pecaminosas, la lucha para mantener el enfoque de la fe es una lucha

feroz. Sólo la fe agrada a Dios, pero mantener esa fe requiere esfuerzo diligente. El frustrado caminar de Pedro sobre el agua ilustra esa lección gráficamente. Por lo tanto, Pablo nos amonesta: "Pelea la buena batalla de la fe" (1 Tim 6:12). Ayuno y oración son algunas de las cosas que nos ayudan a alejar nuestra atención de las trivialidades de la tierra y volvernos hacia las cosas reales y eternas. Hay otras cosas que son igualmente útiles. Hay la comunidad cristiana, el estudio de la Biblia, etc. Ninguna de estas cosas tiene mérito salvador en sí misma, ninguna de ellas obtiene el favor de Dios. La fe es lo que agrada a Dios, y es lo único que puede obtener sus bendiciones, pero estas otras cosas son útiles porque nos ayudan a obtener la única cosa necesaria, es decir, la fe.

Por lo tanto, es aquí donde entra nuestra participación. La lucha contra el pecado no es nuestra. Es un conflicto que ya ha sido librado y ganado. La vida de victoria es un don, concedido a todos los que creen. Nuestro desafío es creer. Esta es nuestra lucha. Aquí es donde entran el ayuno y la oración. Son ayudas en nuestra búsqueda para creer.

Quizás siempre hemos ayunado y orado. Siempre hemos leído nuestra Biblia, asistido a los servicios de culto, y trabajado diligentemente testificando a otros. Así lo hacían los judíos que crucificaron a Jesús. Es posible hacer todas las cosas correctas por todas las razones incorrectas. En sus ejercicios religiosos, trataron de comprar el don de Dios con sus servicios fervorosos y sus diligentes esfuerzos. No les sirvieron de nada. Debido a que sus conceptos eran erróneos, lo que debió haber sido el medio para establecer su fe se convirtió en el medio de estorbarla. Estaban tan absortos en, y dependían tanto de sus ritos y ceremonias que no pudieron ver más allá de las formas hacia la realidad, y de esa manera resultó imposible obtener la verdadera justicia, que es enteramente un don de Dios, recibida solo por fe.

En la actualidad, necesitamos ser cuidadosos para no repetir el error de los judíos. Nunca hubo, y nunca habrá, un momento en que podamos contribuir en algo a nuestra salvación. La justificación es un don de Dios; la santificación es un don de Dios, la glorificación es un don de Dios (Rom 8:30; 1 Cor 6:11). No puede ser un don si tenemos que trabajar, o hacer una contribución para obtenerlo (Rom 4:4 y 5). Todo lo que Dios requiere es que aceptemos el don

por fe.

Reconozcamos que nuestro problema todo el tiempo no ha sido falta de obras, ni disciplina, ni lucha, ni esfuerzo. ¡Cómo hemos laborado y luchado! No nos ha llevado ni un paso más cerca de la perfección ni del cielo. Es “justificación por la fe”. Por consiguiente, procuremos entrar en el reposo de Dios por fe (Heb 4:11) y reposemos de nuestras propias obras, como Dios reposó de las suyas (Heb 4:10).

## El arte de caminar sobre el agua

Uno de los incidentes más singulares que ocurrieron en la experiencia de los discípulos de Jesús tuvo lugar una oscura noche en el mar de Galilea. Mientras permanecían sentados en el bote, expuestos e indefensos, contemplaron, a través de la bruma, una figura misteriosa que se les acercaba, aparentemente caminando sobre la superficie del agua. Sus aterrorizados gritos trajeron la certeza de que la extraña figura no era otra que la de Jesús, y el temor de ellos fue reemplazado por un sentimiento de admiración.

No es fácil describir lo que sucedió después. Es difícil seguir el proceso de la mente de Simón Pedro. No puedo ponerme en sus zapatos y verme a mí mismo haciendo la misma clase de solicitud que él hizo. Pero el registro es claro. Después de oír decir que era Jesús, instantáneamente dijo en voz alta: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas” (Mat 14:28).

Pedro no hizo esta solicitud para que su fe se fortaleciera, La redacción de su solicitud parece indicar que dijo: “No estoy seguro de que eres tú, pero si eres tú, entonces dime que vaya a ti y yo iré”. Si Pedro no hubiese estado seguro de la identidad de la figura en el agua, ¿se habría atrevido a aventurarse fuera del bote? No lo creo. Sabía que era Jesús, y fue por eso que hizo la solicitud. Lo que es más difícil de entender es: ¿Cuál era el motivo de su petición? ¿Era simplemente que deseaba experimentar la emoción de andar sobre el agua? ¿Pensaba qué gran relato tendría para contarles a sus nietos? ¿Era que estaba tan ansioso de encontrarse con Jesús que no podía esperar a que subiera al bote? Ninguna de estas sugerencias tiene mucho sentido, pero lo que sí es cierto es que Jesús inmediatamente pronunció una palabra. Sin titubear, dijo: “Ven”.

La respuesta de Jesús es tan enigmática como la solicitud de Pedro, pero no era atípica de la manera en que actuaba. Rara vez ocurría que Cristo negara una solicitud a cualquier persona, sin importar que irrazonable o poco realista pareciera. Por ejemplo, cuando se le pidió que convirtiera el agua en vino en Caná de Calilea, accedió, aunque parecía contrario a sus planes. Apparentemente, no

había ninguna necesidad de conceder la petición de Pedro. A simple vista, parece que Pedro sólo deseaba emocionarse, o lucirse delante de los otros discípulos. Cualquiera que haya sido la razón, Jesús le dijo que fuera, e inmediatamente Pedro dio un paso fuera del bote y comenzó a andar sobre el agua.

Era tan fácil como respirar. Pedro nunca había estudiado la teoría y la práctica de andar sobre el agua. Nunca se había adiestrado para caminar ligeramente. Nunca había discutido la actitud mental y espiritual o las aptitudes físicas necesarias para andar sobre el agua con éxito. Sus ojos estaban fijos en Jesús y, en la fortaleza de aquella sola palabra, pronunciada por labios que nunca podían ni mentir ni fallar, dio un paso fuera del bote en perfecta paz y confianza. Ningún ser humano podrá explicar jamás la mecánica de lo que sucedió. Es inútil hasta pensar en ello. Quizás el mar súbitamente se volvió duro como piedra, o quizás Pedro se volvió tan liviano como un globo lleno de helio. Probablemente ninguna de estas opciones es correcta, pero el simple hecho de la cuestión, fue que Pedro estaba participando en algo que era imposible, y que lo estaba haciendo sin ningún esfuerzo.

¿Cuál era el secreto de que Pedro pudiera andar sobre el agua con éxito esa noche ( mientras durara)? ¿Cuáles fueron los elementos vitales necesarios para que andar sobre el agua con éxito pudiera hacerse y mantenerse?

Primero, estaba la palabra de Jesús. Esa sola palabra "ven", estaba respaldada por la integridad de una vida en que no había ni sombra de engaño, ninguna variabilidad ni sombra de doblez. Fue pronunciada por labios que nunca habían mentido, ni habían estado involucrados en bromas ociosas. No había ninguna duda de que la palabra llevaba el sello de infalible verdad y autoridad.

Segundo, estaba la presencia y el poder de Cristo. En él había un poder que nunca había dejado de llevar a cabo ni siquiera las tareas aparentemente más imposibles, ni siquiera levantar a los muertos. En él había la seguridad de la infalibilidad y la omnipotencia.

Tercero, estaba la fe de Pedro. No era bravuconería lo que hizo que Pedro diera un paso fuera del bote con la perfecta confianza de que andaría sobre el agua. No era una mera sospecha, ni confianza, ni la idea de que podría ser posible. Con los ojos puestos en Jesús, no se preguntaba

qué sucedería cuando sus pies tocaran la superficie del agua. Cuando se encontró caminando sobre el agua, no se sorprendió en lo más mínimo. Sabía exactamente qué ocurriría y por eso había puesto el pie en el agua sin chaleco salvavidas, sin cuerda de salvamento, y sin pedirle a ninguno de los discípulos que estuviera cerca en caso de emergencia.

Puede que no sepamos exactamente qué pensamientos pasaron por la cabeza de Pedro y Jesús esa noche, pero podemos confiar en que este notable milagro ha sido registrado y preservado para que podamos aprender de él algunas lecciones vitales. Quién sabe, quizás esa es la razón de que Jesús accediera a la petición de Pedro. Jesús hizo muchos milagros cuando estuvo aquí y, aunque no todos fueron registrados, en cada uno de los mencionados en la Biblia podemos hallar verdades y principios vitales que enseñan poderosas lecciones con respecto a la vida cristiana y cómo vivirla.

Notemos lo que dice el apóstol Pablo:

*Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquél que cree, al judío primeramente y también al griego (Rom 1:16).*

En estos milagros de Jesús, a menudo vemos el poder de Dios aplicado a la restauración física. Pablo dice que el evangelio es el mismo poder, pero aplicado a la salvación. En ambos casos, es el poder de Dios. No hay diferencia en la manera en que el sanamiento se aplica en ambos casos, sólo que en uno de ellos, el cuerpo es el afectado y en el otro es el alma, la mente, el espíritu. ¿Por qué debemos creer que es más difícil para Dios sanar el espíritu que el cuerpo? La verdad es que los milagros de Jesús están llenos de lecciones que, correctamente entendidas, nos permiten captar los principios más críticos que son necesarios para sanar el alma.

Veamos qué lecciones podemos sacar del extraordinario logro de Pedro.

La lección más obvia es que la vida cristiana victoriosa no es difícil. No es más difícil que caminar sobre el agua. Por supuesto, ambas actividades son humanamente imposibles. Ninguna medida de poder, concentración, dedicación, o aplicación al estudio le permitirá a una persona llevar a cabo ni lo uno ni lo otro por un segundo. Hablando

humanamente, son imposibles, pero ambos esperan sólo una cosa, la fe de alguien que simplemente cree en la palabra de Dios. La fe en esa palabra hace lo imposible, no sólo posible, sino fácil y sin esfuerzo.

Otra lección que podemos aprender es que la realización de la tarea es enteramente obra de Cristo. ¿Qué hizo Pedro para ayudar a Cristo? ¿Qué hizo para preparar el terreno para el milagro? ¿Qué hizo para prepararse para hacer lo imposible? La respuesta es que no hizo absolutamente nada. Todo lo que hizo fue creer en la palabra de Cristo. Eso fue todo. Cuando creyó en esa palabra, puso un pie fuera del bote y entró al mundo de lo imposible. La tarea era de Cristo, la preparación era de Cristo, él se ocupó de las dificultades físicas. Todo lo que Pedro hizo fue creer en él y en su palabra. ¿Es diferente en algo al método de vencer el pecado y vivir una vida victoriosa? ¿Ayudamos a Cristo? ¿Podemos hacer algo en absoluto para facilitar su obra? No, todo lo que necesitamos hacer, todo lo que podemos hacer, es creer que Dios ha realizado nuestra salvación, nuestra santificación, nuestra justificación, en Cristo Jesús.

Pero otra lección que es aún más vital, es la necesidad de mantener nuestro enfoque. Caminar sobre el agua no fue un incidente que tuvo lugar y pasó en un solo momento. Requiere mantenimiento, no sólo por un momento, sino por muchos pasos durante un periodo de tiempo. Pedro comenzó bien, pero no mantuvo el enfoque. Si su viaje hubiese sido de 10,000 millas y le hubiera tomado un año, ¿habría requerido algo diferente durante el viaje de lo que habría requerido al principio? ¿Que diferente era andar que comenzar? No había ni una pizca de diferencia. El mismo método con el que comenzó fue el que usó para continuar. ¿Se hizo el viaje más difícil? ¿Hubo un momento en que tuvo que concentrarse en los pasos que estaba dando? ¿Tuvo que pensar en las técnicas de la tarea? ¡No, absolutamente no! Todo lo que tuvo que hacer fue simplemente mantener los ojos en Jesús e ignorar las distracciones. En esa relación, Pedro hizo lo imposible. Mantuvo lo imposible. Sólo falló cuando quitó los ojos de Cristo.

¿Es lo mismo para el andar del cristiano? Es interesante que, en la Biblia, el viaje del cristiano se compara a menudo con el andar. Se nos amonesta a “andar en el Espíritu”, a continuar andando en el Señor Jesús como lo hemos recibido, etc. El énfasis es en mantener la experiencia y el

enfoque originales. Cuando tenemos fe en Cristo, habremos hallado el único método que se necesita y que se necesitará siempre para recibir todas y cada una de las bendiciones de Dios.

La cuarta lección importante es la necesidad de evitar las distracciones. Esto no puede exagerarse. Cuando Pedro anduvo sobre el agua, era efectivamente un ser sobrenatural. Hizo lo que seres humanos ordinarios no pueden hacer. Con los ojos puestos en Cristo, entró al mundo sobrenatural y ejerció los poderes del mundo venidero. Pero posiblemente hubieron varias distracciones que rivalizaban con Cristo por la atención de Pedro esa noche.

- a) Era de admirarse la majestad del viento y de las olas.
- b) El terror de la tormenta.
- c) Los admirados y atemorizados discípulos en el bote.
- d) La posibilidad de los relatos que les contaría a sus nietos.

Su única tarea era mantener los ojos enfocados. No necesitaba aprender la teoría y la práctica de andar sobre el agua. Todo lo que tenía que hacer era mantenerse enfocado en Jesús e ignorar las distracciones, pero en vista de todo lo que estaba sucediendo, esto era un desafío que no enfrentó apropiadamente. Permitted que su atención se apartara de Cristo, e inmediatamente se hundió en el agua. Esta es la misma situación que nosotros enfrentamos hoy día. Nada puede derrotarnos, no pecaremos, no seremos vencidos por el enemigo. Podemos hacer esto tan simple y fácilmente como Pedro anduvo sobre el agua. La única condición es que nos enfoquemos en Cristo y en su palabra por fe, y que mantengamos nuestros ojos fijos en él.

A menudo, surge la pregunta de cómo puede un cristiano salir absolutamente victorioso sobre el pecado. La verdadera pregunta es: ¿Cómo puede ser de otra manera si realmente tenemos fe en Cristo y en su palabra? No hay fracaso en Cristo, sólo en el hombre. Cuando confiamos en Jesús, él hará la obra, y lo hará perfectamente. Sólo tenemos que temer una cosa y ésta es que quitemos los ojos de él. Allí está nuestro gran peligro.

Así, pues, tengamos cuidado. No importa cuán altas sean las olas, que tremendas sean las distracciones, cuánto puedan los hombres admirarnos y alabarnos, cómo pueda Satanás intentar introducir en nuestras mentes vanos pensamientos, nunca permitamos que nos distraiga. Jesús

es nuestra esperanza, nuestra vida, nuestro todo. Creer esto y vivir por ello es nuestra única seguridad. Que Dios nos ayude para que podamos aprender el arte de andar sobre el agua. Si no sabemos cómo hacerlo, es improbable que algún día aprendamos a vencer al pecado.

## El lugar de la rendición

## Capítulo 24

## La entrega

No puede haber verdadera conversión ni verdadero reavivamiento o renacimiento sin una entrega. La fe es crítica, sí, pero es imposible tener verdadera fe y no entregarse a Cristo. Una profesión de fe sin rendición es una mentira y un engaño.

En los siguientes versículos en el libro de Lucas Jesús nos dice:

*Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. (27). Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (Lc 14:26 y 27).*

*Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (versículo 33).*

Hay unas palabras críticas que aparecen en los tres versículo, y son “no puede”. Las palabras “no puede” significan simplemente que es imposible. La persona que no ha cumplido con lo que estos versículos especifican, encontrará imposible ser discípulo de Cristo. Jesús mismo puso estas condiciones y dijo que son absolutamente necesarias para que podamos ser sus discípulos.

Primero dice que tenemos que “aborrecer” y, por supuesto, sabemos que Aquel que nos dijo que amemos hasta a nuestros enemigos no quiso decir que debemos aborrecer literalmente a los que están más cerca de nosotros. Jesús usa la palabra “aborrecer”, pero en realidad no está hablando de la emoción y la actitud del odio. Pero, ¿qué quiere decir realmente?

Jesús identifica las cosas y las personas más cercanas a nosotros y dice que tenemos que “aborrecerlas”. ¿Está diciendo que, para ser cristiano, tenemos que abandonar la familia? ¡Por supuesto que no! Hay algunos cristianos que son llamados a ser misioneros en países lejanos y tienen que dejar sus familias, pero ciertamente Dios no requiere eso de todos nosotros. Pero, ¿por qué dice Jesús “aborrec-

er?

Observemos lo que Jesús ha hecho; ha seleccionado las cosas que llenan nuestro mundo, las cosas que nos dan nuestra identidad. ¿Cuáles son las cosas que más nos conciernen en la vida y constituyen el centro de nuestra existencia? Uno piensa en su esposa, su hogar, su casa, sus hijos, sus padres. Éstas son las cosas que hacen que nuestro mundo gire; lo que nos motiva a levantarnos por la mañana y nos vayamos a la cama por la noche. La circunferencia de nuestra existencia son estas personas y estas cosas.

Jesús estaba diciendo que, para ser su discípulo, hay que elegir renunciar a nuestra identidad, dejar de vernos como la persona que siempre fuimos. Puesto que nuestra identidad está ligada a las cosas y a las personas más cercanas a nosotros, Jesús dice que tengo que “aborrecer” estas cosas o renunciar a ellas. Tiene que ser así, porque, a menos que Dios nos tenga a todos exclusivamente para sí mismo, nunca puede hacer de nosotros el pueblo que él desea. Lo que está diciendo es que, de aquí en adelante, la esposa ya no es más la esposa, los hijos ya no son los hijos, la persona se ha convertido en la exclusiva propiedad de Dios. Si esto no es así, uno no puede ser su discípulo.

Dios no nos está quitando estas cosas, pero cuando nos convertimos en su propiedad exclusiva, Dios dice: “Bien, ahora ve y ama a tu esposa, pero esta vez la amas con el amor de Jesús, de la forma que lo haría Jesús, en lugar de la forma en que solías hacerlo”. Dice: “Ahora ve y ocúpate de tus hijos como los hijos de Cristo, en lugar de como tus hijos. Tu relación con ellos ha cambiado. Ya no es más tu esposa y ya no son tus hijos, son la propiedad de Cristo porque él es ahora tu vida”.

Si ponemos estas limitaciones en nuestra relación con Jesús, él no puede obrar en nosotros. Hallaremos que nuestro propios deseos y afectos son un estorbo para él a cada momento. Un hombre le dijo a Jesús: “Señor, te seguiré dondequiera que vayas, pero déjame que vaya primero y entierre a mi padre”. ¿Era este hombre seguidor de Cristo? Jesús le dijo: “Deja que los muertos entierren a sus muertos. Y tú ve, y anuncia el reino de Dios” (Lucas 9:60). ¿Cómo puede Dios hacer una obra completa en nosotros, a menos que hallamos elegido renunciar a todo, sin limitaciones, y sin reservas? Cuando hayamos hecho

esa clase de decisión, entonces podemos ser sus discípulos. Eso es lo que está diciendo.

### **Un servicio voluntario**

En el siguiente versículo, Jesús dice:

*Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (Lc 14:27).*

Si uno viera a un hombre cargando una cruz en tiempos de Jesús, sabría que iba a morir. Jesús estaba diciendo, no sólo que tenemos que morir, sino que tenemos que elegir voluntariamente asumir la muerte. Somos nosotros los que tenemos que tomar la cruz voluntariamente, de nuestra propia voluntad. Es interesante que, cuando observamos lo que dice la Biblia, vemos que la ilustración de la muerte se usa consistentemente para ilustrar la rendición. Algunos consideran esta muerte como una especie de experiencia mística porque, aunque la Biblia habla de muerte, todavía permanecemos vivos de alguna manera. ¿Cómo es que morimos si todavía estamos vivos? Al examinar la Biblia de cerca, reconocemos que está hablando de una rendición tan absoluta que lo único que se compara con ella es la muerte. ¡Eso es una cosa terrible de contemplar! A menos que realmente confiemos en Cristo, eso es algo terrible. Es horrible ponernos de tal manera bajo el control de otra persona que ninguna de nuestras preferencias es importante. En realidad, nos convertimos voluntariamente en esclavos absolutos de esa persona. Es horrible, a menos que uno confie en la persona a quien se está entregando, con una confianza absoluta.

Jesús dice que tenemos que “tomar nuestra cruz diariamente”. Esto deja claro que nosotros no funcionamos en automático cuando nos hacemos cristianos. La relación debe ser renovada continuamente. Somos criaturas en cuerpos humanos y nuestras mentes funcionan de tal manera que un día estamos llenos de entusiasmo y celo, y al día siguiente estamos en un valle, deprimidos y descorazonados. Por lo tanto, tenemos que renovar y refrescar continuamente las cosas que desarrollan la fe. Tenemos que morir diariamente. Nuestra entrega a Cristo debe ser renovada continuamente.

¿Es entrega verdadera si yo digo: “Entrego mi hábito de ver televisión y mi apetito”, pero cuando se trata del estilo

de mi peinado, digo: “Señor, tienes que permitirme conservar esto. Es algo que no puedo hacer a un lado”. Una rendición parcial no es rendición en absoluto. La rendición parcial está diciendo: “Dios, yo escogeré lo que tú, puedes tener [de mi vida], pero yo todavía seguiré en control”. ¡Hasta que una persona entrega todo, no ha cedido nada! Todavía es su propio Dios. Está escogiendo dar a Dios una pequeña porción como le parece mejor, y piensa que, si da a Dios un poquito más, seguramente le agradará más, pero la persona permanece en control. Tal persona no es realmente propiedad de Dios en absoluto. Él no puede hacer nada con ella hasta que no haya una rendición cien por ciento. La rendición es una experiencia completa. Es una cosa absoluta. Por consiguiente, Jesús dice en los versículos 28 y 33:

*¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? (Lc 14:28).*

*Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc 14:33).*

A veces, parece que Jesús estaba siempre tratando de desanimar a la gente. Un hombre vino y le dijo: “Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas”. Jesús le respondió diciendo: “*Las zorras tienen cuevas y las aves tienen nidos, pero el hijo del hombre no tiene dónde recostar su cabeza*”.

Estaba diciéndole al hombre: “Piensa lo que estás haciendo antes de que te involucres en esto. Considera lo que te va a costar”. El joven rico vino a Jesús y le dijo: “Quiero ser perfecto. ¿Qué me falta?” Jesús le dijo lo más duro en el universo que se puede decir a un hombre. El hombre pensó que se había rendido porque guardaba el sábado, y no mentía, ni robaba, ni mataba, y honraba a su padre y a su madre. Pero Jesús encontró lo más difícil para él, y le dijo que lo hiciera. ¡Puso el dedo directamente en el dios del hombre! En realidad, aquel joven no se había rendido a Dios porque era el gobernante de su propia vida. El dios que amaba más que todo era su dinero, y Jesús lo sabía. Sin embargo, el dinero mismo no era realmente el problema. Su dinero era aquéllo alrededor del cual giraba su vida, y por eso Jesús fue al corazón del asunto y le mostró que su vida estaba centrada en algo erróneo. El hombre en realidad no

le pertenecía a Dios, a pesar de toda su observancia de los mandamientos.

Esto es lo que necesitamos entender, la necesidad de renunciar a todo. Sino es así, es imposible servir a Cristo. Por eso la Biblia habla de rendirse a Dios. Usa la ilustración de la muerte una y otra vez. En Romanos capítulo seis, encontramos la ilustración siendo usada una vez más. Al principio de este capítulo, Pablo dice:

*¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aun en él? (Rom 6:1 y 2).*

Todo el mal que hago sucede porque estoy en el centro de mi universo. ¿Ingiero algo a veces que no es bueno para mi salud? ¿Por qué lo hago? Lo hago porque me agrada. Pero, si no soy el centro de mi universo, ¿vivo para complacerme a mí mismo? ¿Me preocupo por mis propias preferencias concernientes a la clase de ropa que uso? Si no soy el centro de mi mundo, ¿me importa lo que la gente piense acerca de mi ropa? Si no soy el centro de mi universo, ¿dónde entra el yo? No existe. El pecado vive porque el yo está vivo. Una persona que está muerta al yo no tiene problemas con el pecado. Si nuestras mentes pudieran llegar alguna vez a un estado en que el yo no viviera, en ese momento el pecado sería destruido. Éste es el punto que Pablo está subrayando. ¿Cómo podemos pecar cuando estamos muertos?

Pablo sigue diciendo:

*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? (Rom 6:3).*

¿Podemos saber algo que no es verdad? Podemos profesar saber algo que no es verdad, pero la palabra “saber” tiene que estar basada en la realidad. La palabra “saber” implica que la cosa realmente existe. Dice Pablo: “¿No sabéis que los que han sido bautizados en Cristo Jesús han sido bautizados en su muerte?” Pero, ¿ha de ser esto tomado literalmente? Yo fui bautizado en agua, y salí del agua. ¿Me puso eso realmente en la muerte de Cristo? La mayoría de la gente piensa en esto como un ejercicio mental. Piensan: “Debe ser en mi mente que yo fui puesto

en la muerte de Cristo porque cuando entré al agua no morí realmente. Cuando salí del agua, en realidad no fui resucitado. Era un símbolo. De modo que, estar en Cristo y participar en la muerte de Cristo debe ser un símbolo también". Así es como los cristianos han pensado de esto. Sin embargo, el bautismo en Cristo no es sólo algo que ocurre por medio del agua. Pablo nos dice en Corintios:

*Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos nos dio a beber de un mismo Espíritu (1 Cor 12:13).*

Nótese que esto no está hablando de bautismo en agua. Es el espíritu santo de Dios el que nos ha bautizado. ¿Qué significa esto? ¿Ha ocurrido realmente? ¿Ha tenido lugar realmente? ¿Es eso una experiencia figurada o algo real? ¿Ha hecho Dios algo sobrenatural? ¿Me ha tomado su Santo Espíritu y me ha implantado en el cuerpo de Cristo? Estas palabras no pueden interpretarse de ninguna otra manera. Hemos sido bautizados en el cuerpo de Cristo y se nos ha hecho beber del Espíritu, que es la vida misma de Cristo.

Ahora apliquemos eso a las palabras de Pablo:

*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? (Rom 6:3).*

Por la experiencia del bautismo del Espíritu Santo, hemos sido implantados en Cristo, donde la muerte al pecado es algo que ya ha ocurrido. Es entrando en la existencia de Cristo que uno recibe la vida crucificada. Crucificado soy con Cristo. Es su crucifixión, su vida crucificada, lo que se ha convertido en mi realidad, y Pablo nos pide que reconozcamos lo que ha ocurrido. No es una experiencia imaginaria ni simulada, es real. La vida del yo ha sido realmente dejada de lado, sometida, destruida, cuando estamos en Cristo, como lo dice el versículo 6.

*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado (Rom 6:6).*

Dice Pablo: "La razón de que no sirvamos más al pecado

es simple. Estamos muertos”. Y enfatiza este punto en el versículo 7:

*Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado (Rom 6:7).*

Nuestra libertad se realiza mediante la muerte. Pero lo maravilloso es que no sólo estamos muertos al pecado, sino que somos resucitados para justicia. Por lo tanto, Pablo dice que hemos de considerarlo así: “Considerense muertos”. Considerarnos muertos cuando realmente estamos vivos es ser mentirosos. Pablo no nos está pidiendo que finjamos como niños, ni que creamos algo que es mentira. Nos está diciendo: “Tomen en consideración los hechos, y contienda con ellos. Considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios. Considérenlo así porque es realmente así”. Recuerden que es la fe la que nos pone allí. Cristo lo hizo por nosotros, pero si no lo consideramos así, jamás lo experimentaremos. Considerar que algo es así, que es real, significa que tomamos en cuenta los hechos y los aplicamos a nuestra experiencia.

Debemos aceptar la palabra de Dios de que ciertamente estamos muertos al pecado y vivos para Dios. Cuando creemos la verdad, elegiremos vivir la verdad. El joven rico hizo una terrible elección, pero una cosa que podemos admirar acerca de él es que fue honesto, tomó una decisión honesta. Va a terminar perdiendo la vida eterna a causa de ello, pero miró a Jesús a los ojos, miró sus riquezas, y tomó su decisión. Escogió sus riquezas y se alejó. Jesús, tan dolido como estaba, no dijo: “Regresa, haré la prueba un poco más fácil”.

Preferiríamos que Jesús hubiese dicho: “Dame el cincuenta por ciento, o hasta el noventa por ciento. Te permitiré conservar aun ese uno por ciento”. Esto me dejaría libre todavía para ser la autoridad suprema en mi vida. En cualquier momento puedo decirle a Dios: “Dame un poco más”. Pero Dios tiene que tenerlo todo, o de lo contrario no podrá hacer de nosotros lo que quiere que seamos. Por eso la Biblia habla de rendición, de estar muerto, porque es una posición en que no hay términos medios. Es el único lugar donde sólo Dios puede hacer prevalecer su decisión. Por consiguiente, necesitamos comprender que aceptar a Cristo nos lleva a un lugar en que podemos decir: “Cualquier cosa y en cualquier lugar, no importa cuán grande o cuán

pequeño sea, soy tuyo incondicionalmente. Tú vivirás, no yo”.

### **Nuestra lucha**

Aunque Dios trabaja con nosotros y el espíritu lucha con nosotros para llevarnos a un punto en que creamos la verdad, es cierto que, en última instancia, es en realidad nuestra lucha. Dios nunca nos ha quitado el poder de elección. La decisión es nuestra. El espíritu nos suplicará, Dios pondrá ventajas en nuestro camino, pero nosotros tenemos que tomar la decisión de aceptar su vida y su muerte, y cuando tomamos esa decisión, la lucha termina. Hay un dicho que dice: “Es fácil vivir después de que uno ha muerto”. Mientras uno está vivo, está combatiendo y luchando. A veces, será abatido y otras creará que está ganando. Pero Dios nunca es derrotado. Cristo no pierde. Por lo que concierne a Cristo, el pecado es un enemigo derrotado. Mientras que Cristo pueda vivir, el pecado no será problema nuestro.

En los programas que la iglesia organiza sobre cómo vencer la adicción a las drogas, dejar de fumar, y cómo vencer al pecado, se nos dice que tenemos que aprender a “controlar el yo”. Hay mucho énfasis en consejería y psicología, pero la solución no es aprender a “controlar” el yo. Ése no es nuestro problema. Nuestro problema es que no hemos negado el yo, el cual todavía está vivo. Cuando el yo haya sido crucificado con Cristo, el pecado ya no será un problema.

Cuando la libertad llegó finalmente a los esclavos de Jamaica, el documento que proclamaba la libertad fue enviado a la isla desde Inglaterra. Los esclavos habían sido liberados, pero hubo un período de transición en el cual, aunque habían sido liberados, no debían ser informados. Los amos lo sabían, pero los esclavos no, porque hubo un período de tiempo en que se permitió a los dueños de esclavos adaptarse y prepararse para cuando los siervos ya no pudieran trabajar en las plantaciones. Pero los esclavos sospechaban lo sucedido, y circuló el rumor de que el “papel de la libertad” había llegado, y los amos lo habían quemado, de manera que ellos eran realmente libres, pero todavía eran esclavos y había mucho descontento.

Al considerar esta situación, reconocemos que los esclavos habían sido declarados libres, pero todavía eran, de

hecho, esclavos. ¿Es esto lo que Cristo hizo por nosotros? ¿Qué decimos de las vidas que llevamos? ¿Estamos tan derrotados por el pecado que decimos al mundo que Dios nos ha declarado libres, pero ha dejado que sigamos siendo esclavos? Tenemos que entender que la palabra de Dios es verdadera. Tenemos que dejar que nuestras mentes se apoderen de la realidad que Dios no puede mentir. Cuando lo hagamos, se convertirá en nuestra experiencia.

La lucha del cristiano es la batalla de la fe. Fe es lo que mantiene esta relación y nos mantiene allí. Nuestra batalla es la batalla de la fe. Es allí donde necesitamos luchar.

*Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, y os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Heb 13: 20 y 21).*

Cristo está obrando en nosotros para hacer lo que es agradable a su vista. No nos está presentando un ideal imposible. El apóstol habla acerca de estas cosas porque sabe que la vida victoriosa es una realidad en Cristo. La Biblia nunca nos da sueños y un mundo de cuentos de hadas. Lo que la Biblia dice es la realidad. Somos nosotros los que vivimos en un mundo falso. El dios de este mundo ha cegado nuestros ojos para que no reconozcamos los privilegios que son nuestros, que nos han sido dados en Cristo Jesús. Tenemos que creer y elegir vivir por los hechos presentados en la palabra de Dios.

*Fiel es el que os llama, el cual también lo hará (1 Tes 5:24).*

Cuando aprendemos que no hay nada bueno en nosotros, y que somos casos sin esperanza, y realmente podemos creerlo así desde el fondo de nuestros corazones, entonces estamos en camino de hallar la experiencia que realmente cuenta. Dios puede trabajar con el individuo que reconoce que en sí mismo, es menos de lo que piensa, pero la persona en quien Dios puede obrar más poderosamente es la que reconoce que no es nada en absoluto. Esa persona lo dará todo a Cristo porque sabe que no hay nada en sí misma de lo que pueda depender.

## El significado de la cruz

*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo (Gál 6:13).*

En este versículo, Pablo habla de su decisión de no gloriarse en nada, excepto en la cruz de Cristo. Pero, ¿qué quiere decir cuando habla de la cruz? ¿De qué está hablando? ¿Del instrumento de madera? ¿Del hecho histórico de la muerte de Cristo? ¿A qué se refiere?

Vemos que el gloriarse de Pablo en la cruz era el resultado de lo que la cruz había hecho por él.

- a) Había crucificado el mundo a él.
- b) Lo había crucificado a él al mundo.

¿Qué significa esto? La crucifixión significa muerte – nada menos. Lo que Pablo estaba diciendo era que, por medio de la cruz, su relación con el mundo estaba muerta. Por lo que concernía al atractivo del mundo, no existía y, por lo que concernía a su reacción a las seducciones del mundo, no existía. ¿Qué había logrado esto? La cruz de Cristo.

La cruz significaba, no sólo la muerte, sino la muerte voluntaria. Muerte a la voluntad propia, al pecado, a la vida de Adán, a toda esta vida y a lo que este mundo ofrece. Pero, ¿cómo pudo la cruz, el instrumento que mató a Cristo, realizar esto por Pablo (y por nosotros)? Nótese que no había sido disciplina ni obediencia lo que había librado a Pablo del mundo, sino la cruz.

La verdad sencilla pero maravillosa es que la cruz que mató a Cristo liberó a Pablo porque ¡también lo mató! Fue el medio por el cual Cristo lo crucificó, liberándolo así del mundo, del pecado y de sí mismo.

La cruz nos libera, no simplemente porque Cristo murió en ella por nosotros, sino porque nosotros morimos allí en Cristo! El poder de la cruz es el poder de la liberación de nuestro pasado, del mundo, de nosotros mismos, y de todo lo que hemos sido. Sin embargo, este poder sólo está disponible y es una realidad cuando hemos sido hechos uno con Cristo y hemos entrado en su vida, participando

así de su misma existencia.

### **El problema**

Según lo entiende la mayoría de la gente, el problema es que la cruz se ha convertido (como todo lo demás) en símbolo de lo que Cristo hizo hace 2000 años, una experiencia que fue a nuestro favor, que nos motiva y nos desafía, pero que no tiene ningún efecto verdadero en nuestra propia experiencia personal (aparte de nuestra respuesta al desafío).

Esta no es la manera en que Pablo se relacionó con la cruz. En su experiencia, la cruz de Cristo fue algo real; un evento que lo había crucificado a él. No fue él quien se empeñó en morir. Fue la cruz que había llevado a cabo su muerte. Esto se convirtió en su realidad. Fue crucificado con Cristo y recibió esta crucifixión cuando creyó en Cristo.

El problema entero con el cristianismo es que estamos tratando de hacer nuevamente lo que ya hizo Cristo. Vemos la vida cristiana como un desafío, no como una realidad consumada. Percibimos nuestro deber como un trabajo y un esfuerzo, no como confianza y reposo. La conversión significa que iniciamos un trabajo, no que aceptamos uno que ha sido consumado. Todo el enfoque está en nosotros y lo que tenemos que hacer, no en Cristo y lo que él hizo. La vida es una lucha, no una victoria.

Pablo se gloriaba en la cruz, no porque era un desafío para él, sino porque lo liberó. Por supuesto, tal liberación sólo podía ocurrir porque creía en Cristo – es decir, creía que él y Cristo se habían hecho uno y eran participantes de la misma existencia, de modo que todo lo que Cristo había llevado a cabo se había convertido en la realidad de Pablo.

Pablo vivía la vida de Cristo. En él, Cristo vivía nuevamente en la tierra. Todo lo que Cristo era, Pablo lo era; todo lo que Cristo había llevado a cabo, él lo había llevado a cabo. De modo que, participaba en, y vivía una experiencia en la cual el yo había sido crucificado y el poder del mundo había sido destruido. Por tal motivo se gloriaba en la cruz, porque era allí donde se había llevado a cabo su liberación.

Los cristianos se han acostumbrado a considerar los emblemas del cristianismo justamente como eso – meros emblemas y símbolos (el bautismo, la comunión, el nuevo nacimiento) – ¡hasta la oración!

No han pasado más allá de los símbolos, a la realidad. Para ellos, estos símbolos han sido sólo ritos para estimular

y motivar. No han creído en las realidades de las cuales estos símbolos son sólo ilustraciones.

En los escritos de Pablo hay dos cosas que se destacan:

- a) La cruz de Cristo.
- b) La resurrección de Cristo.

Ambas cosas son críticas en la vida del creyente. La cruz nos libra del dominio del pecado, mientras que la resurrección nos transporta a la vida, el poder y las realidades de la existencia presente en Cristo – una vida enteramente para Dios.

*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, para que de ahora en adelante no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto ha sido liberado del pecado. (Rom 6:6 y 7, KJV, traducción literal).*

Pablo dice que nuestro viejo hombre ha sido crucificado. ¿Qué es este “viejo hombre”? En el sentido más simple, se refiere a la persona que uno solía ser antes de ser cristiano. Esta persona ha sido muerta, ha llegado a su fin. Ha dejado de ser un factor en la existencia de uno.

Notemos el énfasis; este viejo hombre ha sido muerto, no sólo por Cristo, sino juntamente con él. Nuevamente, el énfasis es en el suceso que ocurrió hace 2000 años. Se podría haber expresado así: “Hemos entrado en su crucifixión”. Él fue crucificado hace 2000 años, pero nosotros acabamos de aceptarlo. ¿Cómo podríamos nosotros ser crucificados con él? Esto es verdad, sólo porque es su crucifixión la que hemos recibido. Es su muerte la que se ha hecho efectiva en nosotros por medio del Espíritu Santo que nos ha bautizado en la existencia de Cristo. (1Cor 12:13; 2 Cor 4:10 y 11).

*Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos (Rom 6:3; Gál. 3:27).*

Observemos que es el cuerpo del pecado el que ha sido destruido. Es decir, la parte de nosotros que nos hace pecar, la que está indefensa, la que está esclavizada, vendida al pecado. Aquí se refiere al “cuerpo” (también en Rom 7:24), pero evidentemente Pablo está hablando de la “mente carnal” (Rom 8:7, 8).

La razón principal por la que la gente peca no es a causa

de la carne de pecado (factores biológicos), sino a causa de la mente pecaminosa (factores espirituales). Recordemos que Lucifer y los ángeles caídos, así como Adán y Eva, pecaron mientras estaban en la carne sin pecado. Ocurrió de igual forma con millones de ángeles que siguieron los pasos de Lucifer. Por otra parte, Jesús vivió sin pecado en carne de pecado; es decir, en un cuerpo que sufría los efectos de muchas generaciones de degeneración.

Es obvio que la verdadera raíz del pecado no es nuestro cuerpo afectado por el pecado, sino nuestra mente centrada en el pecado (el yo). También es evidente que hay sólo un aspecto de la persona que necesita morir para que el pecado pueda ser vencido. Este aspecto no es nuestra carne física, nuestro cuerpo, sino nuestra mente centrada en el yo.

Pablo usa una palabra muy fuerte al hablar de lo que ocurre cuando somos bautizados en Cristo. Dice que el resultado de este bautizo es que somos crucificado con él para que el cuerpo de pecado pueda ser destruido. Esta palabra “destruido” proviene de la palabra griega “katargeo”, y significa deshacer, abolir, cesar. Pablo elige palabras extremas, inflexibles, para describir lo que sucede con la parte pecaminosa después de que hemos ido a Cristo. Está muerta, crucificada. Aquí dice que está destruida. ¿Por qué elegió estas palabras? ¿Qué mensaje trata de transmitir a sus lectores? ¿Por qué no dice que el cuerpo de pecado es debilitado, paralizado, sojuzgado? ¿Cuál es la razón?

Su propósito es que sus lectores entiendan que, en Cristo, el pecado ha llegado a su completo fin. Ya no hay más exposición razonada. Algo que ha sido destruido ya no existe y esto, de acuerdo con Pablo, es lo que ha ocurrido al “cuerpo de pecado” (la mente pecaminosa). Ya no existe. ¿Por qué la experiencia de tantos cristianos contradice esta sencilla verdad enseñada por Pablo? Es porque no han aceptado su muerte en Cristo, ni lo han “considerado”, ni lo han creído así. (ver Rom 6:11).

Pablo dice que esta experiencia es para que, “de ahora en adelante”, ésta sea nuestra experiencia (Rom 6:6 y 7). Es decir, a partir de este momento. Aquí no hallamos ningún margen para una vida de constantes caídas bajo el poder del pecado, ni de frecuentes derrotas. Aquí vemos algo final, un fin y un principio. De aquí en adelante, el pecado termina, la justificación comienza. ¿Por qué motivo? ¿Qué

ha logrado esta revolución? La crucifixión, la muerte, la destrucción del viejo hombre, el cuerpo de pecado.

Si este cambio se pudiera lograr por medio de someter o restringir el cuerpo de pecado, no habría ninguna opción de pecado habitual ni la necesidad de una constante lucha para abstenerse de pecar. Pero, puesto que este cambio se logra por medio de la muerte, la crucifixión, la destrucción, no hay ningún espacio ni margen para que el pecado se deslice hacia adentro (aunque debemos recordar a Gál 2:17 y 18).

El propósito entero de esta crucifixión, de la muerte del cuerpo de pecado, es que no sirvamos al pecado, que nos liberemos del pecado, que el pecado no tenga ningún dominio sobre nosotros. Por consiguiente, si el pecado continúa siendo parte de nuestra experiencia, entonces es evidente que el evangelio ha fracasado o, más bien, que nosotros no hemos creído realmente en el evangelio.

---

## Capítulo 26

# El lugar de la Palabra

De vez en cuando, a través de los siglos, han surgido movimientos que han subrayado la verdad de que la salvación es en Cristo, y en Cristo solamente. Por lo general, este énfasis ha ocurrido como respuesta a un sistema en que se hacía énfasis en el hombre, las obras humanas, y leyes y reglamentos. Un movimiento sobresaliente así, que nos viene a la mente es la reforma del siglo dieciséis.

### **Dos Extremos**

Hay un peligro que siempre parece acompañar a tales movimientos. Siempre lo ha habido y siempre lo habrá. El peligro es que, a medida que el énfasis es puesto en Cristo y en la realidad de su vida en nosotros, la gente comience a pensar que ya no hay más necesidad de la palabra escrita, ahora que tenemos y vivimos la vida misma de Cristo. Ésta era la manera de pensar de los fanáticos munsteritas que surgieron en los días de Lutero. Su clamor era “el Espíritu, el Espiritu”. Habían llegado a la conclusión de que, puesto que ahora tenían a Cristo mismo, ya no era necesaria la palabra escrita y que, por medio del Espíritu, Cristo mismo les llevaría automáticamente a saber y hacer lo que era correcto. Habiendo desechado la palabra de Dios, dependían de sus sentimientos para que los dirigiese. Por supuesto, el resultado fue que se desviaron hacia el fanatismo y la conducta desordenada. Vemos mucho de lo mismo ocurriendo en la actualidad en el movimiento pentecostal.

Por otra parte, muchos hablan de la justificación en Cristo y rehusan enfatizar la realidad de la vida de Cristo en nosotros. Su enfoque principal es en lo que Cristo ha hecho por nosotros, pero dicen muy poco de lo que él hace en nosotros. La consecuencia es una religión en que se habla mucho acerca de Cristo y la justificación, pero hay muy pocas manifestaciones de la vida de Cristo.

La justificación en Cristo es una verdad maravillosa. En realidad, es toda la verdad envuelta en un solo paquete. Cuando la entendemos, no sólo vemos la liberación del hombre como algo sencillo y completo, sino que nos llenamos de admiración y amor por Dios y su Hijo. Pero hay que

preguntarse: ¿Cómo podemos escapar de estos dos extremos, uno de los cuales nos arroja al fuego del fanatismo y el otro nos deja estancados en el hielo del formalismo?

En todo caso, el conocimiento defectuoso conduce a las creencias erróneas y, por supuesto, éstas conducen a una experiencia errónea. Vemos que el fundamento de la experiencia cristiana es el conocimiento correcto (Rom. 10:14). Es verdad que el conocimiento, por sí mismo, no beneficiará a una persona, pero, al mismo tiempo, sin él no hay ningún desarrollo, ningún cambio. Si la gente cree cuando encuentra la verdad, el resultado se verá en que Cristo es revelado en sus vidas. Así, a medida que avanzamos en la experiencia de la vida en Cristo, debemos tener la seguridad que procedemos con el conocimiento correcto y la comprensión correcta. Esta es la única manera de asegurarnos de que estamos protegidos de los escollos con que otros han tropezado.

### **La experiencia contraria a la verdad**

Cristo mismo vive en el creyente. Esta es una verdad que la Biblia enseña clara, enfática y repetidamente. La vida de Cristo en nosotros nos da la completa victoria sobre todo pecado. Esto es también algo acerca de lo que no puede haber ninguna duda si aceptamos lo que la Biblia dice. Pero, a pesar de estos hechos, todavía tenemos mucha necesidad de la Biblia. ¿Por qué? ¿No nos enseña Cristo personalmente? ¿No sabremos automáticamente lo que es correcto puesto que es Cristo el que vive y no yo? ¿Qué necesidad tengo todavía de la palabra escrita si, de hecho, tengo en mí la palabra viva?

Preguntas como éstas son la razón de por qué es vital que entendamos lo que está envuelto en una verdadera experiencia cristiana.

Primero que todo, aclaremos esto: Todo, absolutamente todo lo que necesitamos o necesitaremos jamás ya ha sido provisto. Todas las cosas ya son nuestras (1 Cor. 3:21 y 23). Dios tomó todo lo que el hombre podría jamás necesitar – sabiduría, justificación, santificación, redención, poder, vida, etc., (1 Cor 1:30; Col 2:3; 1 Jn 5:11) y lo puso en Jesucristo. Allí existen como una realidad independiente de nuestra experiencia. Ya sea que las querramos o no, ya sea que creamos o no, están allí. Cuando una persona recibe a Cristo, todas estas cosas son suyas, porque son de Cristo,

y él y Cristo son participantes de la misma vida (1 Cor 12:13). En Jesús habita toda la plenitud de la deidad y somos completos en él. Todo lo que él es y tiene, nosotros somos y lo tenemos.

Pero, ¿por qué vemos tan poco de la vida de Cristo en tantos cristianos, aun en aquellos que creemos que son honestos y sinceros? Si ciertamente tenemos la vida de Cristo con todas estas cualidades, ¿por qué están tan separadas la teoría y la realidad?

### **La palabra escrita y la palabra viva**

Para responder a esta pregunta, tenemos que entender el lugar que ocupa la palabra de Dios en la experiencia del cristiano. Considérense los siguientes versículos:

*Siendo renacidos, no de simiento corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1 Pe 1:23).*

*Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad (Jn 17:17).*

Puede que una persona lea estos versículos y concluya que las palabras mismas, las frases mismas y los sonidos mismos son lo que realmente lleva a cabo estas cosas en nosotros, pero esto contradeciría los pasajes que nos enseñan claramente que es Cristo mismo, por medio de su Espíritu, quien realmente vive y obra en nosotros. La clave para entender esto es ver la relación entre la obra de Cristo, la palabra viva, y la Biblia, la palabra escrita.

Hablando en términos generales, Dios no actúa en nosotros fuera de nuestra voluntad y conciencia. La vida de Cristo en nosotros se manifiesta en someternos, consciente y voluntariamente a su voluntad, como es revelada en nuestras mentes. En otras palabras, la vida de Cristo en nosotros se manifiesta por medio de una respuesta cooperativa, consciente e inteligente, a las verdades que él nos revela. Generalmente, Dios no suele asumir control del cuerpo o la mente de una persona e inducir la a comportarse de cierta manera fuera de su elección consciente e inteligente.

### **El conocimiento precede a la fe**

Cuando entendemos esto, podemos ver que, sin importar cuánto nos haya dado Dios, sólo podemos recibir hasta

donde conocemos, y por lo tanto creemos, conscientemente. Podemos ser reyes, pero la ignorancia nos mantendrá viviendo como pobres.

Es por medio de la palabra de Dios que nuestros ojos son abiertos. Es por medio de la palabra que conocemos la vida del Espíritu, que ya es nuestra, permitiéndonos así experimentarla. En otras palabras, ya somos herederos de todas las cosas, pero no lo sabemos. Recibimos poco, porque esperamos recibir poco.

Podríamos compararlo a un hombre que ha heredado un libro de un amigo millonario, un libro que está escrito en un código misterioso. Hasta donde él sabe, la único que él ha heredado es ese libro. Pero, a medida que estudia el libro día tras día, gradualmente comienza a entender el código. Finalmente, descifra una página, ¡y se entera de que hay una cuenta bancaria abierta a su nombre con un millón de dólares! Todo el tiempo, era millonario, pero no lo sabía. Ahora que lo sabe, puede comenzar a gastar el dinero. Pero está ansioso de pasar a la página dos, porque ¡quién sabe qué otros tesoros están esperando ser descubiertos!

La cuestión es que era tan rico el primer día como el día en que descifró el código, pero no lo sabía, por lo tanto, no podía sacarle provecho. En cierta manera, esto ilustra la relación entre nuestra experiencia y la palabra de Dios. Ya se nos han dado todas las cosas, pero necesitamos conocer y creer. “La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Rom 10:17).

La vida de Cristo en nosotros cambia nuestra naturaleza, pero generalmente hablando, esa vida no nos educa sobrenaturalmente. Todavía es por medio de la palabra de Dios que Cristo nos revela su voluntad. De modo que, aunque en Cristo poseemos una naturaleza espiritual perfecta – la naturaleza de Cristo – todavía tenemos solamente conocimiento humano y sólo podemos vivir esa naturaleza perfecta en armonía con lo que sabemos que es correcto. Por lo tanto, Cristo continúa educándonos por medio de su palabra, iluminada por su Espíritu, de modo que, día tras día, ya perfectos en Cristo, nos volvemos más maduros y más perfectamente manifiestamos la imagen de Cristo en nuestra conducta.

Por lo tanto, todas las cosas ya han sido dadas al cristiano. De hecho, la Biblia dice que “el mundo” ya ha sido reconciliado con Dios (2 Cor 5:19), ¡no sólo el cristiano! Pero

es sólo por medio de la palabra que podemos entrar en posesión de nuestra herencia. Sin la palabra de Dios, lo mismo daría que no tuviéramos nada, porque ¿cómo podemos creer si no sabemos (Rom. 10:14)? Y si no sabemos, no podemos recibir. Es por eso que Pablo nos dice que los gentiles son “ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay” (Ef 4:18).

La palabra escrita revela la verdad, no hace la verdad. Revela la realidad de Cristo, que es la verdad, la palabra viva, siendo él mismo el cumplimiento de toda la palabra de Dios, de todo lo que promete y requiere.

*Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios (2 Cor 1:20).*

### **La fe recibe la vida**

Pero la palabra escrita, aceptada por fe, es una clave vital. Aunque todas las cosas ya son nuestras en Cristo, la vida cristiana se vive sólo por fe. La fe tiene acceso a todo lo que Dios nos da, pero la incredulidad no recibe nada. Toda la omnipotencia, todas las bendiciones, todo el poder y la gracia de Dios, no significan nada, no sirven para nada a la persona que no cree. La fe es la llave que abre, libera, y permite la entrada a todos los infinitos recursos de Dios que ya nos han sido dados en Cristo, pero de los cuales somos muy ignorantes. La palabra escrita produce fe (Rom. 10:17), y esa fe recibe la palabra viva. Pero, ¿cuánto recibimos de la palabra viva? Sólo hasta donde esperamos recibir. Sólo en proporción a nuestra fe, que está basada en la palabra escrita.

Es claro que, a medida que aprendemos de la palabra escrita de Dios y creemos en esa palabra, habrá un correspondiente aumento en nuestra experiencia en Cristo, la palabra viva. Pero, recordemos: No es porque no tenemos ya todas las cosas en Cristo desde el mismo principio. No. Es solamente porque nuestra comprensión y fe son limitadas y sólo gradualmente iluminadas por la palabra de Dios.

Es por esto que el apóstol Pablo oraba por los hermanos en Efesos, para que los ojos de su entendimiento fueran iluminados y apreciaran cuánto se les había dado en Cristo (Ef 1:15-23).

## La historia de Gedeón

La historia de Gedeón es una buena ilustración de este punto. Gedeón vivía en Israel, durante una época deprimida en la historia del país. Era una época en que habían sido invadidos y subyugados por los madianitas. Su situación se había vuelto tan desesperada que, cada vez que recogían sus cosechas, los madianitas simplemente venían y se llevaban el fruto de su duro trabajo, y no había absolutamente nada que pudieran hacer para evitarlo.

En una ocasión, Gedeón estaba trillando su trigo. No lo estaba haciendo en el piso de trillar, sino en el lagar, con la esperanza de engañar a los madianitas y así salvar algo de su preciosa cosecha de esa piratería persistente. Gedeón vivía en una nación de gente desanimada y derrotada. Como ellos, era un hombre sin carácter ni esperanza. Todo lo que podía esperar era que, cambiando sus hábitos y ocultándose de los madianitas, podría obtener suficiente alimento para vivir.

De pronto, se alarmó al oír una voz detrás de él que decía:

*Jehová está contigo, varón esforzado y valiente .... Ve con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envió yo? (Jue 6:12-14).*

Gedeón miró asombrado a su alrededor para ver a quién esta persona (un ángel) le estaba hablando. ¡Ciertamente no podía ser él, pues no era esforzado ni valiente! Pero, cuando entendió que era a él a quien el ángel se dirigía, respondió:

*Ah, señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre (Jue 6:15).*

Básicamente, Gedeón estaba diciendo: “Mi Señor, estás errado. Yo no soy esforzado ni valiente. La casa de mi padre es pequeña en Manasés (quiere decir una de las pequeñas tribus de Israel), y yo mismo soy el más pequeño, el más débil, el menos importante de la casa de mi padre. Por lo tanto, básicamente, ¡no soy nadie y tengo poco poder y valor!”

Ahora bien, ¿quién estaba en lo cierto? ¿El ángel o Gedeón? Si Dios dijo que Gedeón era esforzado y valiente, ¿lo era Gedeón? ¡Por supuesto que lo era! Dios no puede

mentir. Aunque Gedeón no lo fuera antes, tan pronto Dios lo dijo, se convirtió en verdad. Sin embargo, el hecho es que, aunque era esforzado y valiente, Gedeón sólo podía vivir como un cobarde, débil y enclenque, ¡porque eso es lo que él creía que era! Todo el poder que ya era suyo era inútil, a menos que lo creyera. Por lo tanto, Dios tenía que hacer algo para fortalecer la fe de Gedeón (no para aumentar su fuerza – ya tenía la fortaleza que necesitaba). Dios le dio una señal para mostrarle que realmente estaba con él. Gedeón puso fuera un vellón de lana durante dos noches para probar a Dios. La primera noche, la tierra amaneció mojada, pero el vellón estaba seco. La noche siguiente, toda la tierra amaneció seca, pero el vellón estaba mojado (Jue 6:36-40).

Finalmente, Gedeón creyó la palabra de Dios pues Dios fue lo bastante condescendiente como para darle alguna evidencia. Pero mucho antes de recibir la evidencia, Gedeón ya era un hombre esforzado y valiente. El problema era que no lo sabía. Cuando finalmente creyó, Dios no hizo nada con él que ya no hubiese hecho. La única diferencia era que ahora Gedeón había creído, y puesto que ahora había creído, podía vivir la realidad de esa vida de fuerza y valor. Salió con trescientos hombres y devastaron completamente el ejército de cientos de millares de madianitas. Porque finalmente había creído.

Cuando una persona cree, Dios no necesita hacer nada que ya no haya hecho para realizar su salvación. Ya había sido hecho antes de que la persona creyera, pero ahora, porque cree, puede tener acceso a la realidad, a efectuar y experimentar lo que ya era verdad antes de que creyera.

Podemos ver, pues, el verdadero significado de la frase “crecer en Cristo”. Esto no es decir que debemos ser más y más semejantes a Cristo, sino que debemos recibir más de Cristo al creer más (a medida que la palabra nos revele más de Cristo). Nos expandimos y crecemos en la vida, los privilegios, la autoridad y el poder de Cristo a medida que la palabra nos guíe de fe en fe (Rom 1:17).

## **Una guía**

Mientras que la palabra revela la vida de Cristo y todas las glorias presentes en esa vida, ya todas nos han sido dadas en Cristo, también revela más perfectamente el carácter y el modelo de justicia de Dios. Aunque ya estamos

completos en Cristo, y somos participantes de su naturaleza victoriosa sobre el pecado – esto hay que enfatizarlo nuevamente – no tenemos perfecto conocimiento. Es posible ser ciento por ciento obedientes a Dios y ¡sin embargo estar haciendo algo que no está en armonía con su perfecta voluntad! Un cristiano genuino sólo desea complacer a Dios. Sólo quiere hacer el bien porque tiene la naturaleza de Cristo, y es así como se revela esa naturaleza– en un deseo de hacer sólo el bien. Sin embargo, el cristiano no tiene todo el conocimiento de Cristo, y por eso su concepto de lo que es correcto y lo que es erróneo todavía puede ser defectuoso. Puede que haga algo incorrecto, creyendo sinceramente que lo está haciendo bien. Esto no significa que Cristo no está viviendo en él, sino simplemente que es un bebé en Cristo. Un bebé tiene la naturaleza y la vida de un adulto, pero no el conocimiento.

Dios no cuenta como pecado tal conducta ignorante en un cristiano – no más de lo que nosotros consideraríamos como pecado el hecho de que un niño de dos años, imitando a un adulto, usara una mala palabra o se inclinara ante un ídolo. Sin embargo, tal conducta defectuosa ciertamente distorsiona la imagen del carácter de Dios, y no es el plan de Dios dejar a ninguno de sus hijos en esas condiciones. Por esta razón, vemos nuevamente el lugar vital que ocupa la palabra de Dios en nuestra educación, al revelarnos el carácter y la voluntad de Dios para que no sólo podamos vivir sinceramente la vida de Cristo, sino que la vivamos perfectamente.

Hay perfecto equilibrio, perfecta armonía y perfecta interdependencia entre la palabra escrita y la palabra viva. A menudo, nos desequilibramos de un lado o del otro, y ponemos a estos agentes el uno contra el otro. Decimos “el Espíritu, el Espíritu”, o “la palabra, la palabra”. Pero, de un correcto entendimiento del lugar que ambos ocupan, emerge una maravillosa belleza, y hallamos que los varios elementos de la obra de Dios se juntan en perfecta armonía.

# La santificación

## La obra de toda una vida

¿Qué es la santificación? Según el concepto popular, es el proceso por el cual somos hechos aptos para el cielo. En la mayoría de los casos, lo hemos interpretado como un proceso por el cual, poco a poco, llegamos a ser más y más santos, y más y más semejantes a Cristo, hasta que a su debido tiempo, somos como él. Es interesante notar que la palabra santificación tiene un significado diferente en la Biblia, y casi siempre habla de una obra terminada. Por ejemplo, “Dios santificó el día sábado” (Gén 2:3). Pablo habla a los creyentes corintios y dice: “ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados” (1 Cor 6:11). Nuevamente dice: “porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Heb 10:14). Aquí la palabra significa poner aparte para un propósito santo y una experiencia inmediata. Hay que admitir, sin embargo, que, como se usa actualmente, la palabra se refiere a un proceso por el cual una persona se vuelve progresivamente más santa.

Consideremos algo desde el mismo comienzo. Cuando decimos que la santificación es “la obra de toda una vida”, ¿de la vida de quién estamos hablando? ¿Queremos decir la vida de Matusalén, que fue de 969 años, la de Enoc (365 años), la de Moisés (120 años), o la del promedio de la gente en la actualidad (70-80 años)? ¿Y qué se puede decir acerca de aquellos cuyas vidas son acortadas por una enfermedad o un accidente? ¿Cuánto tiempo se necesita realmente para ser santificado? ¿Cuánto necesitó el ladrón en la cruz, que vivió sólo unas pocas horas después de su conversión?

Podemos ver inmediatamente que tenemos que revisar nuestras ideas sobre la santificación. La idea de que la santificación es un proceso que llega a su fin cuando hemos alcanzado cierto nivel o cierta perfección es falsa. Si fuera cierta, significaría que la mayoría de los cristianos nunca serían plenamente santificados. Quizás todo lo que necesitamos es una vida más larga. Quizás todos necesitamos 365 años, como Enoc, pero nuevamente, aun eso puede que no sea suficiente porque parece que hasta Matusalén, que vivió casi tres veces lo que vivió Enoc, nunca llegó al

punto en que anduvo tan cerca de Dios como Enoc.

Si la santificación es lo que nos hace aptos para el cielo, ¿por qué ocurrió tan rápidamente en el caso del ladrón en la cruz y ocurre tan lentamente en el caso de los demás cuyas vidas duran casi cien años?

En Hebreos 4:9-11, Pablo nos dice que queda un reposo para el pueblo de Dios. Explica que la persona que ha entrado en el reposo de Dios ha reposado de sus propias obras así como Dios reposó de las suyas al final de la creación. Si hemos reposado de nuestras obras, ¿significa que ya no habrá más obras ejecutadas por nosotros? ¡Absolutamente no! Como dice Pablo nuevamente: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Flp. 2:13). Observemos que hay obras en la vida del creyente, pero no son sus obras, sino las de Cristo. En una notable afirmación paradójica, Pablo nos dice:

*Debemos, pues, esforzarnos por entrar en ese reposo, para que nadie siga el ejemplo de aquellos que no creyeron (Heb 4:11).*

Tuve que sonreír cuando reconocí lo que Pablo estaba diciendo. Dice que debemos “esforzarnos”, es decir, trabajar. ¿Con qué propósito? ¡Para que podamos reposar! ¡Debemos trabajar para que podamos reposar! ¿Es esto contradictorio? No en absoluto. Aquí hallamos armonía entre ambas ideas de la santificación; es decir, la “obra de toda una vida”, en oposición a la inmediata experiencia de ser apartados enteramente para Dios.

El peligro contra el cual Pablo nos amonesta en Hebreos 4 es la incredulidad. Dice que debemos trabajar para que podamos entrar en el reposo de Dios, pero, ¿cómo entramos? ¡Por fe! Es evidente que todo nuestro trabajo debe ser para ayudarnos a tener fe, no para hacer obras. Por lo que concierne a las obras, reposamos, entramos en el reposo de Dios. Nuestra obra está terminada. Nuestro único problema es que la incredulidad puede separarnos de este reposo, así que tenemos que luchar para mantener el foco de nuestra fe. Esta es la suma y la totalidad de la lucha del cristiano, la lucha para mantener la fe, porque donde hay fe, la lucha ha concluido. Donde hay fe, Dios obra y la batalla ha terminado.

Si la vida de victoria sobre el pecado es nuestra simple-

mente por fe en Cristo, entonces es evidente que podemos tener esta experiencia inmediatamente, tan pronto tenemos fe. Sin embargo, es igualmente evidente que, puesto que esta victoria es nuestra solamente por fe, es mantener esta fe lo que determina si la conservamos o no. La obra de Dios siempre es perfecta, pero su capacidad para obrar en nosotros depende de nuestra fe. De manera que, hay una batalla que librar. Observemos, sin embargo, que no es una batalla para hacer lo que es correcto, ni una lucha para vencer el pecado, sino la “buena batalla de la fe”. Es la lucha para conservar nuestra fe.

Esto explica por qué nuestra santificación, la obra de ser puestos aparte para Cristo, es una obra instantánea que tiene lugar tan pronto como somos de Cristo, pero al mismo tiempo es un proceso que dura el resto de la vida de una persona. Un hombre que está en Cristo es completamente aceptable para Dios. Esta persona está completa en Cristo (Col. 2:9); es santificada o puesta aparte para Dios. Sin embargo, cada día de su vida, por todo el tiempo que dure su vida, ya sean 969 o 70 años, esta persona debe mantener constantemente, por fe, esta experiencia en Cristo. No es un proceso automático en que la relación se mantiene por sí misma. La fe debe ser nutrida, alimentada, ejercitada, protegida celosamente, y esta “batalla de la fe” continúa durante todo el tiempo que la persona viva. ¡No es que se necesita toda una vida para llegar a ser santo! No. Es que esta condición de santidad que recibimos en el mismo principio debe ser mantenida por el resto de nuestras vidas, ya sea que vivamos 2 años o 969. Es la “obra” de toda una vida.

Así, el ladrón en la cruz, que vivió sólo algunas horas, fue santificado durante su vida, y así lo fue también Matusalén, que vivió 969 años. La obra nunca llegó a su fin durante el poco o el mucho tiempo que vivieron. Nunca llegaron al punto en que pudieron decir: “Ahora estoy santificado, y no necesito tener la experiencia mañana”.

Nótese que no es la santificación la que requiere trabajo. Esta fue la obra de Dios. Es la fe la que produce la santificación, que debe ser mantenida durante la “obra de toda una vida”.

---

 Capítulo 28

## El reposo que queda

*Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga (Mt 11:28-30).*

Fue Jesús el que pronunció estas palabras y, desde ese momento, muchas personas bien intencionadas que no han entendido el evangelio han tenido que preguntarse: “¿Qué quiso decir realmente con esas palabras?”

La promesa de Jesús fue: “Yo os haré descansar”, y la pregunta es: Cuando Jesús promete reposo, ¿de qué problema está tratando de aliviarnos? Obviamente, lo opuesto de “reposo” es “trabajo” o labor. ¿Cuál es la diferencia entre reposo y trabajo?

**Trabajo** es una actividad. El trabajo requiere esfuerzo, energía. A veces, energía de la mente así como la del cuerpo. ¿Y **reposo**? Reposo es lo opuesto, ¿no? Reposo es la falta de actividad, un estado de relajamiento.

Consideremos otra pregunta más: ¿Puede una persona trabajar y reposar al mismo tiempo?

Estrictamente hablando, no podemos laborar y descansar al mismo tiempo. Los cristianos que hallan que el esfuerzo de servir a Dios es un trabajo duro y una constante tensión, posiblemente no han experimentado el reposo prometido por Jesús y no han hallado el verdadero evangelio.

La apelación de Jesús es a los que están “trabajados y cargados”. ¿Qué significa esto? Indica que estas personas están llevando cargas, y por supuesto, probablemente estarán cansados. ¿Está Jesús hablando aquí de las personas que están en el campo cargando sacos de papas sobre sus espaldas? ¿Está hablando de esta clase de cargas? ¿Qué ha agobiado a estas personas y las ha hecho estar “cargadas” y en qué están laborando?

Claramente, ¡están trabajando en tratar de ser justas! De eso se trata su duro trabajo. La carga que están llevando es la carga del pecado y la culpa. Es el peso que llevan como

resultado del conocimiento de su miserable pecaminosidad y sus fracasos, y están trabajando duro tratando de deshacerse de esa carga y obtener justificación de alguna manera.

Jesús dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. De manera que si somos cristianos, pero todavía nos hallamos en esta dura labor para alcanzar la justificación, el hecho es que ¡todavía no hemos hallado lo que Jesús tiene que ofrecer!

Nuevamente dice: “Tomen mi yugo y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas”. Este versículo deja bien claro que la parte de nosotros que está cargada es el alma. Ella es la que necesita reposo. Jesús continúa diciendo: “Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga”.

Un yugo es un instrumento que ata a unos con otros de tal manera que lo obliga a uno a viajar en la misma dirección que el otro. No son sólo los bueyes los que llevan un yugo. En los perversos días de la esclavitud, cuando los esclavos eran transportados, a menudo eran llevados en fila con un yugo alrededor de sus cuellos para que ninguno se saliera de la fila. Cada uno tenía que seguir hacia donde lo llevaba el que iba delante. Esta es la razón principal del uso de un yugo; su propósito más importante es atar a una persona a otra de modo que cada una tiene que ir hacia donde va la otra. Jesús dice: “Ustedes están trabajando duro y llevando una pesada carga. Lo que tienen que hacer es tomar mi yugo y atarse a mí, porque el yugo que yo digo que lleven es fácil y la carga es ligera, y si lo toman, hallarán descanso para sus almas”.

En Isaías 11:10 dice:

*Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa (Is 11:10).*

¿Su reposo será cómo? ¡glorioso! El que viene de la raíz de Isaí dará reposo a su pueblo y ese reposo será glorioso.

### **El obstáculo para el reposo**

Ahora volvamos al libro de Hebreos y veamos lo que dice con respecto a este reposo que Cristo da.

*Por lo cual, como dice el Espíritu Santo, si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la*

*provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestro padres; me probaron, y vieron mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me disgusté contra esa generación y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo (Heb 3:7-11).*

Dios dijo que los judíos no podían entrar en su reposo. Esa experiencia del reposo que Jesús prometió no fue alcanzada por ellos porque sus corazones se endurecieron.

Más adelante, Hebreos nos dice,

*Temamos, pues, no sea que permaneciendo aun la promesa de entrar en ese reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Pero los que hemos creído entramos en el reposo (Heb 4:1-3).*

Ahora bien, ¿cuáles son algunas de las cosas que pueden impedir que entremos en ese reposo que Jesús prometió? Es evidente que uno de los problemas es la incredulidad. Pero me gustaría indicar que hay otro serio estorbo (que en realidad está ligado a la incredulidad) y ¡¡es el trabajo!! Si estamos trabajando ahora, ¿cómo podemos reposar? Luchando en el trabajo, para hacer cosas nosotros mismos, ciertamente nos impedirá experimentar ese reposo que Cristo prometió, y veremos en un momento que la mayor razón de la incredulidad es este trabajo.

Los siguientes versículos dicen:

*Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas (Heb 4:9 y 10).*

Los que están haciendo sus propias obras no pueden tener el reposo de Dios. El que ha entrado en el reposo de Dios ha cesado en sus propias obras. Esto no significa que las obras no aparecerán en nosotros, sino que ciertamente no seremos nosotros los que estaremos trabajando. Alguien más va estar obrando en nosotros por su buena voluntad (Fil. 2:13). No vamos a estar laborando, y es por eso que la

carga es alzada de nuestras espaldas. Es por eso que el yugo es fáicl, porque ya no es nuestro problema. Alguien más está encargándose de ese dilema, y esa es la razón por la que podemos reposar.

### **La lucha terminada**

En la traducción del Nuevo Testamento de J. B. Phillips, en el libro de Romanos leemos lo siguiente:

*Porque Cristo significa el fin de la lucha por la justicia por la ley para todo el que cree en él (Rom 10:4).*

¡Aleluya! Cristo es el fin de la lucha por la justicia de la ley. Cuando venimos a Cristo, la lucha ha terminado. Cristo le pone fin. Pero, antes de continuar, exáminemos una aparente contradicción:

Por tanto, esforcémonos por entrar en ese reposo, no sea que alguien caiga siguiendo el mismo ejemplo de desobediencia. (Hebreos 4:11, NBLH).

Es interesante que Hebreos 4:11 diga que tenemos que eforzarnos, o laborar, para entrar en el reposo de Dios. ¿Hay una contradicción aquí? ¿Cómo laboramos si estamos reposando? ¿Cómo laborar para poder dejar de trabajar? Es evidente que la palabra “esforcémonos”, como se usa aquí, significa ser diligente, buscar fervientemente, porque una de las cosas que la Biblia dice es: “busquen, y hallarán” (Mateo 7:7). Pero hay una diferencia entre buscar correctamente y buscar incorrectamente. Al eforzarnos aquí, ¿qué es lo que estamos buscando hacer? En este caso, estamos laborando, estamos buscando para hallar a Cristo, mientras que antes, nuestra dura labor era para hacer el bien, algo enteramente diferente. Luchar para hacer el bien es trabajar para ser justos por nuestras propias obras – un vano esfuerzo. Pero luchar para hallar a Cristo es lo que todos nosotros debemos hacer porque, cuando lo hayamos encontrado, habremos hallado sabiduría, justicia, santificación, vida eterna, la plenitud de la Deidad, la perfección – todo lo que necesitamos.

Así, de un solo golpe, tenemos todo por lo que hemos estado trabajando. Cristo es el fin de la lucha por la justicia de la ley.

### **Por fe solamente**

En Gálatas 3, Pablo escribe:

*¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado? Esto solo quiero saber de vosotros. ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? (Gál 3:1 y 2).*

¿Qué está diciendo Pablo? El hecho es que estos hermanos, en un tiempo, estuvieron llenos del Espíritu. ¿No es verdad? Pablo estaba diciendo: ¿Cómo recibisteis el Espíritu Santo? ¿Fue por guardar la ley o por creer? ¿Cuál es la respuesta obvia? Evidentemente, fue por creer, no por ninguna de sus obras. Dice: “¡Insensatos! ¿Cómo recibisteis el Espíritu Santo? “ Y esa es la pregunta que quiero que todos nos hagamos. ¿Cómo esperamos recibir el Espíritu Santo? ¿Es por ser gradualmente mejores, ayunando y orando y haciendo obras similares durante días, semanas, meses y años, o simplemente por fe? ¿Cómo esperamos recibirlo?

Nuevamente dice:

*¿Tan necios sois? Habiendo comenzado por el Espíritu ahora vais a acabar por la carne? (Versículo 3).*

Él continua diciendo:

*Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe? (Versículo 5).*

¿Cómo hace milagros un hombre? Muchas veces hemos oído los argumentos: “No vemos a nadie resucitando muertos, ni sanando enfermos, ni profetizando. ¿Por qué? ¿Es que no somos lo bastante justos, ni lo bastante santos, ni nadie es lo bastante dedicado?” Pablo dice: “Insensatos. ¿No saben que fue por la fe que estas cosas se hicieron? No fue por ninguna obra de ustedes. Necios, fue sólo por fe!” Y dos mil años más tarde, todavía estamos enfrentados a la misma dificultad. Tratando de ser lo bastante justos para poder un día hacer un milagro, para que Dios pueda usarnos.

Pero la asombrosa verdad es que, por fe, ya hemos alcanzado el pináculo de la existencia humana en Cristo Jesús. ¡Qué privilegio ha dado Dios a sus hijos e hijas; qué cosa tan maravillosa es saber que somos completos en él!

## Epílogo

Las buenas nuevas nunca pueden contarse completamente en un solo libro. Como dice un escritor de cantos:

*Si fuera tinta todo el mar  
y todo el cielo un gran papel,  
y todo hombre un escritor  
y cada hoja un pincel;  
para escribir de su existir  
no bastarían jamás,  
Oh amor de Dios, brotando estás,  
inmensurable eternal,  
por las edades durarás,  
inagotable raudal.*

Parte de la última estrofa de la versión original de este himno (en inglés) dice: “Escribir sobre el amor del Dios del cielo secaría al océano, y no podría el pergamino contenerlo aunque lo extendiésemos de un extremo a otro del cielo”.

Sí, es cierto. Cuando hemos hecho lo mejor posible para contar la maravillosa historia, todavía hay un millar más de los aspectos de esa historia que no hemos tocado. Todos los días aprendemos más de la profundidad y la altura del amor de Dios. Si intentáramos escribir un libro que lo contara todo, ese libro nunca se terminaría de escribir. Pero aquí hemos intentado tocar algunos puntos principales del gran plan de salvación; hemos tratado de mostrar vislumbres del amor de Dios y la grandeza del don que él nos ha entregado en su Hijo. Es nuestra esperanza que a través de su lectura, Dios haya sido más real para todos nosotros y también más atractivo. Es nuestra oración que algunos de los conceptos erróneos acerca de Dios que han hecho que muchos tengamos temor de él hayan sido eliminados, y que se haya despertado en nosotros un deseo de conocerle y servirle con todo nuestro corazón.

¿Hemos llegado a entender cuánto nos ama Dios? ¿Hemos llegado a apreciar la verdad de que, en Cristo Jesús, Dios nos ha reconciliado consigo mismo? ¿Nos hemos dado cuenta de que, en Jesús, tenemos derecho a cada una de las bendiciones que Dios tiene para darnos? ¿Conocemos la verdad de que nuestros pecados y fracasos ya no son un

---

obstáculo entre nosotros y Dios? ¿Reconocemos la verdad de que, en Cristo, tenemos el poder y la motivación para vencer todo pecado y vivir una vida de pureza y poder? Si, al leer este libro, hemos llegado a reconocer estas verdades, entonces el libro habrá cumplido su propósito. De ahora en adelante, nunca más volveremos a vivir como personas normales. En Cristo, somos hijos de Dios y la vida normal ya no existe para nosotros. Hemos visto la gloria de Dios y el mundo nunca más tendrá ningún atractivo para nosotros.

Que las bendiciones que son nuestras en Cristo fluyan de nosotros para bendecir al mundo a medida que vivamos las verdades de la palabra de Dios que hemos acentuado en este libro.

